

ÅSA LARSSON

CUANDO PASE TU IRA



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La novela más vendida de Åsa Larsson. Un asesinato despierta viejos fantasmas de colaboracionistas nazis en Kiruna.

Wilma y Simon son dos jóvenes enamorados que han decidido sumergirse en el helado lago de Vittangijärvi, en el norte de Suecia, en busca de los restos de un avión alemán perdido en 1943. Mientras bucean, alguien corta la cuerda de seguridad de Wilma y tapa el orificio de salida en el hielo. No podrán escapar. Cuando la primavera se acerca al norte de Suecia, el cuerpo de Wilma emerge de las aguas del río Torneälven. Al mismo tiempo, una figura fantasmal aparece en los sueños de Rebecka Martinsson, la reputada abogada de Kiruna. ¿Es el fantasma del cuerpo que ha aparecido en el río? Junto a la inspectora de policía Anna-Maria Mella, Rebecka se sume en un enigma que despierta antiguos rumores de colaboradores nazis en Kiruna, un lugar donde la vergüenza y el secreto controlan los recuerdos de la guerra. Y un asesino está dispuesto a seguir matando para mantener el pasado enterrado para siempre bajo el hielo y la nieve.

«Éste es, muy probablemente, el mejor libro de Åsa Larsson», Booklist.

«Un libro imprescindible para los amantes de la novela negra», SKTF-tidningen.

«Su mejor novela. Tiene un don inigualable para dejar al lector paralizado de miedo», Aftonbladet.

L≡**LIBROS**

Åsa Larsson

Cuando pase tu ira
Rebecka Martinsson - 4

*¡Ojalá en el šeol me escondieras,
me ocultaras hasta cuando pase tu ira,
fijaras una fecha para acordarte de mí!
¿Pero puede el hombre muerto revivir?
Todo el tiempo de mi milicia esperaría
ansioso a que llegase mi relevo.*

*Tú llamarías y tú responderías
anhelando la obra de tus manos:
no controlarías mis errores,
como ahora cuentas mis pasos;
cerrarías en un saco mi delito,
blanquearías con cal mi pecado.*

*Como monte que acaba derrumbándose,
como rocas desplazadas de su sitio,
como agua que erosiona las piedras,
como aluvión que arrastra el barro,
así acabas tú con la esperanza del hombre.*

*Lo aplastas para siempre y se va,
lo desfiguras y luego lo olvidas.
Medran sus hijos y no se entera,
son despreciados y no lo advierte.
Sólo siente el dolor de su carne,
tan sólo se lamenta por su vida.*

Job, capítulo 14, versos 13-22,

Recuerdo cómo morimos. Lo recuerdo y lo sé. Es así. Hay cosas que sé aunque no las haya vivido en mi propia piel. Pero no lo sé todo, ni mucho menos. No hay reglas fijas. Como pasa con las personas, por ejemplo: a veces son habitaciones abiertas en las que puedo entrar; a veces están cerradas. El tiempo no existe. Está como desintegrado por una batidora.

El invierno llegó sin nieve. En septiembre ya había hielo, pero la nieve se quiso demorar.

El nueve de octubre el aire era frío y el cielo estaba azulísimo, un día perfecto para servírtelo en una copa y tomártelo de un trago.

Yo tenía diecisiete años. Si ahora estuviera viva tendría dieciocho. Simon tenía casi diecinueve. Me dejó llevar el coche aunque no tuviera el carné. El camino del bosque estaba lleno de socavones. Me gustaba conducir, y soltaba una carcajada con cada bache mientras la grava y las piedras picaban contra el chasis.

—Perdóname, Bettan —le decía Simon al coche acariciando la guantera.

No teníamos ni idea de que íbamos a morir. Yo no sabía que terminaría gritando con la boca llena de agua. Ni que sólo quedaban cinco horas.

El camino del bosque terminaba en Sevujärvi. Descargamos el coche y cada poco rato yo tenía que hacer una pausa y mirar a mi alrededor. La belleza de aquel sitio era sobrenatural. Levanté las manos al cielo, entorné los ojos de cara al sol, una esfera blanca ardiente, y seguí el paso de una nube estriada que se deslizaba por allí arriba. Las montañas se erguían inalterables desde tiempos inmemoriales.

—¿Qué haces? —preguntó Simon.

Sin bajar los brazos ni la cabeza le respondí:

—En casi todas las religiones lo hacen. Miran al cielo y levantan las manos. La verdad es que lo entiendo perfectamente. Sienta bien. Ya verás, prueba.

Respiré hondo y solté el aire en una gran nube blanca.

Él sonrió y negó con la cabeza.

Para ponerse la pesada mochila primero la subió a una roca. Después me miró.

Sí, recuerdo muy bien aquella mirada suya, como si no pudiera creerse la suerte que había tenido. Y no era para menos; yo no era una chica del montón.

Simon solía estudiarme. Le gustaba contar todas y cada una de mis marcas de nacimiento, o cuando sonreía me ponía la uña en los dientes y empezaba a citar los picos de la cordillera de Kebnekaise:

—Sydtoppen, Nordtoppen, Drakryggen, Kebnepakte, Kaskasapakte, Kaskasatjåkkö, Tuolpagorni.

—En doce, inicio de caries; en once, manifiesta; en veintiuno, distal —respondía yo.

Las mochilas pesaban mucho con el equipo de buceo.

Subimos caminando hasta el lago Vittangijärvi en una ascensión de tres horas y media. Nos alegramos de que el suelo estuviera helado porque facilitaba la caminata. Sudábamos, de vez en cuando parábamos para echar un trago de agua y en una ocasión hicimos una pausa para tomar café del termo y comernos unos sándwiches.

Con nuestros pasos oíamos el crujido del musgo helado al romperse y el chasquido del hielo de los charcos.

A nuestra izquierda se alzaba la montaña Alanen Vittangivaara.

—Allí arriba hay un antiguo sitio donde los sami hacían sacrificios —dijo Simon señalando con el dedo—. Uhrilaki.

Eso me encantaba de él, que supiera esas cosas.

Al fin llegamos. Dejamos las mochilas con cuidado en la cuesta y permanecemos en silencio un largo rato mientras contemplábamos el lago. El hielo parecía una gruesa ala de cristal colocada encima del agua. En su interior se veían sartas de burbujas como collares de perlas. Las brechas parecían papel de seda plisado.

La escarcha había atrapado cada brizna de hierba y cada ramita fina hasta volverlas blancas y quebradizas. Las matas de arándano rojo y los enebros mostraban ya el tono verde oscuro que les daba el invierno. El abedul enano y los arándanos eran ahora de color sangre y violeta. Y todo tenía una película de escarcha, un aura de hielo.

El silencio era inverosímil.

Simon se quedó pensativo y ensimismado, como suele ocurrirle. Es una de esas personas que dicen que en momentos así el tiempo podría detenerse. O era. Era una de esas personas.

Pero yo nunca he conseguido estar callada mucho rato. Tuve que soltar un grito. Tanta belleza junta era precisamente lo que hacía que estallaras.

Me puse a correr por el hielo lo más rápido que pude sin resbalarme, mantuve las piernas separadas y me deslicé metros y metros.

—Prueba —le grité a Simon.

Él me sonrió y volvió a negar con la cabeza. Eso era algo que había aprendido a hacer en casa, allí en el pueblo. Negar con la cabeza. En Piilijärvi lo hacen muy bien.

—No, no —grité—. Alguien tendrá que arreglarte las piernas cuando te las hayas partido.

—Gallina —le dije, y de nuevo me puse a correr y patinar.

Después me tumbé y me quedé mirando el cielo unos minutos mientras acariciaba el hielo con zalamería.

Me levanté y nuestras miradas se cruzaron.

Tú y yo, decían sus ojos.

Tú y yo, le respondí con los míos.

Simon juntó un poco de broza seca y corteza de abedul, para que pudiéramos comer algo antes de la inmersión y no quedarnos sin fuerzas y perder también el humor.

Asamos salchicha grande de Falun clavando las rodajas en unas ramas. Yo no tenía paciencia para hacerlo como es debido, así que por fuera se me quemaba y por dentro se quedaba cruda. Los hambrientos arrendajos se fueron reuniendo en los árboles de nuestro alrededor.

—Antes, la gente se los comía —dije señalando los pájaros con la barbilla—. Me lo ha contado Anni. Ella y sus primos tensaban una cuerda muy fina entre los árboles y le colocaban trocitos de pan blando. Los pájaros se posaban en la cuerda para comer, pero no podían mantenerse erguidos y rodaban hasta quedarse colgando bocabajo. Luego no había más que cogerlos uno a uno, como si fueran fruta. Habría que probarlo, ¿tenemos alguna cuerda?

—¿No prefieres otro trozo de salchicha?

Típico comentario chinche y maravilloso de Simon. Y ni media sonrisa que indicara que estaba bromeando.

Le di un empujoncito en el pecho.

—¡Idiota! No estaba pensando en comérmelos, sólo quiero ver si funciona.

—Hay que ponerse en marcha, antes de que empiece a oscurecer.

Me puse seria de inmediato.

Simon recogió más broza y corteza. También encontró un tronco hueco de abedul. Da buen fuego. Echó ceniza por encima de las brasas. Dijo que si teníamos suerte bastaría con soplar un poco para reavivar las llamas después de la inmersión y que como saldríamos helados sería muy agradable tener un fuego rápido.

Cargamos con los tubos, los reguladores, las máscaras, las aletas y los neoprenos militares de segunda mano hasta el hielo.

Simon iba delante con el GPS.

En agosto habíamos llevado el kayak a lo largo del río Vittangiälven hasta el lago Tahkojärvi, deslizándolo por el agua cuando era posible, y luego ascendimos a remo hasta el lago Vittangijärvi. Sondeamos el lago. Cuando encontramos el sitio, Simon lo grabó en el GPS con el nombre de «Wilma».

Pero en verano, la vieja finca de la orilla oeste estaba ocupada por gente que subía a pasar las vacaciones.

—Ahora deben de estar ahí dentro con sus prismáticos —dije yo mientras miraba con los ojos entornados hacia la otra orilla—, intentando descubrir qué clase de bichos raros somos. Si hacemos una inmersión ahora, toda la región se habrá enterado en un santiamén.

Así que cuando llegamos al final, remamos hasta la orilla oeste, subimos el kayak a tierra y continuamos a pie hasta la finca. Allí nos dejamos invitar a café y me tiré el farol de que el ISMH, el Instituto Sueco Meteorológico e

Hidrográfico, nos había dado cuatro duros para sondear la profundidad del lago. Sí, en efecto, estaba relacionado con el cambio climático.

—Cuando cierren por el invierno —dijo Simon mientras volvíamos a casa con el kayak—, también podremos usar su barco.

Pero luego el lago empezó a helarse y tuvimos que esperar a que el hielo fuera lo bastante grueso como para que aguantara. Apenas podíamos creernos lo afortunados que éramos de que no nevara pues incluso tendríamos algo de visibilidad. Por lo menos algún metro. Aunque era cierto que íbamos a bajar mucho más.

Simon serró el hoyo. Primero abrió un agujero con el hacha, la capa de hielo no era excesivamente gruesa. Después echó mano del serrucho de punta. Habíamos dejado la sierra mecánica en casa porque era una carga demasiado pesada; además, habría armado un escándalo considerable y lo último que queríamos era llamar la atención. Parecía el título de una novela: *Wilma, Simon y el secreto del avión*.

Mientras Simon ensanchaba la abertura yo monté una cruceta con un par de maderas y unos clavos que colocaríamos encima del hoyo para atar el cabo guía.

Nos quitamos todo menos el forro polar interior y nos pusimos los trajes.

Pronto estábamos sentados al borde del agujero.

—Baja cuatro metros de un tirón —dijo Simon—. Lo peor que nos puede pasar aquí es que nos quedemos sin aire si el regulador se hiela. El riesgo es mayor en la superficie.

—Vale.

—Pero también puede pasar abajo. Estos lagos elevados no son de fiar. Tal vez haya una entrada de agua en alguna parte que esté creando corriente. Si es así quizá baje de cero. Pero el riesgo es mayor en la superficie. O sea: tú directa para abajo.

—Vale.

No quería escucharlo. Quería bajar. Ya.

Simon no era instructor de buceo, ni mucho menos. Pero había leído lo suyo, tanto revistas como en internet. Continuó con el repaso sin dejarse estresar.

—Dos tirones de cuerda significan ascenso.

—Vale.

—A lo mejor encontramos la nave a la primera, pero no es lo más probable. Bajamos y avanzamos según vayamos viendo.

—Vale, vale.

Y nos sumergimos.

Simon entra el último. El agua fría es como una coz directa a la cara. Pone la cruceta con el cabo guía encima del agujero.

A medida que bajamos va mirando el ordenador de buceo. Dos metros. Claro como el día. El hielo que nos cubre es como una ventana por donde entra el sol; cuando estábamos fuera se veía negro, desde abajo es azul claro. Doce metros. Penumbra. Todos los colores desaparecen. Quince metros. Oscuridad. Me imagino que Simon se estará preguntando cómo me siento. Pero sabe que soy una chula. Diecisiete metros.

Bajamos hasta quedar sobre el avión hundido.

No sé qué esperaba, pero esto no, sin duda; que fuera tan fácil. Noto burbujas de risa recorriéndome el cuerpo que ahora mismo no pueden salir. Me muero de ganas de oír los comentarios de Simon cuando nos estemos calentando junto al fuego. Siempre está tan tranquilo, pero sé que dentro de un rato las palabras se le acumularán en la boca.

Parece que el avión haya estado tumbado ahí abajo esperando nuestra llegada. Por supuesto. Habíamos sondeado. Ya lo habíamos buscado. Sabíamos que estaría por aquí.

Sin embargo, cuando lo vislumbro en la oscuridad del fondo, tiene un aspecto irreal. Es mucho más grande de lo que me había imaginado. Simon me ilumina con la interna. Entiendo que quiere ver mi reacción, mi gesto de alegría. El problema es que la máscara impide que pueda leerme la expresión de la cara.

Hace un movimiento hacia arriba y hacia abajo con la palma de la mano. Significa que me lo tome con calma. Me doy cuenta de lo acelerada que tengo la respiración. Debo tranquilizarme si quiero que el aire me dure.

Quizá me quede para unos veinte minutos. Después también tendremos demasiado frío. Dirigimos el haz de las linternas hacia el cuerpo del avión. Los ovals de luz recorren el casco cubierto de lodo. Intento descubrir de qué modelo se trata. ¿Un Dornier? Nadamos por encima del aparato apartando cieno con la mano. No, la chapa está corrugada. Es una Junkers.

Seguimos el ala y topamos con el motor. Está puesto un poco raro. Hay algo que no... algo que resulta... Retrocedemos. Me mantengo pegada a Simon sin soltar el cabo guía. Acaba de encontrar el tren de aterrizaje. En la parte superior del ala.

Se vuelve hacia mí y gira la mano 180 grados. Entiendo lo que quiere decirme. El avión está bocabajo, por eso parece tan mal colocado. Debió de haber volcado al hundirse en el agua: una vuelta de campana y luego a pique con el morro por delante; pero de espaldas. Si el aterrizaje fue así, probablemente todos murieron al instante.

Bueno, ¿y cómo se entra?

Después de buscar un rato encontramos la puerta lateral que hay junto al ala. No logramos abrirla y las ventanillas son demasiado pequeñas para entrar por ellas.

Nadamos hasta el morro del avión. Allí ha habido un motor en algún

momento, pero ya no está. Supongo que no me equivoco en cómo pasó. Primero el morro golpeó el agua y el motor se desprendió. Luego el cuerpo se hundió hasta el fondo del lago. Los cristales de la cabina están rotos, como la nave está bocabajo es un poco difícil alcanzarla; aun así lo conseguimos.

Simon ilumina el interior. En alguna parte de ahí dentro flotan los restos de la tripulación. Trato de protegerme contra la visión de lo que puede quedar del piloto, sin embargo no vemos nada.

Seguro que ahora Simon se arrepiente de no haber comprado un carrete de hilo como le dije. Habrá que conformarse. No hay ningún sitio donde atar el cabo guía, pero yo lo tengo sujeto y los dos comprobamos que él lo lleva bien atado al cinturón de plomos.

Se ilumina la mano con la linterna. Me señala primero a mí y después hacia abajo. Espera aquí, significa. Después me enseña todos los dedos de la mano dos veces, diez minutos.

Yo me enfoco la mano y levanto el pulgar. Y le lanzo un beso desde el regulador.

Simon mete los brazos por el agujero del parabrisas, se agarra con las manos al respaldo de unos de los asientos de los pilotos y se impulsa con suavidad hacia el interior del avión.

Ahora tiene que moverse con cuidado para levantar el mínimo de cieno posible.

Veo desaparecer a Simon. Después miro el reloj. Diez minutos.

Me empiezan a venir ideas que prefiero ahuyentar antes de que tomen forma en mi conciencia. Por ejemplo, qué ocurre dentro de un viejo avión que lleva más de sesenta años en el fondo de un lago cuando entras nadando y de repente empiezas a remover el agua. El aire que se expulsa por el regulador podría ser suficiente como para que algunas cosas se soltaran. Podría caerle algo encima. Podría quedar atrapado debajo de algo pesado. ¿Y si eso pasara y yo no pudiera liberarlo? Si se acaba el aire, ¿me salvo yo y vuelvo a la superficie? ¿O me quedo a su lado a morir en la oscuridad?

No, no. No puedo pensar así. Esto va a salir de puta madre. Será la leche. Y por mis ovarios que la próxima vez seré yo la que entre.

Enfoco con la linterna aquí y allá, pero en este ambiente no tiene demasiado alcance. Además hemos levantado un montón de cieno y la visión ha empeorado mucho. Resulta difícil imaginarse que allí arriba, no muy lejos, a tan sólo unos metros, el sol brilla sobre el hielo reluciente.

Entonces me doy cuenta de que el cabo guía que me une a la cruceta de madera del agujero flota destensado en mi mano.

Lo estiro para tensarlo, pero no lo consigo. Empiezo a recogerlo. Un metro, dos metros. Tres.

¿Se ha soltado de la cruceta? Lo hemos atado a conciencia.

Recojo más deprisa. Ahora tengo el otro extremo en la mano. Lo miro, le clavo los ojos.

Dios mío, tengo que subir y atarlo. Cuando Simon salga del avión no tendremos tiempo para nadar bajo el hielo buscando el agujero.

Inflo el chaleco con un poco de aire y empiezo a ascender lentamente. Salgo de la oscuridad, me meto en la penumbra, se va haciendo más claro. Tengo el cabo en la mano.

Ojeo en busca de la abertura, un foco de luz que atraviese el hielo, pero no la veo. En lugar de eso descubro una sombra. Un cuadrado negro.

Hay algo que tapa el hoyo. Nado hasta allí. La cruceta de madera ya no está. Ahora lo que hay es una puerta tapando el agujero; de color verde, hecha con tablones y un travesaño que los cruza de esquina a esquina, es la puerta de un cobertizo o de un granero.

Por un instante pienso que estaría tirada en algún sitio y que el viento la ha arrastrado. Pero antes de concluir la idea ya me doy cuenta de lo errónea que es. Arriba hace un día soleado y ni pizca de aire. Si hay una puerta sobre el agujero es porque alguien la ha puesto allí. ¿Qué clase de bromista hace eso?

Intento correr la puerta a un lado con las dos manos. He soltado el cabo y la linterna, que se hundan poco a poco hacia el fondo. La puerta no se mueve del sitio. Mi fuerte respiración me retumba en los oídos mientras en vano estiro y empujo. Entiendo que el bromista está de pie al otro lado. Hay alguien de pie encima de la puerta.

Me alejo nadando y saco el cuchillo de buceo. Empiezo a picar en el hielo. Cuesta mucho. El agua entorpece los movimientos de la mano. Los golpes no tienen fuerza. Hago girar el cuchillo, sigo picando. Al final consigo atravesar el hielo. Ahora es más fácil, hago rodar la hoja dentro del agujero raspando los bordes.

Simon nada con el mayor cuidado posible dentro del avión hundido. Ha pasado el asiento del operador de radio detrás del puesto de mando y ha seguido adentrándose en el vehículo. Le parece notar un suave estirón en el cabo y se pregunta si será Wilma. Dos tirones para ascender, le había dicho. Pero ¿y si se ha quedado sin aire? De pronto se intranquiliza y decide salir. De todos modos no ve nada. El aire y sus propios movimientos han levantado tanto cieno que no se puede ver la mano si estira el brazo, aunque la ilumine con la linterna. Es como nadar en una sopa verde. Será mejor que suban.

Tira del cabo guía que lleva atado al cinturón de plomos para tensarlo y así poder seguirlo hasta la salida. Pero no se estira. Lo está recogiendo más y más, metro a metro. Al final tiene un extremo en la mano. Wilma debería estar sujetando el cabo, y el extremo debería estar atado a la cruceta del agujero.

El miedo le muerde el diafragma como una serpiente. No hay cabo guía. ¿Cómo demonios va a llegar hasta la ventana de la cabina? No se ve una mierda. ¿Cómo va a salir de allí?

Nada hasta topar con una pared. Tantea con la mano. Nada en el otro sentido, ya no distingue entre hacia adelante y hacia atrás, ni hacia los lados.

Tropieza con algo suelto, algo que se desplaza. Enfoca con la linterna. No ve nada. Le da la impresión de que es un cuerpo. Da un respingo, se aparta aleteando. Rápido, rápido. En cualquier momento se verá nadando entre extremidades que flotan libremente. Brazos y piernas que se han desprendido de sus cuerpos. Debe mantener la calma, pero ¿dónde está? ¿Cuánto tiempo lleva allí? ¿Cuánto aire le queda?

Ya no diferencia entre arriba y abajo, aunque no es consciente. Palpa en busca de un asiento, si da con uno podrá orientarse hacia el morro del avión, pero está buscando en el techo de la nave y no encuentra nada.

Va de un lado a otro, preso del pánico. Arriba y abajo. No ve nada, nada en absoluto. El cabo que lleva atado al cinturón se enreda aquí y allá, en los enganches del suelo, en un asiento destrozado, en un cinturón de seguridad, en todas partes. Después empieza a nadar sobre el cabo. Choca con él. Se lía en él porque se extiende por el compartimento del avión como una telaraña. Y Simon no halla la salida. Muere allí dentro.

He conseguido abrir un agujero en el hielo con ayuda del cuchillo de buceo. Lucho para agrandarlo, pico con la punta, hago girar la hoja en el orificio. Cuando tiene el tamaño de mi mano miro el manómetro. Quedan veinte bares.

No puedo respirar tanto, tengo que tranquilizarme. Pero no puedo salir, estoy atrapada bajo el hielo.

Saco la mano por el agujero. No tengo ninguna intención clara, es más bien la mano la que se estira por voluntad propia pidiendo auxilio.

Alguien me la coge con firmeza al otro lado. Primero siento que he encontrado ayuda, que alguien me sacará del agua, que me salvará.

Después la persona empieza a tirarme de la mano, me la dobla hacia un lado y al otro. Y entonces comprendo que estoy atrapada, no puedo ir a ninguna parte. Quiero liberarme, pero lo único que consigo cuando intento recuperar la mano de un tirón es golpearme la cara contra el hielo. Un velo rosado se esparce sobre el azul celeste. Un pensamiento desagradable pasa por mi cabeza: estoy sangrando.

La persona de arriba cambia el agarre de la mano. Ahora me sujeta como si me estuviera saludando.

Aprovecho para clavar las rodillas en el hielo. Pongo las piernas alrededor de la mano atrapada y empujo con fuerza. Me libero. La mano se escurre del guante de buceo. Qué fría está el agua. Y la mano.

Me aparto nadando más y más lejos sin separarme del hielo. Lo golpeo,

pataleo, arañeo.

Tiene que haber otra salida. Algún sitio donde la capa de hielo sea más fina, donde la pueda romper. Empiezo a nadar otra vez.

Pero él me persigue corriendo. ¿O ella? Veo a la persona a través del hielo. Está borrosa, y la veo desde abajo. Siempre la tengo encima. En los intervalos de mi propia respiración, cuando el aire que saco no borbotea ni me retumba en los oídos, oigo los pasos sobre el hielo.

Y sólo la veo a instantes. El aire que expulso no tiene dónde meterse, se acumula bajo el hielo como una gran burbuja en la que me veo reflejada. Deformada. Como en la sala de los espejos de un parque de atracciones. La imagen va cambiando: cuando tomo aire veo a la persona del otro lado, cuando lo expulso me veo a mí misma.

Y entonces se hiela el regulador. El aire empieza a salir por la boquilla. Dejo de nadar, no logro pensar en nada más que en respirar. La botella se vacía en un par de minutos.

Después no queda nada. Los pulmones chupan y chupan. Me resisto, no quiero respirar agua. Estoy a punto de reventar por dentro. Agito los brazos. Golpeo el hielo en vano. Lo último que hago en vida es quitarme el regulador y la máscara. Después muero. Ya no hay aire que me separe del hielo. Ya no veo la imagen de mí misma. Tengo los ojos abiertos en el agua, ahora puedo ver a la persona de allí arriba.

Una cara que se pega al hielo y se me queda mirando. Pero no entiendo lo que veo. Mi conciencia de las cosas retrocede como el agua de la marea.

JUEVES

16 DE ABRIL

Östen Marjavaara abrió los ojos a las tres y cuarto de la madrugada en su cabaña en Pirttilahti. Lo despertó la luz; a finales de abril nunca había mucho más de una hora de oscuridad al día y bajar las persianas no era de gran ayuda. La luz se colaba entre las láminas, sus hilos entaban por los agujeros por donde pasaban los cordeles y brotaba de la rendija, entre la persiana y el alféizar. Aunque tapiara la ventana, aunque durmiera en un cuarto sin ventana, se habría despertado. La luz estaba allí fuera. Tiraba de él con insistencia. Tierna e inquieta, como una mujer sola. Lo mejor sería que se levantara y preparara una cafetera.

Salió de la cama y subió las persianas. El suelo estaba helado bajo sus pies descalzos. El termómetro del otro lado de la ventana marcaba dos grados bajo cero. Había nevado por la tarde y durante toda la noche. La capa de nieve dura que se había creado por el clima templado de la semana anterior, con un par de días de aguanieve, se había vuelto más firme. Podría esquiar sobre la costra a lo largo del río Torneälven hacia Tervaskoski. En el torrente seguro que habría char esperando detrás de alguna piedra.

Cuando hubo encendido el fuego en la cocina de leña cogió el cubo rojo de plástico del recibidor y bajó al río a buscar agua. Solamente había unos metros hasta la ribera, pero caminaba con cuidado. Debajo de la nieve virgen había un buen número de traidoras placas de hielo y era fácil sufrir una mala caída.

El sol estaba esperando al borde de la línea del horizonte y pintaba estrías rojizas en el frío cielo de invierno. Pronto se elevaría sobre el bosque de abetos y brillaría sobre los tablones rojos de la cabaña.

La nieve y acia sobre el río como un susurro de la naturaleza. Chsst, decía, no te muevas, ahora sólo estamos tú y yo.

Östen obedeció, se quedó quieto con el cubo en la mano y contempló el río. Era cierto. Nunca se es tan dueño del mundo como cuando te levantas el primero. Había unas pocas cabañas en ambas orillas, pero la suya era la única que sacaba humo por la chimenea. Probablemente, ni siquiera habría gente. Estarían en sus casas de la ciudad, pobres desgraciados.

En la punta del pantalán estaba el agujero que había abierto en el hielo con la sierra. Lo cubría una tabla de porexpán para que no volviera a helarse. Barrió la nieve que había encima y la levantó. Cuando Barbro vivía, siempre se traían agua de la ciudad porque ella se negaba a beber el agua del río.

—¡Uy, uy! —solía decir levantando los hombros hasta las orejas con un escalofrío—. ¡Con toda la mierda de los pueblos que hay río arriba!

Siempre se metía con el hospital de Vittangi. Que tenían suerte de vivir más arriba, decía. Como no había una planta de tratamiento de aguas ni nada, seguro

que se les escapaba algún que otro apéndice extirpado y Dios sabe qué más.

—Tonterías —le respondía él como había hecho cientos de veces antes—.
¡Habladurías de mujeres!

Östen había bebido de allí desde que era niño y estaba más sano que ella.

Se puso en cuclillas para meter el cubo en el agua. Le había atado una cuerda al asa para poder sumergirlo y llenarlo del todo antes de sacarlo.

Pero no lograba hundirlo. Había algo que le barrenaba el paso. Algo grande, negro.

« Un tronco empapado, a lo mejor », pensó.

No era habitual encontrarse uno flotando en el agua. Cuando era niño era más usual, porque todavía se bajaban por el río los troncos en almadías.

Metió la mano en el agua helada para apartar el tronco. Parecía que se había enganchado al pantalón. Y no era un tronco, era como de goma o algo así.

—Me cago en... —dijo y dejó el cubo a un lado.

Atacó a dos manos, intentando agarrar el objeto, pero los dedos le fallaban a causa del frío del agua. Entonces la cogió por el brazo y estiró.

« Un brazo », pensó con torpeza.

La cabeza no quería entender.

Un brazo.

Después, en el agujero apareció la cara descompuesta de la chica.

Östen soltó un grito y se puso en pie de un salto.

Un cuervo le contestó en el bosque. Su graznido cortó el silencio. Otros cuervos se animaron también.

Echó a correr hacia la cabaña, resbaló aunque sin llegar a perder el equilibrio.

Marcó el ciento doce. Pero entonces empezó a pensar que el día anterior se había bebido tres vasos de agua con la comida. Y después había tomado café. Había sacado el agua del río, del agujero en el hielo. Y el cuerpo estaba seguramente ahí al lado. Aquella cara blanca descompuesta, la nariz deshecha, los dientes en una boca sin labios.

Alguien respondió a la llamada, pero Östen colgó y empezó a vomitar allí donde estaba. Su organismo expulsaba todo lo que tenía dentro y continuó un buen rato incluso cuando ya no le quedaba nada en el estómago.

Después volvió a marcar el ciento doce.

Nunca más bebería agua del río. Y tardaría varios años en atreverse siquiera a darse un chapuzón después de la sauna.

Miro al hombre que me ha encontrado. Vomita sobre la nieve virgen. Marca el ciento doce y piensa que nunca más volverá a beber agua del río.

Recuerdo el día que morí.

Estábamos muertos, Simon y yo. De pie sobre el hielo. Era por la tarde. Ahora el sol estaba más bajo. La puerta, destrozada, flotaba en el agujero. Vi que por un lado era verde, por el otro negra.

En la ribera había un hombre hurgando en nuestras mochilas.

Un cuervo apareció volando por el cielo. Emitió su característico sonido, como cuando golpeas un barril de petróleo con un bastón. Aterrizó en el hielo, justo a mi lado. Incliné la cabeza y me miró como observan los pájaros, de lado.

«Tengo que ir a ver a Anni», pensé.

Y antes de concluir la frase ya estaba en su casa.

El cambio de lugar me dejó mareada. Era como bajarse de un tiovivo. Ahora ya me he acostumbrado.

Anni estaba preparando masa de tortitas, sentada a la mesa de la cocina batiendo a mano. Me encantan las tortitas.

Anni no sabía que yo estaba muerta. Pensaba en mí mientras batía. Le gustaba imaginarme sentada a la mesa comiendo con buen apetito mientras ella hacía las tortitas en el fuego. Tapó el cuenco de la masa con un plato y lo dejó a un lado para que creciera. Yo nunca llegué. El cuenco con la masa acabó en la nevera. No podía dejarlo mucho tiempo fuera, así que al final preparó las tortitas y las congeló. Todavía están en el congelador.

Pero ahora ya me han encontrado. Ahora ya puede llorarme.

«Nieve», pensó la fiscal del distrito Rebecka Martinsson, y un agradable escalofrío le recorrió el cuerpo cuando se bajó del coche en su patio en Kurravaara.

Eran las siete de la tarde. Las nubes de nieve envolvían al pueblo de Kurravaara en una suave penumbra. Apenas podía distinguir las luces de las fincas más próximas. Y no es que estuviera nevando un poco, es que caía como una cortina. Del cielo descendían unos copos secos, sedosos y fríos como si alguien estuviera barriendo allí arriba.

«La abuela, seguro —pensó Rebecka con media sonrisa—. Seguro que se ha puesto las pilas y está fregando de rodillas todo el suelo del Señor, barriendo y dándole un buen baldeo. A Él le habrá dicho que se quede en el porche.»

La casa de fibrocemento de la abuela parecía esconderse en la oscuridad, era como si aprovechara para echar una cabezada. Sólo la luz exterior que había encima de la escalera verde susurraba: «Bienvenida a casa, chiquilla.»

El móvil tintineó. Rebecka se lo sacó del bolsillo. Mensaje de Måns:

«En Estocolmo no deja de llover —ponía—. La cama, vacía y desolada. Ven. Quiero lamer tus pechos y abrazarte. Besos en todos tus rincones.»

Sintió un cosquilleo.

«Qué tío —le respondió—. Esta noche voy a trabajar, no a pensar en ti.»

Sonrió. Måns era un sol. Lo echaba de menos y lo disfrutaba. Unos pocos años atrás había trabajado para él en el bufete Meijer & Ditzinger. Él opinaba que debería mudarse a la capital y ejercer otra vez de abogada.

—Ganarías tres veces más que ahora —solía decirle.

Rebecka miró hacia el río. En verano estuvieron de rodillas en el pantalán enjabonando las alfombras y pasándoles un cepillo. El sol les hacía sudar. Les bajaban goterones por la espalda y a los ojos desde el nacimiento del pelo. Cuando terminaron de lavarlas, las lanzaron al agua para enjuagarlas. Después se quitaron la ropa y estuvieron nadando con las alfombras como dos alegres perrillos.

Ella intentaba explicarle que así era como deseaba vivir.

—Quiero estar aquí en el jardín, enmasillar las ventanas y de vez en cuando levantar la vista para mirar el río. En verano quiero tomarme el café de la mañana sentada en el porche antes de ir a trabajar. En invierno quiero quitarle la nieve al coche. Quiero tener escarcha en las ventanas de la cocina.

—Puedes seguir teniéndolo —intentaba él—. Podemos subir a Kiruna siempre que quieras.

Pero nunca sería lo mismo. Rebecka lo tenía claro. La casa no se dejaría engañar. El río tampoco.

«Necesito esto —pensaba ella—. Soy muchas personas difíciles a un tiempo. La criatura de tres años hambrienta de amor, la abogada fría como el hielo, la loba solitaria y esa que quiere volverse loca de nuevo, que añora dejarse llevar.

Me va bien sentirme pequeña bajo la aurora boreal y junto al pesado río. Aquí la naturaleza y el universo están tan encima de una. Mis preocupaciones y mis manías se encogen. Me gusta ser insignificante.

» Aquí tengo los estantes forrados con papel de colores y tengo arañas en los rincones y tengo una escoba de cerdas de verdad —pensaba—. No quiero ser una invitada y una extraña. Nunca más.»

De la nevada surgió un vorsteh corriendo a todo galope. Le ondeaban las orejas y tenía la boca abierta como en una feliz sonrisa. Cuando quiso detenerse para saludar derrapó sobre el hielo que había debajo de la nieve.

—Hola, *Bella* —dijo Rebecka con la perra en el regazo—. ¿Dónde está tu amo?

Luego se oyó un grito enfurecido.

—¡Ven aquí, te digo! ¡Aquí! ¿No me oyes?

—Está aquí —gritó Rebecka.

La figura de Sivving tomó forma en la cortina de nieve en cuanto se acercó un poco. Medio corría con las piernas separadas, con miedo a caerse. Su lado cansado iba detrás, casi lo arrastraba, el brazo de ese costado colgaba recto. En la capucha se le había formado un sombrerito de nieve. Rebecka hizo lo que pudo para contener una sonrisa. La verdad es que el hombre tenía un aspecto entrañable. Era grande, pero ahora llevaba un plumón que lo hacía enorme. Y además el montoncito de nieve en la cabeza.

—¿Dónde? —jadeó.

Pero *Bella* ya había vuelto a desaparecer en la nieve.

—Bah, ya volverá cuando tenga hambre —sonrió Sivving—. ¿Tú tienes apetito? Voy a hacer tortas de sangre. También hay para ti.

Bella apareció justo cuando iban a entrar y se les adelantó a bajar al sótano. Hacía varios años que Sivving Fjällborg se había instalado en el cuarto de calderas.

—Siempre encuentras lo que buscas y es fácil mantener el orden —solía decir.

La casa que tenía encima estaba limpia y arreglada y sólo se utilizaba cuando los hijos y los nietos iban de visita. El cuarto de calderas, sin embargo, estaba amueblado de forma austera.

«Acogedor», pensó Rebecka mientras se quitaba los zapatos. Luego se sentó en el sofá de madera que había junto a la mesa plegable.

Una mesa, una silla, un taburete, un sofá de cocina. No hacía falta más. En un rincón había una cama hecha. Y tapando todo el suelo, alfombras de trapos para evitar que el frío subiera.

Sivving estaba junto a la cocina eléctrica con un delantal, que en su día había pertenecido a su esposa, metido en la cinturilla del pantalón, era demasiado barrigudo como para poder atárselo a la espalda.

Bella se había tendido al lado de la cisterna de agua caliente para secarse. El lugar olía a perro mojado, a lana mojada y a suelo de hormigón mojado.

—Descansa un rato —le dijo Sivving a Rebecka.

Ella se tumbó en el sofá de cocina. Era corto, pero si se ponía dos cojines debajo de la cabeza y recogía un poco las piernas resultaba cómodo.

Sivving cortaba rodajas de masa de sangre del grosor adecuado. Echó una porción de mantequilla en la sartén caliente y dejó que se pasara por ella.

El teléfono de Rebecka tintineó. Otro mensaje de Måns.

«Ya tendrás tiempo de trabajar otro día. Quiero agarrarte de la cintura y besarte, subirte a la mesa de la cocina y levantarte el vestido.»

—¿Del trabajo? —preguntó Sivving.

—No, es Måns —dijo Rebecka—. Me pregunta cuándo bajarás para prepararle una sauna.

—Bah, será gandul. Dile que suba y coja la pala. Tanta nieve que tenemos y tan poca compasión. Después nos vendrá el infierno. Díselo.

—Ahora mismo —asintió Rebecka y escribió:

«Mmm... más.»

Sivving echó las rodajas a la sartén. Comenzaron a sofreirse y a salpicar. *Bella* levantó la cabeza y olfateó gustosamente.

—Y yo con este brazo —dijo Sivving—. Al igual me pongo con una sauna. No sé, tal vez tendría que hacer como Arvid Backlund.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Rebecka ausente.

—Si dejas de mirar el teléfono ese un segundo te lo puedo explicar.

Rebecka apagó el móvil. Pasaba muy poco tiempo con su vecino y ya que estaba allí, lo mejor sería estar presente en cuerpo y mente.

—Vive al otro lado de la bahía. La semana pasada cumplió ochenta y dos. Calculó cuánta leña necesitaría para apañárselas el resto de su vida...

—¿Cómo se hace eso? ¿Sabe cuántos años llegará a cumplir?

—¿Quieres un *tupper* para llevarte la comida y cenar en casa? Aquí hay algunos que intentamos conversar.

—¡Perdón! ¡Cuéntame!

—Vale, pues pidió un cargamento de leña y se lo hizo meter por la ventana del salón. Así la tiene bien cerca. Ha solucionado el problema del frío para los próximos inviernos.

—¿En el salón?

—Una montaña de narices en medio del parque.

—Imagino que no tiene mujer —se rió Rebecka.

Compartieron un momento de risas. Las carcajadas la ayudaban a superar los remordimientos de conciencia por no pasar a visitarlo más a menudo y el descontento de Sivving al respecto. La barriga de su vecino saltaba bajo el delantal. A Rebecka le dio un pequeño ataque de tos.

Después Sivving cambió de actitud de repente y se puso serio.

—La verdad es que no tiene nada de malo —dijo en defensa de Arvid Backlund.

Rebecka dejó de reír.

—Ahora por lo menos se las arregla bien en casa —continuó Sivving acalorado—. Claro que podría haber metido la leña en la leñera, como la gente normal y salir una mañana, resbalarse y romperse una pierna. A esa edad ya no vuelves a casa del hospital, te internan directamente. Es fácil reírse cuando eres joven y tienes salud.

Con un golpe dejó la sartén de hierro fundido con las tortas de sangre sobre la mesa.

—¡A comer!

Se sirvieron mantequilla y montones de mermelada de arándano rojo y tocino frito en los platos. Luego pusieron la mantequilla y la mermelada y el tocino sobre las tortas. Comieron sin hablar entre bocado y bocado.

« Tiene miedo », pensó Rebecka.

Le habría gustado decirse lo, explicarle que ella nunca volvería a Estocolmo. Prometerle que le quitaría la nieve del patio y que llegado el momento le haría la compra.

« Yo cuidaré de ti », pensó y lo observó mientras le daba unos tragos largos al vaso de leche.

« Igual que él se ocupó de la abuela —pensó luego y cortó la torta haciendo chirriar el plato con el cuchillo— después de que yo me mudara y la dejara aquí sola. Él le quitaba la nieve y le hacía compañía, a pesar de que al final se volviera pesada y estuviera intranquila, a pesar de que le criticara cómo quitaba

la nieve. Yo quiero ser esa clase de persona, de las que cuidan.»

—Menuda vista me tocó el viernes pasado —dijo Rebecka.

Sivving no respondió. Seguía comiéndose la torta y bebiendo leche como si no la hubiera oído, todavía con el humor un poco torcido.

—Era una vejación sexual —continuó ella sin dejarse importunar por la falta de respuesta—. El acusado había llamado a dos tramitadoras de la Oficina de Empleo y se había masturbado durante la conversación telefónica. Una de las mujeres tiene cincuenta años y la otra más de sesenta y tenían pánico de cruzarse con el acusado. Pensaban que si el hombre descubría quiénes eran y luego las veía en el súper las asaltaría y las violaría. Así que pedí que se les tomara declaración sin la presencia del acusado.

—¿Eso qué significa? —dijo Sivving malhumorado por tener que preguntar, pero demasiado curioso como para no hacerlo.

—El hombre se sentó en la sala contigua a escuchar las declaraciones de las mujeres, así no les veía la cara. Madre mía, lo que les costó a las señoras explicar lo que había pasado. Tuve que presionarlas bastante durante el interrogatorio para reforzar el carácter sexual de la cuestión. Entre otras cosas les pregunté qué era lo que les había hecho pensar que él se estaba masturbando.

Rebecka interrumpió la historia y se metió un trozo grande de tortita en la boca. Masticó sin prisa. Sivving había soltado los cubiertos y esperaba expectante a que continuara.

—¿Y bien? —dijo impaciente.

—Contestaron que habían oído chasquidos rítmicos al mismo tiempo que el hombre jadeaba con pesadez. Una de las señoras dijo que él había tenido un orgasmo, y entonces no tuve más remedio que preguntarle por qué pensaba eso. Respondió que el hombre había empezado a respirar más profundamente y que los chasquidos rítmicos habían aumentado en intensidad mientras él gemía más y más fuerte hasta que dijo: « Ahí viene.» Pobres señoras. Y Hasse Sternlund, de los socialdemócratas de Norrland, estaba allí anotándolo todo, salía humo del bolígrafo, lo que precisamente, no ayudaba mucho.

Sivving dejó de lado el malhumor y emitió un murmullo animado.

—El acusado era un chico temperamental y gordito de unos treinta años —continuó Rebecka—. Juzgado varias veces por vejaciones sexuales. Pero lo negaba de forma insistente y replicaba que tenía asma y que lo que habían oído las señoras de la Oficina de Empleo era un ataque de asma y no los sonidos de una masturbación. Y entonces el abogado defensor va y le pide al acusado que haga una demostración de cómo puede sonar un ataque de asma de los suyos. Tendrías que haber visto las caras del juez y de la comisión. Les estaban entrando tics a todos. El juez simuló un ataque de tos. Se estaban muriendo de la risa y aquello no podía ser más absurdo. Gracias a Dios el chico se negó. Después de la vista, el abogado defensor me confesó que el único motivo por el cual le había

pedido al cliente si podía reproducir su ataque de asma era porque quería ver si podía descolocarme. Como me había visto tan fría y objetiva durante los interrogatorios a las partes demandantes y al acusado... Ahora, cada vez que el abogado me llama por algún asunto de trabajo, siempre pregunta jadeando: «¿Es la Oficina de Empleo?»

—Y ¿condenaron al gordito? —preguntó Sivving dejando caer adrede unos trozos de tocino al suelo que *Bella* se apresuró a engullir sin apenas masticarlos.

Rebecka se rió.

—Claro. Buf. Qué trabajo el mío. Pobres mujeres, intenta tú imitar a alguien mientras se la casca.

—Ni en broma, antes que me metan en la cárcel.

Sivving soltó una carcajada. Rebecka se puso contenta. Al mismo tiempo pensaba en las dos funcionarias de la Oficina de Empleo. Habían mirado a Rebecka con los ojos entornados. Antes de la vista habían pasado un momento por su despacho. Una hablaba con voz rasposa y chillona, marcada por el tabaco y el alcohol. El pintalabios se le subía por las arruguitas del labio superior. Tenía una gruesa capa de polvos sobre los poros de la piel apagada. «Encima esto, justo lo que le faltaba a una», había dicho con la boca tensa. Le había explicado a Rebecka que en su trabajo le hacían el vacío, que un compañero había organizado una comilona de arenque fermentado típico de la zona y que no la había invitado. «Hay un cuchicheo constante a mis espaldas. En la misma comida del año pasado empiné el codo un poquito más de la cuenta y me quedé dormida en la terraza. Todavía hablan de ello. Le mienten al jefe sobre mí y... bueno. Qué mierda. La verdad es que debería denunciarlos a todos.»

Después de la reunión con aquella mujer, Rebecka estaba exhausta. Agotada y deprimida. Se había acordado de su madre. Si no hubiese muerto tan joven, ¿al final se le habría puesto esa voz?

Sivving interrumpió sus cavilaciones.

—Por lo menos parece que tu trabajo es de lo más variado.

—Bueno, no sé, ahora mismo no pasa nada. Conductores borrachos y maltratos todos los días.

Cuando vuelve a casa aún está nevando, aunque con más calma. Ya no cae como una cortina, sino que los copos se mecen en el aire en un hermoso baile, es una nevada que le alegra el cuerpo, grandes copos que se derriten sobre sus mejillas.

Aunque es tarde no ha oscurecido. Las noches claras se aproximan. El cielo se ve gris por las nubes de nieve. Los contornos de las casas y los árboles se ven emborronados, como pintados sobre papel de acuarela mojado.

Ya ha llegado al porche. Se detiene un momento, levanta las manos un poco y vuelve el reverso de la palma hacia arriba. Las estrellas de hielo aterrizan sobre sus guantes, se posan y chispean.

Sin previo aviso, se siente dominada por una alegría pura, blanca. Le cruza el cuerpo como el viento corre por un valle entre montañas. La tierra mana energía. Le sube por las piernas, el tronco, los brazos y le sale por las manos. Rebecka permanece inmóvil, no se atreve a moverse por miedo a espantar ese momento pasajero.

Es una con el resto del mundo; con la nieve, con el cielo; con el río, que corre oculto bajo el hielo; con Sivving, con la gente del pueblo. Con todo. Con todos.

«Pertenezco a esto —piensa—. A lo mejor pertenezco independientemente de lo que quiero o lo que siento.»

Abre la puerta con la llave y sube por las escaleras.

La sensación de plegaria perdura. El cepillado de los dientes y el lavado de la cara son un ritual sagrado, la mente de Rebecka se toma un respiro, ya no hay ajeteo en su cabeza, sólo se oye el sonido de las cerdas al frotar y el agua que sale del grifo. Se pone el pijama como si fuera un traje de bautizo. Se toma su tiempo para cambiar la ropa de cama. La televisión y la radio están ciegos y en silencio. Mãos la llama una vez al móvil, pero ella no contesta.

Se tumba entre las sábanas que huelen a limpio y que tienen ese tacto un poco terso y crujiente de recién estrenado.

«Gracias», piensa.

Siente pinchazos en las manos, las tiene calientes como las piedras de una sauna, pero no es desagradable.

Se duerme.

Hacia las cuatro se despierta. Fuera ya es de día, la nevada debe de haber seguido su camino. Hay una chica joven sentada en la cama. Está desnuda. Lleva dos aros en la ceja y tiene pecas en la piel. Su pelo rojo está empapado, el agua le cae por la espalda como un arroyo. Cuando habla también le sale agua sin parar de la boca y la nariz.

«No fue un accidente», le dice a Rebecka.

«No —responde ella y se incorpora—. Lo sé.»

La chica levanta una mano hacia Rebecka. La piel se ha desvanecido, la sangre se ha agotado, los nudillos le sobresalen de la carne gris, le faltan el

meñique y el pulgar.

La chica se mira la mano con compasión.

« Me rompí las uñas con el hielo cuando intentaba salir» , dice.

Rebecka tiene la sensación de que la chica va a desaparecer.

« Espera» , grita.

Va tras ella. La chica corre entre los abetos de un bosque. Rebecka intenta alcanzarla, pero la nieve es profunda y húmeda, se hunde hasta las rodillas.

Después está de pie junto a la cama. La voz de su madre resuena en su cabeza: « Ya vale, Rebecka. Relájate.»

« Sólo ha sido un sueño» , se dice. Se tumba en la cama otra vez y se deja llevar por otras ensoñaciones: un cielo abierto por encima de la cabeza, pájaros negros que alzan el vuelo desde las copas de los árboles.

Busco a la fiscal. Es la primera que me ha visto desde que he muerto. Tiene el canal abierto. Me ve claramente cuando me siento en su cama. Su abuela está presente en la pequeña habitación. Ella es el primer muerto que veo desde que yo misma fallecí. Bueno, antes tampoco había visto ninguno. La abuela me clava la mirada. Aquí no se puede entrar y salir de cualquier manera y perturbar la calma, la fiscal tiene una protectora muy fuerte. Le pido permiso para hablar con su nieta.

No tengo ninguna intención de asustar ni de alterar. Sólo quiero que encuentren a Simon. No tengo adónde ir. No soporto verlos. Anni se pasea por su casa rosa de fibrocemento limpiando y mirando por la ventana hacia la carretera. Pasa días enteros sin hablar con nadie. A veces coge el trineo y recorre un tramo del camino que lleva al pueblo, a veces hace de tripas corazón para subir las escaleras hasta mi habitación y mirar mi cama.

La madre de Simon observa con odio a su padre mientras él engulle la comida y se apresura a marcharse de casa. Están apáticos y no cruzan palabra. Él no la soporta. Al principio ella intentaba hablar, lloraba y lo despertaba por las noches. Ha dejado de hacerlo. Él cogía la almohada y se iba al salón a tumbarse en el sofá. Cuando ella le suplicaba que dijera algo, él respondía que tenía que levantarse para ir a trabajar al día siguiente. Ella ha agotado todas las acusaciones y súplicas posibles. Necesita enterrar a su niño.

Les dice a las demás señoras que es como si a él le diera lo mismo. Pero yo veo los temerarios adelantamientos que hace. En invierno los camiones le pitaban cuando intentaba adelantar en la polvareda de la nieve. Cualquier día de éstos se mata con el coche.

Cruzo el pueblo. La noche es clara. La nieve virgen ha cubierto todo el manto de nieve compacta que había y que ya estaba sucia, marrón de tierra y gravilla.

Hjalmar Krekula está despierto. Ha salido al patio y parece un oso que ha disfrutado de la abundancia del verano. Sólo lleva puestos unos calzoncillos largos y una camiseta. Dos cuervos se han posado en su tejado, emiten sus roncosp graznidos. Hjalmar intenta espantarlos; va a buscar leña menuda de la leñera y la lanza contra los animales. No se atreve a gritar y armar escándalo, el pueblo está durmiendo. Está desvelado y por dentro maldice los pájaros negros y la luz y quizá también maldice algo inapropiado que ha comido.

Los cuervos alzan el vuelo batiendo las alas y se posan sobre un gran abeto. No se podrá deshacer de ellos. Y esta noche han encontrado mi cuerpo. A lo mejor empiezan a hablar en el pueblo. Por fin.

VIERNES

17 DE ABRIL

—¡Me cago en la puta!

Krister Eriksson, inspector jefe y guía de perros policía, dio un portazo después de bajarse del coche y maldijo en voz alta en el aire invernal.

Tintin, su pastor alemán negra, husmeaba por la nieve virgen del aparcamiento de la comisaría.

—¿Qué tal?—le preguntó alguien por detrás.

Era Rebecka Martinsson, la fiscal. Su pelo largo y moreno colgaba suelto por debajo del gorro de lana. Iba sin maquillar y llevaba vaqueros, lo cual quería decir que hoy no tenía vista.

—El coche —sonrió Krister Eriksson, ruborizado por el taco que había saltado—. No se quiere poner en marcha. Han encontrado a Wilma Persson, la chica que desapareció el otoño pasado.

Rebecka negó interrogante con la cabeza.

—Ella y su novio desaparecieron a principios de octubre —le recordó Krister—. Jóvenes los dos. Se cree que habían salido a hacer una inmersión, pero nadie sabía dónde.

—Ya lo recuerdo —dijo Rebecka—. Vaya, ¿los han encontrado?

—No, sólo a ella. En el río Torneälven, corriente arriba, pasado Vittangi. Fue un accidente de submarinismo, tal como se sospechaba. Anna-Maria me ha llamado y me ha pedido que suba con *Tintin* para ver si el chico aparece por la zona.

La inspectora jefa Anna-Maria Mella era la jefa de Krister.

—¿Cómo está Anna-Maria? —preguntó Rebecka—. Hace tiempo que no hablo con ella, aunque trabajamos en el mismo edificio.

—Pues bien, ya sabes, con la casa llena de críos. Está bastante ocupada. Como la mayoría, supongo.

Le pareció que Rebecka veía a través de su cuerpo, como si supiera que estaba mintiendo. Anna-Maria no estaba bien en absoluto.

—Ya no hay el buen ambiente de antes entre ella y los demás compañeros —añadió—. En cualquier caso, le he dicho que lo cierto es que *Tintin* ya no trabaja. Va a tener cachorros dentro de poco, aunque la puedo sacar a dar una vuelta. También quería llevarme al perro nuevo, para que pruebe el hocico. No molestará. Si no encontramos nada pueden llevar a otro perro, si quieren, pero el más cercano está en Sundsvall, así que...

Señaló el interior del coche con la cabeza. En el maletero había dos jaulas y en una de ellas un pastor alemán de color chocolate.

—Qué bonito —dijo Rebecka—. ¿Cómo se llama?

—*Roy*. Sí, guapo sí que es. Habrá que ver si podemos sacar algo de él. No

puedo tenerlo fuera al mismo tiempo que *Tintin*, la atosiga y la acelera; y ahora tiene que estar tranquila hasta que tenga los cachorros.

Rebecka miró a *Tintin*.

—He oído que es buena —dijo—. Encontró al cura de Vuolusjärvi y el rastro de Inna Wattrang. Increíble.

—Pero cierto —dijo Krister Eriksson girando un poco la cara para ocultar su sonrisa de orgullo—. Siempre la comparo con mi perro anterior, *Zack*. Para mí fue un honor trabajar con él. Me enseñó mucho, sólo tenía que seguirlo. Yo era muy joven y no entendía nada. Después he podido adiestrar a *Tintin*.

La perra alzó la vista en cuanto oyó su nombre y se les acercó. Se sentó delante de la puerta del maletero del coche de Krister y se lo quedó mirando como diciendo: « Bueno, ¿qué? ¿En marcha?»

—Sabe que vamos a trabajar —dijo Krister—. Le parece muy divertido.

Se giró hacia *Tintin*.

—No podemos —le dijo—. El coche no arranca.

La perra ladeó la cabeza y parecía reflexionar sobre lo que le había dicho. Después se tumbó en la nieve con un suspiro de resignación.

—Llévate el mío —le propuso Rebecka.

Se dio cuenta de que estaba hablando con *Tintin* y enseguida se dirigió a Krister.

—Perdón —dijo—. Al fin y al cabo eres tú quien conduce. Hoy no lo necesito.

—No, pero no puedo...

Rebecka le puso la llave de su Audi A4 Avant en la mano. Krister se aseguró unas cuantas veces más de que de verdad ella no necesitaba el coche en toda la mañana. Tenía que haber algún otro modo de arreglarlo, por ejemplo que bajaran los otros a recogerlos y punto.

—¿No puedes, simplemente, darme las gracias? —dijo ella—. Me voy adentro. A menos que necesites ayuda para cambiar las jaulas. ¡Idos! Os están esperando.

Krister le dijo que se las apañaba solo con las jaulas, así que ella se metió en el edificio. Se despedió con la mano antes de cruzar la puerta.

Ni siquiera le dio tiempo a quitarse el abrigo antes de que Krister llamara a la puerta de su despacho.

—No puedo —dijo—. Cambio automático, no puedo con eso.

Rebecka esbozó media sonrisa.

« Esto no pasa a menudo », pensó él al verla.

Otras mujeres sonreían todo el día, estuvieran contentas o tristes. Pero ésta, no. Además no sonreía con la boca, no, tenía que mirarla profundamente a los ojos. Cuando Rebecka lo miraba una melodía alegre sonaba allí al fondo.

—¿Y *Tintin*? —preguntó Rebecka.

—No, ella también está acostumbrada al cambio manual.

—Es muy fácil, sólo tienes que...

—¡Lo sé! —la interrumpió—. Todo el mundo lo dice, pero... Es que... ¡no!

Rebecka lo observó un momento. Él la miraba sin reparos, sin vergüenza.

Aguantaba la mirada.

Ella sabía que estaba delante de un lobo solitario.

« No sólo por su aspecto » , pensó.

Krister Eriksson tenía cicatrices de graves quemaduras en la cara. Según le habían contado, eran consecuencia de un incendio en su casa cuando era adolescente.

La piel mostraba manchas rosadas y blanquecinas, el borde superior de las orejas era como una hoja de abedul arrugada, no tenía pelo, cejas ni pestañas y la nariz era dos orificios en la cabeza.

—Pues te llevo —dijo al fin.

Se esperaba una nueva protesta por parte de Krister, que empezara a decirle que era su horario de trabajo, que seguro que tenía otras cosas que hacer.

—Gracias —le dijo con una sonrisa un poco traviesa en señal de que había aprendido la lección.

Durante el trayecto en coche, el día cambió y empezó a hacer calor. La respiración cálida del sol hacía que cayeran gotas de los enjutos abetos y de las ramas de los abedules, que ya habían adoptado un color violáceo. Se habían abierto grietas en el río alrededor de las piedras donde ahora se veía agua. El hielo había empezado a desprenderse de las orillas. Por la noche el frío volvería, todavía no se había rendido.

Rebecka Martinsson y Krister Eriksson se metieron por caminos de bosque al norte del río Torneälven. Si los compañeros de la policía no hubieran marcado el trayecto con las cintas rojas de plástico habría sido prácticamente imposible llegar al destino en aquella región inhóspita. Los caminos se bifurcaban sin parar.

La barrera que regulaba el paso a la zona de veraneo en Pirttilahti estaba abierta. Era un saliente de tierra poblado con diversos tipos de casetas de madera y casas unifamiliares, cabañas y un gran número de letrinas exteriores. Todo levantado de improviso, construido donde hubiera sitio. Había además una vieja barraca de madera roja sobre ruedas con marcos de color verde oscuro. Estaba subida a unas traviesas de ferrocarril también de madera y, por dentro, las ventanas estaban tapadas con cortinas de flores con volantes. Al verla, Rebecka comenzó a imaginarse los integrantes cansados de un circo ambulante. En varios sitios habían clavado tablones de madera entre dos abetos. De ellos colgaban columpios con cuerdas envejecidas o redes de pescar dañadas que soportaban el peso de los trozos de hielo que aún no se habían derretido con el sol de la primavera. Apoyada en las paredes de las cabañas, se acumulaba leña vieja que ya casi no valía la pena aprovechar para hacer fuego. Había cosas de «por si acaso» por todos lados: parte de un antiguo puente, un bonito portón de madera desvencijado recostado en un árbol, varios montones de madera cubiertos con lona impermeable, pilas de adoquines y ladrillos gastados, piedras de afilar, un farol de calle, un viejo tractor, lana de vidrio, una cama de hierro.

Y muchas barcas entre los árboles, cubiertas de nieve y puestas bocabajo; de madera o plástico y de distintas calidades.

De la playa salía un pantalán que se metía en el agua. El embarcadero flotante estaba en tierra. Por allí cerca merodeaban los policías y los técnicos.

—¡Qué sitio! —dijo Rebecka encantada y apagó el motor.

Inmediatamente, *Tintin* y *Roy* empezaron a aullar y a ladrar excitados.

—Hay quien siempre se alegra de trabajar —dijo Krister riendo.

Bajaron enseguida del coche.

La inspectora jefa Anna-Maria Mella se les acercó.

—Qué jaleo —saludó con alegría.

—Se mueren de ganas de trabajar —dijo Krister—. No he querido hacerles callar porque esto tiene que ser una experiencia positiva para ellos. Pero no estoy seguro de que sea bueno para *Tintin*. No debería acelerarse tanto, ahora que va a tener cachorros. Ha de ponerse en marcha y a para calmarse. ¿Por dónde quieres

que busquemos?

Anna-Maria miró hacia el río.

—Los técnicos acaban de llegar. Están allí abajo, en el pantalán, pero yo había pensado que tú y *Tintin* podríais echar un vistazo por la orilla del río. La chica estaba haciendo submarinismo con su novio, así que en algún sitio tiene que estar. Quizá el agua lo haya dejado en tierra por aquí cerca, yo qué sé. Pero si miras un poco corriente arriba y corriente abajo... así después podemos subir a mirar los rápidos. Algunas personas se sumergen en los rápidos para recoger cebos, un buen Rapala puede costar ciento cincuenta coronas, si reúnes unos cuantos... Lo dicho, qué sé yo, los jóvenes siempre necesitan dinero. Qué puta tragedia, toda la vida por delante. Las familias nos agradecerán que los encontremos a los dos.

Krister Eriksson asintió con la cabeza.

—Dejaré que *Tintin* se dé un paseo —dijo—. Pero tres kilómetros no. Después sacaré a *Roy*.

—Si quieres podríamos dejarla que busque por aquí en la punta y después arriba, en los rápidos. Allí el agua no está helada y más tarde podemos pasar al otro lado. Tengo algunos agentes que están fuera buscando el coche de los chicos, pero no se acercarán a la orilla del río. Cien metros, les he dicho.

Krister Eriksson asintió conforme. Sacó a *Tintin* del coche y le puso el chaleco de trabajo.

La perra se calló, comenzó a dar vueltas entre sus piernas y Krister tuvo que desenredarse de la correa.

Cuando bajaba hacia la punta con una pastor alemán alterada, aullando y tirando de la correa, Anna-Maria Mella se giró hacia Rebecka.

—¿Cómo has acabado tú aquí?

—Sólo soy la chófer —dijo Rebecka—. El coche de Krister no arrancaba.

Se observaron la una a la otra durante un largo segundo. Después dijeron al mismo tiempo:

—¿Qué tal?

Y Anna-Maria respondió:

—Bien, todo bien.

Rebecka la miró con atención. La inspectora jefa Anna-Maria Mella era bajita, medía un metro y medio, pero Rebecka nunca la había visto pequeña. Hasta ahora. Casi parecía que fuera a desaparecer dentro de su gran abrigo de piel negro. El pelo largo y rubio centeno le colgaba por la espalda en una gruesa trenza, como de costumbre. A Rebecka le chocó la idea de que la había visto muy pocas veces en los últimos meses, en el último año. El tiempo pasaba deprisa. Se le veía en los ojos que no todo iba bien. Un año y pico antes, Anna-Maria Mella y su compañero Sven-Erik Stålnacke estuvieron implicados en un tiroteo y ambos se habían visto obligados a disparar y matar. Anna-Maria era la responsable de

que hubieran terminado en aquella situación, no había querido esperar los refuerzos.

«El otro está enfadado, evidentemente —pensó Rebecka—. Y ella debe sentirse mal, y con razón, porque la culpa fue suya», continuó cavilando. Anna-Maria había puesto en peligro tanto su propia vida como la de su compañero. Había un caballo salvaje dentro de esa madre de cuatro hijos, pero ahora el caballo estaba herido.

—Tirando —respondió Rebecka a la pregunta de Anna-Maria de cómo le iba a ella.

La inspectora observó a Rebecka Martinsson. La verdad es que sí tenía pinta de ir tirando. Lo cual era infinitamente mejor que antes. Seguía igual de delgada, pero y a no estaba tan pálida ni daba tanta pena. Estaba haciendo un buen trabajo en la fiscalía. Mantenía alguna especie de relación con su ex jefe de la época en Estocolmo. Aunque no era como para echar cohetes: el tipo era un ricachón de aquellos que se deslizaban por la vida consiguiéndolo casi todo a base de encanto e imagen. Bebía demasiado, cualquiera podía darse cuenta. Pero si Rebecka iba tirando con eso, pues...

Desde la playa un técnico llamó a Anna-Maria. Iban a llevarse el cuerpo. ¿Quería verlo? Anna-Maria gritó «ya voy» y se volvió otra vez hacia Rebecka.

—Quiero echarle un vistazo —le dijo—. Me siento mejor si he visto a la víctima cuando luego tengo que hablar con los familiares. Normalmente, quieren ver a sus muertos, asegurarse de que es justo su hija la que hemos encontrado. Por eso es bueno saber en qué estado se encuentran. Me puedo imaginar el aspecto que tiene. Lleva en el agua desde el otoño pasado.

De repente se quedó callada. ¿Cómo se atrevía a hablar así de cadáveres delante de Rebecka Martinsson? Rebecka había matado en defensa propia. A tres hombres. A uno le había hundido el cráneo y a los otros dos les había disparado. Después de aquello le dieron la baja por depresión. Casi dos años después, cuando Lars-Gunnar se quitó la vida y la de su hijo, fue demasiado para ella. Entonces ingresó en el psiquiátrico.

—Estoy bien —dijo Rebecka como si le hubiese leído el pensamiento—. ¿Puedo verla y o también?

La piel de la cara de la chica estaba blanca y enmohecida. Una de las manos no tenía guante de buceo y estaba totalmente descompuesta; la carne se había despegado de los huesos y dejaba al descubierto el esqueleto. Le faltaban el meñique y el pulgar. La nariz también, igual que la mayor parte de los labios.

—Se ponen así —dijo uno de los técnicos— cuando llevan mucho tiempo en el agua. La piel se vuelve frágil y se ablanda y como van a la deriva chocan contra cosas. Se desprenden la nariz y las orejas y demás. Además puede ser que los lucios la hayan estado mordisqueando. Habrá que ver cómo se aguanta

cuando el forense corte el traje de neopreno. ¿Se la queda Pohjanen?

Anna-Maria asintió con la cabeza sin quitar los ojos de Rebecka, que miraba la mano descompuesta como hechizada.

El inspector jefe Sven-Erik Stålnacke detuvo su Volvo a cierta distancia, bajó y llamó a Anna-Maria:

—Hemos encontrado el coche de los dos jóvenes. En los rápidos.

Se les acercó separando las piernas con cuidado, como todo el mundo, para no resbalarse.

—Estaba en la zona de tala —informó—. A ciento cincuenta metros de los rápidos. Supongo que se adentraron todo lo que pudieron para no tener que cargar mucha distancia con el pesado equipo de buceo.

Se puso una mano en la nuca en un gesto pensativo.

—Con el invierno ha quedado sepultado bajo la nieve. Ya han empezado a quitarla. Es lo que nos parecía tan raro, cuando desaparecieron en otoño, que nadie hubiera visto el coche por ninguna parte. Pero claro, si ha estado metido en el bosque y cubierto de nieve... Ni siquiera la gente que cruzaba el río en motonieve se daba cuenta de que estaba allí. Pero el chico debía de ser muy hábil para llevar el coche tan lejos, la bajada hacia los rápidos está talada, pero hay mucho tocón y piedra suelta.

Rebecka pareció despertarse de su trance ante la chica muerta.

—A lo mejor conducía ella —propuso señalando el cadáver con la cabeza—. Según todas las estadísticas, las mujeres conducen mejor que los hombres.

Sonrió ligeramente mirando a Sven-Erik.

En una situación normal, Sven-Erik hubiera dado un bufido y se le habrían puesto tiesos todos los pelos de su bigote cano. Habría dicho que hay mentiras, mentiras y estadísticas muy malas, y luego le habría preguntado a Rebecka quién le había dado permiso para hablar. Habría soltado una buena carcajada él solo mientras ella y Anna-Maria miraban al cielo.

En cambio, se limitó a decir:

—Por supuesto, podría ser así.

Y le preguntó a Anna-Maria Mella qué quería que hicieran con el coche.

«Vaya —pensó Rebecka—. Sí que se ha enfriado la cosa entre estos dos.»

—No hay sospecha de crimen —dijo Anna-Maria—. Si podemos conseguir una copia de la llave, llévatelo a la ciudad.

—Haremos un intento —dijo Sven-Erik poco convencido—. Primero habrá que sacarlo al camino, si no...

—Un intento es todo lo que pido —dijo Anna-Maria Mella con un atisbo de acritud en la voz.

Sven-Erik dio media vuelta y se marchó. En ese mismo momento volvía Krister Eriksson.

—Oh —dijo Anna-Maria decepcionada—. Me había hecho ilusiones de que

la oiría ladrar.

—No, no ha encontrado nada. Voy a dar una vuelta con *Roy*, pero no creo que el chico esté aquí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Anna-Maria.

Krister Eriksson se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Pero voy a dar una vuelta con *Roy*, a ver.

Acarició a *Tintin* y la elogió. Después abrió la puerta del maletero del coche de Rebecka y dejó que los perros cambiaran de sitio. *Roy* no podría creérselo. Empezó a hacer el baile de la felicidad del rastreo hasta que no supo qué hacer con toda aquella alegría en su cuerpo canino, así que se sentó y bostezó abriendo bien la boca.

A *Tintin* no le hacía ninguna gracia el cambio. Ladraba desesperada dentro del coche. ¿De verdad ese de ahí, ese mierdecilla, se iba a ir con el amo a trabajar y divertirse mientras ella, la perra alfa, se quedaba encerrada? Inaceptable, inaceptable.

Sus agudos ladridos atravesaban la chapa del vehículo y la perra se movía nerviosa por la jaula.

—Eso no es bueno —dijo Krister mirándola por la ventana trasera del coche—. No se puede poner nerviosa. Lo siento, Anna-Maria, pero esto no funciona.

—¿Le pongo la correa y me la llevo de paseo? —preguntó la inspectora—. Si puede estar fuera...

—Será peor.

—Yo puedo llevármela a la ciudad —dijo Rebecka—. ¿Crees que así se calmaría?

Krister se la quedó mirando. Ahora que el sol calentaba se había quitado el gorro. Tenía el pelo un poco alborotado. Esos ojos de color arena. La boca, quería besar aquella boca. Rebecka tenía una cicatriz que le corría por el labio superior y la nariz, de cuando Lars-Gunnar Vinsa la tiró por la escalera del sótano. Muchos decían que estaba fea, que antes era guapa y sentían pena por cómo había quedado. Pero a él le gustaba la cicatriz. La hacía parecer vulnerable.

El deseo le cruzó el cuerpo como una jeringa de agua caliente. Ella debajo a cuatro patas. Él enredando una mano en su pelo, la otra sobre su cadera. O ella se le monta encima a horcajadas. Él le pone las manos sobre los pechos mientras dice su nombre. Un mechón de ese pelo se le ha pegado a la cara con el sudor. O ella debajo, las rodillas recogidas. Él la penetra. Ahora despacio.

—¿No crees? —le volvió a preguntar—. Se puede quedar en mi despacho, a nadie le importará y pasas a buscarla cuando hayáis terminado.

—Vale —dijo dejando caer la mirada y clavándola en el suelo por miedo a que ella pudiera verlo por dentro—. Me parece bien.

Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke estaban al lado del coche, el Peugeot 305 que habían hallado cerca de la orilla del río.

—He encontrado la llave —dijo Sven-Erik—, pensé que serían como los que vienen a buscar bayas. Prefieren no llevarse la llave porque, si la pierden en el bosque, la vuelta a casa es un infierno. En medio de la nada. Yo suelo esconder la mía dentro del parachoques de atrás. Ellos la habían dejado encima de la rueda, debajo del faro.

—Ya —dijo Anna-Maria con paciencia.

—En cualquier caso, había pensado sacarlo al camino antes de que la nieve se ablande del todo con el calor. Como hay mucha piedra y eso...

Anna-Maria echó un vistazo forzado al reloj de su móvil. Sven-Erik fue al grano.

—Cuando arranqué, el coche se puso en marcha, sin problemas.

—Ah.

—Pero...

Levantó el dedo para subrayar que ya había llegado al punto que quería comentar con ella.

—... pero la gasolina se ha acabado al instante. Apenas quedarían unas gotas en el depósito. Pensé que querías saberlo.

—¿Por?

—O sea, se habían quedado tirados. No habrían podido volver a Piilijärvi. La gasolinera más cercana es la de Vittangi.

Anna-Maria emitió un mugido de sorpresa.

—No deja de ser extraño —insistía Sven-Erik—. No eran bobos, ¿no? ¿Cómo pensaban volver a casa?

—Bueno —dijo Anna-Maria encogiéndose de hombros.

—Ya —dijo Sven-Erik con evidente irritación porque ella no compartiera sus reflexiones acerca del depósito vacío—. Pensé que a lo mejor te interesaba.

—Claro —intentó Anna-Maria—. Quizá alguien le sacó la gasolina al coche mientras estaba aquí parado en invierno. Algún conductor de motonieve por ejemplo.

—La tapa del depósito no tiene un rasguño. Pero es evidente que si yo he podido encontrar la llave, cualquiera puede hacerlo. De todos modos, es raro.

—¿Ha ido bien?

Krister Eriksson llamó a la puerta abierta del despacho de Rebecka Martinsson. Se quedó en el umbral. Esta vez se tomó su tiempo en echar un vistazo a su lugar de trabajo. El escritorio rebosaba de informes de delitos. En el sillón de las visitas había una caja de cartón lleno de material de investigación de un caso financiero. Quedaba patente que aquella mujer trabajaba todo lo que podía. Pero eso ya lo sabía, todos los de la comisaría lo sabían. Cuando ocupó su cargo en Kiruna había empezado a hacer vistas a tal ritmo que los demás abogados de la ciudad se lamentaban. Y pobre del policía que le entregara un informe con carencias, porque entonces ella lo perseguía, le plantaba la normativa de complementación delante de las narices y lo llamaba por teléfono e insistía hasta que hacía lo que ella quería.

Rebecka levantó la vista del informe sobre el conductor borracho.

—Muy bien —dijo—. Y ¿vosotros? ¿Lo habéis encontrado?

—No. ¿Dónde tienes a *Tintin*?

—Aquí —dijo Rebecka apartando la silla giratoria—. Está tumbada debajo de la mesa.

—¿Qué? —exclamó Krister Eriksson con una gran sonrisa y luego se agachó—. Oye, tú, señorita, ¿en media tarde ya vas y te olvidas de tu amo? En cuanto me has oído por el pasillo deberías haberte levantado de un salto y salido a mi encuentro.

Cuando Krister Eriksson se agachó para hablar con la perra, ésta se levantó y se le acercó moviendo la cola con sutileza.

—Mírala —dijo Krister Eriksson—. Ahora se avergüenza de no haberme mostrado el debido respeto.

Rebecka le sonrió a *Tintin*, que encorbaba sumisa la espalda y trataba de lamerle las comisuras de la boca a su amo. Después pareció acordarse de repente de Rebecka. Volvió deprisa junto a ella, se sentó a su lado y le puso la patita en la rodilla. Después volvió a donde Krister.

—Hay que joderse —dijo él—. Primero se queda debajo de tu mesa aunque me oiga llegar. Y ahora esto. Te está haciendo los honores en toda regla. En realidad es perra de un solo amo. Lo que ha hecho es muy poco frecuente.

—Me gustan los perros —dijo Rebecka.

Lo miró a los ojos sin apartar la mirada. Él se la aguantó.

—Hay mucha gente a la que le gustan los perros —dijo—. Pero es evidente que tú les gustas a ellos. ¿Te vas a hacer con uno pronto?

—Puede —dijo ella—. Pero es como si tuviera a los perros de mi infancia metidos en la cabeza. Es difícil encontrar esos antiguos perros de caza tan inteligentes. Además, yo no cazo. Quiero un perro que en invierno corra suelto por el pueblo, y ahora ya no te dejan; cuando yo era pequeña, sí. Lo entendían todo. Y cazaban musarañas en los campos cosechados.

—¿Y uno como éste?—preguntó Krister mirando a *Tintin*—. ¿No te gustaría?

—Seguro. Es muy bonita.

Pasaron unos segundos muy largos. *Tintin* se sentó entre los dos y fue paseando la mirada de uno a otro.

—Bueno —dijo Rebecka para romper el silencio—. Al final no lo habéis encontrado.

—No, pero yo ya lo sabía desde el principio.

—¿Cómo podías saberlo? ¿A qué te refieres?

Krister Eriksson miró por la ventana. El sol en el cielo azul claro ablandaba la costra de hielo que había sobre la nieve. Los carámbanos colgaban en bellas hileras de las copas e iban soltando gotas de agua, los árboles reclamaban la primavera.

—No lo sé —dijo—. A veces tengo ese tipo de presentimientos. A veces sé que la perra está a punto de encontrar algo antes de que empiece a ladrar. Cuando estoy... cómo decirlo... abierto quizá sea la palabra correcta. Una persona es algo importante, somos más de lo que creemos. Y la madre tierra no es una piedra muerta. Ella también está viva. Si hay un cadáver en la naturaleza, se siente en el lugar, los árboles vibran por el conocimiento, las piedras lo saben, la hierba. Afecta. Y para percibirlo basta con...

Terminó la frase encogiéndose de hombros.

—Como la gente que va con la varilla de zahorí buscando agua —intentó Rebecka y sintió que las palabras salían con torpeza de su boca—. En verdad no necesitan la horqueta esa. Lo llevan dentro.

—Sí —dijo Krister en voz baja—. Quizá es algo por el estilo.

Miró a Rebecka con ojos analíticos, con la sensación de que quería decirle algo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Krister.

—La chica a la que han encontrado —dijo Rebecka—. Soñé con ella.

—¿Sí?

—Bah, no es nada. Me voy a casa. ¿Queréis que os lleve?

—No, pero gracias de todos modos. Un amigo viene a echarme una mano con el coche. O sea que viste a Wilma.

—Soñé con ella.

—¿Qué crees que quería?

—Fue un sueño —repitió Rebecka—. ¿No dicen que todas las personas que aparecen en tus sueños eres tú mismo?

Krister Eriksson sonrió.

—Adiós —se limitó a decir.

Y desapareció con la perra.

Anna-Maria Mella condujo sola los sesenta kilómetros que había hasta Piilijärvi, al sudeste de Kiruna. La nieve se había derretido por la carretera, sólo quedaba una lengua de hielo en el centro de la calzada. Iba a contarle a Anni Autio, la bisabuela de Wilma Persson, que habían encontrado a Wilma, que estaba muerta. Le habría ido muy bien tener a Sven-Erik a su lado, pero ahora las cosas estaban como estaban. Él no le perdonaba lo del tiroteo mortal en Regla.

—Y ¿qué coño puedo hacer yo al respecto? —dijo Anna-Maria en voz alta dentro del coche—. Que se jubile pronto, así se libraré de mí. Así podrá quedarse en casa con Airi y sus gatos.

Pero a Anna-Maria le pesaba, lo notaba. Estaba acostumbrada a bromear y hablar con todos los compañeros. Antes siempre era agradable llegar al trabajo. Ahora...

—¡Ya no es tan divertido! —dijo en voz alta y tomó la salida de la carretera que enlazaba la autovía E10 con el pueblo.

Y la situación no mejoraba. Últimamente le costaba un poco preguntar a los demás si se apuntaban a comer fuera. Cada vez era más frecuente que al mediodía se marchara a casa y se comiera en soledad un bol de cereales muesli con leche agria. Había empezado a llamar a Robert desde el trabajo, durante el día, para hablar de cualquier cosa. O le pedía recados: «¿Te has acordado de ponerle guantes extra a Gustav para la guardería?», «¿podrías pasarte por el súper de camino a casa?»

Anni Autio vivía en una casa rosa de fibrocemento en el centro del pueblo, cerca del lago. La escalinata estaba barnizada en un tono oscuro, le habían quitado la nieve y había gravilla abundante en cada peldaño. La barandilla era de hierro pintado de negro. En la puerta de entrada había un cartel pegado con una chincheta, escrito a mano y plastificado. Decía:

LLAMA
Y ESPERA.

Tardo mucho en llegar a la puerta.

Pero ESTOY en casa.

Anna-Maria llamó al timbre. Y se quedó esperando. Había unos cuervos jugando en las corrientes de aire caliente que se creaban sobre el lago. Se los veía negros y grandiosos contra el cielo azul. Sus graznidos perduraban varios segundos. Uno de ellos giraba sobre su propio eje. Entre ellos no había tristeza alguna.

Siguió esperando. Sentía cómo cada célula de su cuerpo quería dar unos pasos hacia el coche y marcharse de allí, aplazar el encuentro con la desolación de otra persona.

Un gato cruzó el patio despreocupado, descubrió a Anna-Maria y aceleró la marcha. Sven-Erik era amante de los gatos. Anna-Maria empezó a pensar en él otra vez. Era tan bueno en ese tipo de cosas: explicar lo más difícil de asimilar, dar apoyo y consuelo.

«Que le den», pensó.

—Joder —dijo en voz alta para ahuyentar los pensamientos desagradables.

En ese mismo instante se abrió la puerta. Una mujer flaca, con la espalda caída, de unos ochenta años, se sujetaba a la manilla con las dos manos. Su pelo blanco colgaba en una trenza finísima sobre la espalda. Llevaba una camisa de punto de hombre encima de un sencillo vestido azul con botones de arriba abajo. En las piernas llevaba medias de nylon gruesas y en los pies unas zapatillas de piel de reno acabadas en punta.

—Perdón —dijo Anna-Maria con una sonrisa avergonzada—. Estaba pensando en mis cosas.

—Sí, sí —dijo amablemente la anciana—. Estoy tan contenta de que te hayas esperado. No sabes qué pocos son los que tienen la paciencia de esperar aunque haya puesto el cartel. Cuando por fin logras llegar a la puerta sólo ves cómo se aleja el coche. Te entran ganas de pegarles un tiro. Primero te alegras porque crees que vas a poder hablar un rato con alguien y luego te quitan el caramelo de la boca. Los testigos de Jehová, éstos siempre se quedan.

Soltó una carcajada.

—Y ahora ya no soy tan escrupulosa. Les dejo que hablen. Pero tú no eres religiosa, ¿no? ¿Vendes lotería?

—Anna-Maria Mella, de la policía de Kiruna —se presentó—. ¿Es usted Anni Autio?

La sonrisa se borró de la cara de la mujer.

—Habéis encontrado a Wilma —dijo.

Anni Autio se apoyaba en las paredes y en las sillas estratégicamente colocadas, mientras poco a poco iba avanzando por delante de la inspectora jefa hasta llegar a la cocina. Anna-Maria se quitó las botas de invierno en el recibidor, que estaba casi totalmente ocupado por un arcón congelador. Aceptó la propuesta de café. La cocina parecía no haber sufrido reformas desde los años cincuenta, el grifo temblaba y las tuberías repicaban mientras Anni llenaba la cafetera. Los armarios eran de color verde y llegaban hasta el techo. En la pared había fotos apretujadas entre versos de Edith Södergran y Nils Ferlin, dibujos infantiles pintados con rotulador tan descoloridos que apenas se podía saber lo que representaban, cuadros en miniatura con pajaritos y variedades de hojas antiguas enmarcadas.

—No hemos podido localizar a su madre —dijo Anna-Maria Mella—. Pero está empadronada en esta dirección y en la denuncia de su desaparición que tenemos consta usted como la pariente más cercana. Era su nieta...

—Bisnieta, sí.

Anni se inclinaba sobre las planchas eléctricas mientras preparaba el café. Escuchaba lo que Anna-Maria le contaba sobre el hallazgo de Wilma y de vez en cuando levantaba la tapa de la cafetera con una manopla hecha a mano.

—Dígame si puedo hacer algo —propuso Anna-Maria, a lo que Anni le respondió negando con la mano.

—¿Te importa si fumo? —preguntó Anni después de haber servido el café.

Se sacó un paquete de cigarrillos mentolados del bolsillo.

—Esto te mata, lo sé. Pero cumplí ochenta en enero y siempre he fumado. Después están los que se cuidan... La vida no es justa.

Dio unos golpecitos con el cigarro sobre el tarro de cristal que usaba como cenicero y repitió:

—La vida no es justa.

Se secó debajo de la nariz y las mejillas con el reverso de la mano.

—Lo siento —dijo.

—Llore cuanto quiera —replicó Anna-Maria, tal como solía hacer Sven-Erik.

—Sólo tenía diecisiete años —sollozó Anni—. Era demasiado joven. Y yo soy demasiado vieja para tener que sobrevivir a todo el mundo.

Miró con rabia a Anna-Maria.

—Ya me he cansado —dijo—. Es muy duro haber sobrevivido a todos los de mi edad. Pero cuando empiezas a sobrevivir a los que son más jóvenes...

—¿Por qué vivía con usted? —preguntó Anna-Maria, más por decir algo que

por otra razón.

—Vivía en Huddinge con su madre, mi nieta. Iba al instituto, pero los estudios no se le daban bien. Ella misma fue la que dijo que quería tomarse un descanso y vivir aquí arriba conmigo. Se mudó las Navidades pasadas. Trabajaba para Marta Andersson en el camping. Y luego conoció a Simon. Él es de la familia de los Kyrö, que viven en la casa roja de madera...

Hizo un gesto con la mano hacia la casa de la que estaba hablando.

—El chico se enamoró hasta las orejas.

Clavó la mirada en Anna-Maria.

—Nunca he estado tan unida a nadie. Ni a mis hijas. Y desde luego no a mi hermana, aquí en el pueblo. En verdad no hay nadie que me quiera. Pero ella me hacía sentir libre, no sé cómo explicarlo. Mi hermana, Kerttu, por ejemplo. Siempre le han ido mejor las cosas que a mí. Está casada con Isak Krekula, el dueño de la empresa de transportes.

—Conozco el nombre —apuntó Anna-Maria.

—Sí, nunca han sido los favoritos de la policía. Ahora son los chicos los que la llevan. A veces me pongo de los nervios con Kerttu. Siempre está hablando de dinero y negocios y de que si los chicos han conocido a este y al otro miembro de la alta sociedad. Pero Wilma decía: «Déjala. Si el dinero y esas cosas la hacen feliz, pues enhorabuena. Tú no serás más desgraciada por ello.» Bueno, ya me oigo, suena tan simple. Pero el verano pasado, nunca me había sentido tan libre y tan joven. Podrás pensar lo que quieras, Ann-Britt...

—Anna-Maria.

—... pero era mi mejor amiga. Una señora de ochenta y una chica de diecisiete. Ella no me trataba como a una vieja.

Mediados de agosto. Época de arándanos. Simon lleva el coche por un camino del bosque. Wilma está sentada en el asiento del acompañante. Anni va detrás, con el andador al lado. Ya han llegado. Hay matas de arándano azul y rojo al lado del camino. Anni se baja del coche sola. Simon le saca el andador y su cubo. Hace un día espléndido, el sol calienta y levanta hilos de olor que brotan del bosque.

—Hace años que no vengo por aquí —dice Anni.

Simon la mira preocupado. No podrá, ¿cómo va a moverse con el andador por este terreno?

—¿No quieres que te hagamos compañía? —intenta—. Puedo llevarte el cubo.

Wilma dice « déjalo » y Anni suelta un « *à la houra* » y hace un ademán en el aire hacia Simon como si estuviera espantando una mosca. Wilma sabe que Anni necesita estar sola allí en el silencio. Si no consigue moverse ni coger un solo arándano no importa, puede sentarse en una piedra sin hacer nada.

—Venimos a buscarte dentro de tres horas —dice Wilma.

Después se vuelve hacia Simon con una sonrisa desafiante.

—Ya sé lo que podemos hacer tú y yo mientras tanto.

Simon se ruboriza.

—Para —dice mirando de reojo a Anni.

Wilma se ríe.

—Anni va a cumplir ochenta. Ha parido a cinco hijos. ¿Te crees que ha olvidado lo que hace la gente?

—No lo he olvidado —dice Anni—. Pero deja de avergonzarlo.

—No te mueras aquí fuera —le advierte Wilma con alegría antes de meterse en el coche con Simon.

Avanzan unos metros. Después el coche se detiene y Wilma saca la cabeza por la ventanilla y le grita a Anni con tanta fuerza que se oye el eco en el bosque:

—Pero si te vas a morir, piensa que hace un día fantástico y que estás en un sitio maravilloso.

Eran las cinco y media de la tarde cuando Anna-Maria Mella entró en la sala de autopsias del hospital de Kiruna.

—¿Ya estás merodeando por aquí otra vez? —la saludó el médico forense Lars Pohjanen.

Como siempre, en la bata verde arrugada su delgado cuerpo parecía congelado.

Anna-Maria Mella se puso de buen humor. Aquí había uno que todavía se metía con ella como antes.

—Pensé que me estarías echando de menos —dijo ella dedicándole una sonrisa de cien vatios.

Pohjanen soltó una carcajada alegre, aunque sonaba más bien como un resuello.

Wilma Persson yacía desnuda sobre la mesa de autopsias de acero inoxidable. Pohjanen le había cortado el traje de buceo y la poca ropa que llevaba debajo. La piel se veía grisácea y remojada. A su lado había un cenicero con las colillas del forense. Anna-Maria Mella no dijo nada al respecto, no era ni su madre ni su jefa.

—Acabo de hablar con su bisabuela —dijo Anna-Maria—. Creí que a lo mejor podías decirme algo sobre cómo tuvo lugar el accidente.

Pohjanen negó con la cabeza.

—Todavía no la he abierto —dijo—. Está muy maltrecha, como puedes comprobar, pero las lesiones son post mortem.

Señaló la cara, donde faltaban la nariz y los labios.

—¿Por qué está su pelo en el suelo? —preguntó Anna-Maria.

—Las raíces se pudren con el agua y se desprenden con facilidad.

Le levantó las manos y las examinó entornando los ojos. En la mano derecha faltaban el meñique y el pulgar.

—Me he fijado en sus manos —dijo y se aclaró la garganta—. Se le han caído varias uñas pero no todas. Mira la mano derecha. ¡Ojo!, tengo que ir con un poco de cuidado, la piel se suelta fácilmente de los dedos. Mira, aquí faltan el meñique y el pulgar, pero las uñas del anular y el corazón siguen en su sitio. Si comparas con la otra mano...

Levantó las dos manos y Anna-Maria se inclinó con desgana para mirar.

—Las uñas de la mano izquierda, las que le quedan, están pintadas de negro y limadas, en bastante buen estado, ¿no te parece? Mientras que las uñas del anular y el corazón de la mano derecha están rotas y el esmalte ha saltado.

—¿Lo cual significa? —preguntó Anna-Maria.

Pohjanen se encogió de hombros.

—Qué sé yo. Pero he raspado por debajo de las uñas. Ven, que te lo enseñe.

Soltó cuidadosamente las manos de Wilma y fue por delante de Anna-Maria hasta su mesa de trabajo. Allí había cinco tubos de ensayo sellados y marcados

con « derecha corazón», « derecha anular», « izquierda pulgar», « izquierda corazón», « izquierda índice». En cada tubo había un palillo plano de madera.

—Debajo de las dos uñas de la mano derecha había escamas de color verde. Puede que no tenga nada que ver con el accidente. A lo mejor la chica estuvo rascando y pintando ventanas o cualquier cosa. Se suele trabajar más con la derecha.

Anna-Maria asintió con la cabeza y miró la hora. Robert le había dicho que cenarían a las seis. Tenía que marcharse.

Un cuarto de hora más tarde, Lars Pohjanen estaba de nuevo con la mano de Wilma en la suya. Le estaba sacando la huella dactilar. Siempre lo hacía cuando la identificación se veía entorpecida por graves daños en la cara, como era el caso. Cuando fue a presionar el dedo sobre el papel, la piel del pulgar izquierdo se desprendió de la carne y del hueso en un trozo entero. A veces pasaba y Pohjanen recurrió una vez más a su técnica habitual para no quedarse sin sacarle la huella: metió su propio dedo índice en la piel del dedo de la chica y apretó contra el papel. En ese momento oyó que había alguien en la puerta. Creyendo que era la inspectora jefe Anna-Maria Mella, en lugar de volver la cabeza dijo directamente:

—¿Sabes qué, Mella? Ya vale de corretear por aquí. Ya leerás el informe cuando lo haya terminado. Si es que puedo terminarlo.

—Perdón —dijo una voz que no era la de Anna-Maria.

Cuando se dio la vuelta se encontró con Rebecka Martinsson, la fiscal del distrito. Ya la conocía de antes, cuando le consultaron como especialista en una vista en la que ella era la fiscal. Se trataba de un caso de maltrato de una mujer por parte de su marido en el que las versiones de los dos cónyuges sobre cómo se había hecho las heridas diferían de buen grado. Pero nunca habían hablado fuera de la sala del tribunal. Vio que la mirada de Rebecka aterrizó directamente sobre el pellejo que se había colocado sobre el dedo índice.

Ella se presentó y le recordó que ya se conocían. Él le respondió que se acordaba y le preguntó qué quería.

—¿Ésa es Wilma Persson? —preguntó Rebecka.

—Sí, justo ahora le estoy tomando las huellas dactilares. Hay que aprovechar para trabajar ahora con ella. Cuando los sacas del agua empiezan a cambiar muy deprisa.

—Sólo me preguntaba si existe alguna manera de saber si realmente murió en el lugar donde la encontraron.

—¿Por qué lo quieres saber?

Parecía que estuviera cogiendo impulso. Apretó los labios, negó con la cabeza sus propias ideas, miró al forense rogándole que fuera paciente.

—He soñado con ella —dijo tras unos momentos de duda—. Soñé que me decía que la habían cambiado de sitio, que había muerto en otro lugar.

Pohjanen se la quedó mirando en silencio un buen rato. Lo único que se oía eran sus respiraciones cortas y el zumbido de los ventiladores.

—Por lo que me han dicho, se trata de un ahogamiento accidental. ¿Estás abriendo una investigación como fiscal?

—No, yo...

—¿Hay algo que debería saber? ¿Cómo coño voy a hacer mi trabajo cuando no se me explican las cosas? Si me decís que no hay sospecha de delito, yo parto de ahí cuando hago mi análisis. Después no quiero oír que se me ha escapado

algo. ¿Entiendes?

—No he venido para...

—Siempre estáis merodeando por aquí, pero...

Rebecka levantó las dos manos.

—Olvidalo —dijo—. No me hagas caso. No debería haber venido. A veces se me va la cabeza.

—Sí, ya me lo habían dicho —apuntó Pohjanen con malicia.

Rebecka dio media vuelta y se marchó. La respuesta del forense quedó flotando en el aire, resonando como una campana de iglesia en la sala de autopsias.

—Que se cuide muy mucho de meter las narices —se defendió Lars Pohjanen.

El remordimiento de conciencia por las palabras que le habían salido le carcomía por dentro. Los muertos que tenía a su alrededor estaban extrañamente callados.

—A la mierda, todos —dijo.

Pasa una semana. En el bosque la nieve se desprende de los árboles, se desploma bajo el calor del sol con hondos suspiros. Sólo se forman manchas. La cara sur de los hormigueros se calienta. Los escribanos nivales regresan. Sivving, el vecino de Rebecka, descubre huellas de oso en el bosque. La hibernación ha terminado.

—¿Ya han encontrado al chico? —le preguntó Sivving a Rebecka.

Es media tarde y Rebecka lo ha invitado a él y a *Bella* a cenar. Ha preparado sushi y Sivving se lo está comiendo poco a poco y con desconfianza. Pronuncia sushi con «ch», como en un estornudo: achís. *Bella* se ha tumbado en el sofá de la hornacina y está durmiendo bocarriba. Las patas traseras le cuelgan por fuera. Las delanteras se mueven con pequeños espasmos.

Rebecka le contesta que no.

—Piilijärvi —dice Sivving—, el último pueblo en el que me gustaría vivir. Ahí es donde están los hermanos Krekula.

—Krekula, la empresa de transportes —explica cuando ve que Rebecka no sabe en este momento de qué está hablando—. Tore y Hjalmar Krekula, tienen la edad de mi hermano pequeño. Unos auténticos camorristas. ¡Uf! Su padre fue el que fundó la empresa de transportes y él era igual en sus días mozos. Ahora debe de tener casi noventa. El mayor, Hjalmar, era el peor. Lo condenaron varias veces por agresión y hay muchos que no se han atrevido a denunciar. Y de pequeños, menuda historia. Seguro que la has oído. ¿Los hermanos Krekula? ¿No? Claro, eso fue mucho antes de que tú llegaras. Hjalmar no había cumplido ni diez años y su hermano tendría unos seis o siete. Estaban en el bosque, tenían que sacar a pastar a las vacas. No muy lejos, en realidad. Pero Hjalmar, simplemente, dejó a su hermano en el bosque, volvió a la granja sin él. Hubo una movilización tremenda, con las fuerzas de rescate alpino, militares y policías. Pero no lo encontraron. Al cabo de una semana, cuando habían finalizado la búsqueda y todo el mundo ya lo daba por muerto, el chiquillo entró caminando en la granja. Se armó un tremendo alboroto en toda Suecia. Entrevistaron a Tore en la radio y salió en la prensa. Se salvó de puro milagro. Ese Hjalmar es frío como el pescado, siempre lo ha sido. Ya en la escuela empezaron a cobrar deudas, reales o inventadas, y a acumular. Uno de mis primos, Einar, nunca ha coincidido con él, se mudó bastante pronto, hace muchos años que murió, un infarto. Da igual. Iba al colegio con los hermanos Krekula, y él y sus amigos pagaban. Si no, se las tenían que ver con Hjalmar.

—No —continúa mientras aparta el wasabi del arroz—. Antes no todo era mejor.

VIERNES

24 DE ABRIL

A las once y cuarto de la noche del 24 de abril, el médico forense Lars Pohjanen llamó a la inspectora jefa, Anna-Maria Mella.

—¿Tienes un momento?—le preguntó.

—Por supuesto —dijo Anna-Maria—. Marcus ha alquilado una película y se supone que es profunda. Pero Robert lleva un buen rato dormido. Hace un poco se ha despertado preguntando: «¿Todavía están hablando? ¿Han solucionado algún problema mundial?» Después se ha quedado dormido otra vez.

—¿Quién es?—exclamó Robert somnoliento—. Estoy despierto.

—Es Pohjanen.

—Es una peli de esas en las que se pasan dos putas horas hablando en un banco del parque —gritó Robert para que Pohjanen lo oyera—. ¡Es viernes por la tarde! Todo lo que pido es una persecución en coche, unos cuantos muertos y un poco de sexo.

Pohjanen soltó una carcajada ronca al otro lado.

—Tendrás que disculparme —dijo Anna-Maria—. Estaba borracha y me dejó embarazada.

—No están en ningún banco del parque, ¿os podéis callar?—se quejó Marcus, el hijo mayor de Anna-Maria.

—¿Qué estáis viendo?—preguntó Pohjanen.

—*La vida de los otros*. En alemán.

—La he visto —dijo Pohjanen—. Es buena. Lloré.

—Pohjanen dice que lloró cuando la vio —replicó Anna-Maria a Robert.

—Yo también estoy llorando —gritó Robert.

—Sí, seguro —le informó Anna-Maria a Pohjanen—. La última vez que lloró fue cuando Wassberg derrotó a Juha Mieto en los Juegos Olímpicos de 1980. ¿Te puedes callar un momento para que Pohjanen me diga lo que quiere?

—Una centésima de segundo —dijo Robert, emocionado por el recuerdo del esquí—. Quince kilómetros y tuvo que ganar por cinco centímetros de diferencia.

—¿Os podéis callar todos, que queremos ver la película?—se enfadó Marcus.

—Wilma Persson —dijo Pohjanen—. Saqué muestras de agua de los pulmones.

—¿Sí?

—Y la comparé con el agua del río.

Anna-Maria cruzó una mirada con su hijo, se levantó del sofá y se fue a la cocina.

—¿Sigues ahí?—preguntó Pohjanen quejica. Después se aclaró la garganta.

—Sí, sigo aquí —dijo Anna-Maria, tomó asiento y trató de no oír los carraspeos flemosos del médico.

—Yo... gr, grr... envié las pruebas al laboratorio Rudbeck en Uppsala. Le dije a Marie Allen que se diera un poco de prisa. Allí... grr... secuenciaron las muestras. Muy interesante.

—¿Por qué?

—Bueno, es la primera línea en lo que se refiere a tecnología. Se secuencia el genoma de la materia viva que hay en el agua. Bacterias, algas... Ya sabes, todo se compone de cuatro piedras angulares. Nosotros también. El ADN humano tiene tres mil millones de estas piedras en un orden concreto.

Anna-Maria Mella miró el reloj. Primero película alemana y profunda, luego tecnología de ADN con Lars Pohjanen.

—No importa, imagino que eso no te interesa —chirrió Pohjanen—. Pero te puedo decir que en el agua de los pulmones de Wilma Persson había una flora de algas y microorganismos que no tenía nada que ver con la del agua del río donde la encontraron.

Anna-Maria se puso de pie.

—No murió en el río —dijo.

—No murió en el río —repitió Pohjanen.

SÁBADO

25 DE ABRIL

Sven-Erik Stålnacke se despertó la mañana del sábado con el tono del teléfono.

Contestó al mismo tiempo que sentía el cansancio matutino como una ola familiar atravesándole el cuerpo.

—Soy yo —dijo Anna-Maria Mella con voz fervorosa.

Sven-Erik se apartó el teléfono un poco y entorno los ojos legañosos para mirar la pantalla. Las siete y veinte.

Anna-Maria era una persona madrugadora. Él era una persona nocturna. Siempre habían mantenido un tácito acuerdo de que podían llamarse y despertarse el uno al otro. A Sven-Erik se le podían ocurrir cosas a la una de la madrugada y llamar a Anna-Maria. Ésta podía llamarlo a primera hora estando ya en el coche y a punto de pasar a recogerlo. Pero ahora no.

Antes, antes de Regla, Sven-Erik le habría dicho: «¿Ya estás despierta?» y Anna-Maria le habría respondido algo así como que cada mañana tenía que sacar a Gustav de la cama y arrastrarlo hasta la guardería, pero que los fines de semana era él quien se le subía a la cara antes de que saliera el sol y le pedía que le pusiera el canal infantil.

—Perdona que te llame tan temprano —dijo Anna-Maria.

Se arrepintió de haberlo llamado, había sido un mero impulso. Pero ya no era como antes.

Sven-Erik percibió el cambio de tono en su voz y sintió una mezcla de derrota y remordimientos de conciencia.

Después le vino la rabia. No era culpa suya que las cosas estuviesen como estaban.

—Pohjanen me telefoneó anoche —dijo Anna-Maria como para subrayar que no era la única compañera que llamaba a horas intempestivas.

En la cama, al lado de Sven-Erik, Airi Bylund abrió los ojos. «¿Café?», dijo con los labios. Él asintió. Airi se levantó y se puso su batín rojo de felpa. *Boxer*, el gato, que había estado tumbado sobre las piernas de Sven-Erik, bajó de un salto de la cama y trató de cazar el cinturón del batín, que se agitaba provocador mientras Airi se lo ataba a la cintura.

—Ha sacado muestras de agua de los pulmones de Wilma Persson y del río y la chica no murió allí —continuó.

—Vaya.

—A ti ya te parecía muy raro lo de la gasolina del coche. ¿Por qué irse a una zona tan lejana sin combustible suficiente para volver a casa? Y ahora esto. No murió en el río. ¿Cómo acabó allí?

—Vete a saber.

Se quedaron en silencio un momento. Al final Anna-Maria dijo:

—Voy a ir ahora a Piilijärvi a preguntar si alguien sabe dónde habían pensado hacer la inmersión.

Ahora Sven-Erik tenía la oportunidad, ahora podía decirle que se iba con ella.

—¿No se preguntó eso cuando desaparecieron? —se limitó a decir.

—Sí, supongo que a los allegados. Pero la situación se ha vuelto más delicada. Voy a preguntar a todo el mundo.

—Ah, bueno, a ver si hay suerte.

El silencio que los separaba estaba lleno de decepción y reproche.

—Gracias —dijo Anna-Maria y cortó.

Airi entró con una bandeja con café y tostadas.

—¿Y bien? —preguntó.

—Anna-Maria —respondió Sven-Erik—. Me llama y me despierta un sábado por la mañana y se cree que voy a dejar todo lo que tengo entre manos para acompañarla. Ya se puede ir olvidando.

Airi no dijo nada. Le pasó una taza de café.

—Es una insensata de mierda —dijo él.

—¿Sabes cuántas veces —dijo Airi sentándose en el borde de la cama— te he oído decir eso en este último año? Yo creo que eres un insensato cuando piensas las cosas y luego tomas la decisión equivocada aun sabiendo que es la mala. En Regla ella... Salió como salió, y ya está.

—¡Ella no piensa!

—Quizá no. Pero ésa es su naturaleza, impulsiva y rápida a la hora de actuar. Te quiero, cariño, pero sería muy triste que dos personas se comportaran exactamente igual. Lo único que intento decir es que ella no se quedó allí razonando y diciéndose a sí misma: « Sí, me apetece que Sven-Erik y yo estemos en peligro.»

—Bueno —asintió él—. Creo que hoy va hacer bastante calor. Tengo que ir a casa a mirar que no quede nieve en el tejado. Se empapa y empieza a pesar.

—Lo sé —suspiró Airi mirando a *Boxer* después de que Sven-Erik se marchara—. Mis palabras no ayudan mucho.

Sol de la mañana y nubes rosadas por encima de las copas de los árboles. Aun así, Anna-Maria sólo podía ver la pared negra donde empezaba el bosque y montones de nieve sucia. De vez en cuando sus ojos se apartaban de la calzada agrietada para inspeccionar de forma mecánica el borde de la carretera en busca de renos.

Cuando se bajó del coche en el patio de Anni le cambió el humor.

— Toda la calle huele a bizcocho recién hecho — dijo cuando Anni le abrió la puerta.

En la cocina, Anni empezó a llenar bolsas con bollos para que Anna-Maria se los llevara a casa.

— ¿Qué voy a hacer con ellos si no? — preguntó cuando Anna-Maria intentó protestar—. Aquí todos los viejos tienen el congelador lleno de bollos. Con suerte e insistencia a lo mejor consigo colocarle uno a alguien con la excusa de que están recién hechos. ¿No estarás adelgazando o algo así?

— No.

— ¡Bueno, pues moja!

Anna-Maria arrancó un trozo de lazo de canela y lo mojó en el café.

— ¿Wilma y Simon le dijeron dónde pensaban bucear? — preguntó.

— Ni siquiera sabía que iban a hacerlo. Si lo hubiera sabido se lo habría dicho a la policía el día que desaparecieron. Nadie sabía nada. La madre de Simon vio que su equipo de submarinismo no estaba en el garaje y entonces dedujimos que se habían ido a bucear a algún sitio. Pero ya sabes, no encontraron el coche. Nada.

— No. ¿Cree que puede haber alguien a quien se lo contaran? ¿Algunos amigos del pueblo por ejemplo?

— Aquí ya casi no hay gente joven. Sólo quedamos los viejos. Los niños viven en la ciudad o en el sur de Suecia. Se pelean para decidir quién va a mantener la casa que han heredado de la familia. Ni venden ni suben al pueblo, ni siquiera en verano. Las casas se acaban cayendo de viejas. Suelo referirme a mis sobrinos, Tore y Hjalmar Krekula, como « los chicos », pero ya tienen más de cincuenta años, válgame Dios. Tore tiene dos niños. Trabajan de conductores para su padre, pero ellos también viven en Kiruna. No, Wilma y Simon, ellos sí que estaban por aquí. O en la ciudad, él tenía un piso pequeñito. ¿Te lleno la taza?

— ¿Otra más? No, gracias. ¿Podría echarle un vistazo a la habitación de Wilma?

De pronto Anni parecía un tanto incómoda.

— Arriba hace frío. Tendrás que disculparme. Apagué los radiadores, ahora que ella... Como ella... Mira que sólo pensar en el dinero...

Se quedó callada junto a la encimera de la cocina sacudiéndose enérgicamente un poco de harina del delantal.

— No pasa nada — dijo Anna-Maria—. Calentar una casa cuesta dinero. Lo

sé, y o también vivo en una casa.

—Sí que pasa. La calefacción debería estar en marcha. La casa y yo deberíamos haberla esperado.

—¿Sabe? —dijo Anna-Maria—. Se puede ser práctico y llorar o preocuparse al mismo tiempo. Yo creo que usted hizo las dos cosas.

—No quiero llorar otra vez —dijo Anni suplicándole a Anna-Maria con la mirada como si intentara convencerla para que no continuara—. Tendrías que haber visto lo que se respiraba en la casa cuando ella estaba. Parecía llena de vida. Todavía me despierto pensando que voy a hacerle el desayuno. Seguro que no me crees, porque apagué los radiadores.

—¿Sabe?, me importa un comino eso de la calefacción.

Anni dibujó una leve sonrisa.

—Me sentía muy feliz. Disfrutaba cada día, cada mañana, de tenerla aquí. Porque no lo daba por sentado, sabía que en cualquier momento regresaría a Estocolmo.

«No es la típica habitación de adolescente», pensó cuando puso un pie en el dormitorio de Wilma, en el piso de arriba.

Debajo de la ventana había una mesa de oficina. Como asiento de trabajo, una silla de madera. La cama era estrecha, quizá de ochenta, y estaba cubierta con una colcha blanca de ganchillo. No había pósters en las paredes, ni peluches viejos que recordaran a la infancia. Al lado de la cama, clavada en la pared con una chincheta, había una foto de Wilma y Simon. Parecía que Wilma estuviera aguantando la cámara. Ella se reía a carcajada limpia y él sonreía un poco avergonzado. Anna-Maria sintió una punzada de tristeza mientras observaba la imagen.

Rebuscó en los cajones de la mesa. No había mapas. Ni diario.

Oyó que Anni peleaba por subir las escaleras y se apresuró a abrir el armario y buscar entre la ropa que había amontonada en el suelo. Cuando Anni entró, Anna-Maria estaba subida a una silla mirando la parte de arriba del armario. Anni se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué buscas? —preguntó, no en tono antipático sino sólo curiosa.

Anna-Maria Mella negó con la cabeza.

—No lo sé. Algo que me pueda decir adónde fueron, dónde querían hacer la inmersión.

—Pero la encontrasteis por debajo de Tervasköki. ¿No bucearon allí?

—No lo sé.

—A lo mejor tendrías que hablar con Johannes Svarvare —dijo Anni—. Vive en la casita roja con cancel acristalado justo después de la curva a la derecha cuando llegas al pueblo. Solía prestarles mapas a Simon y Wilma cuando se iban de excursión al bosque. Me voy a tumbar aquí un rato. ¿Es mucho pedir que te

pases antes de volver a la ciudad para ayudarme a bajar las escaleras?

A Anna-Maria le entraron ganas de abrazar a Anni. Consolarla. Consolarse.

—Gracias por el café —se limitó a decir—. Luego me paso.

Johannes Svarvare también la invitó a café. Anna-Maria lo aceptó a pesar de sentir una leve náusea por todo el que ya había tomado. El hombre fue a buscar unas tazas bonitas en la vitrina del salón. Cuando las puso sobre la mesa de la cocina tintinearón contra el platillo. Eran finas, de color hueso, con pálidas rosas y tenían un asa por la que no pasaba el dedo.

—Tendrás que disculparme —le dijo a Anna-Maria haciendo un gesto hacia sí mismo—. No esperaba recibir la visita de las fuerzas de la ley un sábado por la mañana.

Estaba despeinado y daba la impresión de que había dormido con la ropa que llevaba puesta. Los pantalones marrones de lana colgaban en su cuerpo. La camisa tenía manchas en el pecho y estaba muy arrugada.

—Qué agradable la estufa de leña en la cocina —dijo Anna-Maria para que el hombre no se sintiera tan incómodo.

Las cortinas de las ventanas todavía tenían motivos navideños. En el suelo había alfombras de trapo superpuestas para mantener el calor. Sobre ellas había una considerable cantidad de migas.

«Le estará fallando la vista —se dijo Anna-Maria—. No se da cuenta de que haría falta pasar un poco la aspiradora.»

«Qué pueblo —pensó—. Es como ha dicho Anni, dentro de unos años no quedará nadie. En el mejor de los casos, estas viviendas se convertirán en la casa de verano de los hijos. En invierno estará desierto.»

—Para Anni ha sido una gran pérdida —dijo Johannes Svarvare moviendo las mandíbulas hacia los lados—. Un trágico accidente.

Parecía que tenía la dentadura mal colocada. En la encimera había un vaso con agua en el que, seguramente, solía estar la prótesis. Anna-Maria pensó que el anciano sólo debía de ponérsela cuando tenía visitas o cuando iba a comer.

—Quiero descubrir cómo tuvo lugar el accidente —dijo Anna-Maria sin rodeos—. Hay ciertas irregularidades. ¿Le explicó Wilma dónde querían bucear?

—¿No la encontrasteis en el río por debajo de Tervasköski?

—Sí, pero... igualmente.

—Igualmente —repetió—. ¿A qué se refiere con irregularidades?

Anna-Maria dudó. Prefería no contar nada, pero a veces hay que dar para recibir.

—Algunas cosas apuntan a que no se ahogó en el río —contestó.

Johannes Svarvare dejó la taza en el platillo con un golpecito.

—¿Qué quiere decir?

—¡No quiero decir nada! La verdad, simplemente tengo motivos para investigar el accidente un poco más a fondo. Y también queremos encontrar a Simon Kyrö, claro.

—Ella vino a verme —dijo Johannes—. Vino a verme...

Mientras hablaba acarició la mesa con las dos manos con gestos amplios.

—Estuvimos hablando. Como hacemos a veces. Uno necesita hablar, y a sólo quedamos viejos en el pueblo. Y a veces uno habla más de la cuenta.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Anna-Maria.

—¿Qué quiero decir? ¿Qué quiero decir? —dijo Johannes ensimismado—. ¿Sabes que una semana antes de que desaparecieran Isak Krekula tuvo un infarto? —continuó—. Ahora está en su casa, pero no lo he visto ni salir para ir al buzón a recoger el periódico.

—Lo lamento —dijo Anna-Maria—. Pero no entiendo qué me quiere decir con eso.

Johannes Svarvare hurgó con una uña sucia en una muesca de la mesa. Miró el reloj de pared, estaba parado en las siete. En realidad eran las doce y cinco.

—Bueno —dijo con voz decidida—. Tengo que echarme un rato. Me he hecho mayor, y a sabes.

Se levantó, se sacó la dentadura postiza y la soltó en el vaso con agua que había en la encimera. Después se tumbó en el sofá de la cocina con los brazos en cruz sobre el pecho y cerró los ojos.

—Humm, vaya —dijo Anna-Maria sintiéndose tonta—. ¿No podría intentar explicarme a qué se refería?

No obtuvo respuesta del sofá. La conversación se había terminado. La caja torácica del anciano se elevaba a trompicones rápidos.

—Mierda —dijo Anna-Maria en cuanto se sentó en el coche.

«Tendría que haberle dejado hablar —pensó—. Había estado a punto de contarle algo. Sven-Erik se habría quedado esperando en silencio a que saliera por sí solo. Puto Sven-Erik. Y ¿qué era eso de que Isak Krekula había sufrido un infarto antes de que desaparecieran? ¿Qué importancia tenía?»

—Pues habrá que ir a ver a Isak Krekula —se dijo en voz alta y giró la llave en el contacto.

La casa de la familia Krekula estaba al final del pueblo. Anna-Maria Mella se bajó del coche y se quedó allí de pie. De modo que aquí vivían los hermanos Tore y Hjalmar y sus padres. Intentó adivinar a quién pertenecía cada una de las tres casas. Todas estaban revestidas con tablas rojas de madera. Una de las casas era más vieja que las otras y tenía un establo anexo con tejado de chapa con algunos parches. Había cortinas de ganchillo en las ventanas. «Aquí deben de vivir los padres.»

Dudó. Una honda sensación de incomodidad se le echó encima. En un recinto vallado del terreno había un perro de caza tirándose contra la tela metálica y ladrando como un poseso. Enseñaba los colmillos. Mordía la valla. Daba dentelladas enérgicas al aire. Ladraba sin parar, incansable y agresivo.

En el límite del terreno los abetos crecían muy juntos y la casa quedaba en la sombra que proyectaban. Nadie parecía haberse molestado nunca en podarlos y abrir el espacio. Eran muy altos y estaban inclinados hacia delante. Su color negro y el aspecto enmarañado de la copa les daban un aire aterrador. Las ramas caían flácidas y delgadas hacia el suelo. Eran la imagen de un padre en el umbral de la puerta con el cinturón preparado en la mano. Eran una madre con los brazos colgando sin fuerzas para levantarlos.

«No entres», decía una voz en su interior.

Se le erizó el pelo de la nuca.

Después se acordaría de esta sensación, pero en este momento no la escuchaba.

El perro se aferraba a la valla metálica. El aire era una espesa sopa desagradable. En la ventana la cortina se movió con cuidado. Había alguien en casa.

En la puerta había un cartel que advertía: «Prohibido mendigos y vendedores.» Cuando llamó al timbre se abrió una fina rendija. Una cara vieja de mujer le preguntó qué quería. Anna-Maria se presentó.

«La hermana de Anni —pensó—. ¿Cómo le había dicho que se llamaba? Kerttu.» Trató de encontrar rasgos semejantes entre las dos hermanas. Quizá se parecían, pero Anna-Maria se percató de que se había fijado más en las marcas de edad de Anni. Su postura, todas sus arrugas, las manos huesudas. Anna-Maria intentó imaginarse el aspecto que habían tenido las hermanas a su edad. Anni tenía el pelo lacio, la cara alargada, igual que la de Anna-Maria. Kerttu Krekula todavía conservaba un pelo tupido y sus pómulos eran altos. Parecía haber sido la hermana guapa. Y también la menor.

Pero Anni era alegre, al menos cuando no estaba triste por Wilma.

Las comisuras de la boca de Kerttu se doblaban hacia abajo como si hubiese tenido un demonio en cada hombro estirándose las con un bichero.

—No suelo dejar pasar a desconocidos —dijo—. Nunca se sabe.

—¿Verdad que eres la hermana de Anni Autio?

—Sí.

—¿Kerttu?

—Sí.

—Acabo de pasar por casa de Anni. Estaba haciendo bollos.

—Yo nunca hago bollos. ¿Qué sentido tiene? Pudiéndolos comprar. Además, tengo mal las manos.

«Ahora por lo menos habla», pensó Anna-Maria.

—¿Tienes baño? —le preguntó.

—Sí.

—¿Me dejarías utilizarlo? Me estoy haciendo pis y hay un trecho hasta la ciudad.

—Entra, antes de que todo el invierno se meta en casa —dijo Kerttu Krekula abriendo lo justo para que Anna-Maria pudiera colarse.

—No, Wilma no me gustaba demasiado. Le llenaba la cabeza de chaladuras a mi hermana, si me permites que te lo diga.

Estaban hablando sentadas a la mesa de la cocina. Anna-Maria había colgado el abrigo en el respaldo de la silla.

—¿Qué tipo de chaladuras?

—Bueno, de todo. En verano se bañaron desnudas en el lago. No después de la sauna, no, en pleno día, sin motivo. Anni con los pechos colgándole hasta la barriga. Asqueroso. Yo sentí vergüenza. Pero Wilma no parecía tener ningún problema en mostrarse a los hombres del pueblo. Le iba enseñando el coño y el tatuaje del culo a todo el mundo.

Fuera, el perro empezó a ladrar de nuevo. Una voz de hombre gritó «cállate», pero la intensidad de los ladridos no menguó lo más mínimo. Se oyó el ruido de pies pateando contra el suelo del porche para quitarse la nieve y después aparecieron dos hombres en la puerta de la cocina.

«Tore y Hjalmar», pensó Anna-Maria.

Había oído hablar de ellos. Una vez, mucho tiempo atrás, cuando acababa de volver a Kiruna después de la Academia de Policía, hubo una denuncia de agresión que la parte demandante decidió retirar. Anna-Maria recordaba el miedo en los ojos del chico agredido cuando le suplicaba al fiscal que retirara la demanda. Aquella vez fue Hjalmar el que se libró de la denuncia. Pero tenía alguna que otra condena por agresión. Dos o tres, se atrevió a apostar Anna-Maria. Y aparecía con frecuencia en los archivos de la policía. Alto, según había oído, y era cierto. Le sacaba la cabeza a su hermano. Era de compleción grande y, además, tenía un importante sobrepeso. Se apoyaba como desplomado contra el marco de la puerta. Tenía barba de cuatro días y la piel de la cara colgaba sin color de los pómulos.

«Poca fruta y verdura en ese cuerpo», pensó Anna-Maria.

Los dos hombres pasaban de los cincuenta y vestían mono de trabajo azul. Tore iba rapado. Parecía estar en constante movimiento. Tenía un aura inquieta alrededor.

—¿Tienes visita? —le preguntó Tore a su madre sin presentarse a Anna-Maria.

—Viene de la policía —dijo Kerttu Krekula escueta—. Está preguntando sobre Wilma y Simon.

—La policía —dijo Tore mirando a Anna-Maria como si fuera un milagro—. Hay que joderse. A vosotros no se os ve mucho el pelo. O ¿tú qué dices, Hjalte?

Hjalmar Krekula seguía apoyado en el marco de la puerta sin decir nada ni hacer la menor mueca que indicara que había oído a su hermano. Los ojos inexpressivos, la boca abierta. Anna-Maria sintió que se le erizaba el vello de la espalda.

—Cuando entraron a robar en la casa de verano de Stig Rautio nos costó tela marinera conseguir que por lo menos fuerais a ver lo que había pasado —continuó Tore—. Lo dijimos: mirad algunos coches registrados en Polonia y encontraréis sus cosas en menos de lo que canta un gallo. Ya se han dado cuenta de que no vale la pena subir hasta aquí arriba para recoger bayas. Pueden entrar en las casas de la gente y ganarse un buen dinerito, porque la policía... bueno, qué sé yo, parece que tenéis otras cosas que hacer antes que cazar ladrones. Bicicletas, motores de barco... puedes perder cualquier cosa, todo el mundo sabe que no vale la pena ir a la policía. Y a nuestros conductores les roban o les intentan robar cada dos por tres. Los ladrones cortan la lona y se llevan lo que quieren. Ni un solo robo resuelto en todos los años que llevo en la empresa.

Se inclinó sobre la mesa hasta pegar su cara a la de Anna-Maria.

—Pasáis de nosotros como de la mierda —dijo—. Los niños van por ahí destrozando coches y escaparates y lo peor que les puede pasar es que acaben sentados con una tía de asuntos sociales explicándole la infancia tan desgraciada que han tenido. Panda de frívolas. Para mí lo sois todas. Y tú, ¿a qué has venido a meter las narices?

—Si te apartas un poco te responderé con mucho gusto —dijo Anna-Maria echando mano del tono de voz lento y profesional que utilizaba cuando trataba con gente agresiva o ebria y alterada.

—¿Quieres que me aparte? —preguntó Tore Krekula y retrocedió un milímetro.

Golpeó con fuerza la mesa con el dedo índice delante de Anna-Maria.

—Yo pago tu sueldo, poli. Deberías tenerlo en cuenta. Yo, mi hermano, mi padre. Los que tenemos trabajos de verdad y hacemos algo útil y pagamos impuestos. Se podría decir que tú estás contratada por mí. Y opino que haces un trabajo lamentable. ¿Puedo opinar eso?

—Puedes —dijo Anna-Maria—. Y ahora, me voy.

Tore seguía con la cara pegada a la suya. Se apartó un poco y agitó la mano delante de la cara de Anna-Maria.

—El aire no es de nadie, ¿lo sabes, no?—dijo.

—¿No tenías que ir al baño?—preguntó Kerttu Krekula—. Has entrado porque querías ir al lavabo. En el pasillo, a la derecha.

Anna-Maria asintió con la cabeza. Hjalmar Krekula se apartó sin la menor prisa para que pudiera salir de la cocina.

En el baño respiró hondo. « Joder, qué tipos.»

Intentó recomponerse. Al cabo de un rato tiró de la cadena y dejó que el agua corriera del grifo.

Cuando salió, Hjalmar había desaparecido. Tore estaba sentado a la mesa de la cocina. Anna-Maria cogió su abrigo de la silla y se lo puso.

—Ahora no puedes salir —dijo Tore—. Hjalmar ha soltado a *Reijo*. Se te comerá.

—¿Le puedes pedir que lo encierre otra vez?—dijo Anna-Maria—. Me quiero ir.

—Sólo lo va a dejar que corra una vuelta alrededor de la casa. ¿Tienes prisa? ¿Mucho trabajo?

« No mostrarme con miedo », pensó Anna-Maria.

—¿Sabes dónde tenían pensado bucear Wilma y Simon?—preguntó con voz firme.

En la habitación de al lado se oyó un suave quejido. Era el sonido de alguien que dormía intranquilo. Un hombre mayor.

—¿Cómo está?—le preguntó Tore a su madre.

Ella respondió encogiéndose de hombros e hizo una pequeña mueca que parecía significar « como siempre » .

Anna-Maria se preguntó si el que estaba allí dentro sería Isak Krekula. Supuso que sí. Debería preguntar sobre lo que Johannes Svarvare le había contado acerca de que Isak Krekula había sufrido un infarto apenas una semana antes de que los chicos desaparecieran. Pero no pudo. Tampoco fue capaz de repetir la pregunta de si alguno de ellos sabía dónde iban Simon y Wilma a hacer la inmersión. Sólo quería salir de allí, sudaba con el abrigo puesto.

La cocina era realmente fea, pintada de verde en tonos raros. Parecía que tuvieran pintura verde y que la hubieran diluido ellos mismos con pintura blanca. Casi no había superficies de trabajo y las pocas que había estaban repletas de objetos de decoración baratos y horrorosos.

La puerta se abrió y Hjalmar Krekula entró.

—¿Ya puede irse?—le preguntó Tore a su hermano en un tono extraño.

Hjalmar no respondió, ni siquiera miró a Anna-Maria.

—Adiós —dijo ella—. A lo mejor vuelvo.

Salió al patio. El perro ladraba sin parar. Los dos hermanos la siguieron

afuera. Se quedaron observándola desde el porche.

—¿Qué cojones...?—dijo cuando vio el coche.

Las ruedas estaban pinchadas.

—Mis ruedas—dijo con torpeza.

—Hostia, sí—dijo Tore Krekula—. Habrán sido unos chavales.

Sonrió para que no cupiera ninguna duda de que estaba mintiendo.

«Alguien tiene que venir a buscarme», pensó Anna-Maria y metió la mano en el bolsillo interior para coger el teléfono. Primero pensó en Sven-Erik, pero no, imposible. Tendría que llamar a Robert, que cogiera a Gustav y subiera a recogerla.

El móvil no estaba en su sitio de siempre. Buscó en los otros bolsillos. Tampoco. ¿Se lo había dejado en el coche? Miró por la ventanilla. No.

Observó a los hermanos en el porche. Lo habían cogido ellos. Mientras estaba en el baño.

—Mi teléfono—dijo—. Ha desaparecido.

—Espero que no estés insinuando que te lo hemos cogido nosotros—dijo Tore—. Entonces me cabreo. Venir a acusar a la gente en su propia casa. ¿Necesitas que te llevemos a la ciudad?

—No. Necesito un teléfono.

Miró al perro. Corría de un lado a otro ladrando afónico. El típico perro que se largaría en cuanto tuviese la oportunidad. Hjalmar no lo había soltado. Si lo hubiese dejado suelto, a estas alturas estaría a varios kilómetros de allí. Además, la nieve alrededor del cercado no estaba pisada.

—El teléfono de mi madre está estropeado—dijo Tore—. Súbete al Volvo rojo. Hjalle y yo tenemos que ir de todos modos. Puedes venirte con nosotros.

«Están locos», pensó Anna-Maria.

Le vino una serie de imágenes a la cabeza. Tore se ha metido por un camino del bosque. Hjalmar abre la puerta de atrás y la saca del coche. La agarra por el pelo y le golpea la cabeza contra un árbol, la sujeta por los brazos mientras Tore la viola.

«Yo no me meto en un coche con esos dos—pensó—. Antes me voy caminando hasta Kiruna.»

—Me las arreglaré—dijo—. Volveré con unos compañeros a buscar el coche.

Dio media vuelta y comenzó a alejarse por la calle del pueblo con el rumbo fijado en la casa de Anni Autio. Cuando estaba a medio camino, Tore y Hjalmar pasaron por su lado con el coche en dirección a la ciudad. Temía que pararan y que Tore le preguntara una vez más si quería ir con ellos, pero la adelantaron sin aminorar la marcha. Anna-Maria se esforzó para caminar sin prisa.

«Usaré el teléfono de Anni», pensó.

Entonces se acordó de que le había prometido que volvería para ayudarla a

bajar las escaleras.

« Por el amor de Dios —pensó—. Me había olvidado.»

Anni estaba durmiendo en la habitación de Wilma. Se había tapado con el edredón. Cuando Anna-Maria se sentó en el borde de la cama la anciana abrió los ojos.

—¿Ya has vuelto? —preguntó—. ¿Quieres café?

—Si me tomo una taza más me muero —dijo Anna-Maria con media sonrisa—. ¿Puedo usar tu teléfono?

Anni siguió tumbada, pero de pronto su mirada se volvió muy despierta y observadora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada —mintió Anna-Maria—. El coche no arranca.

No logró localizar a Robert. Estaría fuera con los niños jugando en la nieve. Descartó llamar a Sven-Erik Y tampoco a ningún otro compañero.

« Es sábado —pensó—. Tienen libre. Me he metido yo solita en esta situación. Lo último que necesito es darles otra historia de lo insensata que soy.»

Al final marcó el número de Rebecka Martinsson. Contestó al segundo tono.

—Después te lo explico —dijo Anna-Maria mirando de reojo a Anni, que estaba en la cocina sacando leche agria y pan—. ¿Podrías venir a recogerme? Odio tener que pedírtelo.

—Salgo ahora mismo —dijo Rebecka sin hacer ninguna pregunta.

Cuarenta minutos más tarde, Rebecka Martinsson entraba con el coche en el patio de Anni Autio.

Anna-Maria estaba fuera esperándola. Cerró la puerta con un golpe después de sentarse.

—Vámonos —dijo.

En cuanto salieron del pueblo vomitó todo lo ocurrido.

—Esos cabrones de mierda —dijo y empezó a llorar—. Joder, vaya tipos.

Rebecka permanecía callada con los ojos fijos en la carretera.

—Y lo tenían todo controlado —ganguéu Anna-Maria—. No puedo demostrar nada. Ni que Hjalmar me pinchó las ruedas ni que me han robado el móvil.

—Han disfrutado —le dijo a Rebecka.

«Tendría que haber peleado —pensó—. Debería haber montado un escándalo y haberme puesto a gritar y acusarlos. Tendría que haber insistido en que me llevaran a la ciudad. Pero me he mostrado débil, cagada de miedo.»

—Ésta me la van a pagar cara —exclamó dando un puñetazo contra el salpicadero—. Voy a reabrir cada investigación preliminar, cada demanda retirada que hay contra esos dos hermanos. Tendrás que demandarlos. Se van a arrepentir de haberme puteado.

—No vas a hacerlo —afirmó Rebecka tranquila—. Vas a mantener la calma y comportarte como una profesional.

—Entras en esa casa sin la menor sospecha —continúa Anna-Maria— y se te

tiran encima. Pam.

—Hay personas... —dijo Rebecka sin terminar la frase—. ¿Crees que tienen algo que ver con Simon y Wilma?

—Simon y Wilma. Voy a encontrar a Simon. Y voy a descubrir exactamente cómo murieron.

—Sí, eso sí puedes hacerlo —dijo Rebecka—. Es tu trabajo.

—Voy a ir a los medios y le voy a pedir a la población que aporte pistas. Y voy a llamar a los hermanos Krekula y les voy a decir que enciendan la tele.

Se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Mierda —exclamó—. Tenía que recoger a Jenny en la hípica. ¿Qué hora es?

—Las dos y cuarto.

—Me da tiempo. Bueno, o sea, si tú... ¿Te importa si pasamos a buscarla?

Jenny no estaba en la hípica. Anna-Maria fue corriendo a la cafetería, miró en las gradas de la pista, cada box, cada cuadra. Les preguntó a todas las chicas que había en la hípica y se iba enfadando cada vez más a medida que se encogían de hombros y le decían que no sabían. Rebecka la seguía pegada a los talones. Al final encontraron a una amiga de Jenny detrás del edificio rojo principal. Estaba deshaciendo balas de heno para los caballos de la dehesa.

—Hola, Ebba —dijo Anna-Maria en un tono inusualmente alegre para ahuyentar los malos augurios que habían empezado a acosarla—. ¿Dónde está Jenny?

Ebba miró a Anna-Maria con desconfianza.

—Pero si le has enviado un mensaje —dijo—. Jenny estaba muy enfadada. Te ha mandado un mensaje y te ha llamado, pero no lo cogías.

Anna-Maria empalideció.

—No le he enviado ningún mensaje —dijo con una voz que era más un susurro que otra cosa—. He... mi teléfono...

El teléfono de Rebecka empezó a sonar. Era Måns. Rechazó la llamada.

—¿Qué ponía en el mensaje? —preguntó Anna-Maria.

—¿No sabes qué has escrito tú misma? —preguntó Ebba.

Anna-Maria soltó un quejido y se tapó la mano con la boca para reprimir un grito.

—Vaya —dijo Ebba con cara asustada—. Le decías a Jenny que fuera a encontrarse contigo. Inmediatamente. Estaba enfadada por tener que ir a la ciudad.

—¿Dónde? —gritó Anna-Maria—. ¿Adónde tenía que ir?

—Al escenario exterior del parque Järnväg. Nos ha parecido muy extraño. Un sitio raro para quedar. Y ella ha intentado llamarte y enviarte mensajes, pero no contestabas. Robert tampoco. En el mensaje ponía « ven ya ». Se ha asustado. Pensaba que a lo mejor había pasado algo.

« El escenario del parque Järnväg —pensó Rebecka—. Allí no hay ni un alma.»

—¿No eras tú la del mensaje? —preguntó Ebba intranquila.

Pero Anna-Maria ya había empezado a correr hacia el coche. Con Rebecka detrás.

El corazón de la inspectora latía a toda prisa. Se imaginó a Tore y Hjalmar diciéndole a Jenny que su madre había tenido un accidente. Los veía alejarse con ella en el coche.

¿Cuántas veces se había quedado mirando a su única hija? Estaba entrando en la adolescencia. Cientos de veces había observado sus pechos que brotaban, su piel rosada y perfecta. Había rogado a Dios que la protegiera. No dejes que le pase nada malo. Y ahora... Santo cielo.

Conducía Rebecka. Anna-Maria estaba a su lado con el teléfono de la fiscal

en la mano intentando llamar a Jenny, pero no contestaba. Rezaba en silencio.

«Que no haya pasado nada. Que no haya pasado nada. Enseguida llegamos.»

Rebecka se metió por el camino peatonal que cruzaba el parque hasta el escenario exterior. Allí estaba Jenny, muerta de frío con la chaquetilla de montar.

Anna-Maria saltó del coche y gritó el nombre de su hija: « ¡Jenny, Jenny! »

—Estoy aquí —dijo Jenny liberándose del abrazo de su madre.

Estaba enfadada. Y asustada, se le veía en los ojos.

Anna-Maria también se enfadó de repente.

—¿Por qué no contestas al teléfono? —bramó.

—Pero si he intentado llamaros. Se me ha acabado la batería. Llevo esperando no sé cuánto rato. ¡Nadie coge el teléfono! Ni tú, ni papá. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás llorando?

Por la noche, en las Noticias Regionales del Norte mostraron imágenes de Wilma Persson y Simon Kyrö. Explicaron que los jóvenes habían desaparecido en octubre, pero que acababan de encontrar el cuerpo de la chica. Anna-Maria estaba ante la cámara diciendo que la policía se dirigía a la población para encontrar pistas. Todo era de interés, puntualizó. ¿Sabía alguien dónde iban a hacer la inmersión? ¿Había hablado alguien con ellos antes de su desaparición?

—Que no os dé reparo llamar —dijo—. Es mejor recibir una llamada de más que una de menos.

Anna-Maria Mella estaba sentada en el sofá del salón de su casa viéndose a sí misma en las noticias. A su lado estaba Robert, cada uno con su cartón de pizza en el regazo. Jenny y Peter ya habían cenado. En la mesita de centro que tenían delante había cartones y latas de refresco vacíos. Gustav hacía rato que dormía en su cama.

Alrededor de Anna-Maria y Robert, a sus espaldas y en el suelo delante del sofá, había ropa limpia amontonada que había que separar y doblar. Robert había estado fuera con Gustav todo el día y habían comido en casa de su hermana.

«A él nunca se le ocurrirá ponerse a doblar la ropa limpia», pensó Anna-Maria con desilusión. El desorden era lamentable. Necesitaría unas vacaciones enteras para ponerse al día con la limpieza de la casa. Y habría preferido mil veces una cena de verdad en lugar de esa pizza asquerosa y grasienta. Soltó con desgana la porción que tenía en la mano y se quitó el cartón de encima.

Por el rabillo del ojo veía a Robert doblando pedazos de pizza que luego se embutía en la boca abierta al mismo tiempo que le acariciaba la espalda con un gesto mecánico.

Anna-Maria sintió rabia por esa caricia monótona y automática. Como si fuera un gato. En ese momento lo que necesitaba era que le hicieran mimos llenos de cariño. Las yemas de los dedos combinándose con la mano entera. Un mínimo de deseo, un beso en la nuca, una mano consoladora por el pelo.

Le había explicado a Robert lo ocurrido y él la había escuchado sin decir gran cosa. «No ha pasado nada», había sido su comentario. A ella le habría gustado gritarle: «¿Y si hubiese pasado? ¡Podría haber ocurrido una desgracia!»

«¿Siempre hay que llorar para que te consuelen? —pensó—. ¿Por qué me tengo que cabrear para que haga algo en casa?»

Y de alguna forma sentía que Robert se creía un tío muy legal porque no la acusaba de nada. Ella era la policía; si hubiese tenido otro trabajo lo de hoy nunca habría pasado. Anna-Maria estaba enfadada porque reprimiera los reproches, que él estuviera en su derecho de enojarse pero que como era tan majo y tan bueno la perdonaba. Ella no quería su perdón.

Retorció la espalda en un gesto de déjame en paz.

Robert apartó la mano. Hizo bajar el último bocado de pizza con lo que le quedaba de Coca-Cola, se levantó, recogió todos los cartones y se metió en la

cocina.

Anna-Maria se quedó donde estaba. Se sentía abandonada y falta de amor. Una parte de ella quería salir corriendo tras Robert y pedirle que la abrazara fuerte. Pero no lo hizo. Siguió mirando la tele con apatía y sintiendo que se endurecía por dentro.

Le hago una visita a Hjalmar Krekula. Vive en una típica casa de hombre soltero. Su madre, Kerttu, todavía le cambia las cortinas en primavera y en otoño. Hace unos años se quejó y desde entonces ella ha dejado de ponerle las de motivos navideños. Kerttu le ha llenado los alféizares con geranios de plástico. Hjalmar no ha comprado ni un solo mueble de los que hay en la casa. La mayoría se los regaló Tore. Cuando el hermano pequeño cambió de mujer, la mujer nueva cambió los muebles. Lo que quedaba de la relación anterior era demasiado oscuro, demasiado claro, demasiado viejo, demasiado feo. Tore lo consintió, como se hace al principio. Los antiguos muebles acabaron en casa de Hjalmar.

El televisor sí que se lo había comprado él. Uno grande y caro. Acaba de apagarlo después de las Noticias Regionales. Han mostrado imágenes de Simon y mías. Hjalmar nota mi presencia cuando me siento a su lado en el sofá del salón. Me doy cuenta porque echa un vistazo rápido hacia el lado. Después se aparta un poco, se desprende de mi presencia, cierra todas las puertas de una casa que en verdad es él mismo.

Vuelve a encender rápidamente el televisor.

Se queda pensando en la mujer policía.

Recuerda cómo Tore se inclinó con naturalidad para hurgar en los bolsillos de su chaqueta mientras ella estaba en el baño.

Kerttu no ha dicho ni una palabra. Isak estaba en la habitación contigua, tumbado en la cama jadeando.

Tore ha sacado el teléfono y se lo ha guardado mientras le ordenaba a Hjalmar que saliera y se ocupara del coche.

—Así dejará de meter las narices en este asunto —dijo Tore mientras iban a la ciudad, después de pasar por al lado de la policía, que caminaba en dirección a casa de Anni.

Y el mensaje que le han enviado a la hija. No ha sido muy difícil descubrir cómo se llamaba la chica para escribirle.

Han encontrado mi cuerpo. Empieza a pasar algo. Tore está alterado, aunque intente disimularlo. Delante de Hjalmar hace como si todo esto fuese normal, algo necesario como cualquier otro momento de la tarea.

Puedo ver cómo Hjalmar piensa en todo ello. En que Tore siempre se alimenta de esas cosas. No tanto de la violencia como de la intimidación. Saca energía del miedo y de la impotencia de los demás. Después se queda lleno de fuerza y de ganas de trabajar. Le puede dar por limpiar las cabinas de todos los camiones con abrillantador o cambiar el papel de los tacógrafos. Hjalmar es más bien lo contrario, por lo menos antes. Nunca ha entendido eso de la intimidación, siempre ha sido Tore el que se encargaba de esa parte. En cambio, la violencia... Pero sólo y cuando el contrincante supusiera un reto de algún tipo, si fuera superior a él.

La sensación de meterse en una pelea, quizá contra tres oponentes. Primero

viene el miedo, antes de que caiga el primer golpe. Después una erupción de furia incandescente, la liberación de cualquier pensamiento y cualquier emoción excepto el deseo de salvarse, el deseo de vencer. Yo también era una buscabullas antes de mudarme a Piilijärvi y encontrar a Simon. Conozco muy bien el placer de la pelea.

Pero Hjalmar sólo se peleaba así cuando era joven. En su vida adulta ha sido diferente.

Suelta un suspiro, uno de esos que sólo le salen cuando está solo. Se levanta.

No, ahora la violencia la lleva a cabo con mecánica indiferencia. Zarandear a algún pobre que tenga que pagar, bloquear un golpe que intenten darle, dar permiso para dar una paliza o cosas así.

Normalmente no hace falta ni eso. La leyenda de los hermanos llega más allá de los límites del municipio. La gente suele hacer lo que ellos dicen. Pero la inspectora jefa de policía Anna-Maria Mella no se ha dejado asustar.

Hjalmar sale al porche. Es sábado por la noche, pero todavía hay luz. Mira hacia la casa de Tore, donde él y su mujer deben de estar viendo la tele. Se pregunta si Tore habrá visto las noticias. Kerttu ya habrá ayudado a Isak a incorporarse en el borde de la cama, le habrá acercado la mesita con ruedas y le habrá hecho comerse la sopa de escaramujo y el pan duro remojado.

Añora pasearse por el bosque. Lo noto. Olfatea los abetos en la linde de su terreno como un perro encadenado. Tiene una cabaña en Saarisuanto, junto al río Kalix. Lo sé: seguro que está pensando en ella.

Corre una historia por el pueblo. Una historia que se cuenta a espaldas de los dos hermanos.

Primera hora de la mañana del 17 de junio de 1956. Hjalmar tiene que llevar las vacas a pastar. Es una de sus ocupaciones durante las vacaciones de verano. Las granjas del pueblo están valladas y durante el día las vacas tienen que pastar en el bosque. Por la tarde casi siempre vuelven a casa solas con las ubres tensas y ansiosas por ser ordeñadas. Pero a veces también le toca salir a buscarlas, en especial a finales de verano, cuando se comen las setas del bosque; si están colocadas se puede pasar horas buscándolas.

En la cocina, madre les está preparando las mochilas a él y a su hermano.

—¿Tiene que venir Tore? —pregunta Hjalmar mientras se abrocha los tres últimos botones de la camisa de franela—. ¿No se puede quedar aquí contigo?

Él tiene ocho años y en julio cumple nueve. Tore tiene seis. Hjalmar preferiría ir solo al bosque. Ir con Tore es llevar un lastre a costas.

—No discutas —dice madre en un tono que no permite discusión.

Unta la mantequilla en sendos trozos de pan. Hjalmar ve que le está poniendo más a uno que al otro. Los envuelve en papel de periódico y mete el emparedado con más mantequilla en la mochila de Tore. Hjalmar no dice nada al respecto. Tore está sentado en el taburete de la cocina metiendo y sacando su navaja nueva de la funda.

—No juegues con el cuchillo —le dice Hjalmar como le han dicho a él tantas veces antes.

Tore hace como si no lo oyera. Madre no dice nada. Echa un chorro de leche agria en un cuenco de madera. En una bolsa vacía de leche mete un trozo de pescado salado. El pescado y un recipiente con leche agria tendrá que cargarlos Hjalmar en su mochila.

La familia sólo tiene tres vacas para cubrir las necesidades familiares. Isak, el padre, dirige la empresa de transportes y Kerttu se ocupa de la casa y el ganado.

Los chicos ya se han colgado la mochila. Llevan gorra y los pantalones les llegan justo por debajo de la rodilla. Las botas de agua de Hjalmar le van grandes y se le mueven un poco. Las de Tore le quedan un poco pequeñas.

Antes de cruzar siquiera la carretera, Tore corta una rama de abedul y empieza a vapulear a las vacas.

—No hace falta que les pegues —dice Hjalmar irritado—. *Stella* es lista. Te sigue si vas delante.

La vaca líder sigue los pasos de Hjalmar. Lleva una correa atada al cuello con un cencerro. Sus orejas son negras y en la frente tiene una estrella del mismo color. *Rosa* y *Mustikka* le van detrás. Las tres van espantando moscas con la cola. De vez en cuando corren unos pasos para alejarse de Tore y de su maldita vara de abedul.

Hjalmar mantiene el ritmo. Va a llevar a las vacas al borde de un cenagal que queda a un kilómetro. Allí hay buen pasto. El sol calienta. El bosque huele a

romero silvestre recién brotado. *Stella* le sigue con alegría. Ya ha aprendido que el chico la lleva a buenos sitios.

Tore los retrasa todo el rato. Se para y hurga con una gran rama en un hormiguero, la clava y la saca una y otra vez. Tiene que hacer marcas en los árboles con su navaja nueva. Hjalmar mira hacia otro lado. La suya es mucho peor. Uno de los empleados de padre la ha utilizado para quitar el óxido de uno de los camiones. Tiene una muesca en la hoja que no se puede afilar. La navaja de Tore la acaban de comprar.

Tore va diciendo cosas, allí detrás. A Hjalmar le gustaría que se estuviera callado. Cuando se camina por el bosque hay que saber guardar silencio.

Al llegar al borde del cenagal sacan el desayuno. Las vacas se ponen a pastar inmediatamente. Poco a poco se van alejando de los chicos.

El cenagal está blanco por las flores de camemoro.

Después de comer es hora de volver a casa.

Cuando llevan diez minutos caminando ven un reno. Se ha parado y los está observando con sus ojos negros bien abiertos. Los lapones ya se han llevado los renos a la montaña, pero se les ha quedado uno.

Los chicos intentan aproximarse sin hacer ruido, pero entonces el reno estira el cuello y se marcha a paso ligero. Oyen el chasquido de sus pezuñas contra el suelo y de pronto ya no está.

Intentan seguirlo un trozo, pero a los diez minutos se rinden. Lo más probable es que el reno ya esté muy lejos.

Vuelven a dirigir el rumbo hacia casa. Pero al cabo de un rato Hjalmar se da cuenta de que no sabe dónde están. Sin embargo, continúa en la misma dirección un rato más. Pronto volverá a ver las piedras de siempre, los claros. Pero al cabo de otro rato llegan a un humedal que nunca había visto. Allí los abetos crecen delgadísimo y tienen el tronco negro. El líquen de barba cuelga de las ramas, parece quemado. ¿Dónde están?

—Nos hemos equivocado —le dice a Tore—. Tenemos que volver.

Dan media vuelta. Pero al cabo de por lo menos una hora topan de nuevo con el mismo humedal.

—Vamos a cruzar —dice Tore.

—No seas idiota —le suelta Hjalmar.

Ahora ya está preocupado. ¿Qué dirección deben tomar?

Entonces oye un débil mugido en la lejanía.

—Calla —le dice a Tore, que está parlotando—. Es *Stella*. Viene de allí.

Si encuentran a las vacas podrán llegar a casa. *Stella* hace el camino de vuelta sola cuando llega la hora de ordeñarla.

Pero dan unos pocos pasos y después ya no oyen el mugido. Ya no pueden guiarse por el sonido. Ninguno de los dos está seguro de dónde venía.

Se tumban a descansar un rato en un claro. El musgo está seco bajo sus

cuerpos y el sol los calienta. Les entra la modorra. Hjalmar ya no tiene ganas de llorar, sólo está cansado. Va sumiéndose en el sueño. Las piernas de Tore dan un respingo por acto reflejo y balbucea algo en sueños.

Hjalmar se despierta con Tore tirándole del brazo.

—Quiero irme a casa —lloriquea—. Tengo hambre.

Hjalmar también tiene hambre. Le rugen las tripas. El sol está bajo. Los sonidos que llenan el bosque son otros. El calor supura de los árboles y hace que den chasquidos. Casi suenan como pasos. Un ruido desagradable de un zorro que ladra. Hace más fresco y tienen un poco de frío.

Caminan sin rumbo.

Al cabo de un rato llegan a un arroyo. Se agachan para llenar los tazones de madera y beben hasta matar la sed.

Hjalmar piensa:

¿Y si este arroyo es el mismo que pasa junto a la granja de Iso-Junttis, a las afueras del pueblo?

Una vez Hjalmar soltó unos palos en aquel arroyo y descendieron hacia el río Kalix. O sea que si siguen el arroyo corriente arriba deberían de acercarse al pueblo.

Si es aquel arroyo, claro. Pero también podrían estar siguiendo uno que lleva a cualquier otra parte.

—Vamos por aquí —le dice a Tore.

Pero a Tore no le gusta que decidan por él. Nadie tiene que decirle qué dirección debe tomar. Como mucho, padre.

—No —dice—. Vamos por aquí.

Señala la dirección opuesta.

Empiezan a discutir. La oposición de Tore le confirma a Hjalmar que su idea de ir contracorriente por el arroyo es el mejor camino.

Tore se niega con tozudez. Hjalmar le llama niño, le dice que es un tonto de mierda, que más le vale hacer caso.

—Tú no me das órdenes —grita Tore.

Empieza a llorar y quiere que mamá vaya a buscarlos. Entonces Hjalmar le suelta un guantazo. Tore se vuelve con un puñetazo en el estómago. Enseguida están en el suelo. La pelea no dura mucho, Tore no tiene ninguna posibilidad. La diferencia de edad resulta decisiva. Y Hjalmar es grande.

—Yo me voy —le grita a Tore.

Está sentado a horcajadas encima de su hermano pequeño. Le suelta los brazos, pero se los vuelve a agarrar cuando Tore intenta golpearle la cara. Al final Tore se rinde. Ha perdido la batalla. Pero no la guerra. Cuando se pone de pie otra vez se marcha resuelto en la dirección que él decide.

Hjalmar le grita por última vez:

—No seas idiota. ¡Ven conmigo!

Tore hace como si no lo oyera. Al cabo de unos minutos Hjalmar lo pierde de vista.

A las once y cuarto de la noche Hjalmar llega a la carretera de Vittangi. Camina por el arcén y una hora más tarde un camión se detiene a recogerlo. Es el vehículo de padre, pero no es él quien conduce sino Johannes Svarvare. A su lado va Hugo Fors, otro hombre del pueblo. Parancincuenta metros por delante de él y ambos abren las puertas del camión y lo llaman. Tienen la cara morena y llevan la gorra torcida y la camisa arremangada. Cuando Hjalmar los ve se le abre el pecho, empieza a rebotar alegría y alivio. Pronto estará en casa.

Los dos hombres se ríen cuando lo ayudan a subir al camión. Dejan que se siente en medio. Dicen: « Santo Dios, chico, lo preocupados que están madre y padre.» Le explican que después de ordeñar a las vacas, el pueblo entero ha salido a buscarlos y a llamarlos. Hjalmar quiere responder, pero la voz no le sale.

—¿Dónde tienes a Tore? —le preguntan.

No logra pronunciar palabra. Los hombres intercambian miradas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Johannes—. Contesta, chico, ¿dónde tienes a tu hermano?

Hjalmar gira la cabeza hacia el bosque.

Los hombres no saben cómo interpretarlo. ¿Se ha caído el hermano pequeño a una ciénaga?

—Vamos a llevarte a casa —dice Hugo Fors poniendo la mano en la cabeza de Hjalmar— y luego ya hablaremos del asunto.

Habla con voz relajada como un lago al anochecer, pero bajo la superficie las aguas se agitan intranquilas.

Se reúnen en la granja de los Krekula. Aquello parece una reunión de laestadianos. Una decena de adultos en círculo alrededor de Hjalmar. Las mujeres emiten grititos contenidos y jadeos; pero no muy alto, no quieren perderse ni una palabra. Kerttu no gimotea. Está blanca y rígida como un carámbano. Isak está rojo y sudado, ha vuelto a la granja corriendo desde el bosque.

—Ahora nos vas a contar lo que ha pasado con Tore —le ordena.

Hjalmar se esfuerza en sacar las palabras.

—Se ha quedado en el bosque —dice.

Los mayores están todos a su alrededor. Son como abetos negros en la noche de verano; Hjalmar está solo en el claro.

—¿Lo has dejado en el bosque?

—No ha querido acompañarme. Le he dicho que viniera conmigo. Nos hemos perdido. Pero no ha querido.

Le brotan las lágrimas. Alguna de las mujeres grita « Jumala bendito » y se tapa la boca con la mano.

Kerttu clava la mirada en Hjalmar.

—Es el castigo —le dice a Isak sin quitar los ojos de su hijo—. No lo encontraremos.

Después se gira lentamente, tan despacio como un carámbano se movería si le hubiesen dado vida, y se mete en la casa.

—Sacadlo de aquí —ruge Isak a los presentes—. Que alguien se lo lleve a casa antes de que me ensañe con él. Lo has dejado en el bosque. Has dejado a tu hermano pequeño en el bosque.

Elmina Salmi se lleva a Hjalmar a su casa. El chico vuelve la cabeza varias veces para mirar la suya. Padre podría haberlo azotado con el cinturón; habría sido mejor.

—¿Cuándo podré volver a casa? —pregunta.

—Dios lo sabe —dice Elmina, religiosa como es—. Rezaremos para que encuentren al pobre Tore.

Me llamo Wilma Persson. Estoy muerta. Todavía no sé muy bien qué implica eso.

Hjalmar Krekula está de rodillas en su patio y se aprieta un puñado de nieve contra la cara. No quiere pensar más en aquello. Nunca más.

« Ya basta, y a basta », se dice a sí mismo.

Paso a ver a Anni. Está durmiendo de lado en la cama. Ha colgado su ropa con cuidado en el respaldo de una silla del dormitorio. Duerme con una mano bajo la mejilla. Es como un cuenco en el que deja descansar la cabeza. La otra la tiene abierta sobre el pecho. Me recuerda al zorro que se acurruca cuando cae la noche. Se enrosca en torno a sí mismo, calentándose con su propia cola.

La policía Anna-Maria Mella está despierta en su cama. Su marido se ha girado dándole la espalda y está roncando. Se siente sola y no puede calentarse a sí misma como el zorro. Le gustaría que él la estuviera abrazando. Así no se sentiría tan abandonada y enfadada. Hoy su vida ha sido frágil.

Me siento a su lado en la cama y le pongo la mano sobre el corazón.

« Si quieres dormir entre sus brazos, pégate a él », le digo.

Y al cabo de un momento se acerca a Robert, se arrima a su espalda, lo rodea con los brazos. Él se despierta, sólo lo suficiente para darse la vuelta y pasarle un brazo por encima.

—¿Cómo estás? —pregunta con voz ronca.

Ella contesta: « No muy bien. » Robert la acaricia, la abraza, le besa la frente. Primero ella piensa que tiene narices que haya tenido que pedírselo, ir a buscarlo. Pero al final no tiene fuerzas para darle más vueltas. Se relaja y se queda dormida.

DOMINGO

26 DE ABRIL

El domingo un hombre llamó a la comisaría de Kiruna para decir que tenía información sobre los dos jóvenes que habían salido en las Noticias Regionales del Norte la noche anterior. Se presentó como Göran Sillfors.

—No sé si es importante —dijo—, pero como dijisteis que «mejor una llamada de más que una de menos», pensé que...

La telefonista lo pasó con Anna-Maria Mella.

—Y has pensado bien —dijo la inspectora jefe después de que Göran Sillfors hiciera la misma introducción por segunda vez.

—Sí, esos dos. Estuvieron haciendo kayak en Vittangijärvi en verano. Tenemos una cabaña allí arriba. Le dije al Ayuntamiento que no todos los jóvenes se pasan el día delante del ordenador. Estuvieron cargando y arrastrando el kayak por la orilla del río, cruzaron a remo Tahkøjärvi y subieron hasta el lago. Hay un buen trozo. Y no sé cuánto cobraron del ISMH, pero no puede haber sido mucho.

—¿Cómo que ISMH?

—Estaban haciendo unas mediciones en el lago para el Instituto Sueco Meteorológico e Hidrográfico, nos lo contaron cuando vinieron a tomar café. Era una pareja muy agradable. No sabía que habían desaparecido, pero es que estábamos fuera cuando pasó. Nuestra hija y su novio se han comprado un hotel en Thailandia y pasamos tres semanas allí viviendo gratis. Evidentemente nos tocó trabajar, ya sabes, cuando hay algo que hacer siempre llaman al padre.

—Fueron a tomar café. ¿Qué os contaron?

—Bueno, no gran cosa.

«No —pensó Anna-Maria—. Sólo hablarías tú.»

Göran Sillfors continuó:

—Estaban haciendo algún tipo de medición para el ISMH. ¿Qué dices?

—¿Qué?

—No, tú no, es mi mujer, que... Dice que estaban sondeando el lago. Los reconocí en cuanto salieron por la tele. Ella parecía un poco peligrosa, con esos hierros atravesándole la ceja. Ja, ja. Le pregunté si hacía eso de... cómo se llama, cuando se cuelgan de esas cuerdas con ganchos que atraviesan la piel. Ay, esta memoria mía. Vi un programa en televisión en el que se perforaban todo el cuerpo y luego se colgaban. Pero no, dijo que ella sólo tenía esos de la ceja y en las orejas.

—¿Puedes recordar un poco lo que dijeron acerca del lago? ¿Habían pensado bucear o qué?

—No. Me preguntaron si solía pescar allí.

—¿Y tú qué dijiste?

—Que normalmente sí.

—¿Algo más?

—Nada más.

—Piensa un poco. Si estuvierais tomando café me imagino que hablaríais de bastantes cosas.

—Bueno. Estuvimos hablando de pesca. Les conté que hay un sitio especial en el que suelen picar. Pensé que a lo mejor querían pescar. Solemos hacer broma de ese sitio, en medio del lago, que seguro que hay un meteorito o una gran roca. Algo donde los peces se pueden esconder, porque ahí es donde más pican. Pero no iban a pescar. Espera, que no te oigo porque mi mujer está hablando otra vez.

«Que no me oye —pensó Anna-Maria—. Si no estoy diciendo nada. Sólo habla él.»

—¿El qué? —le gritó Göran Sillfors a su mujer al otro lado—. ¿Por qué le iba a interesar eso? Mejor habla tú misma con ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Anna-Maria.

—Bah, nada, me está insistiendo con la puerta de la leñera. Alguien la robó en invierno.

El corazón de Anna-Maria dio un respingo. Se acordó de las escamas de color verde que Pohjanen había encontrado debajo de las uñas de Wilma Persson.

—¿De qué color era la puerta? —preguntó.

—Negra —respondió Göran Sillfors.

Anna-Maria se hundió. Habría sido demasiado bueno para ser cierto. De fondo oyó que la esposa decía algo.

—Es verdad —dijo él al teléfono—. Era negra por fuera, porque sólo pinté un lado, hace dos años. Ya sabes cómo es el tiempo y me había sobrado un poco de pintura negra de cuando ayudé al vecino a pintar las verjas. Me sobró y pensé que por lo menos podría darle una capa al lado de fuera.

—Ah —dijo Anna-Maria ocultando mal su impaciencia.

—Por dentro era verde. ¿Por qué lo preguntas?

Anna-Maria tomó aire. Ahora sí. Ahora sí que sí.

—No os marchéis de casa —gritó al teléfono—. ¿Dónde vivís? Voy para allá.

Anna Maria-Mella se fue con Göran Sillfors y su esposa Berit a la cabaña que el matrimonio tenía junto al lago Vittangijärvi. Era una casa de madera barnizada en marrón con los marcos de las ventanas blancos. El porche era singularmente ancho, con un tejadito que se apoyaba sobre columnas de madera talladas a mano.

Göran Sillfors conducía la motonieve con Anna-Maria y Berit en el remolque.

—¿Vamos a entrar? —preguntó Berit Sillfors cuando llegaron.

Anna-Maria negó con la cabeza.

—¿Dónde está la puerta de la leñera?—preguntó.

—No hay puerta —dijo Göran Sillfors—. Ése es el problema.

En el tejado de la leñera la nieve se había derretido y luego helado. Un pastel gigante de hielo asomaba con mal augurio por el canto.

Anna-Maria se quitó el gorro y se abrió el mono de invierno que llevaba puesto. Se había abrigado demasiado.

—Ya me entiendes —sonrió alegre—. Enséñame dónde estaba la puerta. ¿Es en la parte de atrás?

El agujero de la puerta estaba en el lado corto de la leñera y tapiado con tablas de madera.

—En primavera pondré una puerta nueva —dijo Göran Sillfors—. Ahora en invierno no subimos, así que hicimos un apaño provisional.

Anna-Maria estudió el marco de la puerta. Ni rastro de la pintura verde. Tampoco de la negra.

—Me gustaría que quitaras las tablas —dijo—. Sólo para que pueda entrar a echar un vistazo.

—¿Te puedo preguntar qué vas a buscar?

—Espero encontrar algún resto de pintura verde en la parte de dentro del marco. Para que podamos coger una muestra.

—No la hay. Pinté la puerta de verde hará como mínimo quince años. Pero la saqué y la puse en unos caballetes. Así que no encontrarás ni una gota.

La cara de Göran Sillfors cambió de orgullosa de haber pintado tan bien sin manchar nada a preocupada cuando vio la desilusión de Anna-Maria.

—Pero oye —dijo—. Una de las puertas de dentro de la casa tiene la misma pintura. Del mismo bote. De hecho, creo que las pinté el mismo día. ¿Te sirve?

Los ojos de Anna-Maria se iluminaron y después abrazó de forma espontánea al sorprendido Göran Sillfors.

—¿Qué si sirve?—gritó contenta—. ¡Apúestate algo!

—Entonces, ¿vamos a entrar?—preguntó Berit Sillfors—. Qué bien, porque me gustaría vaciar las ratoneras, ya que estamos aquí.

Anna-Maria Mella rascó con cuidado un poco de pintura de la puerta verde del cancel del gran recibidor y metió las escamas atentamente en un sobre.

—Rasca, rasca —dijo Göran Sillfors generoso—. Hay que pintarla de todas formas.

Berit Sillfors vació las ratoneras de los guardarrropas del piso de arriba y debajo del fregadero. Cuando hubo terminado fue a enseñarles el resultado a Anna-Maria y a Göran. Cinco cuerpos de ratón congelados en un cubo rojo.

—Voy a tirarlos —dijo.

—Yo ya estoy —dijo Anna-Maria.

Miró por la ventana del recibidor. El hielo parecía cubrir todavía todo el lago.

También había mucha nieve encima.

« Si abrieron un agujero en el hielo para hacer una inmersión —pensó Anna-Maria—. Y alguien puso la puerta sobre el agujero para que se ahogaran... Puede haber sido así. Pero ¿por qué cambiar a la chica de lugar? Y ¿dónde está él? ¿Estará la puerta allí fuera, sobre el hielo, bajo la nieve?»

—¿Puedo ir a echar un vistazo sobre el hielo? —preguntó.

—Yo no lo haría —dijo Göran Sillfors—. Está muy delgado y no es de fiar.

—¿Hay alguien que suela estar por aquí en invierno? —preguntó Anna-Maria—. ¿Quién es el dueño de la otra casa? Sólo estoy pensando en si podría haber alguien más que haya visto algo o que se cruzara con Wilma y Simon.

—No, en la casa vecina nunca hay nadie —dijo Berit con tristeza—. El dueño es demasiado viejo y está muy enfermo, y a los sobrinos no les interesa. Pero claro, a lo mejor Hjörleifur...

—¡Déjalo! —exclamó Göran—. No la puedes mandar a donde Hjörleifur.

—Me está preguntando.

—¡No metas a Hjörleifur en esto! No soporta a las autoridades.

—Bueno —dijo Berit agitando un poco el cubo con los ratones muertos como para llamar la atención—. Hjörleifur Arnarson vive en una granja perdida a un kilómetro de aquí. ¿Sabes quién es?

Anna-Maria Mella asintió con la cabeza.

—Se baña aquí en el lago. Se pasea por el bosque tanto en verano como en invierno. Suele tener un hoyo junto al pantalán. Y se ha vuelto irascible. En eso tienes que darme la razón, Göran.

—Hjörleifur no tiene nada que ver con esto —dijo Göran con rotundidad—. Está un poco ido, pero no tiene ninguna maldad.

—Yo no digo que sea malo —se defendió Berit—. Pero se ha vuelto irascible.

—¿Cómo, irascible? —preguntó Anna-Maria.

—Por ejemplo, no le gustan los intrusos aquí arriba. Tomó prestada tu escopeta sin permiso, Göran. Y asustó a unos pescadores. ¿Qué hace, dos años de eso?

Göran Sillfors miró a su mujer con ojos de advertencia. « Calla y a », decían.

Anna-Maria Mella callaba. No se iba a poner a poner a discutir por qué Göran Sillfors no guardaba la escopeta en un armario de armas.

Berit Sillfors continuó hablando sin inmutarse.

—A veces subo a verlo para comprar el aceite antimosquitos que prepara y hablamos un poco —explicó—. El verano pasado, cuando subí, su macho cabrío estaba colgando de un árbol.

—¿Qué quieres decir colgando de un árbol?

—Le pregunté: « Pero ¿qué ha pasado, Hjörleifur? » Y me dijo que la cabra lo había embestido y que entonces él se había enfadado tanto que lo mató a golpes y lo lanzó con todas sus fuerzas. Sí, el pobre animal salió disparado al

abedul del patio y se quedó enganchado por los cuernos. Lo ayudé a bajarlo. Si no, los cuervos habrían empezado a picotearlo. Y Hjörleifur estaba muy arrepentido. El macho cabrío estaba en celo y entonces se ponen un poco rebeldes.

Berit le lanzó una mirada a Anna-Maria.

—Pero él nunca le haría nada a nadie, no es eso lo que quiero decir. Estoy con Göran. Está un poco ido, pero no tiene ninguna maldad. Sólo vete con un poco de cuidado. ¿Quieres que te acompañemos?

Anna-Maria miró la hora.

—Tengo que volver a casa —sonrió—. Si no, mi marido me tirará al árbol.

Domingo por la tarde en el garaje de los camiones. Estoy sentada sobre una cabina mirando a Hjalmar Krekula. Ha levantado la plataforma de uno y está engrasando los pistones hidráulicos. Dirige la pistola a los engrasadores y los rellena. No oye a Tore cuando entra. De pronto su hermano está al lado del camión dando gritos.

—¿Qué coño estás haciendo?

Hjalmar lo mira un momento sin interrumpir su tarea. Tore corre a buscar unas falcas y las pone debajo de la plataforma.

—Menuda estupidez —dice—. No puedes trabajar debajo de la plataforma sin asegurarla, supongo que hasta ahí llegas.

Hjalmar no responde. ¿Qué puede decir?

—Yo solo no puedo dirigir la empresa. —Tore se recrea—. Ya tengo bastante con que padre esté en cama y ya no pueda ni llevar la contabilidad. Muerto o inválido no me sirves de nada. ¿Lo entiendes?

Tore está alterado. Escupe cuando habla.

—¡No me traiciones ahora! —grita señalando a Hjalmar.

Y cuando ve que Hjalmar no contesta dice:

—¡Idiota!

Da media vuelta y se va.

« No —piensa Hjalmar—. Nada de traiciones. Otra vez, no.»

Buscan a Tore durante cinco días y cinco noches. Voluntarios del antiguo Servicio de Seguridad y del Cuerpo de Rescate Alpino salen a inspeccionar el terreno. La policía y una compañía de la I-19 del municipio de Boden también salen a buscar. Un avión hace dos trayectos encima del bosque al norte de Piiijärvi. Ni rastro de Tore. En el patio hay hombres prácticamente todo el tiempo. Toman café. Van o vuelven del bosque. Les gustaría mucho hablar con Hjalmar, preguntarle adónde fueron él y su hermano, cómo era el bosque allí, a qué humedal llegaron. Hjalmar no quiere, intenta mantenerse apartado, pero lo obligan. Vuelve a estar en casa después de pasar las dos primeras noches en la de Elmina Salmi. La mañana del segundo día Elmina lo llevó de vuelta a casa y le dijo a Kerttu:

—Sigues teniendo un hijo vivo. Da gracias por ello.

Kerttu le dio gachas de avena, pero no le dirigió la palabra. Todavía sigue sin hablarle.

Cuando los hombres le formulan sus preguntas, Hjalmar se retuerce por dentro mientras contesta. No lo sabe. No se acuerda. Al final empieza a inventarse y a mentir para aportarles algo. ¿Vieron la montaña de Hanhivaara? Podía ser. ¿Tenían el sol detrás cuando caminaban? Probablemente. ¿El bosque estaba entresacado? No, seguro que no.

Buscan en el bosque al norte del pueblo, por donde Hjalmar salió a la carretera. Y todo lo que cuenta apunta a que es allí donde los chicos se perdieron.

Tiene que acostumbrarse estos días a que la gente se quede callada cuando él llega. A comentarios tipo «Dios te perdone» o «¿en qué demonios estabas pensando, chico?» . A cabezas negando en silencio y a miradas penetrantes. Al silencio de madre. No es que haya sido nunca muy habladora, pero ahora ni siquiera lo mira.

Una vez oye a padre decirle a uno de los hombres del pueblo: « Me gustaría matarlo de una paliza, pero eso no hará que Tore vuelva.»

« *Jumala on antanu anteksi* », responde el hombre, que es creyente. Dios ha perdonado ese pecado.

Pero Isak Krekula no cree en Dios. No tiene consuelo ninguno. Tampoco puede, como Job, gritarle al Señor, levantarle un puño al cielo. Murmura una respuesta evasiva. El puño se lo muestra a Hjalmar.

Al sexto día abandonan la búsqueda de Tore Krekula. Un niño de seis años no sobrevive cinco días enteros en el bosque. Probablemente haya caído en una ciénaga. Quizá se haya ahogado en el arroyo junto al cual se separaron los dos hermanos. O lo haya atacado un oso. El patio queda desierto. Algunos vecinos del pueblo buscan por obligación incluso una hora por la tarde del séptimo día. Pero todos tienen cosas que hacer. Y qué sentido tiene buscar a un muerto.

Por la noche Hjalmar está despierto en la habitación pequeña. El llanto de su

madre atraviesa las paredes.

—Es el castigo —solloza.

Hjalmar oye los chirridos y quejidos de la cama cuando padre se levanta.

—Cierra la boca —dice sin la menor empatía.

Hjalmar está escuchando el llanto de su madre cuando de repente se abre la puerta de la habitación. Es padre Isak.

—Levántate —ruge—. Ponte de pie y bájate los pantalones.

Lo azota con el cinturón. Lo más fuerte que puede. Hjalmar oye los gruñidos que emite por el esfuerzo. Primero piensa que no debe llorar. No, no. Pero llega un punto en que el dolor es demasiado grande. Las lágrimas y los gritos salen sin que pueda evitarlo.

En la habitación grande reina el silencio.

Ahora es ella quien está tumbada escuchándolo a él.

El milagro llega la mañana del 23 de junio de 1956. Hacia las cinco de la madrugada, antes de que madre haya salido al establo, antes de que padre siquiera se haya levantado, Tore cruza el patio de su casa. Entra en la cocina y grita: *Päivää*. Buenos días.

Madre estaba en el baño recogiendo el pelo. Sale y se queda mirando a Tore. Después llora, chilla, grita. Lo abraza tan fuerte que él se queja y tiene que soltarlo.

Los mosquitos y los tábanos le han picado tanto que el cuello ensangrentado de la camisa está prácticamente pegado a la piel. Madre Kerttu tiene que cortarlo con unas tijeras. Tiene los pies doloridos e hinchados. Los últimos días ha llevado las botas en la mano, cosa de la que más adelante se hará broma: las botas no las soltaba, no.

Durante todo el día la gente del pueblo entra en la cocina para mirar a Tore mientras come, mientras duerme en el sofá. Tore mientras vuelve a comer.

La historia llega a los periódicos y la cuentan por la radio. Reciben cartas de todo el país. La gente envía regalos, ropa, zapatos, esquís. Llega gente desde Kiruna y Gällivare para ver a Tore con sus propios ojos. Ulla Billquist manda un telegrama.

Madre y Tore toman el tren hasta Estocolmo y Tore es entrevistado por Lennart Hyland para la televisión en el programa *El Carrusel*.

Hjalmar escucha todo el programa. Gracias a Dios, por la radio Tore no dice nada de que Hjalmar le pegó. Pero en casa, en el pueblo, ha corrido la voz. Hjalmar golpeó a su hermano, que tenía tres años menos que él. Y lo abandonó en el bosque.

LUNES

Reunión a primera hora en la sala de conferencias de la comisaría de Kiruna. Los inspectores jefe Sven-Erik Stålnacke, Fred Olsson y Tommy Rantakyrö estaban esperando a Anna-Maria Mella.

Sven-Erik Stålnacke sumergió el bigote en la taza de café. Antes le colgaba bajo la nariz como una ardilla gris aplastada por un coche, pero ahora que iba en serio con Airi Bylund siempre lo llevaba arreglado.

«Ahora parece más un erizo irritado», había comentado Tommy Rantakyrö en alguna ocasión. Sven-Erik también se recortaba los pelillos de la nariz y había perdido peso, aun comiendo con apetito todo lo que Airi le cocinaba.

Fred Olsson jugaba con su nueva Blackberry. Tommy Rantakyrö ya había soltado su «pero ¿se puede llamar con eso?» y escuchaba sin atención mientras Fred Olsson hablaba de pantalla táctil y gigabytes.

Anna-Maria Mella entró en la sala con las mejillas sonrojadas y la ropa de abrigo puesta. Se quitó el gorro con un tirón. Llevaba el pelo sin trenzar ni cepillar. Parecía una salvaje.

—¿Una mañana traidora?—preguntó Fred Olsson.

—Perdonad el retraso —dijo Anna-Maria haciendo un esfuerzo por mostrarse calmada—. Hoy he tenido que lidiar con el de cuatro años. Primero para embutirlo en el mono de invierno porque no se lo quería poner y se ha puesto a gritar como un loco. Después se lo he tenido que arrancar porque no quería quitárselo, mientras las chicas de la guardería me miraban con paciencia divina. Os apuesto a que hoy los servicios sociales lo acaban trasladando.

Se quitó el abrigo y se sentó.

—Sólo os quiero hablar del caso de la muerte de Wilma Persson y la desaparición de Simon Kyrö. El cuerpo de Wilma Persson fue hallado en el río Torneälven un poco más abajo de Tervaskoski. Pero Pohjanen mandó muestras de agua del río y de los pulmones de la chica al laboratorio Rudbeck y la estructura de ADN de una y otra no coinciden. No murió en el río. En verano la pareja estuvo haciendo kayak en Vittangijärvi y tomaron café en casa de Berit y Göran Sillfors, los dueños de una de las cabañas de allí. Wilma y Simon les dijeron que estaban haciendo unas mediciones para el Instituto Sueco Meteorológico e Hidrográfico. Los he llamado y me han dicho que no han encargado ninguna medición en Vittangijärvi. A Wilma Persson y Simon Kyrö nunca les han asignado ningún trabajo. Por tanto, ¿qué estaban haciendo allí? Y a los Sillfors les robaron la puerta de la leñera en invierno y una cara estaba pintada de verde. Debajo de las uñas de la mano derecha de Wilma, las que le quedaban, Pohjanen encontró escamas de pintura verde.

—O sea que crees que hicieron una inmersión en el lago y que alguien tapó el

agujero con la puerta —dijo Tommy Rantakyrö.

—Qué sé yo, pero quiero investigarlo. Demasiada cosa rara.

—Pero si haces buceo en invierno, ¿no te pones guantes? —dijo Fred Olsson.

Anna-Maria se encogió de hombros.

—He enviado las muestras de pintura de las uñas y de la puerta al Laboratorio Estatal de Criminología —dijo—. Hoy vamos a tomar muestras del agua del lago y las vamos a enviar al laboratorio Rudbeck para ver si coinciden con la de los pulmones de la chica. Yo creo que hicieron la inmersión en el lago.

—A lo mejor fue el novio quien le puso la puerta —propuso Fred Olsson.

—Pero ¿por qué trasladarla de sitio? —preguntó Tommy Rantakyrö.

Anna-Maria Mella guardó silencio. Si habían asesinado a la muchacha, una razón para trasladarla podría haber sido que el homicida vivía por la zona o que se sabía que frecuentaba el lago. Hjörleifur Arnarson vivía por allí cerca y solía bajar al lago. Pero no tenía sentido mencionárselo a los compañeros.

«No es él —pensó la inspectora—. Los putos hermanos Krekula tienen algo que ver con esto, lo sé.»

Además, quiere hablar con Hjörleifur Arnarson, pero prefiere no hacerlo sola.

—¿Cómo está tu hija? —preguntó Fred Olsson.

—Bien —respondió Anna-Maria—. La que se cayó de miedo fui yo.

—Cerdos —dijo Tommy Rantakyrö con desprecio—. ¿Has bloqueado el teléfono?

—Claro.

—Tienen que estar implicados de alguna manera —continuó Tommy con impetu—. Y tenemos que ponerlos en solfa por lo que te hicieron a ti, Mella.

—No sé yo —dijo Sven-Erik—. No tiene por qué tener relación con los muchachos. Tú fuiste a verlos, ellos aprovecharon la oportunidad para joderte. Si hubieras sido de Hacienda o del gobierno civil o una vigilante de aparcamientos o cualquier otro al que odien habrían hecho lo mismo.

—O puede que intentaran asustarme porque saben algo o tienen algo que ver —dijo Anna-Maria cortante.

La voz de Sven-Erik subió medio tono:

—O puede ser que tu impulso emocional actúe antes que tu cabeza, lo cual tampoco sería la primera vez que pasa.

Anna-Maria se puso de pie.

—Vete a la mierda —le dijo a Sven-Erik con calma—. Vete a casa con Airi o haz lo que te dé la gana. Yo voy a investigar la muerte de Wilma Persson y la desaparición de Simon Kyrö. Yo creo que él está bajo el hielo. Si los asesinaron, lo voy a descubrir.

Abandonó la sala con paso firme.

—¿Qué estáis mirando? —preguntó Sven-Erik cuando Anna-Maria se hubo

marchado.

Sus compañeros no respondieron. No querían discutir. Fred Olsson negó de forma casi imperceptible con la cabeza e hizo ver que se concentraba en su Blackberry. Tommy Rantakyö se hurgaba minuciosamente la nariz. Ambos parecían estar diciendo que aquello había sido totalmente innecesario.

Rebecka Martinsson estaba bajando del coche delante de la comisaría cuando Anna-Maria Mella salió disparada por la puerta.

La inspectora tuvo una idea repentina. Podía pedirle a Rebecka Martinsson que la acompañara a hablar con Hjörleifur. No era buena idea ir sola, pero por el momento podía mantener al margen a sus compañeros.

—Hola —dijo—. ¿Quieres venir al bosque para hablar con el tipo más original del municipio de Kiruna? Tengo...

—Espera —dijo Rebecka buscando el móvil, que estaba sonando dentro del bolso.

Era Måns. Rechazó la llamada y apagó el teléfono.

« Después lo llamo », pensó.

—Dime —le dijo a Anna-Maria.

—Tengo que ir a hablar con Hjörleifur Arnarson —dijo la policía—. ¿Sabes quién es? ¿No? Se nota que has vivido mucho tiempo en Estocolmo. Vive cerca del lago Vittangijärvi y creo que fue allí donde Wilma y Simon estaban haciendo la inmersión cuando desaparecieron. Preferiría ir acompañada a verlo. Y mis compañeros están... ocupados con otros asuntos toda la mañana. ¿Te vienes? ¿O tienes vista?

—No, no tengo vista —dijo Rebecka pensando en la montaña de trabajo que tenía sobre la mesa.

Pero ya se quitaría de encima una buena parte por la tarde.

—O sea que nunca has oído hablar de Hjörleifur Arnarson —dijo Anna-Maria cuando ya estaban en el coche de camino a Kurraavaara.

Habían cogido un remolque con la motonieve de la policía para poder llegar hasta Vittangijärvi.

—Cuéntame.

—A ver... por dónde empiezo. Cuando se vino a vivir a Kiruna se instaló primero en Fjällnäs. Por aquel entonces se le había metido entre ceja y ceja que quería engendrar una raza de cerdos ecológica. La idea era que los cerdos pudieran sobrevivir solos en el bosque y soportar el frío del exterior en invierno. Así que cruzó jabalí con cerdo de Linderöd. ¡Vaya animales salieron! ¿Para qué se iban a quedar en el bosque pudiendo ir a revolver los patatales de la gente? Se montó un cirio de narices. Los vecinos del pueblo estaban cabreadísimos, nos llamaban pidiéndonos que fuéramos a atrapar a los cerdos. Hjörleifur intentó meterlos en un cercado, pero se escapaban todo el tiempo. Los cerdos, vaya, no los vecinos. Al final uno del pueblo se los cargó a tiros. Sí, Cristo bendito, menudo circo.

Anna-Maria se rió con el recuerdo.

—Y hace unos años hubo unas importantes maniobras de la OTAN en los bosques al norte de Jukkasjärvi, la operación Tormenta del Norte. Entonces

Hjörleifur hizo su contribución a la paz mundial y se puso a correr desnudo por el bosque donde estaban de maniobras. Tuvieron que interrumpir el ejercicio y dedicarse a buscarlo.

—¿Desnudo?—preguntó Rebecka.

—Sí.

—Pero la maniobra de Tormenta del Norte la hicieron en febrero, ¿no?

—Sí.

—Febrero. ¿Veinte, treinta grados bajo cero?

—Aquel invierno fue caluroso —se rió Anna-Maria—. Quizá no pasó de diez bajo cero. Cuando lo encontraron llevaba botas y una manta bajo el brazo. Es un hombre *ohne textilen*, pero sólo en verano. En realidad, supongo que hizo una excepción por la paz. En verano nunca lleva ropa. Dice que la piel aprovecha la energía solar, así que en verano apenas necesita comer.

—¿Cómo sabes todo eso?

—De cuando el vecino mató sus cerdos.

—Ya.

—Hubo juicio. Ejercicio arbitrario del propio derecho, o daños, no recuerdo bien, pero se celebró en verano. Deberías haber visto las caras del juez y del jurado cuando Hjörleifur apareció como parte demandante.

—Entiendo —se rió Rebecka—. ¿No te parece que hoy hace bastante sol?

—Nunca se sabe —sonrió Anna-Maria—. Habrá que ver.

A la casa de Hjörleifur Arnarson no llegaba ningún camino. Era una vivienda de madera de dos plantas pintada de rojo. En el patio había una vieja bañera y un montón de trastos: jaulas para conejos, trampas de distintos modelos y tamaños, balas de paja, un arado para caballos y diversos montajes de madera que parecían el inicio de proyectos de carpintería.

Unas pocas gallinas merodeaban libres y raspaban la nieve entumecida. Un perro simpático, posiblemente un cruce entre labrador y border collie, se les acercó moviendo la cola.

—Hola —gritó Anna-Maria—, ¿hay alguien?

Intercambió una mirada con Rebecka Martinsson. A lo mejor había sido un error traerla. De alguna forma, su aspecto era demasiado fino. Era fácil pensar que se sentía superior. Pero, por otro lado, si dejabas que un perro alegre te lamiera todo el maquillaje de la cara tal como ella estaba haciendo en ese momento, la cosa cambiaba.

Anna-Maria pensó en Sven-Erik. Él tenía un efecto tranquilizante en las personas.

«Lo echo de menos —se dijo, sorprendida por la claridad del sentimiento—. Estoy cabreada con él, pero lo echo en falta.»

—Hola —saludó un hombre que apareció detrás de una esquina.

Hjörleifur Arnarson. Llevaba un mono de trabajo azul indescriptiblemente sucio que colgaba holgado sobre su cuerpo escuálido. Tenía el pelo largo y rizado, pero era calvo por la parte superior de la cabeza. La cara, morena y curtida por el clima. Se parecía bastante al Hjörleifur que Anna-Maria recordaba de la última vez que lo vio. Como mínimo quince años atrás, haciendo un cálculo rápido. Llevaba una cesta con huevos en el brazo. Las gallinas se amontonaban fieles en torno a sus pies.

—Mujeres —exclamó con alegría.

—Hmm, sí —dijo Anna-Maria—. De la policía.

Se presentó primero ella misma y luego a Rebecka.

—No importa —aseguró Hjörleifur—. ¿Queréis unos huevos? Son ecológicos. Aumentan la fertilidad. ¿Tienes hijos?

—Sí —rió Anna-Maria, a quien la pregunta la había pillado por sorpresa—. Cuatro.

—¡Cuatro!

Hjörleifur Arnarson la miró con admiración.

—¿Con el mismo hombre?

—Sí.

—Eso es malo. Lo óptimo es tener hijos con tantos hombres como sea posible. Enriquece la variación genética y hay más posibilidades de conseguir un pleno biológico. ¿Tú tienes hijos?

Se dirigió a Rebecka.

—No —reconoció.

—Eso no es bueno. ¿Voluntario o involuntario? Perdona que sea tan sincero, pero las mujeres infértiles no tienen ningún valor para la humanidad.

—A lo mejor podemos dedicarnos a trabajar —propuso Rebecka—. Mientras los demás engendráis niños.

—Podemos trabajar nosotros mismos —dijo Hjörleifur con rotundidad—. Y tener hijos. Pero yo creo que tú eres fértil. Quizá sólo seas una de esas mujeres que hacen carrera. Con el hombre adecuado podrías tener muchos hijos.

—Dirás con los hombres adecuados —no pudo resistirse a señalar Anna-Maria, y le hizo gracia la mirada desaprobatoria que le lanzó Rebecka.

—Pero de uno en uno —dijo Hjörleifur mirándola con deseo—. Entrad.

Rebecka miró a Anna-Maria como preguntando: «¿Entrad y sed fecundadas, o qué?»

—Sólo queríamos —empezó Anna-Maria, pero para entonces Hjörleifur ya se había metido en la casa.

No les quedaba otra que seguirlo.

En la cocina, Hjörleifur puso los huevos que aumentaban la fertilidad en una huevera de cartón sobre la encimera. En cada uno fue anotando meticulosamente la fecha con un bolígrafo. Anna-Maria echó un vistazo a su

alrededor con una mezcla de espanto y alegría. Que una cocina pudiera estar tan desordenada y sucia. Al lado de ésta, la suya parecía sacada de una revista de decoración.

Delante de la cocina de leña había una gruesa capa de cortezas de árbol y virtutas de madera. En el suelo había una alfombra de corcho, pero debajo de tanta suciedad resultaba imposible identificar de qué color era. Una alfombra de trapos que había bajo la mesa tenía el mismo tono grisáceo que el suelo. En la mesa, un mantel endurecido. En las ventanas había un círculo más o menos limpio en el centro para poder mirar fuera. En vez de cortinas, Hjörleifur había montado unas repisas justo encima de las ventanas en las que había puesto filas de latas de conserva que hacían de maceta para las plantas. En medio del suelo había una antigua palangana de zinc y delante de la estufa de leña, ropa tendida. Los platos sucios estaban amontonados por todas partes. Anna-Maria sospechó que Hjörleifur no fregaba, sino que cuando le tocaba comer, simplemente utilizaba el plato y la taza que tenía más cerca. En el sofá había un saco de dormir amarillo verdoso. El techo estaba negro de hollín y el polvo y las telarañas cubrían el quinqué que colgaba.

Las dos mujeres rechazaron educadamente una infusión ecológica.

—¿Seguro? —preguntó Hjörleifur Arnarson—. La preparo yo mismo. Ya es hora de que empecéis a comer ecológico, si no lo hacéis ya. Sólo un diez por ciento de los que estamos vivos en este momento tendremos una prole lo bastante viable como para que nuestra herencia genética se transmita más de tres generaciones.

—Sueles bajar a bañarte al lago Vittangijärvi —dijo Anna-Maria, a quien le parecía que ya tocaba entrar en materia.

—Sí.

—¿Has visto a estas dos personas por allí?

Le enseñó a Hjörleifur una foto de Wilma y Simon.

Él la observó y negó con la cabeza.

—Creo que hicieron una inmersión en el lago el nueve de octubre. Probablemente, se acababa de helar. ¿Los has visto o te has cruzado con ellos? ¿Has visto algo en el lago? ¿Sabes algo de la puerta de la leñera de Göran y Berit Sillfors? Desapareció en invierno.

De pronto Hjörleifur Arnarson parecía estar de mal humor.

—Preguntas, preguntas —dijo.

Anna-Maria se quedó esperando en silencio.

—Puede que hayan sido asesinados —dijo al final—. Es muy importante que nos cuentes lo que sabes.

Hjörleifur se quedó callado apretando los labios como un niño.

—Venid mañana —dijo al cabo de un momento—. A lo mejor veo algo.

—Vamos, hombre —intentó Anna-Maria—, y o...

—A lo mejor no veo nada —dijo Hjörleifur Arnarson.

Miró a la inspectora con rebeldía. Era evidente que por el momento no conseguiría sacarle nada más.

Anna-Maria rechinó los dientes.

« Viejo burro obstinado» , pensó.

Abrió la boca para decir algo que pudiera persuadirlo a contar lo que sabía, pero Rebecka Martinsson se le adelantó:

—Gracias por querer ayudarnos —dijo—. Estaremos encantadas de volver mañana.

Le sonrió. El labio superior dejó al descubierto su hilera perfecta de dientes. Los ojos acompañaban.

—¿Cómo se llama tu perro? Es precioso —dijo Rebecka.

—*Vera* —respondió contento—. Genial. Venid mañana. Coceré unos huevos para ti.

Hjörleifur estaba de pie en el patio mirando cómo Anna-Maria y Rebecka se marchaban. Rebecka lo había puesto de buen humor, pero ahora lo acosaba la angustia.

Iban a volver al día siguiente. ¿Y si llevaban esposas? ¿Y si se lo llevaban a comisaría y lo dejaban allí? Sin libertad. Sin poder salir. Encerrado entre paredes grises de hormigón.

Se metió en casa. Sacó un teléfono móvil de un cajón de la cocina. No lo usaba prácticamente nunca, pero aquella era una situación de emergencia. Puso un trozo de papel de aluminio entre la cabeza y el aparato y llamó a Göran y Berit Sillfors.

—¿Qué le habéis dicho a la policía? —preguntó alterado en cuanto Göran Sillfors contestó.

Göran se sentó en un taburete de la cocina y se tomó todo el tiempo necesario para asegurarse que él y Berit no habían dicho nada y que de verdad nadie pensaba que Hjörleifur tenía nada que ver con la desaparición de Wilma y Simon.

Cuando Hjörleifur se hubo calmado un poco Göran no pudo abstenerse de preguntar:

—Y ¿tú? ¿Tú qué les has dicho?

Entonces Hjörleifur notó las ondas electromagnéticas del teléfono. Se le calentaba la oreja y le empezaba el dolor de cabeza.

—Nada, volverán mañana —dijo brevemente.

Y luego cortó la llamada.

No es fácil ser Göran Sillfors. Es un hablador y un bocazas. Le encanta charlar. De todo y, en especial, de sí mismo. Es de los que la gente dice que « habla tanto como una mujer» y que describen utilizando el concepto de « diarrea verbal» . Es uno de esos a los que la gente a veces quiere pegarle un tiro sólo para que se calle.

Evidentemente, en algún lugar dentro de sí mismo él lo nota. Y en vez de callarse habla todavía más. Ha aprendido a hablar sin pausas para impedir que los demás acaben la conversación.

Ahora Göran Sillfors sí que tiene algo importante que contar. Una cosa que a la gente le va a interesar mucho, sobre todo a los habitantes de Piiilijärvi. La policía sospecha que Wilma y Simon fueron asesinados. La policía ha hablado con Hjörleifur, que a lo mejor sabe más de lo que dice. Göran Sillfors tiene un notición y decide llamar al antiguo compañero de trabajo de su primo, que vive en Piiilijärvi.

No tiene la menor idea de lo que está haciendo, de las consecuencias que va a tener esa conversación telefónica.

En cuanto termina la llamada, el antiguo compañero de trabajo de su primo se pone la chaqueta y sale a dar una vuelta por el pueblo.

La noticia corre como el agua bajo la nieve primaveral.

Anna-Maria Mella y Rebecka Martinsson llegaron a la comisaría a las doce y media.

—Me gustaría mucho buscar la puerta de la leñera en el lago —le dijo Anna-Maria a Rebecka cuando bajaron del coche—. Pero habrá que esperar. El hielo está demasiado frágil como para caminar sobre él. Casi medio metro, pero puedes atravesarlo de una tirada. Me pregunto si Krister Eriksson podría hacer que *Tintin* buscara una puerta...

—Seguro que sí —se respondió a sí misma—. Creo que esa perra hasta le prepara el desayuno cada mañana.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —preguntó Rebecka.

—No lo sé —respondió Anna-Maria—, pero por lo que he oído, aunque no de su boca...

Se calló y se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Rebecka.

Siguió la mirada de Anna-Maria y vio a Hjalmar y Tore Krekula sentados en su coche en el aparcamiento. Cuando vieron a la inspectora se bajaron y fueron a su encuentro. Anna-Maria sintió que se le encogía el estómago de miedo y rabia. Pensó en su hija Jenny.

—Sólo quería explicarte —dijo Tore Krekula— que hemos ido a hablar con tu jefe para decirle que la policía está acosando a la gente de Piilijärvi.

—De qué manera... —empezó Anna-Maria.

—Se trata de vuestra actitud —la interrumpió Tore—. Te paseas por el pueblo con tus aires de superioridad y la gente se siente acusada y hostigada. Somos muchos los que nos sentimos así. Y somos muchos los que se lo haremos saber a tu jefe.

—Adelante, hazlo —dijo Anna-Maria mirándolo fijamente a los ojos—. ¿Has enviado muchos mensajes últimamente?

—Ya lo creo —dijo Tore en tono cansino sin desviar la mirada.

Ninguno de los dos la apartaba.

Al final Rebecka Martinsson tomó a Anna-Maria por el brazo.

—Vamos —dijo.

Se cruzó con la mirada de Hjalmar Krekula.

Hjalmar puso la mano sobre el hombro de su hermano.

Rebecka y Hjalmar Krekula parecían dos dueños sujetando las correas de sus respectivos pitbull terrier.

Al final Anna-Maria se dejó arrastrar. Tore sacudió el hombro para librarse de la mano de Hjalmar.

—¿Nos vamos? —preguntó Hjalmar.

Tore Krekula escupió en la nieve.

—Putá —dijo después de que Anna-Maria Mella desapareciera por la puerta de la comisaría.

Empezó a sonarle el teléfono y lo cogió. Se quedó un momento escuchando en silencio. Cuando colgó dijo:

—Sí, nos vamos. Tenemos que ir a saludar a Hjörleifur Arnarson.

Estoy en casa de Anni. Ha sacado el trineo y ha bajado hasta la playa del lago. El sol está oculto detrás de las copas de los árboles. Ha habido deshielo durante el día y ahora una niebla embrujada descansa sobre el lago.

En la otra orilla se oyen los gritos de una liebre que recuerdan al llanto de un bebé. A través de la niebla adquieren un tono fantasmagórico. Seguramente, la ha cazado algún zorro; durante la época de celo las liebres se vuelven descuidadas.

« Por amor, algunos están dispuestos a pagar con la vida », piensa Anni.

En cuanto termina de formular la idea se percata de que tiene a su hermana detrás.

Kerttu Krekula. También llega en trineo, aparca al lado de Anni y mira hacia el lago.

—No tienes que hablar con la policía —dice—. No los dejes entrar.

Anni no dice nada. Intento meterme entre las dos mujeres, pero entre hermanas corren demasiados hilos.

Anni no gira la cabeza. Prefiere mirar a Kerttu por dentro, imaginársela. La Kerttu que aparece es joven y mediocre. No le parece tan lejano, pero han pasado más de sesenta años.

Mayo de 1943. Kerttu va por casa con la cabeza llena de rulos mientras espera a que Isak Krekula pase a recogerla con su camión. Tiene dieciséis años. Aún falta mucho para que se ponga a llorar porque su hijo ha desaparecido en el bosque. Isak Krekula tiene veintidós, pero ya es propietario de una empresa de transportes con ocho camiones y tiene a sus propios trabajadores. Durante muchos años ha sido el héroe del pueblo. Ha llevado mercancías al otro lado de la frontera con Finlandia, tanto para las tropas alemanas como para las finlandesas, durante la Guerra de Invierno y la Guerra de Continuación.

Siempre volvía al pueblo cargado de aventuras que contar. Se sentaba en las cocinas de las casas y decía que la causa finlandesa era nuestra e incluso puede que exagerara un poco, es cierto, pero lo invitaban. Le preparaban café de verdad y le sacaban bollos para que mojara y se reían cuando Isak les contaba cómo bromeaba con los soldados finlandeses y alemanes para levantarles el ánimo. Habla los dos idiomas con fluidez, como todos los del pueblo.

« Llegué a Kuusamo. Joder, qué frío tenían los muchachos. Y hambre. Les dije: “Ahora los rusos están cagados de frío, ¿a que sí? Y *perkele*, el hambre que tienen.” Entonces no podían evitar reírse. Pero después descargábamos comida y tabaco y armas, y tengo que decir que entonces les faltaba poco para que se echaran a llorar.»

La gente del pueblo se pegaba a la radio a escuchar las noticias del frente, y las mujeres tejían sin descanso guantes, jerséis y calcetines de punto para los voluntarios. Enviaban la ropa directamente con Isak, porque era aún más agradable cuando volvía explicando que los muchachos casi se peleaban por los

gerséis y que les mandaban recuerdos y les daban las gracias a las mujeres del pueblo.

« Y me preguntaban si la próxima vez no podría llevar conmigo alguna que otra muchacha soltera y simpática.»

Los voluntarios suecos han sido recibidos de vuelta con desfiles y recepciones en los ayuntamientos y en las grandes iglesias.

Isak tiene los bolsillos llenos de dinero. Se gana bien la vida con los transportes. La empresa crece. Pero antes del invierno de 1943 no hay nadie que le envíe por ello.

Entonces la suerte alemana da un giro después de Estalingrado. El ministro sueco Günther, de Asuntos Exteriores, quien opinaba que Suecia debería escoger el mismo camino que Finlandia, se ha equivocado. Suecia se amolda a los aliados. La causa finlandesa no nos incumbe en absoluto.

Ahora los voluntarios son recibidos en silencio y volviéndoles la cara. Isak sigue cruzando la frontera, pero ya no se sienta en ninguna cocina del pueblo. En sus viajes se lleva a Kerttu en el camión. Mantienen una relación estable desde que ella tiene catorce y es la chica más bonita que uno se pueda imaginar. Se pasa horas delante del tocador y se escaquea tanto de sus tareas que a Anni le dan ganas de darle un bofetón. Isak no entra casi nunca para saludar, prefiere quedarse esperando en la calle. Padre Matti aparta la mirada y gruñe incómodo cuando Kerttu se despide a toda prisa y sale corriendo. Mantiene a la familia con la agricultura y la pesca. Siente la vergüenza del pobre cuando la hija vuelve a casa con un vestido nuevo que Isak le ha comprado, o una mantilla o un jabón perfumado. Anni y madre resultan invisibles ante toda esa sutileza. Si el nivel de vida en la casa hubiese sido un poco mejor, quizá Kerttu no estaría tan perdidamente enamorada, pero ¿qué le puede hacer?

Sin embargo, Kerttu camina por el pueblo con la cabeza erguida sin importarle lo que dice la gente. Tampoco es que se atrevan a decir gran cosa, porque algunos hombres del pueblo son conductores de Isak y otros le están construyendo un nuevo garaje, y sea como sea, todos tienen que ganarse la vida.

Pero Anni sabe lo que se murmura. Un día, mientras está en casa de una de las familias del pueblo, la hija menor ve a Kerttu por la ventana. Empieza a cantar: « ¿Queréis ver una estrella? Miradme a mí.» Una de sus hermanas la hace callar de inmediato y cruza una mirada con Anni, una mirada llena de vergüenza y desafío al mismo tiempo. No pide perdón. Anni entiende que esa tonadilla suele sonar a espaldas de Kerttu.

A la intérprete de aquella canción, Zarah Leander, la han dejado en el frío, odiada por su puterío con los nazis. En cambio, Karl Gerhard vuelve a sonar por la radio. El viento cambia enseguida. Kerttu es la pequeña Zarah Leander del pueblo.

Todos esos hilos están entre las dos hermanas. Anni tiene más de ochenta y Kerttu está a punto de cumplirlos. No se atreven a mencionar palabra de todo lo que piensan y sienten. Al final, Anni dice que va a entrar en casa y entonces Kerttu toma impulso con el trineo para dar la vuelta y se marcha.

Anni se queda un rato mirando la niebla. De repente se percata de mi presencia.

—Wilma —dice en voz alta.

Me gustaría poder tocarla, pero me limito a recordarle aquella vez cuando nadamos en el lago. Incluso se atrevió a nadar por debajo del agua. Salió resoplando.

—No sabía que todavía podía hacerlo —se regocijó—. ¿Por qué dejas de hacerlo sólo porque te haces mayor?

Le respondí gritando desde lejos:

—Pues yo no dejaré de hacerlo. ¡Nadaré hasta que tenga noventa!

Y más tarde, en casa, delante de la cocina de leña, cuando estábamos cada una enrollada en su toalla de felpa, Anni sonrió y dijo:

—Así que dejarás de nadar cuando llegues a los noventa. ¿Por qué?

Ahora la veo llorar mientras da media vuelta y se esfuerza en subir otra vez hasta la casa.

Yo sigo mi camino.

Estoy sentada en el borde de la mesa de autopsias observándome a mí misma.

El médico forense ha estado de mal humor todo el rato, enfurecido por tener que repetir mi autopsia. Hace una semana mi cuerpo no hacía tan mala pinta, a pesar de todo. Ahora, después de una semana al aire, he adoptado un color azulado y estoy hinchada. La carne se me cae a trozos.

El forense corta mi mano derecha y de pronto su malhumor parece haberse desvanecido. Empieza a tararear algo. ¿Eso es una canción? Qué voz tiene, suena como dos piedras frotándose una contra otra.

Se quita los guantes y llama por teléfono. Pide que le pasen con Anna-Maria Mella. Primero hace una introducción quejumbrosa explicando que ha sido un infierno tener que repetir la autopsia y que agradecería que de ahora en adelante le dijeran si sospechan que algún caso puede tratarse de algo más que un simple accidente, para que sepa qué está buscando. La oigo a ella hablándole pacientemente al otro lado. Él rechina descontento, pero al final ya no puede aguantarse, tiene que explicarle lo de la mano.

—Me ha parecido que podría interesarte —dice y, cuando oye el silencio atento y expectante de Anna-Maria Mella, hace una pausa retórica, grazna y carraspea hasta casi sacarla de quicio.

—Grr... grrr —hace antes de continuar—: Tiene una fractura en el quinto metacarpiano... El que va del meñique a la muñeca. Es una lesión habitual en acciones de defensa... Sí, es muy probable que se lo haya hecho así... que le haya dado un golpe a una puerta...

Tengo que salir de aquí. No puedo seguir mirando ese cuerpo. Hace nada la piel estaba tersa y viva. Tenía unos pechos hermosos. Recuerdo cómo Simon solía abrazarme. Recuerdo que se me ponía detrás, me besaba la oreja y el cuello y metía los dedos por debajo de la camiseta. Sus ruiditos dulces significaban que me deseaba. Nos decíamos «mmm» el uno al otro y sabíamos perfectamente lo que queríamos decir.

No tengo cuerpo. Esa montaña de carne morada que se está desmoronando sobre la camilla de acero a la luz de los fluorescentes no es mi cuerpo.

Estoy tan terriblemente sola.

Hjörleifur Arnarson también está solo y yo delante de su casa. La perra nota mi presencia. Mira en mi dirección. Aúlla nerviosa y se le eriza el pelo.

Pueden pasar semanas enteras sin que Hjörleifur hable con nadie. No lo echa de menos. Piensa mucho en mujeres, evidentemente, pero hace más de treinta años que no está con ninguna. Sueña con la piel suave de una mujer y con sus formas redondas. Vive su testaruda existencia en el bosque. En verano va desnudo y duerme al aire libre. Cada día se baña en Vittangijärvi, tanto en verano como en invierno.

No nos vio cuando estuvimos allí y morimos. Cuando llegó llevábamos más de dos horas muertos. Yo ya no estaba en el lago. Le extrañó el agujero, se dijo que era demasiado grande sólo para pescar con anzuelo. Pensó que a lo mejor era alguien que había tomado un baño de invierno, igual que él. Pero ¿por qué en medio del lago? Y en el agujero flotaban los restos de la puerta, un montón de trozos de madera. No le cuadraba.

Luego descubrió nuestras mochilas, en la zona de descanso. Pensó que quizá había gente en los alrededores que seguro que volvería. Estuvo esperando un buen rato. Sentía curiosidad y tenía ganas de hablar. Pero no llegó nadie, claro.

Cuando regresó al día siguiente para bañarse, las mochilas seguían allí. Al otro día, también. El tercero comenzó a nevar. Las mochilas quedaron ocultas. Entonces las cogió y se las llevó a casa.

Ahora sube al piso de arriba de su casa y las saca de un trastero. Las ha guardado a conciencia para que los ratones y las ratas no vayan a husmear y defecar.

«Sin duda, las mochilas pertenecen a los chicos de los que ha hablado la policía esa», piensa. Se las dará cuando vuelva, al día siguiente. Le dirá exactamente dónde estaban y le contará lo de los trozos de madera en el agujero, que seguro que eran de la puerta sobre la que también le ha preguntado.

Pero antes de hacerlo quiere sacar algunas cosas. En una mochila hay un juego de cocina de la casa Trangia sin estrenar y, en la otra, un jersey grande de lana merina con forro para el viento. Hjörleifur nunca ha tenido un jersey tan bonito. Y los chicos ya no necesitan las cosas, así que no hay nada de malo en que se las quede.

Baja las mochilas por la escalera. Arriba hace mucho frío. Se está mucho mejor abajo, donde la cocina de leña emite su calor revitalizante y chisporrotea y crepita.

Está tan concentrado vaciando las mochilas y repasando el contenido para decidir qué cosas quedarse y cuáles dejar que no oye el ruido de una motonieve que se detiene a unos cuantos metros del patio.

Tampoco presta atención a los ladridos que da la perra, puesto que de vez en cuando lo hace. Por el motivo que sea: una ardilla o un zorro, o la nieve cuando se desploma de los árboles. La bonita *Vera*.

No se da cuenta de que tiene visita hasta que se cierra la puerta de la casa y oye pasos por el pasillo. Hay dos hombres en su cocina.

—Hombre, Hjörleifur —dice uno—. Ha venido a verte la policía, ¿no es así?

Él los mira. El instinto de huir le cruza el cuerpo, pero no tiene por dónde escapar.

Sólo uno de ellos habla. El otro, grande y gordo, está apoyado contra el marco de la puerta sin decir nada.

—¿Qué le has contado a la policía, Hjörleifur? ¿Qué te han preguntado? ¡Contesta!

Hjörleifur se aclara la garganta.

—Me han preguntado sobre unos chicos que desaparecieron. Si habían estado en el lago. Si yo había visto algo.

—Y ¿viste algo? ¿Qué les has dicho?

Hjörleifur no responde. Sigue de rodillas junto a las mochilas.

Tore no las había visto hasta ahora. Dos mochilas de calidad de nailon de colores vivos. Nada que Hjörleifur tenga normalmente por casa. Él utiliza material militar de segunda mano y cosas de piel que él monta o cose y que antes ha curtido también él mismo.

—Encontraste esas mochilas junto al lago —dice Tore mirándolas con ojos encendidos—. ¿No es así, eh, pedazo de desgraciado? ¿Verdad que sí?

—Pensaba que no... —empezó a justificarse Hjörleifur—. Nadie...

No llega a decir más. Tore Krekula coge un tronco de leña del montón que hay al lado de la cocina, lo agarra con las dos manos a modo de bate y golpea con todas sus fuerzas a Hjörleifur en el cogote.

Oigo el ruido del cráneo de Hjörleifur al quebrarse. Oigo el ruido que hace su cuerpo al desplomarse. Oigo cómo el bosque contiene el aliento por el horror. El suelo tiembla, se sacude bajo la sangre vertida.

En el patio, la perra se queda petrificada y se le eriza el pelo. Se tumba en la nieve. No entrará en la casa a pesar de que los hermanos dejen la puerta abierta cuando se vayan.

Toda la zona huele a muerte. Los abedules se retuercen. Los pájaros graznan. Sólo las musarañas corren ingenuas debajo de la nieve, para ellas esto no significa nada.

Yo también me siento extrañamente fría e impasible. Pero quizá era igual cuando estaba viva.

Hjalmar Krekula abandona su postura, apoyado en el marco de la puerta.

—No había ninguna necesidad de hacer eso —dice.

Las piernas de Hjörleifur Arnarson se agitan mientras la vida abandona su cuerpo.

—No seas nenaza —responde Tore—. Ponte los guantes. Tenemos que rearmueblar un poco.

MARTES

28 DE ABRIL

—¿Por qué carajo no me lo coges cuando te llamo?

La voz decepcionada del teléfono es de Måns Wenngren.

Rebecka Martinsson se desplaza con la silla giratoria hasta la puerta y la cierra con el pie.

—Claro que te lo cojo —responde.

—Ya sabes a qué me refiero. Te he llamado al móvil y no me gusta que me cuelgues.

—Estoy trabajando —dice Rebecka paciente—. Tú también lo haces, Måns. A veces, cuando te llamo...

—Luego te llamo en cuanto puedo.

Rebecka se quedó callada. Tenía intención de llamarlo, pero la verdad es que se le había olvidado. O no tenía ánimos. Como había acompañado a Anna-Maria Mella a ver a Hjörleifur Arnarson había tenido que trabajar hasta muy tarde. Después Sivving la invitó a cenar y luego se había quedado dormida en cuanto llegó a casa. Tendría que haberlo llamado y contarle la visita a Hjörleifur. Su afición a correr desnudo por el bosque y los intentos de darle huevos ecológicos que eran buenos para la fertilidad. Le habría hecho reír.

—No lo entiendo —dijo él—. ¿Quieres jugar? ¿Marcar un poco las distancias? Dímelo, porque soy muy bueno jugando.

—No estoy haciendo eso —dijo Rebecka—. Ya lo sabes.

—Yo no sé nada. Creo que estás montando un pequeño juego de poderes. Pero ¿sabes qué, Rebecka? Conmigo eso no sirve de nada. Sólo me enfría, eso es lo que consigues.

—No es eso, perdóname. De verdad que no intento... Si tú eres un encanto.

Se hizo un silencio al otro lado.

—Pues vente a vivir aquí —dijo al final Måns en voz baja—. Si te parezco un encanto...

—No puedo —dijo ella—. Lo sabes.

—¿Por qué no? Tú tienes aptitudes de socia, Rebecka, y te estás desperdiciando a ti misma allí arriba en la fiscalía. Yo no puedo irme a vivir ahí.

—Lo sé —dijo Rebecka.

—Quiero estar contigo —dijo.

—Y yo contigo —añadió ella—. ¿No podemos dejarlo como está? Nos vemos a menudo.

—A la larga no será viable.

—¿Por qué no? Para muchas personas lo es.

—No para mí. Quiero tenerte todo el tiempo. Quiero despertarme contigo por las mañanas.

—Si trabajara en Meijer & Ditzinger no nos veríamos nunca.

—¡Venga!

—Pero si es verdad. Dime de una mujer del bufete que tenga una buena relación de pareja.

—Pues trabaja como fiscal, pero aquí en Estocolmo. No, eso tampoco te interesa. Parece que te va muy bien tenerme lejos y cogermelo cuando me apetece. Cuando no tienes otra cosa que hacer. No tengo ni idea de lo que estuviste haciendo ayer noche.

—No hagas eso. Estuve cenando con Sivving.

—Eso es lo que dices...

La voz de Måns siguió sonando por el teléfono. La puerta del despacho de Rebecka se abrió y Anna-Maria Mella se asomó por la ranura. Rebecka Martinsson negó con la cabeza apuntando al móvil en señal de que estaba ocupada. Pero Anna-Maria cogió papel del escritorio y escribió con letras grandes: « ¡¡¡Hjörleifur Arnarson está MUERTO!!!»

—Tengo que colgar —le dijo Rebecka a Måns—. Ha pasado algo. Te llamo.

Måns interrumpió su exposición.

—No te molestes —dijo—. No me gusta andar incordiando a la gente.

Esperó un segundo a que Rebecka dijera algo.

Ella se quedó callada.

Él cortó la llamada.

—¿Problemas de hombres? —preguntó Anna-Maria.

Rebecka hizo una mueca, pero antes de que pudiera contestar, Anna-Maria dijo:

—¿Sabes qué? Vamos a pasar de los hombres por un momento. Llegué hace dos minutos y lo primero que me cuenta Sonja, de la centralita, es que Göran Sillfors ha encontrado a Hjörleifur muerto. Sven-Erik y Tommy Rantakyrö ya están allí. Me pregunto por qué no me han llamado, pero por el momento me da igual.

«Sven-Erik estará hecho una furia —pensó—. Mosqueadísimo porque no les conté que ayer pensaba ir a ver a Hjörleifur Arnarson.»

Wilma Persson fue enterrada a las diez de la mañana el 28 de abril. Los asistentes al funeral estaban en el cementerio de pie alrededor de la tumba. Hjalmar Krekula miraba a su alrededor. Por la mañana ni siquiera había sacado el traje oscuro para mirarlo. Dios sabe cuántos años hacía que se le había quedado pequeño.

Se había plantado delante del espejo del lavabo, se había afeitado y pensado que con esto no puedo. Ya no puedo soportarlo más.

Después había hecho rebanadas de una hogaza de pan blanco para desayunar. Las había untado bien de mantequilla, se las había comido de pie junto a la encimera y al final se había tranquilizado. El corazón había dejado de golpearle en el pecho.

Ahora estaba junto al ataúd en el agujero sintiéndose incómodo vestido con los pantalones y la chaqueta de camuflaje, a pesar de haber tenido la sensatez de no coger la del trabajo. Había un gran grupo de jóvenes, todos con una rosa roja en la mano que luego depositarían sobre el ataúd. Toda aquella ropa negra y las joyas en las cejas, las narices y los labios, todo ese maquillaje negro en los ojos, no podían ocultar su piel tersa, sus mejillas redondas.

« Tan jóvenes —pensó—. Tan jóvenes, todos ellos. Wilma también.»
Del polvo venimos.

La madre de Wilma había subido desde Estocolmo. Lloraba intensamente. Gritaba « ay, Dios mío » una y otra vez. Una hermana la cogía por debajo de un brazo y un primo por debajo del otro.

Anni estaba como una hoja seca de otoño con la boca cerrada. Su tristeza no tenía cabida. La madre de Wilma ocupaba todo el espacio con sus gritos estridentes y su ruidoso llanto. A Hjalmar le dio rabia por Anni. Sintió que le habría gustado llevarse esos gritos para que Anni pudiera llorar.

Ahí estaba, dentro de ese ataúd.

La cabeza le iba a mil por hora. Tenía que marcharse pronto de allí. Antes de que él también se pusiera a gritar delante de todo el mundo.

Hace nada sus mejillas eran igual de redondas que las de las chicas que estaban un poco más allá cogiéndose de las manos. No se atrevía a mirarlas. Sabía lo que dirían sus miradas si de pronto veían que él las estaba observando: guarro, gordo, pederasta.

Hace nada Wilma estaba sentada a la mesa en su cocina. Su pelo, del mismo rojo que el de todas las mujeres de la familia, su madre, su abuela, la bisabuela Anni y su propia madre Kerttu. El pelo rojo de Wilma, que le caía por los dos lados de la cara mientras se peleaba con las tablas de multiplicar. Ella hablaba con él como con todo el mundo.

Después, las manos de Wilma golpeando el hielo bajo sus pies.

Ahora golpeaba la tapa del ataúd. El cráneo golpeaba por la parte de dentro.

« Pronto se habrá terminado —pensó Hjalmar—. Desde fuera no se ve.»

Más tarde, en el convite del funeral, se zampó varios trozos de tarta de sándwich. Se daba cuenta de que la gente lo miraba, que estaba pensando que debería abstenerse, que no era raro que estuviera tan gordo.

«Que miren», pensó y se metió unos terrones de azúcar en la boca. Los masticó y los dejó deshacerse. Lo aliviaban, lo calmaban. Con la comida se tranquilizaba.

El inspector Tommy Rantakyrö estaba en cuclillas en el patio de Hjörleifur Arnarson acariciando al perro de la víctima, cuando Anna-Maria y Rebecka aparcaron la motonieve a unos metros de la casa.

Tommy se levantó y fue a su encuentro.

—No hay manera de que se mueva —dijo señalando a la perra con la cabeza.

Anna-Maria observó decepcionada que sus compañeros habían aparcado la motonieve justo delante de las escaleras del porche.

—¿Quitas la moto de ahí? —le dijo escueta a Tommy Rantakyrö—. Tenemos que acordonar la zona para que los técnicos puedan buscar huellas. ¿Cuánta gente ha tocado la manilla de la puerta?

Tommy Rantakyrö se encogió de hombros.

Anna-Maria se metió en la casa.

Rebecka se acercó a la perra.

—Hola, bonita —dijo con cariño mientras le acariciaba el pecho—. No te puedes quedar aquí, ¿sabes?

—Habrà que sacrificarla —dijo Tommy Rantakyrö.

« Sí, no hay otra » , pensó Rebecka.

Le acarició las orejas triangulares, eran muy blandas, una estaba tiesa del todo mientras que la otra tenía la punta doblada. Era de color negro con dibujos blancos y una mancha alrededor de un ojo.

—¿Qué mezcla eres tú? —preguntó.

El animal dio unos lametones al aire, una señal amistosa. Rebecka sacó la lengua y se lamió las comisuras. Ella también era amiga.

—¿Me reconoces? —preguntó—. Sí, claro que sí.

Después se oyó a sí misma diciéndole a Tommy Rantakyrö:

—Tiene los ojos inteligentes como un border collie, ¿ves con qué atención me busca la mirada? No le resulta amenazante que la mire directamente a los ojos. ¿Verdad que no, bonita? Y dócil como un labrador, ¿a que sí? No la matéis. Yo me ocuparé de ella. Si Hjörleifur tiene algún familiar que la quiera ya sabéis dónde está, y si no lo hay pues...

« Måns se pondrá histérico » , pensó.

—Vale —dijo Tommy Rantakyrö que de pronto parecía aliviado y contento—. ¿Sabes cómo se llama?

—*Vera* —respondió Rebecka—. Nos lo dijo ayer.

—Ya —dijo Tommy Rantakyrö—. ¿Eras tú la que vino ayer con Mella? Sven-Erik está bastante mosqueado. Y lo entiendo perfectamente.

Sven-Erik Stålnacke estaba en la cocina hablando con Göran Sillfors.

Hjörleifur yacía en el suelo delante de la despensa. A su lado había un taburete-escalera volcado. La puertecilla del armario de encima de la despensa estaba abierta. En el suelo había dos mochilas.

—Pero coño —exclamó Anna-Maria cuando entró—. No podéis estar aquí pisándolo todo. Los técnicos se van a volver locos. Hay que acordonar.

—¿Vienes a darme lecciones? —bufó Sven-Erik

—Habrías preferido que ni hubiera venido, directamente —bufó de vuelta Anna-Maria—. Llego al trabajo y me entero de lo de Hjörleifur por Sonja de la centralita.

—Y yo me entero por Göran Sillfors de que has venido a interrogar a Hjörleifur. Ésa es buena. ¿No se te ocurrió contárselo a tus compañeros en la reunión de ayer?

Göran Sillfors saltaba con la mirada de uno a otro.

—Hjörleifur me llamó ayer después de que estuvierais aquí —se disculpó Göran Sillfors—. Le di un teléfono móvil con tarjeta de prepago. Siempre decía que usar uno era casi cometer suicidio...

Se quedó callado y miró un momento a Hjörleifur, que estaba allí muerto en el suelo.

—Perdón —dijo—. A veces las palabras salen demasiado rápido. En cualquier caso, él no quería usar el móvil, pero le dije que algún día se rompería la pierna y entonces necesitaría ayuda, que no le haría ningún daño tenerlo apagado en un cajón. Había una oferta en OnOff, así que tampoco me costó muy caro. A veces compras un teléfono y te regalan una bici o cualquier cosa, pero claro, comprándolo con contrato y todo. Pensé que eso se lo podía pagar al hombre. Él a veces nos daba miel y aceite antimosquitos. No es que me guste mucho ese aceite... Bueno, ayer lo usó, el teléfono, quiero decir, y me llamó y me contó que habíais estado aquí. Quería saber qué le habíamos contado a la policía, tuve que calmarlo. ¿Qué le dijisteis? Esta mañana he pensado que podía pasarme para ver cómo estaba. Sí, y asegurarme de que no se pensara que habíamos hablado mal de él ni nada por el estilo. La perra estaba tumbada ahí fuera y la puerta estaba abierta. Nada más ver eso sabía que había pasado algo.

—Los técnicos no tienen nada que examinar —dijo Sven-Erik—. Es evidente lo que ha pasado.

Levantó una de las mochilas y le mostró a Anna-Maria una etiqueta que había en la parte interior de la tapa. « Wilma Persson.»

—Una estaba en el suelo, la otra allí arriba.

Señaló la puertecilla del armario abierto encima de la despensa.

—Los mató y se llevó las mochilas —continuó—. Ayer lo asustaste con tus preguntas. Se sube al taburete para bajar las mochilas del armario encima de la despensa, planea deshacerse de ellas, se cae, se golpea la cabeza y muere.

—Es un sitio raro para guardarlas —dijo Anna-Maria mirando el armario—. Estrecho y engorroso. No ha sido él. No cuadra.

Sven-Erik Stålnacke se la quedó mirando como si quisiera levantarla y sacudirla bocabajo. El bigote apuntaba tieso hacia delante.

—¡Ríndete! —dijo—. Este caso lo podemos cerrar ya.

Anna-Maria se irguió.

—Fuera de aquí —dijo—. Soy tu jefa. Esto es una posible escena del crimen.

Los técnicos harán un examen y después seguirá Pohjanen.

Al mediodía Anna-Maria Mella apareció por la puerta de la sala de autopsias. Registró la mirada irritada de la ayudante forense Anna Granlund, a quien no le gustaba ni pizca que nadie fuera a molestar a su jefe.

La forma en que esa mujer cuidaba al médico forense Lars Pohjanen le recordaba a Anna-Maria las atenciones que recibe un luchador de sumo. No era que Pohjanen se pareciera en forma alguna a un luchador de sumo, flaco y paliducho como era, pero aun así. Anna Granlund se encargaba de que comiera, llamaba a su esposa para avisarla si Pohjanen tenía que salir de viaje durante el servicio. Si se quedaba dormido en el sofá de la cafetería lo tapaba con la manta y le quitaba el cigarro incandescente de la mano. Intentaba liberarlo de todas las tareas posibles. Y nadie debía estresarlo ni discutir con él.

—Tendría que poder hacer en paz lo que se le da mejor y no perder el tiempo con nada más—solía decir.

La ayudante no hacía ningún comentario sobre el vicio de fumador de su jefe. Oía pacientemente su respiración carrasposa, esperaba sin inmutarse a que se terminaran sus largos ataques de tos y siempre tenía a mano un pañuelo que le daba para que pudiera escupir las flemas que le subían.

Pero Anna-Maria Mella no se andaba con reparos. Si querías resultados tenías que estar encima, recordar, insistir, discutir. Si durante el fin de semana aparecía un caso de sospecha de asesinato, Anna Granlund siempre pretendía esperar hasta el lunes para la autopsia y no quería que Pohjanen trabajara por las noches. Por esas cuestiones, a veces había confrontaciones entre ellas.

—Y tenemos que enseñarles que darle prioridad a la policía de Luleå tiene un precio—solía decirles Anna-Maria a sus compañeros—. Y si se la dan, se arrepentirán.

—¿Qué quieres?—preguntó Lars Pohjanen en tono quejumbroso.

Estaba de pie, inclinado sobre el cuerpo nervudo de Hjörleifur Arnarson. Le había serrado el cráneo y sacado el cerebro, que estaba en una fuente de metal en un carrito.

—Quiero saber cómo va la cosa—respondió Anna-Maria.

Se quitó el gorro y los guantes y entró en la sala. Anna Granlund se cruzó de brazos y se tragó mil palabras que querían salir. Allí hacía el mismo frío de siempre. Olor a hormigón húmedo, acero inoxidable y cuerpos inertes.

—No creo que se tratara de un accidente—dijo ella señalando a Hjörleifur con la cabeza.

—He oído que se cayó de un taburete-escalera—dijo Pohjanen sin levantar la mirada.

—¿Quién te ha dicho eso?—preguntó irritada Anna-Maria—. ¿Sven-Erik? Pohjanen se puso derecho y la miró.

—Yo tampoco creo que haya sido un accidente—dijo—. Los daños en el

cerebro apuntan a un fuerte trauma en la cabeza, pero no de una caída.

Anna-Maria prestó atención.

—¿Un golpe?—preguntó.

—Es muy probable. En una caída, siempre aparecen daños por el *contrecoup*...

—¿Me dejas que llame a un intérprete? Han pasado varias vidas desde que hablé latín por última vez y...

—Si me dejas que termine, Mella, a lo mejor puedes aprender algo. Piensa que el cerebro está colgado como en una caja. En una caída recibes un golpe en la corteza cerebral del lado contrario. Una lesión en el polo opuesto, en el otro lado. Aquí no la hay. Y, además, en la herida había trozos de corteza de árbol.

—¿Un golpe con un leño?

—Puede. ¿Qué han dicho los técnicos?

—Dicen que el marco de la puerta ha sido limpiado, se veía claramente, en general estaba muy sucio pero muy limpio en un sitio que estaba a la altura idónea para que alguien que hubiera puesto allí la mano si se apoyaba...

Anna-Maria se interrumpió. De pronto le vino la imagen de Hjalmar Krekula de pie en el umbral de la puerta de la cocina de Kerttu Krekula.

—¿Sí?—preguntó Pohjanen.

—Y parece que han movido el cuerpo. Llevaba un mono azul de trabajo. La parte de atrás estaba subida hacia la nuca de una forma que hace pensar que lo han arrastrado por las piernas. Pero no se puede saber con total seguridad. Ya sabes. A lo mejor no mueres al instante. Intentas ponerte de pie, o quizá son espasmos reflejos.

—¿Sangre en el suelo?

—Un sitio había sido limpiado.

Anna-Maria Mella observó a Hjörleifur Arnarson. Era turbador verlo muerto, pero se trataba de investigar el caso y nada más. Ahora había motivos para aparcarse otros y dedicarse exclusivamente a éste. A Sven-Erik le supondría un pequeño revés. Ella había tenido razón y él había estado paseándose por la escena del crimen provocando que los técnicos se pusieran negros.

«Pero yo no voy a responsabilizarme de ello —pensó—. Y, si quiere, que se ponga a trabajar con otra cosa.»

Se subió la cremallera del abrigo.

—Tengo que irme —dijo.

—Ah —dijo Pohjanen—. ¿Adónde?...

—Rebecka Martinsson. Necesito una orden de registro.

—Oye, esa Rebecka Martinsson —dijo Lars Pohjanen con curiosidad—. ¿Cómo se las gasta?

Pero Anna-Maria ya había desaparecido por la puerta.

En la comisaría de Kiruna, Anna-Maria Mella le hizo una breve exposición del informe forense preliminar de la autopsia de Hjörleifur Arnarson a la fiscal del distrito, Rebecka Martinsson. Los compañeros Sven-Erik Stålnacke, Fred Olsson y Tommy Rantakyrö también estaban presentes.

Vera se había tumbado a los pies de Rebecka. Tommy Rantakyrö se la había llevado de la casa, la había dejado en el despacho de Rebecka y luego se había pasado por el supermercado ICA a comprar comida para perros. *Vera* no había querido comer nada, sólo tomó un poco de agua y después se quedó tumbada.

«Y hablando de perros —pensó Rebecka mirando a los policías que se apretujaban en su despacho—, vaya jauría.»

La energía que ahora envolvía a Anna-Maria Mella era totalmente distinta de la de la última vez que se habían visto. Volvía a ser la perra alfa del grupo, con ansias de caza en toda su presencia, ni siquiera se había quitado el gorro, no podía estar sentada, sino que hizo toda la exposición de pie. Fred Olsson y Tommy Rantakyrö meneaban la cola entusiasmados. La lengua les colgaba expectante de la boca y los dos tiraban de la correa. Sólo Sven-Erik se mostraba apático, sentado en la silla de visitas y mirando al vacío a través de la ventana.

—Además nos han respondido del laboratorio respecto a las escamas de pintura de las uñas de Wilma Persson. Coinciden con la pintura de la puerta de Göran y Berit Sillfors. Y Göran Sillfors utilizó la misma para la puerta de la leñera que les habían robado. Así que ya podemos decir con seguridad que alguien usó la puerta para tapar el hoyo donde Wilma Persson y Simon Kyrö hicieron la inmersión. Fueron asesinados.

—Simon Kyrö sigue desaparecido —dijo Rebecka.

—Como quieras. Y ahora Hjörleifur Arnarson. Quiero una orden de registro para las viviendas de Hjalmar y Tore Krekula.

Rebecka Martinsson suspiró.

—Tiene que haber motivos justificados para sospechar de ellos —dijo.

—Sí, ¿y? —exclamó Anna-Maria—. Es el grado más bajo de sospecha. Vamos, Martinsson. No los quiero detener ni nada, pero aparentemente son sospechosos. Sería suficiente con que... yo qué sé... que hubieran comprado en la misma tienda Konsum que la víctima. Vamos, a Alf Björnfort esto no le habría supuesto ningún problema.

El fiscal jefe Alf Björnfort era el superior de Rebecka. Ahora trabajaba sobre todo en Luleå y dejaba que Rebecka llevara los asuntos del distrito de Kiruna.

—Ya, pero ahora estoy yo y no él —dijo Rebecka sin ninguna prisa.

Fred Olsson y Tommy Rantakyrö dejaron caer las colas. Caza anulada.

—Me han amenazado y han intentado asustarme para que abandone el caso —dijo Anna-Maria.

—No podemos demostrarlo —dijo Rebecka Martinsson.

—Llamé a Göran Sillfors. Me dijo que le había contado a un vecino de

Piilijärvi que le habíamos hecho una visita a Hjörleifur. ¡Es un pueblo! ¡Lo que sabe uno, lo saben todos! Tore y Hjalmar Krekula deben de haberse enterado de que estuvimos hablando con Hjörleifur Arnarson. Seguro que fueron directos después de que nos los encontráramos aquí en el aparcamiento.

—Pero no tenemos pruebas —replicó Rebecka—. Si lo puedes demostrar, si alguien los ha visto en las proximidades o incluso en Kurravaara tendrás tu orden.

—Pero... ¡Oh! —se quejó Anna-Maria.

Toda la jauría menos Sven-Erik miraba a Rebecka Martinsson con ojos suplicantes.

—Nos echarían encima al *ombudsman* —dijo Rebecka—. Y eso les encantaría a los hermanos Krekula.

—Nunca los cogemos —dijo Anna-Maria Mella desanimada—. Al final será otro Peter Snell.

Quince años antes, Ronja Larsson, una niña de trece años, había desaparecido un sábado por la tarde al salir de casa de unos amigos. Peter Snell era un conocido de la familia. Un amigo de la chica contó que el hombre se le había insinuado alguna vez y que Ronja había dicho que le «daba miedo». A la mañana siguiente de que Ronja hubiera desaparecido, Peter Snell echó gasolina en el maletero de su coche y le prendió fuego en medio del bosque. Durante un interrogatorio, Peter Snell negó que tratara de ocultar un delito, pero no pudo dar una explicación de por qué había quemado su propio coche.

—Tampoco tiene por qué hacerlo —le había dicho el fiscal jefe Alf Björnfot a Anna-Maria Mella—. Cada uno es libre de quemar su coche si le da la gana. No demuestra nada.

En vano se intentó encontrar ADN entre los restos carbonizados. Y el cuerpo nunca apareció. El caso se cerró, se consideró policialmente resuelto. Se sabía quién era el asesino, pero no podían obtenerse pruebas suficientes para acusarlo. Peter Snell era dueño de una empresa de grúas de transporte. Antes del caso Ronja Larsson, la policía había contratado a dicha empresa en algunos accidentes y demás. Después de lo de Ronja Larsson dejaron de hacerlo y entonces él los amenazó con demandarlos.

Rebecka permaneció callada durante unos segundos. Después sonrió traviesa a los policías de Kiruna.

—Nos las arreglaremos —dijo—. Los vinculamos al lugar del crimen y luego hacemos el registro domiciliario.

—¿Cómo? —preguntó Anna-Maria recelosa.

—Me lo contarán de forma voluntaria —dijo Rebecka—. ¿Sven-Erik?

Sven-Erik levantó la cabeza sorprendido.

—¿Tienes mi número grabado en el móvil?

Sven-Erik Stålnacke y Rebecka Martinsson aparcaron en el patio de Tore Krekula el 28 de abril a las cinco y cuarto de la tarde. Su mujer les abrió la puerta.

—Tore no está en casa —dijo—. Creo que está en el garaje de los camiones. Puedo llamarlo.

—Iremos a verlo —dijo Sven-Erik en tono bonachón—. Podrías acompañarnos y enseñarnos dónde es.

—No tiene pérdida. Sólo hay que volver por el pueblo y...

—Vente —dijo Sven-Erik con una voz amable que no aceptaba negativas.

—Voy a coger la chaqueta.

—Bah —dijo Sven-Erik llevándose la de forma cariñosa—. El coche está caliente.

Hicieron el trayecto en silencio.

—Tendrás que disculpar el olor —dijo Rebecka—. Es la perra. Esta noche voy a lavarla.

Laura Krekula lanzó una mirada sin interés a *Vera*, que estaba tumbada en el maletero.

Rebecka envió un mensaje desde su teléfono. Era para Anna-Maria. «Laura Krekula fuera de casa», decía.

El garaje estaba hecho de bloques de hormigón celular. Fuera había algunos autobuses, quitanieves y un Mercedes E270 familiar recién estrenado.

—Entráis por ahí y la oficina está justo a la derecha —dijo Laura Krekula señalando una puerta que estaba sorprendentemente alta en la pared—. ¿Puedo volver? Me iré caminando, no hace tanto frío.

Rebecka sacó el teléfono para mirarlo. Mensaje de Anna-Maria. «Estamos delante», decía. Asintió de forma imperceptible con la cabeza.

—No hay problema —dijo Sven-Erik.

La señora Krekula volvió a pie por la calle central del pueblo. Sven-Erik Stålnacke y Rebecka Martinsson dieron una zancada para entrar por la puerta del personal. Se percibía un suave olor a diésel, goma y aceite.

A la derecha estaba la oficina. La puerta estaba abierta. No era más que un rinconcito lo suficientemente grande como para dar cabida a un escritorio con cajoneras y una silla. Tore Krekula estaba frente al ordenador. Cuando Rebecka y Sven-Erik entraron, giró la silla hacia la puerta.

—¿Tore Krekula? —preguntó Rebecka Martinsson.

Asintió en silencio. Sven-Erik parecía incómodo y clavó la mirada en el suelo. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Rebecka era la que se encargaba de la charla.

—Soy la fiscal del distrito, Rebecka Martinsson, y él es el inspector Sven-Erik Stålnacke.

Sven-Erik saludó con la cabeza, las manos todavía en los bolsillos.

—Nos vimos ayer —le dijo Tore Krekula a Rebecka—. Y eres bastante famosa en la ciudad, así que es fácil retenerte en la memoria.

—Estoy investigando la muerte de Hjörleifur Arnarson —dijo Rebecka Martinsson—. Tenemos motivos para pensar que no se trata de un accidente. Y quería preguntarte si...

Empezó a sonarle el móvil y dejó la frase al aire. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

—Disculpa —le dijo a Tore Krekula—, tengo que cogerlo.

Él se encogió de hombros en señal de que le importaba realmente poco.

—Hola —dijo Rebecka al teléfono mientras salía por la puerta—. Sí, envié el material ayer...

La otra puerta se cerró y ya no la oyeron más.

Sven-Erik miró a Tore Krekula con una sonrisa de disculpa. Ninguno de los dos dijo nada durante un momento.

—Así que Hjörleifur Arnarson está muerto —dijo al final Tore Krekula—. ¿A qué se refiere con que no ha sido un accidente?

—Bueno, la verdad es que es toda una historia —dijo Sven-Erik—. Parece ser que alguien lo ha matado. Y no sé qué estamos haciendo aquí, pero mi jefa y la fiscal están del mismo bando...

Señaló en la dirección por donde se había ido Rebecka.

—Y por lo visto mosqueasteis a mi jefa —continuó Sven-Erik—. No sé cuánta verdad hay en todo lo que dice, pero se le da bastante bien llevarse mal con la gente.

Tore Krekula no decía nada.

—Tiene narices —suspiró Sven-Erik—. Supongo que ya has oído hablar del tiroteo de Regla.

—Sí —dijo Tore Krekula—. Salió mucho en los periódicos.

—Aquello fue todo responsabilidad suya, exclusivamente —añadió Sven-Erik con ímpetu—. Expone a su personal a situaciones de peligro sin pensárselo antes. Yo después estuve de baja...

Se interrumpió y pareció sumirse en los recuerdos del suceso.

—Y ahora no puede esperar a que los técnicos hagan su trabajo. Si alguien ha estado en casa de Hjörleifur Arnarson lo sabremos en cualquier momento. Joder, hoy en día basta con que se te caiga un pelo en algún sitio y lo acaban encontrando. Están repasando la casa de Hjörleifur Arnarson con lupa.

Tore Krekula se pasó la mano por la cabeza. Era un hombre que no había perdido pelo con los años.

—Aunque eso tampoco demuestra nada —continuó Sven-Erik mirando al techo, hablando como si se hubiese olvidado de que Tore estaba allí—. Puedes haber estado en casa de alguien, pero eso no quiere decir que lo hayas matado.

En ese momento se abrió la puerta y Rebecka volvió a entrar en la oficina.

—Disculpa —dijo con sobriedad—. Bueno, a lo que iba. Han encontrado a Hjörleifur Arnarson muerto en su casa. ¿Habéis estado allí? ¿Tú y tu hermano?

Tore Krekula la miró tranquilo.

—No lo niego —respondió al cabo de unos segundos—. Pero no lo matamos. Sólo queríamos saber lo que había visto. Quiero decir, la policía no nos explica una mierda a los del pueblo, y eso que los chicos eran de aquí. Mi tía Anni era la bisabuela de Wilma. Por lo menos a ella le podrían dar alguna información.

—O sea que estuvisteis allí. ¿Qué os dijo?

—Nada. Supongo que le daba miedo que os enfadarais si nos decía algo. Así que nada, volvimos con las manos igual de vacías.

Rebecka miró la hora.

—Son las diecisiete cincuenta y seis. Autorizo la orden para hacer un registro en la casa de Tore Krekula y Hjalmar Krekula, ambos sospechosos de la muerte de Hjörleifur Arnarson.

Se volvió hacia Tore Krekula.

—Quítate la ropa. Nos la llevamos. Los calzoncillos no hacen falta. En el coche tenemos ropa para que te la pongas mientras tanto.

La policía hace un registro domiciliario en casa de Tore y de Hjalmar Krekula. Estoy sentada sobre el tejado del porche en casa de Tore Krekula. A mi lado hay un cuervo. Me ve, no tengo la menor duda. Ladea la cabeza y me observa aunque no haya nada que pueda verse. Da un pasito hacia mí y después hacia atrás otra vez. Abajo, en el patio, está Laura, la esposa de Tore, y tiene frío. Cuando volvió del garaje, la policía ya estaba allí, la rubia de la trenza y tres compañeros suyos uniformados. No han dejado que Laura entrara en la casa. Después empezó a sonar el teléfono de la mujer policía. Sólo dijo «vale» y luego entraron.

Ahora se están llevando la ropa de Tore. Entiendo que pretenden encontrar salpicaduras de sangre de Hjörleifur.

Aparece Tore y se los queda mirando. Primero no dice nada, busca los ojos de la mujer policía, pero no consigue captar su atención. Entonces sonríe soberbio mirando a los demás agentes y les pregunta si no quieren inspeccionar también su basura. Y lo hacen. La esposa de Tore permanece callada. No se atreve a preguntar qué están buscando; ha aprendido a no irritar a Tore.

El cuervo grazna, gorgotea y chasquea. Es como si estuviera probando distintos sonidos para ver si alguno funciona conmigo. Yo no puedo contestarle. De pronto alza el vuelo y se aleja ciento cincuenta metros hasta la casa de Hjalmar. Se posa en el gran abedul y me llama. En un abrir y cerrar de ojos estoy sentada a su lado en la rama.

Hjalmar les abre la puerta a los policías que acaban de llamar. Parece resacoso. Tiene el pelo como un matojo de césped alborotado en invierno; la barba es una sombra tiznada en las mejillas y el cuello. La barriga le sobresale por debajo de la camiseta gigante como la de un cerdo sobrealimentado. Cuando le piden amablemente que espere fuera hasta que hayan terminado, él sale en calzoncillos. El policía de más edad se compadece de él y deja que se siente en el coche patrulla.

Aterrizo en el pelo de la fiscal. Soy como un cuervo en su coronilla. Le estiro de los mechones oscuros con mis garras. Le giro la cabeza hacia Hjalmar. Lo ve sentado en el coche patrulla, parpadeando. La mujer abre la puerta y habla con él. Yo picoteo su cabeza. Tiene que despertar.

Fred Olsson, Tommy Rantakyrö y Sven-Erik Stålnacke se llevaron ropa de la casa de Hjalmar Krekula e inspeccionaron el garaje en busca de una posible arma del crimen. Al cabo de hora y media ya habían terminado.

Rebecka Martinsson observaba a Hjalmar Krekula apoyado contra la ventanilla del coche. Casi parecía que fuera a quedarse dormido, tenía los párpados medio caídos.

Entonces, como si notara que ella lo estaba observando detenidamente, poco a poco fue girando la cabeza hasta que sus miradas se cruzaron.

La fiscal reaccionó por dentro. La mirada de Hjalmar la azotó como cuando el lucio, sin pensárselo, cierra de golpe sus fauces para atrapar el cebo. Y la mirada de Rebecka le devolvió el golpe, como cuando el anzuelo atraviesa la mandíbula del pez.

Pasan fotogramas a toda prisa por su conciencia.

Nadie ha tocado a Hjalmar desde que era un niño muy pequeño. El sufrimiento y el dolor se mezclan con toda esa grasa. No se puede redimir lo que pasa comiendo. Está al final del camino.

«Pero yo lo he tocado —pensó, aunque en verdad no era una idea racional sino instintiva—. Él era pequeño. Yo tampoco era muy mayor, quizá unos quince. Lo cogí por debajo de los brazos y lo levanté hacia el cielo. El sol en su zenit. Tierra seca bajo mis pies descalzos. Él dormía sobre mi brazo. ¿Era mi hermano pequeño? ¿Mi hijo? ¿Mi hermanita?»

El corazón de la fiscal se partía de compasión. Deseaba poner la mano sobre la ventanilla, dejar que él pusiera la suya al otro lado del vidrio.

—Hola, hola —dijo Fred Olsson a su lado—. He dicho que ya hemos acabado.

El policía siguió la mirada de la mujer y llegó hasta Hjalmar Krekula.

—Qué puto desgraciado —dijo Olsson entre dientes—. Que se joda. ¿Se creían que podrían jugársela a Mella y salirse con la suya? Se merece estar ahí sin pantalones.

Rebecka Martinsson asintió distraída con la cabeza. Después se acercó al coche de Sven-Erik y abrió la puerta de atrás.

—Hemos acabado —le dijo a Hjalmar Krekula.

Él la miró, sentado con su cuerpo grasiento. Sven-Erik había dejado una manta sintética de cuadros negros y rojos sobre sus piernas desnudas.

«Le pincharon las ruedas a Anna-Maria, la pusieron en solfa. Le robaron el teléfono y engañaron a Jenny para que fuera al parque Järnväg y que se cagara de miedo. Tengo que mantener la cabeza fría.»

—Tendrás que acompañarnos a comisaría para un interrogatorio —le dijo—. No estás detenido, así que después alguien te traerá de vuelta a casa.

Retuvo como pudo el sentimiento de compasión. No dejó que se le notara. Su mirada se fijó en un cuervo que se había posado en el tejado del porche.

—Vamos a buscarte unos pantalones.

Extracto del interrogatorio a Tore Krekula. Lugar: comisaría de Kiruna. Fecha y hora: 28 de abril a las 19:35. Los presentes son los inspectores Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke y la fiscal del distrito, Rebecka Martinsson.

A.-M. M.: Son las diecinueve y treinta y cinco y empieza el interrogatorio. ¿Puedes decir tu nombre?

T. K.: Tore Krekula.

A.-M. M.: Tú mismo le has afirmado a la policía que tú y tu hermano Hjalmar Krekula visitasteis a Hjörleifur Arnarson ayer. ¿Por qué fuisteis?

T. K.: Nos enteramos de que la policía había ido a verlo para hacerle preguntas sobre Wilma Persson y Simon Kyrö. Y nosotros somos de su familia. Ella vivía en casa de su bisabuela, Anni Autio. Anni y nuestra madre son hermanas. Pero la policía no nos cuenta una mierda, así que queríamos saber qué coño estaba pasando.

A.-M. M.: ¿Puedes hablarme de vuestra visita en casa de Hjörleifur Arnarson?

T. K.: ¿Qué quieres saber?

A.-M. M.: Simplemente, explica cómo fue.

T. K.: Le preguntamos de qué había hablado con la policía. Nos dijo que de «nada en especial». Que le habíais hecho preguntas sobre Wilma y Simon, pero que no sabía nada.

A.-M. M.: ¿Quién preguntaba, tú o tu hermano?

T. K.: Yo. Yo le preguntaba. Hjalmar no es muy hablador.

A.-M. M.: Y ¿luego?

T. K.: ¿Luego? Luego nada. Nos fuimos. No sabía nada.

A.-M. M.: ¿Tocasteis alguna cosa mientras estuvisteis en su casa?

T. K.: Es posible, no me acuerdo.

A.-M. M.: Piensa.

T. K.: Te digo que no me acuerdo. ¿Hemos terminado? Algunos tenemos que reunir impuestos para vuestros sueldos, ¿sabéis?

A.-M. M.: El interrogatorio finaliza a las diecinueve cuarenta y dos.

Extracto del interrogatorio a Hjalmar Krekula. Lugar: comisaría de Kiruna. Fecha y hora: 28 de abril a las 19:45. Los presentes son los inspectores Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke y la fiscal del distrito, Rebecka Martinsson.

A.-M. M.: Son las diecinueve y cuarenta y cinco y empieza el interrogatorio. ¿Puedes decir tu nombre?

H. K.: —

A.-M. M.: Tu nombre, por favor.

H. K.: Hjalmar Krekula.

A.-M. M.: Ayer tú y tu hermano visitasteis a Hjörleifur Arnarson. ¿Puedes hablarme de esa visita?

H. K.: —

A.-M. M.: ¿Puedes hablarme de esa visita?

H. K.: —

A.-M. M.: ¿Debo interpretar tu silencio como que... ?

H. K.: No nos dijo nada. ¿Me puedo ir?

A.-M. M.: No, no puedes, acabamos de... ¡Siéntate!

R. M.: ¿Puedo hablar un momento contigo?

A.-M. M.: Son las diecinueve y cuarenta y siete, hacemos una pausa en el interrogatorio al sospechoso.

—Tendremos que dejarlo marchar —les dijo Rebecka Martinsson a Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke—. Tenemos sus ropas. Cruzaremos los dedos para el análisis técnico.

Estaban en el pasillo, delante de la sala de interrogatorios.

—¡No han dicho nada! —exclamó Anna-Maria—. ¡No los vamos a soltar ahora!

—No están detenidos. Nos han dicho lo que tienen que decir.

—Pero tenemos derecho a retenerlos durante seis horas para interrogarlos. Los muy cabrones se van a quedar ahí sentados las seis horas.

—¿Quieres que te pongan una falta de servicio? —le preguntó Rebecka con calma—. No tenemos motivos para retenerlos.

Fred Olsson y Tommy Rantakyrö salieron al pasillo atraídos por las voces alteradas.

—Rebecka dice que los tenemos que dejar ir —dijo Anna-Maria.

—Los cogéremos igualmente —intentó consolarla Fred Olsson.

Anna-Maria asintió con la cabeza.

«Tenemos que hacerlo —pensó—. Si no, no podría soportarlo. Por Dios, que haya algo en la ropa.»

—Conseguimos hacer el registro domiciliario —dijo Tommy Rantakyrö—. Buen trabajo, «Svempa».

Sven-Erik Stålnacke bajó la mirada y se aclaró la garganta para confirmar que había oído el elogio.

—La hostia —dijo Tommy Rantakyrö haciendo un esfuerzo por cambiar la atmósfera que se había creado—. Habría dado cualquier cosa por estar allí.

—Sí, y la sincronización de la llamada ha sido perfecta —dijo Rebecka lanzándole a Sven-Erik una mirada de reconocimiento—. Por el momento les decimos adiós a los hermanos Krekula. Anna-Maria, ¿tienes las actas de Wilma, Simon y Hjörleifur?

—Por supuesto —dijo Anna-Maria demorando un poco la respuesta.

—Vale, ahora que asumo el mando de la investigación voy a leerme todo el material. Tengo pensado hacerlo esta tarde.

Tensión general en el grupo. Todos miraban a Rebecka.

—En el momento en que autorizo una orden de registro asumo el mando, y a

lo sabéis —dijo Rebecka.

Ahora las miradas de los tres hombres saltaron a Anna-Maria.

—Claro —dijo ella con un tono de voz extrañamente liviano—. Es que no estamos acostumbrados a tanta formalidad. Con Alf Björnfort la cosa suele continuar igual y nosotros le vamos reportando información a medida que el trabajo avanza.

—Como ya he dicho antes hoy mismo —dijo Rebecka, y ahora las palabras salían con más ritmo de su boca—, ahora no estáis trabajando con Alf Björnfort sino conmigo. Quiero leerme todo el material. Después, lo que me espero es que me vayáis informando de forma regular en cuanto pase algo.

«Lo que me espero», repitió Anna-Maria Mella sin poder reprimirse. Después se metió en su despacho, recogió las actas que estaban encima de su mesa y salió para entregárselas a Rebecka Martinsson.

La fiscal la siguió pegada a los talones y tomó las actas en el umbral de la puerta. Los demás compañeros iban detrás como una cola.

—Puede que no estén muy bien ordenadas —dijo la inspectora.

—Da igual —respondió Rebecka.

Lanzó una mirada a la pizarra blanca del despacho de Anna-Maria. Había fotos de Wilma, Simon y Hjörleifur con las fechas de la desaparición de Wilma y Simon, de cuando encontraron a Wilma y del asesinato de Hjörleifur Arnarson. Había mapas de la zona donde encontraron el cuerpo de Wilma y de Vittangjärvi. Los nombres de los hermanos Krekula también aparecían.

—Eso —dijo Rebecka señalando— lo pondremos mañana en la sala de reuniones. Así lo tendremos todo reunido en el mismo sitio. ¿A qué hora nos vemos para hacer un repaso? ¿A las ocho?

«Que piensen lo que quieran —se dijo Rebecka cuando salió de allí con las actas bajo el brazo—. He asumido la responsabilidad y quiero que las cosas se hagan bien. Y no es mi estilo quedarme al lado sin participar. Si tomo el mando del caso soy yo la que decide.»

—Uau —dijo Anna-Maria en cuanto Rebecka Martinsson hubo desaparecido—. ¿Creéis que mañana tendremos que ponernos en fila antes del repaso? Por orden alfabético, como en el colegio.

—Pero ha hecho un trabajo de puta madre esta mañana con Tore Krekula —dijo Sven-Erik—. Sin ella...

—Sí, sí —admitió Anna-Maria impaciente—. Sólo digo que un poco de humildad no hace daño a nadie.

Se hizo un silencio que duró un eterno segundo. Sven-Erik Stålnacke se la quedó mirando. Anna-Maria le devolvió la mirada, preparada para defenderse.

—Bueno, yo debería ir tirando —dijo Fred Olsson y se le sumó enseguida Tommy Rantakyrö, quien apuntó que seguramente su novia estaría mosqueada porque hacía más de una hora que lo había llamado para que fuera a cenar, y él

le había prometido que de camino se pasaría a coger una película.

En una pequeña ciudad como Kiruna, la voz corre deprisa. El médico forense Lars Pohjanen le cuenta a su ayudante Anna Granlund que Rebecka Martinsson le dijo que la fallecida Wilma Persson se le había aparecido y que le había dicho que no había muerto en el río. Por eso él había decidido sacar la muestra de agua de los pulmones de la chica.

Anna Granlund le responde que cree en esas cosas y que el primo de su abuelo podía invocar a la sangre para detener hemorragias.

Anna Granlund trabaja bajo secreto profesional, pero aun así se va de la lengua con su hermana mientras se comen una pizza en Laguna.

Su hermana promete no decir nada, pero la familia no cuenta, así que por la noche habla del tema con su marido.

El marido, sin embargo, no cree en esas cosas. Por eso se lo cuenta a un amigo cuando están tomando una sauna después del gimnasio. Quizá necesite contrastar sus ideas. ¿Podría ser posible? Quiere ver la reacción del otro.

El amigo no dice gran cosa y echa un poco más de agua en las piedras calientes.

El amigo suele ir de caza con un viejo de Piilijärvi, Stig Rautio. Se cruzan delante del súper Coop y se lo cuenta. Le pregunta a Stig si conocía a Wilma Persson. Al parecer fue asesinada. Y la fiscal esa, Rebecka Martinsson, la que mató a aquellos pastores hacía unos años, por lo visto había...

Y Stig Rautio caza en una zona que pertenece a Tore y Hjalmar Krekula. Va a ver a Isak y Kerttu Krekula para pagarle el arriendo a Tore, a quien según su mujer encontrará en casa de los padres. No hay prisa con el arriendo, pero a Stig le pica la curiosidad. En el pueblo se dice, bueno, en toda Kiruna se dice que la policía ha registrado las casas de los hermanos Krekula, en relación con las muertes de Wilma Persson y Hjörleifur Arnarson. Isak está postrado en la habitación pequeña, como siempre desde hace unos meses. Kerttu está friendo rodajas de salchicha gruesa y ha preparado puré de nabos para sus chicos. Hjalmar come, pero Tore sólo toma café, ha comido en casa lo que ha cocinado su mujer.

Kerttu no le ofrece café a Stig. Todos saben que ha ido a husmear pero no pueden decirle nada por ello. Él entrega el sobre con el dinero del arriendo. Ha cogido el primer sobre que ha visto y ha resultado ser uno de los sobres bonitos de su mujer, comprado en el mercado de Kiruna, con florecillas secas prensadas en el papel hecho a mano. Tore coge el sobre y lo mira con mofa. Claro que sí, dicen sus ojos. Hay que ser detallista.

Stig se arrepiente de no haber buscado otro sobre, uno usado habría sido mejor, pero ahora ya da lo mismo. Les cuenta que ha oído que la policía ha estado allí, jodidos idiotas, perdedores, qué coño se creen, seguro que en cualquier momento van también a su casa. Después les cuenta eso de la fiscal Martinsson y el forense Pohjanen. Que ella había soñado con Wilma y que luego

fue al forense.

—Un día de éstos empezarán a comprar bolas de cristal en lugar de ir a por los ladrones —bromea.

Nadie reacciona, evidentemente. La broma se queda en el aire, torpe y patosa. La familia Krekula se comporta como siempre. Hjalmar come puré con salchicha, Tore golpetea la taza de café con la uña y Kerttu se la vuelve a llenar.

Es como si no hubiera pasado nada especial en todo el día. No hacen ni un comentario a lo que Stig les está contando de la policía. Se crea un silencio sepulcral en la cocina durante un buen rato. Tore cuenta los billetes del sobre cursi y le pregunta a Stig si tiene algo más que hacer allí. No, nada más. Se marcha sin chismes que airear en el pueblo.

Cuando se ha ido, Tore dice:

—Qué cantidad de sandeces. Que la fiscal ha soñado con ella.

Kerttu dice:

—Papá no va a durar mucho más. Esto acabará con él.

—La gente habla —dice Tore—. Siempre lo ha hecho. Déjales que hablen.

Entonces Kerttu golpea la mesa con la palma de la mano. Grita:

—¡Para ti es fácil decirlo!

Empieza a recoger la mesa aunque Hjalmar no haya terminado, una clara señal de que se ha acabado la conversación.

« Siempre está todo dicho —piensa Hjalmar—. También cuando a papá le dio el infarto. Cuando Johannes Svarvare empezó a irse de la lengua por la borrachera. Entonces quedó todo dicho en un momento.»

Finales de septiembre. El sol se está poniendo al otro lado del lago. Hjalmar ha subido el motor fuera borda a la casa de sus padres. Ahora está en la mesa de la cocina sobre una capa de hojas de periódico. Johannes Svarvare suele desmontarlo y arreglárselo a Isak. El carburador se ha obstruido, como siempre.

Johannes Svarvare trabaja en el motor mientras Isak lo invita a vodka para darle las gracias. La mujer de Tore está en una reunión de *tupper-ware*, así que hoy él cena lo que le ponga su madre, Kerttu. Hjalmar también está. No cabe ni un alfiler en la mesa. Los platos de hamburguesas y macarrones en salsa comparten espacio con tapas de motor, destornilladores, llaves, una navaja de Mora, la botella de plástico de pico largo con aceite para la caja de cambios, una bujía nueva y una lata con gasolina en la que Isak pondrá el filtro.

A Johannes se le empieza a soltar la lengua. Va saltando de viejos motores de lanchas y modelos de barcos que han tenido alguna vez o que han construido, a aquella vez en la que él y su primo cargaron la barca de su tío con cinco ovejas que habían estado pastando en uno de los islotes del río Rautasälven, chocaron con una roca en Kutukoski y las cinco ovejas se ahogaron y a punto estuvieron también ellos de quedarse allí mismo.

La batallita de las ovejas que se ahogaron ya la habían oído antes, pero Hjalmar y Tore prefieren comer antes que hablar y escuchan como cuando eran pequeños.

—Y hablando de ahogarse —dice Johannes mientras desatornilla el carburador—. ¿Te acuerdas del otoño del cuarenta y tres, cuando estuvimos esperando y esperando a aquel avión de transporte que nunca llegó?

—No —dijo Isak con un tono de advertencia en la voz.

Pero Johannes ha bebido y no capta los avisos.

—Los que desaparecieron. Siempre me he preguntado dónde pudo haber caído. Venía de Narvik. Todo este tiempo he pensado que seguramente el avión seguiría el río Torneälven por encima de los lagos Jiekjärvi y Alajärvi. Pero tú le preguntaste a la gente de allí arriba y nadie había visto ni oído ningún avión. Probablemente cogió el rumbo equivocado y se fue para el sur siguiendo el lago Taalojärvi, vieron que iban mal e intentaron un aterrizaje de emergencia en el lago Övre Vuolusjärvi o Harrijärvi o Vittangjärvi. ¿No crees? Toda la tripulación debió de ahogarse como ratas.

Tore y Hjalmar tienen los ojos fijos en sus platos. Kerttu está frente a la encimera de espaldas a los demás y parece ocupada con algo. Isak no dice nada, le pasa la llave del ocho a Johannes para que pueda soltar el flotador.

—Se lo dije a Wilma —continúa Johannes—. Ella y Simon Kyrö hacen submarinismo. Les dije que allí tenían algo para ver si es que lo encontraban. Probad en Vittangjärvi, les dije. Porque si hubiese caído en Övre Vuolusjärvi nos habríamos enterado. Y Harrijärvi es tan pequeño. Por algún lado hay que empezar a buscar, ¿no?

Desenrosca la boquilla, se la pone entre los labios y sopla para quitarle las virtutas de metal. Después la levanta hacia la luz de la ventana, mira por el agujerito para ver si está limpio. Echa un vistazo a Tore y Hjalmar.

—Yo sólo tenía trece años, pero vuestro padre me empleó. En aquella época podías trabajar a esa edad.

—Y ¿qué dijo Wilma? —preguntó Isak en tono neutro, como si en verdad no le interesara.

—Se puso como una loca, me pidió que le dejara mapas.

Hay cierta satisfacción en la voz de Johannes. Un recuerdo agradable, por lo visto. Una joven entusiasmada y que muestra interés por algo que él le ha contado. Se acuerda de los dedos de los dos sobre el mapa.

Pone el filtro en la lata con gasolina. Se seca las manos en los pantalones y se echa el último trago que queda en el vaso de Duralex.

Sin embargo, en lugar de servirle más, Isak le pone el tapón a la botella de vodka.

—Es todo por hoy —dice.

A Johannes le sorprende un poco. Pensaba que aún lo invitarían a unas cuantas rondas más y que le dejarían montar el motor otra vez. Normalmente es así.

Pero lleva toda una vida en el pueblo y el mismo tiempo tratando con Isak. Sabe que es mejor obedecer cuando Isak dice « a dormir ».

Da las gracias y sale por la puerta tambaleándose y dirigiendo los pasos hacia su casa.

Kerttu está inmóvil de espaldas a su familia y con las manos sobre la encimera. Nadie dice nada.

—¿Qué te pasa, viejo? —pregunta Tore.

Isak se ha quedado a medio camino de levantarse de la mesa. Está pálido y se desploma y al caer se golpea la cabeza en la mesa.

Tore se guarda el sobre cursi en el bolsillo. Hjalmar piensa, como siempre, que hay mucho dinero del que no ve ni la sombra. No sabe cuánto ingresa la empresa. No sabe cuánto bosque poseen y cuánto ganan con él. Pero claro, Tore es el que tiene una familia que mantener.

La vajilla cae con un estruendo cuando Kerttu suelta los platos, los cubiertos y las tazas en el fregadero.

—Dos hijos tiene —dice sin mirarlos—. Pero ¿de qué le sirven?

Hjalmar ve cómo las palabras hacen mella en Tore, se le clavan como un cuchillo. Por su parte, él ya está acostumbrado desde que era un crío. A todos los insultos. Inútil, tonto del culo, gordo, idiota. Sobre todo venían de Tore e Isak. Kerttu nunca decía nada. Ni siquiera lo miraba a los ojos.

« Esto se viene abajo », piensa Hjalmar.

Y la idea casi le resulta reconfortante. Piensa en la fiscal Rebecka Martinsson, que vio a Wilma después de muerta.

Tore mira a Hjalmar. Piensa que Hjalmar está igual de callado que de costumbre, pero aun así no está como siempre. Algo le pasa.

—¿Estás enfermo? —pregunta irritado.

«Sí —piensa Hjalmar—. Estoy enfermo.»

Se levanta y se va de la cocina, sale de la casa, cruza el camino. Lentamente vuelve a su casa, a su triste casa llena de muebles, cortinas, manteles, de todo, que no ha comprado él.

«Y después hablamos con Johannes Svarvare —piensa—. Papá estaba en la UVI.»

En su cabeza, Tore abre de golpe la puerta de casa de Johannes Svarvare y se planta en la cocina.

—Desgraciado —dice Tore y se saca la navaja del cinturón.

Hjalmar se queda en el umbral de la puerta. Johannes casi se caga encima de miedo. Está tumbado en el sofá de la cocina con la resaca del día anterior, de cuando estuvo en casa de los Krekula desmontándoles el motor de la lancha. Se incorpora.

Tore clava la navaja en la mesa delante de Johannes. Para que se entere de que la cosa va en serio.

—Pero ¿qué...? —dice Johannes como puede.

—El avión ese que desapareció —dice Tore— y todo lo demás. Has estado rajando como una chismosa sobre cosas que todo el mundo ha olvidado y que tienen que seguir olvidadas. Y ahora has enviado a nuestro viejo al hospital. Como no se salve o como me entere de que has dicho una sola palabra más...

Libera la navaja de la mesa y apunta con ella al ojo de Johannes.

—¿Se lo has contado a alguien más? —pregunta.

Johannes niega con la cabeza. No puede dejar de mirar la punta de la hoja.

Después se marchan.

—Ahora por lo menos mantendrá la boca cerrada —dice Tore.

—¿Y Wilma y Simon? —pregunta Hjalmar.

Pero Tore niega con la cabeza.

—Nunca encontrarán nada, como si no fueran más que batallitas de viejos. De todos modos les echaremos un ojo no vaya a ser que vayan allí a bucear.

Hjalmar Krekula se queda de pie delante de su casa. Aparta los recuerdos de Johannes Svarvare, Wilma, Simon y de todo el mundo. Está reticente a entrar en su propia vivienda. Pero ¿qué elección tiene? ¿Dormir en la leñera?

Sven-Erik Stålnacke y Airi Bylund se van a la cabaña que ella tiene en Puoltsa. Sólo van a darse una vuelta. Además, la tarde está preciosa.

En el coche, Sven-Erik le cuenta cómo él y Rebecka han hecho caer a Tore en la trampa.

Airi lo escucha, aunque quizá un poco distraída, y dice que qué bien.

Y Sven-Erik se pone de malhumor. Le viene como de ninguna parte. Piensa « qué suerte que por lo menos hay algo que hago bien » .

Intenta dejar de pensar en cómo se estuvo paseando por la casa de Hjörleifur perorando sobre las causas de su muerte sin tener ni idea.

Le gustaría que Airi le dijera algo tipo « tú lo haces todo bien, cariño » , pero ella no dice nada.

A Sven-Erik le inunda el sentimiento de que no le sirve a nadie. Se queda triste, abatido y callado.

Airi también guarda silencio.

No es un silencio de los que relajan. Normalmente se pueden quedar callados en un silencio cálido y acogedor, lleno de miradas y sonrisas y alegrías de haberse encontrado el uno al otro. Un silencio que de vez en cuando se ve interrumpido cuando Airi charla con los gatos o con las flores, consigo misma o con Sven-Erik

Pero en este silencio, Sven-Erik oye el eco de sus cavilaciones: « Me va a dejar. Nada tiene sentido. »

Nota que Airi se ha cansado de su malestar con el trabajo. Ella opina que Sven-Erik siempre se está quejando de Anna-Maria, del fatídico tiroteo en Regla y, bueno, de todo un poco. Pero Airi no estuvo allí. No puede entenderlo.

Al final llegan a la cabaña. Airi se baja del coche y dice:

—Voy a preparar café. ¿Tú quieres?

Y Sven-Erik no consigue decir más que:

—Bueno, si vas a hacerlo...

Ella se mete en la cabaña mientras él se queda fuera sin saber qué hacer ni dónde meterse.

Le da una vuelta a la casita. En la parte de atrás Airi tiene un cementerio de gatos. Están todos los felinos de su pasado y también algunos de los de sus conocidos. Bajo la nieve hay pequeñas cruces de madera y piedras bonitas. En verano, cuando él estaba de baja, la ayudó a plantar un rododendro y se pregunta si habrá sobrevivido al invierno. Le gusta sentarse con Airi en el porche de atrás y que le hable de todos los gatos que hay allí enterrados.

Cuando está más sumido en sus pensamientos aparece Airi a su lado. Le pasa la taza de café.

Sven-Erik no quiere que dé media vuelta y vuelva a entrar, así que le dice:

—Háblame de *Tigui-Tigre* otra vez.

Como un niño que quiere escuchar su cuento preferido.

—¿Qué quieres que te cuente?—empieza Airi—. Él fue mi primer gato y en aquel tiempo yo no era muy amiga de los gatos, que digamos. Mattias tenía quince años y no paraba de insistir en que tuviéramos un gato o por lo menos un periquito. O lo que fuera. Pero yo le dije: ¡ni hablar! Pero entonces ese gato gris de rayas comenzó a visitarnos. Vivíamos en la calle Bangatan. Evidentemente, yo no lo dejé entrar ni una sola vez, pero cada día cuando volvía del trabajo me lo encontraba en el poste de la verja. Maullando. Se me encogía el corazón. Era a finales de otoño y el pobre estaba flaco como un año de carestía.

—Algunas personas —gruñe Sven-Erik— se buscan un gato y luego pasan de él como de la mierda.

—Me di una vuelta por el vecindario preguntando, pero nadie quiso reconocerlo. Y la verdad es que el gato me perseguía. Si me metía en el lavadero, se sentaba en el alféizar de la ventana mirándome desde fuera. Si estaba en la cocina, lo veía subido a un pedestal que teníamos en el jardín, también mirándome. Saltaba contra la puerta de entrada y se colgaba del reborde de la ventanita y empezaba a maullar. Me volvía loca. Tenía la casa asediada. Cada día cuando regresaba del trabajo pensaba: ojalá no esté el gato.

» Al final, una noche, Mattias llegó tarde a casa. El gato estaba sentado fuera maullando como un loco. « ¿No podemos dejarlo entrar? », me pidió Mattias. Y entonces me rendí. « Hazlo, va —le dije—, pero se quedará a vivir abajo contigo. » Sí, sí. Ese gato me seguía fuera adonde fuera. Sólo se sentaba en mi regazo. Alguna vez, pocas, en el de Mattias. Pero cuando Mattias se fue de casa y yo estaba de viaje, se quedaba sentado mirando fijamente a Örjan. La cuarta noche solía tumbarse por fin en su regazo. Y cuando yo volvía, como cuando me fui a Marruecos, nunca lo olvidaré, me golpeó con la pata, me arañó lo justo para no hacerme daño, para enseñarme lo enfadado que estaba.

—Claro, te habías ido y lo habías dejado —dijo Sven-Erik.

—Sí, pero después me perdonó. Aunque primero siempre me pegaba. Me acuerdo de cuando Örjan estuvo deprimido y no quería hacer nada. *Tigui-Tigre* y yo hicimos la hoguera de San Juan juntos. Se pasó el día entero conmigo trabajando en el jardín. Luego nos sentamos los dos a mirar el fuego. Y menudo acróbata estaba hecho. Cuando quería entrar por la noche se colgaba con las patas del canalón del tejado y se columpiaba hacia la ventana, como llamando. Entonces había que abrirla. Pegaba un salto hasta el alféizar y de allí entraba en casa. Yo tenía el alféizar lleno de flores. Nunca tiró una maceta. Ni una sola vez.

Se quedan en silencio un momento mirando el abedul donde *Tigui-Tigre* está enterrado.

—Y luego se hizo viejo y murió —termina Airi—. Él me convirtió en amante de los gatos.

—Les coges cariño —dice Sven-Erik.

Entonces Airi lo toma de la mano, como para mostrarle que a quien le tiene más cariño es a él.

—La vida es demasiado corta para discutirse y estar enfadado —dice ella.

Sven-Erik le abraza la mano. Sabe que Airi tiene razón. Pero ¿qué puede hacer con esa sensación de enojo que le presiona constantemente el pecho?

Las 20:32. « *You have reached Måns Wenngren at Meijer & Ditzinger. I can't take your call right now. Please leave a message after the beep.*»

Rebecka: Hola, soy yo. Sólo quería decirte que pienso en ti y que me gustas más que nada en el mundo. Llámame, si puedes.

Mira a *Vera* que está haciendo pis en el patio. Hace una tarde clara de primavera. Se oye el largo trino del zarapito real. Rebecka no es la única falta de amor.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? —le pregunta a la perra.

Las 21:05. Mensaje de Rebecka Martinsson a Måns Wenngren:

«Hola, corazón. Aquí, leyendo un caso de asesinato. Preferiría acurrucarme a tu lado en la cama. No te enfades, por favor.»

Deja el teléfono sobre la taza del váter y abre el grifo de la ducha. Enjuaga a *Vera*, a la que antes había enjabonado.

—Tendrás que dejar de rebozarte en la porquería que encuentres —le advierte—. ¿Estamos de acuerdo?

Vera le lame las manos agradecida. Están de acuerdo.

Las 23:16. « *You have reached Måns Wenngren at Meijer & Ditzinger. I can't take your call right now. Please leave a message after the beep.*»

Rebecka cuelga sin dejar ningún mensaje. Le da de comer a *Vera*.

—No me merezco que me castiguen —dice.

Vera se le acerca y se seca el hocico en sus pantalones.

Las 04:36. Rebecka Martinsson se despierta y estira el brazo para coger el móvil. No hay ningún mensaje de Måns, ninguna llamada perdida. Tiene las actas del caso esparcidas por la cama. *Vera* ronca a sus pies.

—Ya vale —se dice a sí misma chistando suavemente en la oscuridad—. Tienes que dormir.

MIÉRCOLES

29 DE ABRIL

A las seis y cinco minutos de la mañana, Rebecka Martinsson llamó a Anna-Maria Mella. Anna-Maria respondió en voz baja para no despertar a Robert. Éste se recolocó junto a su espalda y se durmió con una respiración caliente en la nuca de su mujer.

—He leído tus comentarios sobre cuando estuviste hablando con Johannes Svarvare —empezó Rebecka.

—Mmm.

—Según pone, te dio la impresión de que quería decir algo pero que para cortar la conversación se tumbó en el sofá y cerró los ojos.

—Sí, pero primero se sacó la dentadura postiza y la echó en un vaso con agua.

Rebecka Martinsson se rió.

—¿Te importa si le pido que se la vuelva a poner para hablar conmigo?

Anna-Maria fluctuaba entre distintas sensaciones. Era evidente que había que volver a interrogar a Johannes Svarvare. Le irritaba no haber caído ella misma en la cuenta y se sintió aún más rabiosa porque la fiscal quisiera repetir su interrogatorio. Aunque tuviera razón. Pero al mismo tiempo comprendía que Rebecka la llamaba para pasarle la pipa de la paz. Era todo un gesto. Rebecka era buena. Anna-Maria decidió no ponerse de morros.

—No hay problema —dijo—. Cuando hablé con él todavía estábamos sólo ante un fallecimiento que parecía un accidente con algunos detalles sin aclarar.

—Anotaste que Johannes Svarvare dijo que él y Wilma estuvieron hablando y que él habló demasiado.

—Sí.

A Anna-Maria le invadió un malestar en todo el cuerpo. Había llevado aquel interrogatorio francamente mal.

—Pero no dijo nada de lo que hablaron —preguntó Rebecka.

—No, supongo que debería haberlo presionado, no sé, pero entonces no era un caso de asesinato.

Se quedó callada.

« No empieces a defenderte », se ordenó a sí misma.

—Oye —dijo Rebecka—. Esto es genial. Lo apuntaste todo. Tuviste la sensación de que el hombre se estaba guardando algo. Así una sabe a qué atenerse para hacer la segunda ronda cuando hay más carne en el asador.

—Gracias —dijo Anna-Maria.

—A ti.

—¿Por?

—Porque me das la confianza necesaria para hablar con él.

—Siempre puedo pasar a hacer la tercera ronda si hace falta. ¿Cuándo vas a ir a hablar con él?

—Ahora.

—¿Ahora? Pero si son las...

—Sí, pero ya sabes cómo son los viejos. Cuando por fin pueden dormir todo el tiempo que siempre han estado deseando, se despiertan a las cuatro. Ya se ha levantado.

—Espero que tengas razón.

—La tengo. Estoy en el coche delante de su casa. Ahora me está mirando por detrás de la cortina de la cocina por tercera vez.

—Está loca —dijo Anna-Maria después de colgar.

—¿Quién? —murmuró Robert acariciándole los pechos.

—Rebecka Martinsson. Ha tomado el mando del caso. Y joder, la verdad es que me gusta, quiero decir que le salvé la vida allí arriba en Jiekajärvi, y cuando haces eso notas que algo cambia. Cuando está relajada es perfecta para hablar un rato. Aunque seamos tan diferentes. Es una fiscal cojonuda.

Robert le dio un beso en la nuca y apretó la entrepierna contra su culo.

Anna-Maria suspiró.

—Pero supongo que me molesta que quiera asumir el mando en serio. Preferiría encargarme yo sola.

—Tiene que quedarle claro que tú eres la líder —dijo Robert pellizcándole los pezones.

—Sí —ronroneó Anna-Maria.

—¿No te leíste un libro hace poco? ¿Cómo se llamaba... *Hay un lugar especial en el infierno para las mujeres que no se ayudan entre ellas?*

—No, lo estás confundiendo con *Hay un lugar especial en el infierno para los maridos que no tienen la sensatez de aceptar sin rechistar cuando sus mujeres se quejan*. Hola. ¿Qué piensas hacer con esto?

—No lo sé —le murmura al oído—. ¿Qué quiere la perra alfa?

Johannes Svarvare invitó a Rebecka a café. Ella rechazó la vajilla fina y le pidió que se lo pusiera en una taza normal. Tampoco le aceptó un sándwich. Svarvare olía a sucio de hombre mayor. No debía de asearse a menudo. Llevaba camiseta y un chaleco de lana encima y un pantalón negro de traje con el culo desgastado que se sostenía con unos tirantes. Rebecka no podía evitar sentir que por nada del mundo quería llevarse a la boca algo que él hubiese tocado. ¿Cuándo se habría lavado las manos por última vez? Y sólo la idea de que había cogido la dentadura postiza con los mismos dedos que luego habían ido al pan y al embutido... sintió un escalofrío.

« Aunque puedo dejar que un perro desconocido me lama las comisuras de la boca », pensó después.

Sonrió y miró a *Vera*, que estaba olfateando por debajo de la mesa, engullendo restos secos de comida y migas. Pasaba la lengua por las patas del sofá, por donde algún líquido había rezumado y se había secado.

« Sobre todo a ti, marrana —pensó—. Hay que estar un poco mal... »

—Conocías a Wilma, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí —dijo Johannes y le dio un sorbo al café.

« Le está dando vueltas a algunas preguntas que se cree que le voy a hacer — pensó Rebecka—. Empezaremos con las fáciles. »

—¿Me podrías hablar un poco de ella?

El viejo pareció sorprenderse con la pregunta. También se sintió aliviado.

—Era tan joven —dijo Johannes negando con la cabeza—. Demasiado joven. Pero te puedes imaginar lo agradable que es que gente joven venga a un pueblo como éste. Y cuando Wilma se mudó a casa de Anni también empezó a venir Simon Kyrö para visitar a su tío. Había como más vida. Aquí sólo quedamos viejos. Y ella y sus amigos. Ja, ja, parecían...

Levantó las dos manos y agarrotó los dedos mientras hacía una mueca que pretendía ser terrorífica.

—Con los ojos pintados de negro y la ropa negra... Pero eran divertidos. Y no eran malas personas. Una vez tomaron prestados los trineos de algunos viejos y fueron a dar una vuelta. Eran por lo menos diez. Se pasearon por todo el pueblo gritando, corrían y se llevaban unos a otros. Dicen que los jóvenes no salen de casa y que se pasan el día delante del ordenador, pero ella no.

—¿Venía a verte a menudo?

—Sí, le gustaba oír historias de los viejos tiempos. Para mí no son viejas, todo me parece que fue ayer. Ya lo entenderás. Sólo el cuerpo se hace mayor. Aquí dentro me siento... —Se golpeó la sien con la punta de los dedos y sonrió—. Como un chaval de diecisiete años.

—¿Le contaste algo de lo que te arrepientas?

Johannes Svarvare se quedó callado con la mirada fija en una muesca que había en la mesa de la cocina.

—¿Le tenías cariño?

Él asintió.

—Fue asesinada, ¿sabes? Ella y Simon hicieron una inmersión y luego alguien se ocupó de que no salieran. Por lo menos ella no salió. Oficialmente, él todavía está desaparecido, pero lo más probable es que esté en el lago Vittangjårvi.

—¿No la encontraron en el río Torneälven, por debajo de Tervaskoski?

Seguía mirando fijamente la muesca de la mesa.

—El pasado es mejor olvidarlo —añadió al fin.

La mano de Rebecka se adelantó por sí sola y tapó la muesca.

—Pero a veces el pasado te acaba atrapando —dijo—. Y ahora Wilma está muerta. Seguro que tienes tu honor —dijo—. Piensa en Wilma. Y en Anni Autio.

Lo último fue una apuesta ciega. No sabía qué relación mantenía con Anni.

El anciano se sirvió más café. Rebecka vio que se ponía la mano izquierda sobre la derecha para ayudar a mantenerla estable.

—Bueno —dijo—. Pero no digas que he dicho nada. Le hablé de un avión que cayó en alguna parte y desapareció en el cuarenta y tres. Y desde entonces he estado dándole vueltas al asunto. Dónde pudo caer. Le dije a Wilma que creo que se hundió en el lago Vittangjårvi o Harrjårvi o Övre Vuolusjårvi.

—¿Qué clase de avión?

—No lo sé, nunca lo vi. Era alemán. Los alemanes tenían grandes almacenes en Luleå. Uno estaba pegado a la catedral. El *Oberleutnant* Walther Zindel era el jefe de los almacenes. Las tropas alemanas en el norte de Noruega y la Laponia finlandesa necesitaban equipamiento y provisiones, así que los alemanes utilizaron el puerto de Luleå. Los británicos tenían una flota superior y nadie se atrevía a confiar en el aprovisionamiento por la costa noruega.

—Sé que les dejaron utilizar nuestra red ferroviaria —dijo Rebecka despacio—. Para tráfico permanente.

Johannes Svarvare se chupó la dentadura y miró a Rebecka como si fuera tonta.

—Sí —continuó—. Isak Krekula era transportista. Yo acabé la escuela a los doce años y empecé a trabajar para él. Era fuerte y podía cargar. De vez en cuando también conducía, entonces no estaba tan controlado. Bueno, pues aquella noche del otoño del cuarenta y tres, Isak llevaba él mismo uno de los camiones a Kurravaara, y yo le acompañaba. La ferroviaria SJ había dejado de transportar para los rusos aquel verano, así que nunca nos faltaba trabajo, aunque antes tampoco había faltado. Había que abastecer a las tropas. Estuvimos esperando y esperando. Yo, Isak y algunos chicos del pueblo a los que había contratado para ayudarnos a descargar y luego cargar. Por la mañana nos rendimos. Isak le pagó a uno de los chicos del pueblo para que se quedara vigilando si venía el avión y que lo llamara si aparecía. Pero fue como si se lo hubiese tragado la tierra. Más tarde Isak se enteró de que nunca apareció. Pero de esas cosas no se hablaba. Ni

entonces ni, mucho menos, después. Era un tema delicado.

«¿Cómo de delicado? —se preguntó Rebecka—. ¿Lo suficiente como para matar a dos personas jóvenes y evitar remover el asunto? Me cuesta creerlo.»

—Hace tanto tiempo —dijo Johannes Svarvare—. Pasó y ha quedado atrás. Nadie quiere pensar en ello. Y dentro de poco, todos los que lo recuerden se habrán ido. Las chicas que se ponían junto a la vía a saludar a los soldados alemanes que subían en tren camino de Narvik, todos los que celebraron el atentado contra el diario *Llama de la Aurora Boreal*, todos los que acogían a los alemanes que estaban estacionados en Norrbotten... Joder, lo que vitoreaban al cónsul Weiler. Todos los mineros que se libraron del servicio militar porque les vendíamos acero a los alemanes, éstos no se lamentaban lo más mínimo. No, fue más tarde cuando se empezó a decir que estábamos con la soga al cuello. Hasta el mismísimo rey era simpatizante.

Se secó una gota de café que se le había escapado por la comisura de la boca.

—Pensé que a los chicos les podía parecer interesante buscar un avión desaparecido.

Rebecka se quedó pensativa.

—Me has perdido que no le diga a nadie que has hablado conmigo —dijo—. ¿A quién no quieres que se lo diga? ¿Hay alguien en especial a quien le tengas miedo?

Johannes guardó silencio unos segundos, después se enderezó en el sofá y la miró a los ojos.

—Los Krekula —dijo—. Isak siempre hacía lo que se le antojaba. Podría prenderle fuego a tu casa mientras estás durmiendo. Los chicos son iguales. Se pusieron hechos una furia cuando les dije que le había contado a Wilma lo del avión. No querían que dijera ni una palabra más. He trabajado para ellos todos estos años, los he ayudado con todo lo habido y por haber. Siempre me he ofrecido. Siempre. Y luego vienen y...

Dejó caer la mano sobre la mesa para terminar la frase. *Vera*, que se había tumbado debajo, levantó la cabeza y soltó un ladrido.

—¿Por qué? ¿Tenía algo especial ese avión?

—No lo sé. Tienes que creerme. Te he contado todo lo que sé. ¿Crees que los Krekula tuvieron algo que ver con la muerte de Wilma?

—¿Tú lo crees?

A Johannes Svarvare le brotaron lágrimas de los ojos.

—Nunca debería haberle contado nada. Yo sólo quería llamar la atención, que le pareciera divertido hablar conmigo. Es tan triste estar siempre tan solo. Todo es culpa mía.

Cuando salió al porche, Rebecka respiró hondo.

«Qué pena —pensó—. Yo no quiero morir sola.»

Miró a *Vera*, que la estaba esperando expectante al lado del coche.

« No basta con un perro », pensó.

Encendió el móvil. Eran las siete y diez. Ningún mensaje. Ninguna llamada perdida.

« Pues a la mierda —se dijo pensando en Måns—. Fóllate a cualquier otra si te apetece.»

Estoy sentada en el alféizar de Hjalmar Krekula. Lo miro y de pronto se despierta sobresaltado. La angustia lo golpea por dentro. La angustia es correosa y tiene los nudillos fuertes, como padre Isak. La angustia ha hecho que el cinturón se corra más allá de donde acaban los agujeros.

Duerme mucho. Está cansado. No tiene fuerzas para nada. Pero el sueño es intranquilo y desconfiado. La angustia lo pone en pie, a las tres o las cuatro de la madrugada, normalmente. Las noches son claras. Él maldice la luz y le echa la culpa, pero sabe que no es cierto. El corazón se le acelera; a veces tiene miedo de morirse de verdad. Aunque ya se está acostumbrando, sabe que al cabo de un rato los latidos se calman.

Me cuesta creer que yo ya no vaya a dormir nunca más.

A veces sueña conmigo. Me ve picando con el cuchillo por debajo del hielo hasta abrir un agujero. Sueña con el agua que salió por él cuando saqué la mano. En el sueño sale más y más agua y se acaba ahogando en ella. Se despierta de golpe boqueando.

Otras veces sueña que mi mano se agarra firmemente a la suya sin que pueda soltarse y que lo arrastro conmigo.

Sueña con hielo delgado, hielo que se raja bajo sus pies. Agua negra.

No se cuida. Vaya aspecto tenía el día de mi entierro: sin duchar y con el pelo grasiento.

Hjalmar Krekula miró la hora en el móvil. Las siete y diez. Tendría que estar en el trabajo desde hace mucho rato y Tore no lo había llamado para preguntarle dónde coño se había metido.

A lo mejor se podía coger el día libre, después de haber ayudado a... No, apartó las imágenes y los recuerdos de Hjörleifur Arnarson. Qué innecesario. Todo. Jodidamente innecesario.

«Siempre hago lo que Tore quiere —se dice—. Al principio estaba obligado. Después se convirtió en una costumbre. Sobre todo después de perdernos en el bosque. Dejé de pensar por mí mismo. Dejé de decidir. Me limité a hacer lo que se me mandaba.»

Octubre de 1957. Sábado. Los chicos mayores del pueblo están jugando a *bandy* en el hielo.

Tore le pide permiso a Isak para ir a mirar. Le parece bien. Coge su palo y sale de casa. Hjalmar también puede ir, pero primero tiene que bajar leña y agua a la sauna, en la orilla del lago. Isak ha encendido un fuego tremendo en la sauna. Por la tarde se van a bañar. Ha abierto un hoyo junto al pantalán con la sierra para que Hjalmar pueda subir agua a la caldera que se calienta con la leña.

Hjalmar carga. Tore se libra, a pesar de haber empezado la escuela ese otoño. El primer día de clase, Isak cogió a Hjalmar de la oreja y le dijo:

—Y vas a cuidar de tu hermano, ¿me oyes?

Ha pasado casi un año desde el incidente del bosque. A Tore todavía le llegan cartas y paquetes, aunque con menos frecuencia, claro. La nueva mochila para el colegio se la ha regalado el Club de Excursionistas de Estocolmo.

Hjalmar cuida de Tore. Eso implica que Tore tiene un gran poder sobre los de su misma edad e incluso sobre algunos compañeros mayores de la escuela. Tore les coge el dinero, los amenaza, les pega y decide quién va a recibir de forma regular después de las clases. La víctima será un chico flacucho con gafas que se llama Alvar. Si alguien le planta cara o directamente le pega, Tore llama a Hjalmar. Alvar tiene un hermano mayor, pero nadie quiere pelearse con Hjalmar, así que no se mete. Y su padre se ahogó hace dos años. Tore y su pandilla se divierten mucho con Alvar. Durante la última hora de clase a veces alguno de ellos levanta la mano y pide permiso para ir al baño. Cuando suena el timbre, Alvar se encuentra con los zapatos llenos de agua. O tiene las mangas de la chaqueta llenas de papel mojado. Después de la clase de gimnasia puede que le cojan los pantalones y tiene que volver a casa en calzoncillos. Alvar siempre tiene miedo. Después de la escuela vuelve a casa corriendo. Le suplica a la señorita que lo deje salir antes de que suene el timbre. Dice que le duele la barriga. Seguramente es verdad. Llega a casa con la ropa y los libros destrozados, pero nunca se atreve a explicar quién ha sido. Su hermano mayor tampoco dice nada.

Así es Tore, el pequeño héroe de Piilijärvi. Pero claro, el Club de Excursionistas de Estocolmo no sabe nada de eso.

Hjalmar ya ha terminado de llevar agua y leña para la sauna de la tarde y se puede ir corriendo al otro lado del pueblo para mirar el partido. Han hecho los palos de las porterías con ramas de abedul. No todos tienen patines, algunos tienen que correr por el hielo. Casi todos los palos están hechos en casa.

Tore se alegra cuando ve llegar a Hjalmar, pero hace como si no lo hubiese visto. Hjalmar presiente que va a pasar algo, que debería volver a casa cuanto antes, pero no lo hace.

Hans Aho dispara a portería, pero Yngve Talo la para. Alguien intenta coger

el rebote, se amontonan delante de la portería.

Entonces Tore salta al hielo con su palo y su pelota de *bandy*. Dispara a la portería que ha quedado libre al otro lado.

—Oye, niño, fuera del campo —le grita el portero, que ha subido a atacar.

—Vamos, Tore, sal —grita una de las chicas que están mirando.

Pero Tore no les hace caso. El portero retrocede y se lo vuelve a decir.

Tore sonríe burlón y sale del campo, pero al cabo un momento vuelve a entrar y se pone a driblar con su pelota.

El juego se detiene. Los muchachos le dicen a Tore que se largue a su casa. Tore les pregunta si acaso son los dueños del lago, que no se lo ha oído decir a nadie.

—Hjalmar —grita—. ¿Son los dueños del lago? ¿Sabes algo de eso?

Cuando los mayores están jugando, los pequeños se mantienen alejados. Es una ley no escrita.

Los jugadores miran hacia Hjalmar. Hay alguno de su edad, pero casi todos son un poco mayores. Quieren ver si piensa meterse. Todo el mundo sabe que los hermanos Krekula van juntos. No es que Hjalmar tenga ni una posibilidad contra todo el grupo de *bandy*, pero estar en inferioridad no le suele asustar. Todos se preguntan de qué magnitud será la pelea.

Hjalmar se cabrea. Puto Tore. ¿Por qué siempre tiene que buscar bulla cuando no hace falta? Pero esta vez tendrá que arreglárselas solo. Gira la cabeza y mira hacia el lago.

Los jugadores entienden la señal. Hjalmar no piensa meterse.

Uno de ellos, Torgny Ylipää, que le tiene manía a Tore desde hace tiempo, le da un empujón en el pecho.

—Lárgate con tu mamá —le dice.

Tore le devuelve el empujón. Fuerte. Torgny se cae de culo.

—Vete tú —le contesta.

Torgny se levanta en un abrir y cerrar de ojos. Tore levanta el palo, pero otro de los chavales se lo coge y evita el golpe. Torgny ve la oportunidad y le suelta un puñetazo a Tore directo a la nariz.

—Que te largues, he dicho.

Tore empieza a llorar. A lo mejor le sale sangre. Nadie tiene tiempo de verlo. Se marcha corriendo tapándose la cara con la mano. Su palo se queda en el hielo. Uno de los jugadores lo recoge y lo deja a un lado.

—¿Jugamos?

Y reemprenden el partido.

Pasa un cuarto de hora. Después aparece papá Isak Cruza el campo en dirección a Hjalmar. El juego se detiene y ahora tanto jugadores como espectadores miran cómo Isak agarra a su hijo mayor y sin mediar palabra se lo lleva a rastras. Lo tiene cogido con fuerza del cuello del abrigo.

Lo arrastra por el camino del pueblo sin decir ni una palabra. Sólo se oye su respiración rabiosa cuando cruzan el patio de casa. Cuando Hjalmar comprende que se lo lleva a la sauna siente una ola de pánico. ¿Qué va a hacer?

—Padre —dice—. Espera. Padre.

Pero Isak le dice que cierre la boca. No piensa escuchar ninguna explicación.

Llegan al pantalán, junto al agujero del que hace apenas una hora Hjalmar estaba sacando agua con un cubo.

Isak le arranca el gorro. Lo tira al suelo. Hjalmar se resiste, pero la mano que lo agarra por el abrigo se cierra aún más e Isak lo obliga a ponerse de rodillas al borde del agujero. De pronto tiene la cabeza bajo el agua.

Agita los brazos. La cara está a punto de reventarle por el frío. Es fuerte, consigue sacar un momento la cabeza y da una bocanada de aire, pero después Isak se vuelve poderoso otra vez.

Piensa que va a morir.

Y lo hace. La luz del sol le inunda la cabeza. Es un día cálido de finales de verano. Camina descalzo por el bosque, nota las piñas y la pinaza bajo los pies endurecidos. Va a buscar los caballos, que han estado pastando por el bosque. Los ve entre los abetos, frotándose los cuellos los unos con los otros, espantando moscas con la cola. Huele a romero silvestre y a tierra caliente. Corteza, musgo, resina. Las hormigas han hecho un camino a través del sendero en el que está él. Los caballos relinchan cariñosos al verlo.

Cuando recupera la conciencia está tumbado en el suelo del vestuario de la sauna. El fuego arde. Se pone a cuatro patas y vomita agua del lago. Después se tumba de espaldas otra vez.

Isak está de pie fumando un cigarrillo.

—En esta familia nos mantenemos unidos —dice—. Recuérdalo para la próxima vez.

Rebecka Martinsson abrió las pesadas puertas del ayuntamiento. Le encantaba tocar los picaportes tallados como tambores de chamán.

Una vez dentro, el enorme vestíbulo se le mostró en toda su belleza, con su altísimo techo, sus hermosas paredes de ladrillo y el tapiz del Tambor del sol con los colores de la montaña en verano y primavera.

Se presentó en recepción.

—Voy al archivo estatal —le dijo al chico de detrás del mostrador.

Él le pidió que esperara y al cabo de un rato apareció un hombre que vestía tejanos y americana negros. Llevaba zapatos de piel marrón. Tenía el pelo castaño y peinado hacia atrás.

—Jan Viinikainen, director de archivo —dijo alargándole la mano al estilo sueco—. Bueno, ¿en qué puedo ayudar a las fuerzas del orden?

Rebecka levantó interrogante las cejas.

—Ah —dijo él—. Eres famosa en la ciudad. Se habló mucho de ti cuando mataste a los pastores. En defensa propia, lo sé.

Rebecka reprimió el deseo de dar media vuelta y marcharse.

«No lo entiende —pensó—. La gente no lo entiende, se cree que puede decir cualquier cosa y que no me va a afectar.»

—No estoy segura de lo que estoy buscando —tanteó—. Quiero saberlo todo sobre una vieja empresa de transportes de Piilijärvi, la de la familia Krekula.

Enseñó las manos y se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—¿Período de tiempo? —preguntó él.

—Empezó en los años cuarenta, dame lo que tengas.

El hombre caviló un momento. Después hizo un gesto con la mano para indicarle que lo acompañara. Bajaron por la escalera de caracol hasta la planta subterránea y cruzaron por lo que debía de ser el lugar de trabajo de Viinikainen, justo delante de la verja pintada de blanco que impedía el paso al archivo. Abrió la cerradura de la verja para acceder al santuario e invitó a Rebecka con un barrido de mano a que entrara antes que él.

Pasaron filas y filas de estanterías de hierro gris. Por todas partes había carpetas de distintos tamaños y modelos, se veían lomos de tela, de plástico, de metal. Había libros cosidos, libros encuadernados, viejos documentos atados delicadamente con cuerda y sello que colgaba por fuera de los borde de las estanterías. Encima de robustos archivadores de encina estaban las máquinas de escribir eléctricas de la casa Triumph y Facit que ya no se usaban. Los mapas de la ciudad estaban en grandes sistemas de cajoneras. Había ficheros apretujándose entre archivadores marrones de cartón. Por aquí y por allá se veían tubos de papel de todos los tamaños. En una de las salas internas había estanterías móviles de metal con un mecanismo semiautomático que el señor Viinikainen accionó.

—Se controlan así —dijo tirando de una palanca negra con un botón. La

estantería que tenían más cerca comenzó a deslizarse hacia un lado—. Yo de ti miraría el registro de actividad económica. O el calendario de ventas. Allí al fondo tienes el material del Instituto Técnico.

Rebecka se quitó el abrigo y Jan Viinikainen se retiró a su despacho.

«Como buscar una aguja en un pajar —pensó ella—. Ni siquiera sé lo que estoy buscando.» Se dio una vuelta por las estanterías, paseó la mirada por colecciones de artículos sobre frenología de los años treinta y cuarenta, los libros de subsidios del Consejo de Atención a los Pobres de Jukkasjärvi o el archivo escolar de los libros de trabajos manuales.

«Deja de quejarte —se ordenó a sí misma—. Arremángate y empieza.»

Una hora y diez minutos más tarde encontró el nombre de Transportes Krekula. Era un registro de transportistas del municipio de Kiruna, el número total y el tipo de vehículo que llevaban, los nombres de los propietarios y sus direcciones.

Buscó sin escatimar energías: desató cintas que llevaban sesenta años intactas, arrugando la nariz cuando los nudos disparaban nubecillas de polvo; abrió cajoneras que llevaban cerradas el mismo tiempo. Al final tenía un dolor de cabeza penetrante por todo el polvo y la celulosa desintegrada que había estado respirando.

El director del archivo entró y le preguntó cómo le había ido.

—Bien —dijo—. Por lo menos he encontrado algo.

En el aparcamiento tenía a *Vera* esperándola en el coche. La perra se puso de pie en el maletero enjaulado y meneó contenta la cola cuando Rebecka se subió al vehículo.

—Gracias por tu paciencia —dijo Rebecka—. Vamos a dar un paseo.

Subió por Luossavaara y dejó salir a la perra, que en cuanto tocó el suelo se puso a orinar.

—Lo sé, preciosa, lo siento —dijo Rebecka con remordimiento.

—¿Mala conciencia? —oyó que le decía una voz a sus espaldas.

Era Krister Eriksson. Llevaba un chándal de deporte y una chaqueta paravientos naranja que contrastaba con su cara apergamina de color rosado.

Krister le sonrió y se le vieron los dientes, blancos y alineados. Era la única parte de su cuerpo que no había sido dañada por el fuego.

—Pero ¿quién eres tú? —dijo mirando a *Vera*—. *Tintin* se pondrá celosa.

—Es la perra de Hjörleifur Arnarson. Tuve que quedármela, si no le habrían dado un billete de ida al cielo canino.

Él asintió con gravedad.

—Y tú has cogido el mando del caso. Wilma Persson estará contenta.

—No creo en esas cosas —dijo Rebecka un poco a regañadientes.

Krister negó con la cabeza y le guiñó un ojo.

—¿Has salido a correr? —preguntó Rebecka para cambiar de tema.

—Mmm, suelo entrenarme por la cuesta que sube al antiguo acceso. Pero hoy ya he terminado.

Rebecka alzó la vista hacia la montaña para mirar la boca de la mina abandonada, profunda y gris.

« Si las casas pueden cobijar a fantasmas, ésta se lleva la palma —pensó—. Seguro que por la noche les dice buuu a las personas que pasan cerca.»

—¿A que es chulo? —dijo Krister como si le hubiese leído el pensamiento—. ¿Te apetece subir un trozo? —le preguntó—. Me irá bien relajar un poco los músculos. Si me esperas, voy un momento al coche a ponerme algo para no enfriarme.

Volvió con un mono barato de color verde menta que parecía haberse comprado hacía veinte años y que tenía una infinidad de lavadoras a la espalda.

« Dios mío —se dijo Rebecka—. Pero puede que su aspecto hace que le importe una mierda la ropa que lleva.»

« Qué pena », pensó luego cuando Krister se adelantó unos metros jugando con *Vera*.

Tenía un cuerpo delgado y atlético al que le quedaría bien todo tipo de ropa. Menos los monos desechados de Susan Lanefelt.

—¿De qué te ríes? —preguntó Krister alegre.

—De esto —mintió espontánea—. Me encanta Luossavaara y la vista desde aquí.

Se detuvieron y miraron la ciudad bajo sus pies. Veían la mina al fondo, con sus cimas de roca gris que bajaban en terrazas hasta la urbe. El monte Ädnamvaara quedaba al noroeste con su perfil de pirámide, los molinos eólicos instalados en la Viscaria y la mina de cobre cerrada. Desde allí se veía también la iglesia roja de madera de pino que pretendía imitar una cabaña lapona y el ayuntamiento, con su característico campanario negro, un armazón de hierro decorado con puntas irregulares. Siempre le había recordado a los abedules árticos negros en invierno o los cuernos de un rebaño de renos. También se veía el garaje de las locomotoras en forma de herradura y las casitas rojas de los trabajadores de la línea ferroviaria, los bloques de viviendas de la avenida Gruvvägen y la calle Högalidsgatan.

—¡Mira! Hoy se ve el macizo de Kebnekaise.

Krister señaló hacia la sierra azulada que quedaba al noroeste.

—Nunca sé cuál es el Keb —continuó—. Me han dicho que no es la que parece más alta.

Rebecka apuntó con el dedo. Él acercó su cabeza a la de ella para seguir mejor la dirección que estaba señalando.

—¿Ves Tuolpagorni? —preguntó—. El del cráter pequeño. La montaña de la derecha es el Kebne.

Krister se apartó.

—Perdona —dijo—. Yo aquí pegándome a ti con la peste a sudor.

—No pasa nada —dijo Rebecka y una ola le recorrió todo el cuerpo.

—La montaña más alta de Suecia —dijo Krister alegre mirando con los ojos entornados la cordillera.

—El edificio más bonito de Suecia de 2010 —añadió Rebecka señalando la iglesia.

—El edificio más bonito de Suecia de 1964 —continuó Krister señalando el ayuntamiento.

—La ciudad más bonita de Suecia —replicó ella riendo—. El arquitecto que la diseñó realmente pretendía dibujarla como si fuera una obra de arte. En aquella época todavía se construían las ciudades con las calles en red, con avenida hasta la plaza y el ayuntamiento, pero las calles de Kiruna corrieron libres siguiendo la montaña.

—No consigo asimilar que vayan a cambiar toda la ciudad de sitio —dijo él.

—Yo tampoco. Haukivaara es una montaña perfecta para levantar una ciudad.

—Pero si la lengua de mineral pasa por debajo de la ciudad...

—... hay que cambiarla de sitio.

—A ver —dijo Krister—. Yo no soy de la ciudad, pero la verdad es que me da la impresión de que a la gente no le importa mucho. Cuando le pregunto a alguien qué opina del cambio de sitio, se encogen de hombros y eso es todo. Mi

vecino, que tiene ochenta años, dice que le gustaría que la trasladaran hacia el oeste porque así el súper le quedaría más cerca. Me resulta muy raro. El único que parece tener un objetivo con el traslado estará criando malvas cuando se haga.

—Yo creo que a la gente sí le importa —dijo Rebecka al cabo de un rato—, pero en Kiruna siempre se ha tenido muy claro que si estamos aquí es gracias a la mina. Y cuando la mina ya no sea rentable, entonces no tendremos nada de qué vivir. Así que si la empresa necesita cambiar la ciudad de sitio, pues no hay nada que discutir. Lo aceptamos. Y si aceptamos, no vale lamentarse.

—Pero una cosa no quita la otra.

—No, ya lo sé. Pero creo que tiene que pasar un tiempo para que la gente se dé cuenta. Para que entienda que aunque no haya otra opción, tenemos derecho a llorar por nuestra ciudad, que nunca más será la misma.

—Habría que hacer conciertos de despedida delante de cada casa que se vaya a derribar —filosofó Krister Eriksson—. La fiesta de la lágrima. Música. Recitales. Clases de historia.

—Yo me apunto —sonrió Rebecka.

Recordó aquella vez que subió a Luossavaara con Måns. Él tenía frío y estaba inquieto. Ella quería ir señalando y comentando. Como ahora.

Rebecka Martinsson estaba sentada en el sofá de cocina en el cuarto de calderas de Sivving. Llevaba calcetines de lana y un jersey de punto que tiempo atrás había pertenecido a su padre.

Sivving estaba en los fogones con un delantal de MajLis que Rebecka nunca había visto. Era blanco con rayas azules y tenía un volante en el bajo y en los hombros.

En una sartén de hierro fundido había lucio ahumado; en el mango, una manopla de punto hecha por MajLis. En una cazuela de aluminio hervían las patatas.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Rebecka—. ¿Me da tiempo?

—Diez minutos —dijo Sivving—. Después estará lista la cena.

Rebecka marcó el número de Anna-Maria Mella, lo cogió al primer tono. De fondo se oía el llanto de un niño.

—Perdona —dijo Rebecka—. ¿Llamo en mal momento?

—No, no te preocupes —dijo Anna-Maria con un suspiro—. Es Gustav. Acabo de meterme en el baño para hacer caca y leer *Casa Actual* tranquilamente y se ha colgado de la manilla por fuera y está histérico. Dame un segundo.

—¡Robert! —gritó—. ¿Puedes ocuparte de tu hijo?

Rebecka oyó una suave voz masculina que decía: «Gustav, Gustav, ven con papá.»

—Es evidente que no va a... ¡Llévatelo de la puerta! —gritó Anna-Maria—. ¡Antes de que me corte las venas!

Unos segundos más tarde Rebecka oyó que los gritos y llantos del niño se alejaban de la puerta del baño.

—Ahora —dijo Anna-Maria—. Ya podemos hablar.

Rebecka le resumió lo que le había sacado a Johannes Svarvare sobre el avión y que se sentía amenazado por los hermanos Krekula.

—Creo que tenías razón desde el principio —le dijo Rebecka a Anna-Maria—. Son los hermanos.

Anna-Maria emitió un leve sonido en señal de que estaba escuchando.

—Esta tarde he ido al archivo estatal —continuó Rebecka—, para tener un poco de información sobre la empresa de transportes.

—¿Y?

—Y he encontrado registros sobre otras empresas de transportes del municipio. Del tipo cuántos vehículos tenía en propiedad cada empresa y cuántos conductores había contratados. En 1940, la empresa de los Krekula tenían dos camiones; en 1942, cuatro; en 1943, ocho y en 1944, once.

—Ah...

—O sea que su actividad creció considerablemente durante esos años. Casi un quinientos por ciento. Además, durante el mismo período compraron cinco

furgonetas refrigeradas. Cuando comparé con otras empresas del sector vi que ninguna se acercaba a ese crecimiento.

—Ya.

—Isak Krekula mantenía una buena relación con el Ejército alemán. En verdad no es nada raro, muchos la tenían. En Luleå, por ejemplo, los alemanes poseían almacenes enormes con armas y provisiones. Se necesitaban vehículos de transporte para llevar el material al frente del Este. He encontrado la copia de un acuerdo entre el Ejército alemán y ASG, la Central Sueca de Vehículos de Mercancías Sociedad Anónima. Como los soldados alemanes se morían de frío en la Laponia finlandesa durante el invierno de 1941-42, el agregado militar alemán en Suecia encargó unas barracas de madera de fabricación sueca. Y claro, necesitaban un contrato con alguna empresa de transportes para llevar las barracas hasta el frente del Este. Ése era el acuerdo de la ASG. O sea, que aquel invierno hubo un ir y venir constante de vehículos suecos entre Norrbotten y la frontera. La empresa de Isak Krekula aparece en el anexo del acuerdo entre la ASG y el Ejército alemán. El acuerdo se firmó con el beneplácito del ministerio de Asuntos Exteriores y el gobierno sueco.

—Ya veo —dijo Anna-Maria intentando no mirar el artículo sobre conservas que venía en *Casa Actual*.

—Cuando las barracas fueron entregadas, se continuó transportando para los alemanes. Incluidos cargamentos de armas, aunque en el acuerdo de la ASG eso no se mencionaba. Y —continuó Rebecka— he encontrado una carta del *Oberleutnant* Walther Zindel, el oficial del ejército emplazado en Luleå y responsable de los almacenes alemanes de la zona, dirigida a Martin Waldenström, vicedirector de la empresa minera LKAB. En la carta, Zindel exige se rescinda el contrato que Isak Krekula tiene con la LKAB, y hace referencia a cuatro camiones destinados a la mina, porque el Ejército alemán en la Laponia finlandesa quiere alquilar sus vehículos.

—Perdona si soy un poco corta... —dijo Anna-Maria.

—No eres corta. Eso no significa nada. Pero yo había pensado lo siguiente: ¿Cómo pudo la empresa de Krekula crecer porcentualmente tan rápido en comparación con la competencia? Los transportes fueron un negocio lucrativo durante la guerra. Está claro que todos querían invertir y crecer. ¿De dónde sacó los medios para invertir? Sólo con el negocio de los transportes no pudo haber generado todo ese capital, porque entonces por lo menos alguna empresa de la competencia hubiera crecido al mismo ritmo. Y mi vecino Sivving dice que la familia Krekula son campesinos desde hace varias generaciones, no había dinero en la familia.

—¿Crees que estuvo haciendo algo ilegal?

—Puede ser. De algún sitio salía el dinero y me pregunto de dónde. También me pregunto por qué el teniente Zindel le pidió al vicedirector de la mina romper

el contrato de tres años que tenía con Krekula. ¿Por qué precisamente el suyo? Había más transportistas contratados por la LKAB.

—¿Entonces?

—No lo sé —suspiró Rebecka—. Ni siquiera sé qué habría que hacer para descubrir qué clase de tipo era Isak Krekula o las desavenencias que tenía con Walther Zindel. Además, tampoco nos serviría de mucho. Aunque descubriéramos que estuvo metido en asuntos irregulares, no demostraría que Tore y Hjalmar Krekula hayan tenido algo que ver con las muertes de Wilma Persson y Simon Kyrö.

—Si es que Simon Kyrö está muerto —dijo Anna-Maria de forma mecánica.

—Claro que está muerto —dijo Rebecka impaciente—. En cuanto el hielo desaparezca en Vittangijärvi lo encontraremos.

—Gracias, es que me he obligado a dejar abiertas todas las posibilidades. Como que haya podido matarla él.

—¿Y después a Hjörleifur Arnarson? Difícil, ¿verdad? Vamos a tomar esta línea de trabajo, por desgracia no tenemos todos los recursos que quisiéramos.

—Habrá que esperar a ver qué ocurre —dijo Anna-Maria—. Crucemos los dedos para que la autopsia de Hjörleifur Arnarson y el examen técnico de su casa o de la ropa de Hjalmar y Tore Krekula den algo de sí. Con un poco de suerte encontraremos la puerta y a Simon Kyrö cuando se funda el hielo, y esperemos que haya huellas dactilares o algo que ayude.

Sivving carraspeó y miró ceñudo a Rebecka.

—Tengo que colgar —dijo Rebecka—. Nos vemos mañana a primera hora.

—Johannes Svarvare me dijo que Isak Krekula sufrió un infarto apenas una semana antes de que Wilma y Simon desaparecieran —dijo Anna-Maria—. Y cuando lo dije tuve la sensación de que quería contar algo más, pero algo se lo impedía.

—Les tiene miedo —dijo Rebecka.

—Me pregunto si le dio el infarto porque se enteró de que iban a hacer una inmersión en busca del avión. Hay algo con ese avión. Es una putada que el hielo esté así, no se le puede poner un pie encima. Tenemos que esperar. Y odio esperar.

—Yo también odio las esperas.

—¡Y yo! —apuntó Sivving y dejó la cacerola de patatas con un golpe sobre la mesa—. Odio tener que esperar mientras se enfría la comida.

Anna-Maria se rió.

—¿Qué vais a cenar?

—Lucio ahumado.

—Lucio ahumado, nunca lo he probado.

—¡Muy rico! ¿Y vosotros?

—Ya hemos cenado —dijo Anna-Maria—. Le hemos dejado escoger a

Gustav, así que ha tocado salchicha de « falo» en lugar de « Falun» .

—Oye —dijo Sivving cuando Rebecka colgó el teléfono—. ¿Cómo os va?

—Sin más —dijo Rebecka—. Creo que los hermanos Krekula son culpables, pero...

Se encogió de hombros.

—Tenemos esperanzas en el examen técnico.

Sivving comió en silencio. Había oído a Rebecka hablar de Transportes Krekula y los alemanes durante la guerra. Él sabía con quién podría hablar para enterarse de alguna que otra cosa. La cuestión era si esa persona estaba dispuesta a decir algo.

Måns Wenngren está sentado en su piso en la calle Floragatan. El apartamento está a oscuras y el televisor encendido, esparciendo su titilante resplandor. Dan un capítulo de *Seinfeld* que ya ha visto.

Rebecka no ha llamado en todo el día. Ni un mensaje ni nada. La noche antes le había escrito y llamado. Él no había respondido. Que hablara con el buzón de voz.

Ahora se arrepiente. Pero es que siempre es ella quien pone las condiciones. Ella quiere vivir en Kiruna. Ella es la que trabaja y no tiene tiempo para hablar.

—Sí, estoy cabreado —dice en voz alta en su piso vacío—. Tengo motivos.

Deja el teléfono a un lado. Si Rebecka no llama mañana, lo hará él.

—Pero no le pienso pedir perdón —dice otra vez en voz alta.

La echa de menos. Supone que harán las paces con cariño y que el fin de semana subirá para estar con ella. Puede tomarse el viernes libre. No tiene reuniones importantes en la agenda.

JUEVES

30 DE ABRIL

Soplaba una tormenta de nieve. Temporal de abril en Kiruna. Rebecka se despertó por la mañana y lo único que se veía por la ventana era un viento blanco que corría alrededor de la casa.

A las cinco y media, cuando se acababa de servir el café, sonó el teléfono. Miró la pantalla, Maria Taube, su antigua compañera de trabajo en Meijer & Ditzinger. Habían trabajado juntas para Måns antes de que Rebecka se mudara a Kiruna.

Descolgó y emitió un bostezo teatral de dormida.

—Ay —dijo Maria—. ¡Perdona! ¿Te he despertado?

Rebecka soltó una carcajada.

—No, es broma. Ya estaba despierta.

—¡Lo sabía! Neurótica y enganchada al trabajo. No hay ningún peligro en llamarte a primerísima hora de la mañana. Aunque confieso que pensaba que te habrías contagiado de esa calma norteña de la que tanto se habla.

—Y lo he hecho, pero aquí las señoras se levantan a horas que ni te imaginas.

—Sí, sí que lo sé, la que se levante antes se lleva una medalla. Mis tías son así, por las noches compiten a ver quién se ha puesto en pie primero. «Yo me he despertado a las cinco y he pensado que mejor me levantaba a limpiar los cristales», «yo me he despertado a las tres y media y me he obligado a quedarme en la cama, así que he dormido hasta las cuatro y media».

—Pues casi como nosotras —dijo Rebecka y le dio un trago al café—. ¿Estás en el trabajo?

—De camino. Y voy andando, escucha.

Rebecka oyó pájaros cantando al otro lado.

—Aquí hay una tormenta de nieve de narices —dijo.

—¿En serio? Pues aquí los bares y ya han montado las terrazas y los socios del bufete están contando cuántos tulipanes han salido en sus casitas de campo.

—¿Tienes tiempo de oler los tulipanes, cielo?

—No, cariño, estoy atrapada en una espiral de trabajo agotador y relaciones destructivas.

—Puedes cambiar tus pautas —dijo Rebecka con una jovial voz de chica del tiempo—. Tu cuerpo puede hacer cosas nuevas, es tu mente lo que te impide hacerlo. Atrévete a probar. Pon la alarma a una hora equivocada. ¿Has caminado de espaldas hoy?

—Tú eres del lado oscuro —dijo Maria Taube con voz sepulcral—. Me he leído un libro de *mindfulness*. Pone que hay que vivir el momento. Pero ¿han probado a vivir el momento los de Meijer & Ditzinger?

—¿Måns está rabioso y escupiendo bilis?

—Pues sí. ¿Os habéis peleado o algo? Está de un humor de perros. Ayer le dio un ataque porque se me había olvidado poner a Alea Finans en la lista de moratorias.

—No, no es exactamente que nos hayamos peleado, pero está enfadado conmigo.

—¿Por qué? No dejes que se enfade contigo. Tenlo contento y satisfecho y saciado, para que le importe un pepino si Alea tiene que pagar una tasa de retraso de cinco mil coronas. Facturan más de dos mil millones. Y no digas nada de que el bufete pierde prestigio porque me lo sé de memoria. Entonces, ¿por qué está enfadado?

—Le parece que he estado muy distanciada y no le gusta que esté rastrillando por aquí arriba. Pero ¿qué hago? ¿Irme a vivir con él hasta que se canse y empiece a irse al bar a ligar con abogadas adjuntas?

Maria Taube no dijo nada.

—Sabes que tengo razón —dijo Rebecka—. Hay hombres y perros que son así. Sólo se te acercan moviendo la cola si miras hacia otro lado sin hacerles caso.

—Él te quiere —dijo Maria con suavidad, aunque sabía que Rebecka tenía razón. Para Måns había sido bueno que Rebecka se mudara a... Kurrkivare. Él era un hombre que llevaba bastante mal la proximidad: tanto ella como Rebecka le habían visto perder el interés por mujeres hermosas y con talento porque, simplemente, se habían apegado demasiado a él.

—Si no fuera como es —dijo Maria—, ¿te imaginas volviendo aquí?

—Creo que me pondría enferma —respondió Rebecka con seriedad.

—Pues quédate. Tendréis que mantener una relación a distancia calentita. La espera siempre te da ganas.

—Sí —dijo Rebecka.

« Pero la verdad es que a mí ya no me pasa —reflexionó—. Måns me gusta. Me gusta cuando está aquí. La cosa va bien. No me importa estar sin sexo. Quiero dormir en sus brazos y ahora que no me llama, me hago pequeña y me muero de miedo por si lo pierdo. Pero se pone tan inquieto cuando lleva más de tres días aquí... me cuesta lidiar con ello, es difícil tener que inventarme algo para que no esté de malhumor. Y que no quiera entender por qué tengo que vivir aquí me pone mala. Para no hablar de cuando se enfurruña como un crío y no quiere cogermelo el teléfono.»

Por un instante dudó si preguntarle a Maria Taube si creía que Måns estaba con otra. Si había alguna candidata en el bufete.

« ¿Por qué coño iba a preguntárselo? —pensó después—. Antes me habría pasado la noche en vela con un montón de imágenes en la cabeza. Pero ya no tengo ganas. No quiero.»

—Ya estoy en el trabajo —dijo Maria al teléfono entre jadeos—. ¿Oyes

cómo subo por las escaleras en lugar de coger el ascensor?

Rebecka estuvo a punto de decir: « En todo momento cabe preguntarse: ¿qué habría hecho Blossom Tainton? », pero no le apetecía. Siempre se hacían tantas bromas cuando hablaban que, probablemente, las dos sentían que a veces posponían la llamada sólo por eso. Se hacía demasiado intenso.

—Gracias por llamar —dijo con calidez.

—Te echo de menos —suspiró Maria—. ¿No podríamos quedar la próxima vez que bajes? Imagino que no necesitas estar constantemente en posición horizontal.

—¿Quién es la que siempre...?

—Vale, vale. Te llamo. ¡Besos! —dijo Maria y colgó.

Vera se levantó y empezó a ladrar.

Al momento se oyeron los pesados pasos de Sivving en la escalera del porche. *Bella* ya estaba arriba rascando la puerta.

Rebecka la dejó entrar y la perra fue directa a los cuencos de la comida de *Vera*, en la cocina. Estaban vacíos, pero los lamió por si acaso, gruñéndole alguna que otra vez a *Vera*, que guardaba una distancia respetuosa. Cuando los cuencos estuvieron más que relamidos, las dos perras se saludaron, jugaron a reñirse con alegría hasta dejar la alfombra hecha una bola.

—Vaya tiempo —se quejó Sivving—. La maldita nieve te viene directa de lado. ¡Mira!

Se quitó la nieve de los hombros, donde se le había apelmazado a trozos.

—Mmm —dijo Rebecka—. Dentro de nada, en Estocolmo empezarán a cantar *Bienvenido cálido mayo*.

—Sí, sí —dijo Sivving impaciente—. Y después los matarán en plena calle cuando vuelvan a casa de la hoguera de mayo.

No le gustaba que Rebecka comparara Estocolmo y Kiruna en beneficio de la capital. Le daba miedo que se volviera a ir a la gran ciudad.

—¿Tienes tiempo? —le preguntó.

Rebecka adoptó una expresión de disculpa y estaba a punto de abrir la boca para decir que tenía que ir a trabajar cuando Sivving se adelantó:

—No te iba a pedir que me ayudaras a quitar nieve. Hay una persona con la que deberías hablar. Por ti, o mejor dicho, por Wilma Persson y Simon Kyrö.

Rebecka se sintió abatida en cuanto ella y Sivving cruzaron la puerta de la residencia de ancianos La Montaña. Se quitaron la nieve de encima lo mejor que pudieron en el portal amarillo, subieron las escaleras y caminaron por los suelos de sintasol gris encerado. Los tapetes tejidos y los muebles de madera prácticos y fáciles de limpiar eran señal de que estaban en una institución.

En la cocina había dos personas en silla de ruedas inclinadas sobre sus respectivos desayunos. Una de ellas estaba apuntalada con cojines para no caerse de lado. La otra repetía su « sí, sí, ¡sí!» de volumen ascendente hasta que un auxiliar sanitario le puso una mano tranquilizadora en el hombro. Sivving y Rebecka pasaron deprisa tratando de no mirar.

«Dios me libre —pensó Rebecka—. Dios me libre de acabar en una residencia con ancianos que se apagan, que se van agotando. Dios me libre de que me tengan que limpiar y de que me aparquen delante de la tele, rodeada de personal bueno de cara y malo de espaldas.»

Sivving iba delante lo más rápido que podía y se metió por el pasillo donde estaban las habitaciones. Él también parecía atosigado por el malestar.

—Venimos a ver a Karl-Åke Pantzare —le dijo Sivving—. Era amigo de mi primo. Perteneció a la resistencia durante los años de la guerra, mi primo también, pero ya está muerto. Y nunca hablaba de ello. Es aquí.

Se detuvo delante de una puerta en la que había una foto de un hombre mayor y un cartel que decía: «Aquí vive Kula.»

—Un segundo —dijo Sivving asiéndose del pasamanos que corría a lo largo de toda la pared para que los viejos que aún caminaban tuvieran donde agarrarse—. Tengo que recuperarme.

Se pasó la mano por la cara, jadeando.

—Este sitio me deprime —le dijo a Rebecka—. Joder. Y eso que ésta es buena. Las mozas que trabajan aquí son todas muy cariñosas, hay residencias que son infinitamente peores. ¡Pero aun así! ¿Esto es lo que nos espera? Prométeme que me pegarás un tiro. Oh, discúlpame.

—No te preocupes —dijo Rebecka.

—Se me olvida que tuviste que disparar... ¿sabes? Es como mentar la sogá en casa del ahorcado.

—No tienes que vigilar lo que dices, te entiendo.

—Es que de verdad que me deprimó —dijo Sivving—. Compréndeme. Aunque intente no hacerlo, acabo pensando en esto. Y más ahora, con el brazo y todo.

Hizo un gesto hacia el lado defectuoso de su cuerpo, el que iba arrastrando, el lado cuya mano ya no era de fiar porque se le caían las cosas.

—Mientras pueda... —empezó Rebecka.

—Lo sé, lo sé.

Sivving agitó la mano para cortar el tema.

—Y ¿por qué les tienen que poner nombres tan pintorescos a estos sitios? — bufó—. La Montaña, Cuesta del Sol, Jardín de las Rosas.

Rebecka se rió.

—Claro del Bosque —añadió.

—Suenan a revista de los Baptistas. Entremos. Te advierto de que su memoria reciente no es gran cosa así que no te dejes engañar si te parece un poco ido. La memoria de las cosas de hace tiempo la tiene intacta.

Llamó a la puerta y entró.

Karl-Åke Pantzare tenía el pelo blanco y lo llevaba repeinado hacia atrás. Las cejas y las patillas estaban muy pobladas con pelos duros y puntiagudos. Llevaba camisa, chaleco de punto y corbata. Los pantalones estaban impecables y planchados con raya. Era evidente que en su momento había sido un hombre atractivo. Rebecka le miró las manos. Tenía las uñas limpias y cortas.

El hombre saludó con alegría y amabilidad tanto a Sivving como a Rebecka. En el fondo de su mirada afable había cierta angustia. ¿Había visto antes a estas personas? ¿Debería reconocerlos?

Sivving se apresuró en acabar con su inseguridad.

—Sivving Fjällborg —dijo—. De Kurravaara. De joven me llamaba Erik Arvid Fjällborg es mi primo. O era. Murió hace muchos años. Y ella es Rebecka Martinsson. Nieta de Albert y Theresia Martinsson. De Kurravaara también. Pero no os conocéis.

Karl-Åke Pantzare se relajó.

—Erik Fjällborg —dijo contento—. Claro que me acuerdo de ti. Pero oye, qué viejo te has hecho.

Guiñó un ojo para dejar claro que estaba bromeando.

—Qué va —dijo Sivving como si se hubiera ofendido—. Sigo siendo un adolescente.

—Claro, claro —se burló Karl-Åke Pantzare—. Un adolescente. De eso sí que hace tiempo.

Sivving y Rebecka aceptaron la invitación a café y Sivving le recordó a Karl-Åke Pantzare una dramática jornada de pesca que el primo de Sivving y Karl-Åke tuvieron una vez en Jiekajaure.

—Arvid me solía contar que los sábados ibais en bici hasta la ciudad para acudir al baile. Decía que trece kilómetros desde Kurra no eran nada, pero que si conocías a alguna moza de Kaalasluspa, primero había que acompañarla en la bici hasta allí y luego, claro, la vuelta se hacía eterna. Y a las seis había que levantarse para ordeñar las vacas. A veces se quedaba dormido en el taburete; entonces mi tío Algott se ponía como una fiera.

Prosiguieron con el habitual repaso de los familiares que tenían en común. Una hermana de Karl-Åke había alquilado algo en Lahenperä. Sivving pensaba que era de los Utterström, pero Karl-Åke le dijo que era de los Holmqvist. Otro

primo de Sivving, hermano de Arvid, y uno de los hermanos de Karl-Åke prometían en el esquí, e incluso habían competido en Soppero y habían ganado a chicos aventajados de Vittangjjärvi. Mencionaron a los que estaban enfermos, a los que se habían ido al otro barrio o simplemente se habían mudado a Kiruna, y a los que, en ese caso, se habían quedado con la casa familiar.

Al final Sivving consideró que Karl-Åke Pantzare ya había entrado en calor y decidió ir al grano. Le dijo sin rodeos que sabía por su primo que tanto él como Karl-Åke Pantzare habían pertenecido a la resistencia en Norrbotten. Le explicó que Rebecka era fiscal y el caso de los chicos asesinados cuando hacían una inmersión buscando un avión alemán en Vittangjjärvi.

—Te lo digo sin tapujos porque sé que quedará entre nosotros, pero hay motivos para pensar que Isak Krekula, el de la empresa de transportes de Piilijärvi, tiene algo que ver con el asunto.

—¿Por qué acudís a mí?

—Porque necesitamos ayuda —respondió Sivving—. No conozco a nadie más que pueda decirnos cómo estaban las cosas en aquella época.

—Es mejor no hablar de ello —dijo Karl-Åke Pantzare—. Arvid no te lo debería haber contado. ¿En qué estaría pensando?

Se levantó y fue a buscar un viejo álbum de fotos de la estantería.

—Os quiero enseñar algo —dijo.

Sacó un recorte de prensa que estaba suelto en el álbum. Tenía fecha de cinco años antes.

«Asesinan a dos jubilados para robarles», decía el título. El artículo explicaba que un anciano de noventa y seis años y su esposa de ochenta y dos habían sido asesinados en su casa, en las afueras de Boden. Rebecka leyó por encima que habían encontrado a la mujer con una almohada atada a la cara. Había sido torturada, había muerto por estrangulamiento y asfixia y después de muerta había sido «ultrajada».

«Ultrajada —pensó Rebecka—. ¿Qué quieren decir con eso?»

Como si le hubiese leído el pensamiento, Karl-Åke Pantzare dijo:

—Le introdujeron una botella rota de vidrio por los genitales.

Rebecka continuó leyendo. El hombre aún estaba vivo a las siete de la mañana, cuando el enfermero que los atendía fue para ponerle la insulina a la mujer. Estaba gravemente herido, había recibido patadas y golpes y murió más tarde en el hospital. Según el artículo, la policía había hablado con los vecinos de la zona, pero sin obtener resultados. Por lo que se había podido averiguar, en casa de la pareja no había grandes sumas de dinero ni objetos de valor.

—Era uno de los nuestros —dijo Karl-Åke Pantzare—. Yo lo conocía. Y un rábano que fue por robo, eso lo tengo muy claro. Fueron unos neonazis o seguidores del NRK u otra gente de extrema derecha que se enteraron de que perteneció a la resistencia. Uno no está seguro aunque haya pasado tanto tiempo.

Los jóvenes nazis impresionan a los viejos de esa forma. Hicieron que el pobre hombre viera cómo torturaban a su mujer hasta matarla. ¿Por qué iba un ladrón a ultrajarla? Querían atormentarlo. Todavía nos están buscando. Y si nos encuentran... —Terminó la frase negando con la cabeza.

«No me extraña que esté asustado —pensó Rebecka—. Es más fácil jugarse la vida cuando eres joven, fuerte y te crees inmortal que cuando estás aquí encerrado sin poder hacer más que esperar.»

—Estábamos obligados a hacer algo —continuó como hablando solo—. Los alemanes no paraban de meter barcos y barcos en Luleå. Muchos no se apuntaban en los registros del puerto. Se exportaba mineral, claro, y se descargaban víveres, equipamiento y soldados. La versión oficial era que los soldados estaban de permiso. ¡Y una porra! He visto unidades de las SS subiendo y bajando de aquellos barcos. Iban en tren hasta Noruega o eran transportados hasta la frontera del Este. Muchas veces pensamos sabotearlos, pero habríamos iniciado una guerra contra nuestro propio país. Los agentes de aduanas, los policías y militares que vigilaban tanto los puertos como los almacenes eran suecos, y los que revisaban los transportes, también. Si hubiésemos sido ocupados habría sido otra cosa. Con Noruega, que sí estaba ocupada, los alemanes tenían muchos más problemas con la resistencia y por el terreno escarpado. A diferencia de Suecia, llana y supuestamente neutral.

—¿Y qué nos puedes contar de Isak Krekula y su empresa? —insistió Sivving.

—No lo sé, había tantas empresas de transportes. Pero aquí arriba, el dueño de alguna de esas empresas hacía de informador para los alemanes. Por lo menos uno, vaya. No sabíamos quién, pero nos llegaron rumores de que era un transportista. Eso nos asustaba un poco, porque buena parte de nuestro trabajo era construir y servir a Kari.

—¿Qué es Kari? —preguntó Rebecka.

—La resistencia noruega, el XU, tenía una base informativa en territorio sueco, no muy lejos de la ciénaga de Torneträsk. Se llamaba Kari. La estación de radio que había dentro se llamaba Brunhild. Kari proporcionaba información a Londres procedente de diez estaciones menores del norte de Noruega. Funcionaba con energía eólica, pero estaba construida en una depresión, así que sólo la podías descubrir si estabas a menos de quince metros.

—¿Había una base informativa en Suecia?

—Había varias. Las bases Sepal en territorio sueco se dirigían con apoyo del Secret Service británico y la OSS estadounidense. Se ocupaban del servicio informativo, sabotaje, reclutamiento y adiestramiento en armas, minas y explosivos.

—Gracias a esas bases los británicos pudieron hundir el *Tirpitz* —le dijo Sivving a Rebecka.

—Había que suministrar tanto a las estaciones de radio como a los

aerogeneradores —continuó Karl-Åke—, provisiones y equipamiento. Necesitábamos transportistas y era estresante iniciar a alguien nuevo, sobre todo a sabiendas de que entre ellos había un informador. ¡Buf! Me acuerdo de una vez que tuve que ir con un transportista nuevo, un chico de Råneå, a Pålsta. Llevábamos metralletas entre la carga, ¿sabes? Cruzamos la carretera de Kilpisjärvi por un atajo que los alemanes vigilaban y nos detuvieron en un puesto de control. De repente, el transportista se puso a hablar en alemán con el oficial. Yo pensé que me estaba delatando, ni siquiera sabía que el chico hablaba alemán, estuve a punto de saltar del camión y salir corriendo. Pero el alemán se rió y nos dejó pasar después de darle unos paquetes de cigarrillos. El chico le había contado un chiste. Después le eché la bronca. ¡Me podría haber dicho que sabía alemán! Aunque en aquella época muchos lo hablaban; era la lengua extranjera que se enseñaba en la escuela. Ya sabes, como el inglés para vosotros. Aquella vez salió bien.

Karl-Åke Pantzare se quedó callado. Una sombra de pesadumbre se reflejó en su cara.

—¿Había veces que no salía tan bien? —preguntó Rebecka.

Karl-Åke Pantzare cogió con firmeza el álbum de fotos y lo abrió por una página.

Señaló una foto que parecía estar tomada en los años cuarenta. Era de un hombre joven, sonriente, y salía de cuerpo entero. Estaba apoyado en un abeto. Debía de ser verano. El sol le iluminaba el pelo rubio y rizado. Iba vestido cómodo, con la camisa arremangada y los pantalones holgados con dobladillos mal hechos. Con una mano se cogía el antebrazo y en la otra tenía una pipa.

—Axel Viebke —dijo Karl-Åke Pantzare—. Estaba en la resistencia.

Soltó un profundo suspiro y siguió hablando:

—Tres presos de guerra daneses se escaparon de un buque de carga alemán cuando estaba atracado en el puerto de Luleå. Los encontramos. El tío de Axel tenía un henil al este de Sävast. Estaba vacío y se los llevó allí. Se quemaron dentro, se dijo que había sido un accidente.

—¿Tú qué crees que pasó en realidad? —preguntó Sivving.

—Creo que fue una ejecución en toda regla. Los alemanes se enteraron de que estaban allí y los mataron. Nunca descubrimos quién se había ido de la lengua.

Karl-Åke Pantzare apretó los labios.

Rebecka echó un vistazo al álbum, lo abrió al azar.

En una foto salían Axel Viebke y Karl-Åke Pantzare, cada uno a un lado de una hermosa mujer que llevaba un vestido de flores. Era muy joven. El pelo le caía por encima de un ojo en un peinado que se veía elaborado.

—Y aquí salís otra vez —dijo—. ¿Quién es la chica?

—Oh, supongo que sería alguna novia —dijo Karl-Åke Pantzare sin mirar la

foto—. Axel tenía debilidad por las mozas. Iban y venían.

Rebecka volvió a mirar la foto de Axel junto al abeto, habían abierto aquella página a menudo: la esquina estaba gastada y era más oscura que las demás. La sombra del fotógrafo aparecía en la foto.

«Un conquistador —pensó—. Está realmente posando. Apoyado con indolencia en el abeto y la pipa en la mano.»

—¿Tú eras el fotógrafo? —preguntó.

—Sí —respondió Karl-Åke Pantzare con voz ronca.

Rebecka paseó la mirada por la habitación. Karl-Åke Pantzare no tenía fotos de niños ni foto de bodas.

«Te gustaba más que como amigo», pensó y miró a Karl-Åke Pantzare.

—A él le habría gustado que hablaras con nosotros —intentó—. Que siguieras siendo valiente.

Karl-Åke Pantzare asintió en silencio y sus ojos brillaron.

—No sé gran cosa —dijo—. Sobre el transportista, quiero decir. Los ingleses nos dijeron que había un transportista que estaba informando a los alemanes y que fuéramos con cuidado. Lo que más les preocupaba eran las bases informativas. Lo llamaban el Zorro. Y es cierto que Isak Krekula se llevaba bien con los alemanes, pero había muchos que trabajaban para ello y entonces lo único que contaba era el dinero.

—A ver si espabilas —dijo Tore Krekula.

Estaba en el dormitorio de Hjalmar mirando a su hermano en la cama con la manta subida hasta la cabeza.

—Sé que estás despierto. ¡No estás enfermo! ¡Ya vale!

Subió las persianas con tanta fuerza que sonó como si las cuerdas fueran a romperse. Él quería que se rompieran. Fuera la nieve se arremolinaba.

Al ver que Hjalmar no aparecía en el trabajo, Tore había decidido ir a buscarlo y había cogido la copia de la llave de su casa. No es que hiciera falta porque en el pueblo nadie cerraba con llave por la noche.

Hjalmar no contestaba. Yacía como un muerto bajo la manta. A Tore no le faltaban ganas de quitársela de un tirón. Pero algo lo frenaba. No se atrevía. La persona que había debajo era impredecible. Casi se podía oír una voz que decía: dame un motivo, dame un motivo.

Nada que ver con el Hjalmar al que se podía tratar de cualquier manera.

Tore se sintió impotente, una sensación difícil de encajar que le brotaba cuando alguien no hacía lo que él mandaba. No estaba acostumbrado. Primero la furcia de la mujer policía y ahora Hjalmar.

Y ¿con qué amenazaría ahora? Siempre había utilizado a Hjalmar.

Se dio una vuelta impaciente por la casa. Montañas de vajilla sucia. Bolsas de patatas fritas y paquetes de galletas vacíos. En la cocina olía a basura. Había botellas de plástico grandes, sin líquido. Ropa en el suelo. Calzoncillos, lo amarillo delante, lo marrón detrás.

Volvió al dormitorio. La manta seguía intacta.

—Joder —dijo—. Joder, cómo está esto. Vaya pocilga. Y tú, das asco. Como una ballena podrida en la playa. ¡Puaj!

Dio media vuelta y se marchó.

Hjalmar oyó la puerta cerrarse con un golpe.

« Ya no puedo más —pensó—. No hay salida.»

Al lado de la cama había una bolsa abierta de ganchitos. Cogió unos puñados.

En su cabeza sonaba una voz. La del profesor Fernström: « Tú decides sobre ti mismo.»

No, el profesor Fernström no lo entendía.

No quería pensar en ello. Pero de qué servía lo que él quisiera. Los recuerdos comenzaron a colarse como por una proa inclinada.

Hjalmar tiene trece años. Por la radio se oye a Kennedy debatiendo con Nixon de cara a las elecciones. Kennedy es un playboy, nadie cree que pueda ganar. Pero a Hjalmar no le interesa nada la política. Ahora está en la escuela, sentado con los codos apoyados en la tapa barnizada de su pupitre. La cabeza descansa en las manos, las palmas sostienen los pómulos. Sólo están él y el profesor Fernström. Cuando los demás niños se han ido a casa y el olor a lana húmeda y a establo ha desaparecido con ellos, el olor a escuela comienza a

ocupar el espacio. Olor a polvo de libro y a paño viejo para borrar la pizarra, a detergente para el suelo y el olor característico del edificio.

Hjalmar nota que, de vez en cuando, el profesor Fernström deja de corregir las libretas y levanta la cabeza en su cátedra. Sus miradas no se cruzan. Los ojos de Hjalmar se deslizan por las vetas de la madera de la tapa de su pupitre. Una parece una mujer tumbada. Más a la derecha hay un animal fantástico, o quizá una perdiz de las nieves, y un ojo.

El rector Bergvall entra en el aula. El profesor Fernström cierra el cuaderno y aparta el trabajo de corrección a un lado.

El rector saluda.

—Bueno —dice—, he hablado con los médicos de Kiruna y con la madre de Elis Sevä. Le han dado siete puntos. La nariz no estaba rota, pero tiene una conmoción cerebral.

Hace una pausa y espera a que Hjalmar reaccione de alguna forma. Hjalmar hace como de costumbre, se queda callado, fija la mirada en cualquier otro sitio, en un mapa de Palestina, en el órgano, en los dibujos de los niños que cuelgan de la pared. Tore había cogido la bicicleta de Sevä. Elis Sevä le había dicho que la soltara de una puta vez. Tore le había contestado: «Venga, vamos, sólo es un momento.» Se había desatado una pelea. Uno de los amigos de Tore había ido corriendo a buscar a Hjalmar. Elis Sevä se había puesto como un loco.

El profesor Fernström mira al rector y niega de forma imperceptible con la cabeza en señal de que no vale la pena esperar a que Hjalmar Krekula diga algo.

El rector se pone un poco rojo y se le altera la voz, provocado por el silencio de Hjalmar. Dice que aquello está mal, muy mal. Agresión, se llama, pegar a un compañero con una llave de cruceta, por el amor de Dios, hay leyes contra eso y esas leyes también rigen en la escuela.

—Ha empezado él —dice Hjalmar con rutina.

La voz del rector adquiere un tono más severo y dice que cree que Krekula está mintiendo para salvar el pellejo. Que quizá los compañeros respalden su historia por puro miedo.

—El señor Fernström asegura que Krekula tiene talento para las matemáticas —dice el rector.

Hjalmar guarda silencio. Mira por la ventana.

Al rector se le agota la paciencia.

—Si es que eso le va a servir de algo —continúa—, cuando suspende todas las demás asignaturas. Sobre todo orden y comportamiento.

Lo último lo dice dos veces:

—Sobre todo orden y comportamiento.

Entonces Hjalmar lo mira a los ojos con desprecio.

De pronto el rector teme que le vayan a romper las ventanas de su casa.

—Krekula debería controlar un poco su genio —dice en tono pacífico.

Y luego añade que Krekula tendrá que estar dos semanas paseando con el profesor de guardia. Salir un poco de la clase. Tener la oportunidad de recapacitar sobre su comportamiento.

Después el rector se marcha.

El profesor Fernström suspira. Hjalmar tiene la sensación de que suspira por el rector.

—¿Por qué te peleas? —le pregunta—. No eres un tonto. Y se te dan muy bien las matemáticas. Deberías seguir estudiando, Hjalmar. Todavía estás a tiempo de remontar en las otras asignaturas. Y podrías cursar el bachiller.

—¡Bah! —dice Hjalmar.

—¿Cómo, bah?

—Mi padre nunca me dejaría. Vamos a trabajar en la empresa de transportes, mi hermano y yo.

—Hablaré con tu padre. Tú decides sobre ti mismo. ¿Entiendes? Si dejas de pelearte y...

—Da igual —dice Hjalmar con violencia—. De todos modos no tengo ganas de estudiar. Es mejor trabajar y ganar dinero. ¿Me puedo ir?

El profesor Fernström vuelve a suspirar, y ahora lo hace por Hjalmar.

—Vete —dice—. Vete.

Aun así Fernström va a hablar con el padre. Un día, cuando Hjalmar vuelve a casa, Isak está furioso. Kerttu está haciendo tortitas con expresión contenida mientras Isakjura y maldice en la cocina.

—Que sepas que el profesor se ha ido borracho de esta casa —le grita a Hjalmar—. Ninguno de mis hijos se va a convertir en un cuantánúmeros con cara de muerto, así se lo he dicho. Mates, ¿eh? ¿Qué cojones te crees que eres? ¿Eres demasiado fino para trabajar en una empresa de transportes, eh? ¿No gusta al señorito prometedor? Esta empresa es la que te ha llevado la comida a la mesa toda tu vida.

Toma aire como si la rabia estuviera a punto de asfixiarlo, como si fuera una almohada que le tapara la boca.

—Si no te va bien hacerte responsable de tu familia, entonces ya no eres bienvenido, ¿te enteras? Tú estudia mates, si quieres, pero entonces tendrás que llenarte el estómago en otro sitio.

Hjalmar quiere decirle que no ha pensado en cursar el bachiller. Que todo eso se lo ha inventado el profesor Fernström, pero las palabras no salen de su boca. El miedo que le tiene a Isak las frena. También hay algo más. Algo que ha comprendido.

Ha comprendido que es bueno en matemáticas. Incluso tiene talento, tal como ha dicho el rector. Tiene talento para las mates. Fernström se lo ha dicho al rector y Fernström ha ido hasta Piiljärvi para decírselo a su padre.

Y cuando Isak grita: «¿Cómo lo harás?» Hjalmar no responde. Isak le da un guantazo, dos, y Hjalmar empieza a oír un silbido y latidos en la cabeza. Entonces Hjalmar cae en la cuenta de que podría convertirse en un «cuentanúmeros con cara de muerto». Y que es algo que está fuera del alcance del resto de la familia y que hace que a Isak se le forme espuma en la boca por la rabia que siente.

Después está sentado en la playa. Tiene que evitar que el sol de otoño le dé en la mejilla azotada porque le quema.

Ve dos cuervos que juegan a quitarse un palo. Uno hace acrobacias aceleradas con el palo en el pico, el otro lo sigue de cerca. Dibujan tirabuzones, dan vueltas sobre su propio eje, caen en picado hacia el agua y luego vuelven a ascender.

El que tiene el palo se mete directo en la copa de un árbol, parece que vaya a chocar contra el tronco o alguna rama y que se partirá el cuello, pero al instante sale por el otro lado. Como una daga voladora de color negro, ha encontrado un camino para atravesar el ramaje. Sale volando por encima del lago y emite un arrogante graznido. Como es de suponer, pierde el palo, y los dos cuervos sobrevuelan el lago antes de decidir renunciar y marcharse surcando las copas de los abetos.

Aterrizo en el pantalán al lado de Hjalmar. Ya ha cumplido los trece y tiene la mejilla enrojecida. Las lágrimas corren por su cara aunque esté pensando que no tiene que llorar. Y luego siente ira. Le brota con tal fuerza que empieza a temblar. Odia a Isak, que hace un momento estaba gritando tanto que escupía. Odia a Kerttu, que se limitó a dar la espalda, como siempre. Odia al profesor Fernström, ¿por qué coño tenía que ir a hablar con su padre? Hjalmar no se lo había pedido. Nunca se le había pasado por la cabeza cursar el bachiller. Le han arrebatado algo que ni siquiera tenía. ¿Por qué llora?

La ira que le corre por dentro es hierro incandescente. Se pone de pie, se tambalea. Va a buscar a Tore, que está reparando su Zündapp, cambiándole las boquillas del carburador.

—Vente a Svappis—se limita a decirle.

El Volkswagen negro del profesor Fernström está aparcado en el sitio de siempre, a cien metros de la escuela.

Hjalmar lleva un martillo pata de cabra. Empieza con los faros delanteros y traseros. En apenas unos segundos los cristales están esparcidos por el asfalto como diamantes, pero no es suficiente, todavía tiene mucha ira temblándole en los músculos que pide salir, salir. Rompe el parabrisas, las lunas, el cristal de atrás. Suenan como un disparo cuando estallan, los cristales salpican, Tore retrocede unos metros. Unos niños pasan por allí.

—Si os chiváis, la próxima vez serán vuestras cabezas. —Y los críos

desaparecen como musarañas asustadas.

Tore apoya el pie en una de las puertas sin luna y se sube al techo, da unos cuantos saltos hasta abombarlo, baja de un salto sobre el capó.

Transcurre muy rápido, en menos de tres minutos han acabado y tienen que marcharse.

—Vamos —grita Tore, que ya se ha alejado unos metros montado en el ciclomotor.

Hjalmar tiene los brazos cansados y está sudando. Ya se siente mejor, más tranquilo. No va a llorar nunca más.

Abre la puerta del coche y revisa el macuto que hay en el asiento del copiloto. Tore lo vuelve a llamar, temeroso de que algún adulto se acerque. No hay ningún monedero, sólo tres libros de mates: *Gran libro de cálculo de Tékno*, *Aritmética práctica*, *Libro de texto de geometría*, y un cuaderno que lleva por título: *Turning Points in Physics - a Series of Lectures Given at Oxford University*. Hjalmar se los guarda dentro de la chaqueta, bueno, excepto el *Gran libro de cálculo*, que es demasiado grueso y se lo tiene que llevar bajo el brazo.

Los dejo allí. Me elevo con una columna térmica. Arriba, arriba.

Voy a activar a la fiscal Rebecka Martinsson y a Hjalmar Krekula.

Rebecka Martinsson está sentada en su despacho después de las vistas de la mañana.

Un caso de conducción ilegal, uno de conducción negligente, otro de agresión y uno de falsedad contra un organismo oficial. Hay que limpiar las actas y expeditar las resoluciones. Sabe que si se pone, no tardará más de media hora. Pero no le apetece, la apatía se lo impide.

El temporal ha pasado. Deprisa, como suele suceder en la montaña, justo cuando parecía que nunca se iba a terminar. Cuando el viento azotaba y empujaba, y la nieve pegajosa de abril penetraba fría y mojada en los cuellos de la gente. Sí, de repente se ha calmado. Las nubes han seguido su curso y el cielo se ha vuelto azul y claro.

Rebecka echa un vistazo a su teléfono con la esperanza de que el hombre la llame, o le escriba un mensaje. Al otro lado de la ventana el sol ilumina las fachadas de los edificios y los tejados, con toda la nieve que acaba de caer.

Dos urracas se sientan en el árbol de enfrente.

Graznan y la llaman, pero ella no es consciente.

Las personas no reflexionan sobre los pájaros. Se llenan de grandes sensaciones a través de ellos, pero nunca se preguntan por qué. Aunque veinte pajaritos posados en un abedul con sus canturreos y trinos puedan abrirte el pecho y hacer que la alegría fluya. El ladrido de un perro no despierta esa emoción. O cuando levantas la cabeza y miras al cielo y ves una línea de pájaros migratorios. Qué sensaciones. Como cuando un centenar de pájaros se juntan en un mismo sitio a armar barullo con la caída de la tarde. La llamada triste del búho o el colimbo en las noches de verano. O cuando la golondrina se mete debajo de las tejas para volver junto a sus alteradas crías.

Y tampoco piensan por qué el interés por las aves va en aumento a medida que una persona se hace mayor, a medida que se va acercando a la muerte.

No, hay muchas cosas que no se saben hasta que mueres.

Los cuervos graznan con energía y Rebecka Martinsson piensa que debería salir y aprovechar el buen tiempo. Y que hace mucho que no va a visitar la tumba de su abuela. Se pone en marcha.

Una bandada de cuervos aterriza en el patio de Hjalmar Krekula. Sus plumas y sus picos brillan con el sol.

«Qué grandes son», piensa Hjalmar cuando los ve por la ventana.

Tiene la impresión de que lo están mirando. Cuando sale al porche, los pájaros dan unos saltitos hacia un lado, pero ninguno emprende el vuelo. Gorgoritean y crascitan en voz baja. Hjalmar no sabe si le parece terrorífico o fascinante. Lo miran.

«Voy a ir a la tumba de Wilma —piensa—. A nadie se le hará raro. Soy del

pueblo.»

La nieve cubre el cementerio de Kiruna. Entre las tumbas y en los caminitos hay montones blancos que los familiares han levantado a base de paladas. Es casi como pasear por un laberinto. Rebecka mira a su alrededor. Tarda unos minutos en orientarse. La nieve lo cambia todo. Casi nadie ha tenido tiempo de limpiar las tumbas después del temporal de la mañana. Permanecen ocultas bajo la nieve. El sol centellea en las superficies blancas y los abedules crean portales con sus ramas caídas con el peso de la nieve.

Normalmente lee las lápidas a medida que avanza, le gustan los viejos títulos: estanciero, capataz, contable eclesiástico. Y todos los nombres de antes: Gideon, Eufemia, Lorentz.

La tumba de los abuelos está cubierta de nieve. Ya estaba así antes del temporal. Rebecka siente remordimientos de conciencia cuando va a buscar la pala.

Empieza a quitar nieve. La de la superficie es virgen, ligera y porosa, pero la de debajo está apelmazada, húmeda y pesa como el plomo. El sol le molesta en los ojos pero le calienta la espalda. Piensa que nunca tiene la sensación de que su abuela esté especialmente presente cuando viene al cementerio. No, la abuela se le aparece en otros lugares: de repente en el bosque, o a veces en casa. Cuando va al cementerio es más un acto voluntario de querer que la cabeza y el corazón se centren en su abuela.

«Pero te gustaría que mantuviese esto arreglado», piensa dirigiéndose a su abuela y prometiéndose a sí misma cuidar mejor de la tumba de ahí en adelante.

Luego le vienen los recuerdos. Rebecka tiene quince años y está volviendo en ciclomotor a Kurravaara, los trece kilómetros que separan su casa de la ciudad. Entra en el patio con su Puch Dakota y con la mochila de la escuela al hombro. El fin del curso está cerca y en otoño empezará el instituto. Son las seis de la tarde. Su abuela está en el establo. Rebecka deja la chaqueta en el borde de la gran olla que hay allí. Es de hierro fundido, está rodeada de una pared por tres lados y debajo hay un fogón. En invierno su abuela la utiliza para calentar agua para las vacas. A veces empapa gavillas de ramas para que las vacas coman hojas de abedul con avena mojada. Rebecka se ha sentado muchas veces con su abuela a quitar la hojas húmedas de las ramas. Las manos de su abuela siempre están ásperas y tienen heridas. Cuando Rebecka era pequeña se bañaba en la olla del establo cada sábado. Pero primero ponían unas tablas de madera en el fondo para que no se quemara los pies.

«Todos aquellos sonidos —piensa Rebecka ahora que está junto a la tumba—. Todos los sonidos apacibles que nunca volveré a oír, las vacas masticando, la leche chocando contra el fondo del cubo cuando la abuela ordeña, las cadenas que restallan cuando las vacas se estiran para coger más paja, el zumbido de las

moscas y el aleteo de las golondrinas entrando en el establo. La abuela diciéndome con tono severo que vaya a cambiarme, que no se puede entrar en el establo con la ropa limpia del colegio. Y yo le digo: “¿Qué más da?” y me pongo a cepillar a Punakorva.

» Ella nunca insistía. Su severidad sólo estaba en la voz. Me dejaba vivir mi vida en paz.

» Después murió sola. Mientras yo estaba en Uppsala estudiando para un examen. Pero todavía no estoy preparada para pensar en ello. Hay tantas cosas que no me puedo perdonar a mí misma. Y ésa es la peor.»

Rebecka Martinsson está sudando y clava la pala hasta el fondo cuando de pronto una sombra le cae encima. Alguien se le ha puesto detrás. Ella vuelve la cabeza.

Es Hjalmar Krekula.

Parece un fugitivo. Un hombre que ha dormido en alguna escalera con la ropa que lleva puesta, un hombre que ha estado hurgando en la basura y las papeleras en busca de latas para reciclar y sacarse unas monedas.

Al principio se asusta, pero luego su corazón se le expande en el pecho y le brota la compasión. Hjalmar tiene un aspecto realmente lastimoso. Se está viniendo abajo.

Rebecka no dice nada.

Hjalmar la mira. No esperaba encontrarse con la fiscal aquí. Iba caminando por la parte nueva del cementerio en dirección a la tumba de Wilma. Todas las tumbas nuevas estaban cuidadas y sin nieve. En cuanto había salido el sol, los familiares debían de haber ido corriendo. A la hora del almuerzo, para arreglarlas. «Añorado», ponía en casi todas las lápidas. Por un momento se preguntó qué pondría en la suya. Si Laura, la mujer de Tore, se la cuidaría. A lo mejor lo hacía, sólo por el qué dirán en el pueblo. Se quedó un rato atrapado delante de la tumba de un niño. Hizo un cálculo rápido con las fechas para saber la edad a la que murió Samuel. Dos años, tres meses y cinco días. En la esquina superior izquierda había una foto. Nunca había visto nada parecido. Aunque tampoco iba al cementerio muy a menudo. Había una corona con un osito de peluche, flores y un farolillo.

—Un chiquillo —dijo sintiendo una presión en el pecho—. Un chiquillo.

Después no fue capaz de pararse ante la tumba de Wilma, sino que pasó de largo por delante del cartel provisional, un palo de aluminio con una plancha de plástico en la que ponía «Persson, Wilma». Regalos, flores, varias velas encendidas. Volvió por la parte vieja y se preguntaba qué carajo había ido a hacer allí, cuando de pronto vio a la fiscal.

La reconoció por el abrigo y el pelo largo y oscuro. No sabe por qué se le acercó. Se detuvo a cierta distancia. Cuando ella giró la cabeza y lo vio justo

detrás, la invadió el miedo. Hjalmar pudo percibirlo.

Ahora le gustaría decirle que no tema, pero las palabras no le salen. Se queda allí de pie como un idiota. Aunque eso es lo que ha sido toda la vida: un idiota al que la gente teme.

Ella no dice nada. El miedo se esfuma de su mirada y es reemplazado por otra cosa, por algo que él apenas puede soportar. No está acostumbrado. Tampoco está acostumbrado a que la gente esté callada. Normalmente es él quien no dice nada y deja hablar a los demás, deja que los otros elijan.

—A mí que me esparzan con el viento —dice al final.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Tú saludas a los que has matado? —pregunta después.

Él lo sabe. Lo ha leído en los periódicos. Y la gente habla.

—No —responde Rebecka—. Vengo a visitar a mi abuela. Bueno, y a mi abuelo.

Señala la tumba que está desenterrando bajo la nieve.

Después le resuena la pregunta que él le ha hecho. Había un « también » que se ha quedado sin pronunciar. Pero estaba. ¿Tú también saludas a los que has matado?

Gira la cabeza y señala más lejos. Añade con voz tranquila:

—Los que maté están allí y allí. Pero Thomas Söderberg no está enterrado aquí.

—Te declararon inocente —dice él.

—Sí —responde—. Dijeron que fue en defensa propia.

—¿Tú cómo te sentiste?

Remarca el « tú ». No levanta la vista, la clava en la nieve como si estuviera en la iglesia, delante del altar, haciendo una reverencia.

« ¿Qué quiere? », se preguntó Rebecka.

—No lo sé —tantea—. Al principio no sentía gran cosa. Tampoco recordaba demasiado. Pero después fue peor. No podía trabajar. Intentaba espabilarme, pero al final cometí un error que le costó una fortuna al bufete de abogados, aparte de la reputación. Tenían un buen seguro, pero igualmente. Me dieron la baja por depresión. Y estuve dando vueltas y vueltas en casa. No quería salir. Dormía mal. Comía mal. El piso era un caos.

—Sí —dice él.

Se quedan un momento callados porque otra visitante pasa por su lado. Rebecka la saluda con la cabeza. Hjalmar no parece verla.

Rebecka piensa que a lo mejor confiesa. ¿Qué coño haría entonces? Pedirle que la acompañara a comisaría, claro. Pero ¿y si se niega? ¿Y si confiesa y luego se arrepiente y la mata?

Pero Rebecka lo mira fijamente a los ojos durante un momento y se acuerda de uno de los clientes de Meijer & Ditzinger, una prostituta dueña de un

considerable número de inmuebles. La mujer no ocultaba su profesión, pero había contratado al bufete por un asunto fiscal. En alguna ocasión en la que habían salido a tomar algo con ella, Måns había bebido más de la cuenta y sin ningún recato le había preguntado si nunca había tenido miedo de alguno de sus clientes. Coqueto, adúlador, fascinado. Rebecka sintió vergüenza y prefirió clavar la mirada en la mesa. La mujer era amable, pero también había mostrado una gran integridad. Se le notaba que estaba acostumbrada a esa clase de curiosidad. Le contestó que no, que no tenía miedo. Solía mirar a sus clientes a los ojos largo y tendido. «Así te das cuenta —había dicho— de si tienes que tener miedo o no.»

Rebecka mira a Hjalmar a los ojos. Y no, no debe tenerle miedo.

—Estuviste en un psiquiátrico —dice él.

—Sí, al final sí. Me volví loca. Fue cuando Lars-Gunnar Vinsa mató a su hijo y luego se pegó un tiro. No pude soportar otra muerte. Fue como si se abrieran todas las puertas que había intentado mantener cerradas.

Hjalmar siente que apenas puede respirar. «Es exactamente así», le gustaría decir. Primero Wilma y Simon. Aquello ya había sido duro, pero lo superó. Sin embargo después, con Hjörleifur Arnarson...

—¿Te hundiste del todo? —pregunta—. ¿Tocaste fondo?

—Supongo que sí. Aunque no me acuerdo de lo peor. Estaba muy mal.

«Me dieron electroshock —piensa—. Y me vigilaban. No quiero hablar de eso.»

Allí están los dos, de pie, Rebecka Martinsson y Hjalmar Krekula. Para él es difícil preguntar. Para ella es difícil contestar. Ambos luchan por avanzar en la conversación como dos excursionistas en una tormenta de nieve. Pelean contra el viento con la cabeza gacha.

—No me acuerdo —continúa Rebecka—. Pienso que si recuerdas una vez en la que estabas muy triste y te concentras en la tristeza, puedes sentir cómo te vuelve a llenar por dentro. Y si recuerdas alguna vez en la que estabas muy contento, la alegría también vuelve. Pero si recuerdas una situación de angustia, no revives la sensación. Es como si el cerebro dijera basta. No quiere retroceder. Recuerdas la escena, pero no puedes recuperar el sentimiento.

«¿Triste? —piensa Hjalmar—. ¿Tristeza? ¿Alegría?»

Se quedan en silencio.

—Y ¿tú? —pregunta al final Rebecka—. ¿A quién vienes a ver?

—A ella.

Rebecka entiende que se refiere a Wilma.

—¿La conocías? —le pregunta.

Sí, su boca se mueve, aunque no emita ningún sonido, pero Hjalmar también asiente con la cabeza.

—¿Cómo era?

—Era simpática —dice y luego añade con una sonrisa—: tenía problemas con las mates.

Wilma está sentada en la cocina de Anni tirándose del pelo desesperada delante del libro de matemáticas. Tiene que estudiar mates y sueco para poder hacer el examen de acceso al instituto el año siguiente. Anni está fregando los platos y mira por la ventana. Fuera Hjalmar va y viene por el patio con el tractor quitando nieve. Un favor de sobrino.

Wilma maldice hasta que sale humo del libro. A los ángeles se les pone la piel de gallina con su forma de hablar.

—Hostia puta, joder, coño —dice enfadada.

—Oye, señorita —le advierte Anni.

—No quiero —gimotea Wilma—. Soy tonta del culo, no entiendo nada. Puta álgebra de las narices. «La regla de conjugación simplifica los binomios entre términos del mismo tipo.» Paso de esta mierda. Voy a llamar a Simon, a ver si nos vamos con la moto por la nieve.

—Vale.

—¡Ayyy! ¡Es que tengo que aprenderme esto!

—Pues no lo llames.

Anni ve que Hjalmar está a punto de acabar. Pone a hervir café. Cinco minutos más tarde Hjalmar asoma la cabeza por la puerta y dice que ya ha terminado. Anni no deja que se escape. Acaba de poner el café. Ella y Wilma no pueden tomárselo todo. Además, ha descongelado unos bollos.

Hjalmar se deja convencer y se sienta a la mesa de la cocina. No se quita la chaqueta, se baja la cremallera sólo hasta la mitad, dando a entender que no piensa quedarse mucho rato.

No dice nada. Es habitual en él, la gente está acostumbrada. Anni y Wilma se encargan de la conversación y saben que no vale la pena avasallarlos a preguntas para hacerlo participar.

—Ya basta, voy a llamar a Simon —dice Wilma al final y sale al recibidor. El teléfono está sobre una mesita de teca con un taburete al lado y un espejo detrás.

Anni se levanta para sacar un billete de cincuenta coronas de un tarrito de cacao en polvo que hay en el borde de la campana extractora. El ritual incluye intentar que Hjalmar acepte el dinero por la ayuda. Él siempre se niega pero suele llevarse por lo menos una bolsa de bollos, o un poco de estofado en una fiambra. O algo. Mientras Anni hurga en el tarro de cacao, Hjalmar le echa un vistazo al libro de mates de Wilma. Lee rápidamente el texto y después resuelve en poco más de un minuto nueve operaciones de álgebra seguidas.

—Vaya —dice Anni mirando el libro—. Casi se me había olvidado que se te daban muy bien las matemáticas cuando ibas a la escuela. A lo mejor podrías ayudar a Wilma. Está desesperada.

Pero Hjalmar se levanta para marcharse. Se sube la cremallera, suelta una especie de gruñido a modo de gracias por el café y coge el billete de cincuenta para no tener que discutir.

Por la noche, Wilma se presenta en casa de Hjalmar. Lleva el libro de mates en la mano.

—¡Tú sabes de esto! —dice sin rodeos mientras se mete en su cocina y toma asiento—. Eres un genio.

—Qué va, no sé... —empieza Hjalmar, pero ella lo interrumpe.

—Tienes que enseñarme. No me entra.

—No, yo no puedo —intenta él quedándose sin aliento, pero Wilma ya se ha quitado el abrigo.

—¡Sí! —insiste—. ¡Si puedes!

—Vale —acepta él—. Pero yo no soy como la señorita del colegio.

Ella lo mira rogándole, casi suplicándole. Así que no le queda otra que sentarse a su lado.

Después, se pasan más de una hora sudando los dos. Ella grita y suelta tacos, como hace siempre que algo se le resiste. Y para su sorpresa, él también grita. Da un puñetazo en la mesa y le dice que haga el puto favor de no mirar más por la ventana y que se concentre en el libro. ¿Está meditando o qué coño está haciendo? Y cuando Wilma se pone a llorar por el cansancio que le provocan las ecuaciones de segundo grado, Hjalmar le da unas palmaditas en la cabeza y le pregunta si le apetece un refresco. Y se toman una Coca-Cola.

Y al final Wilma entiende lo que tiene que hacer con «la puta raíz cuadrada».

Están agotados. La cabeza no les da más de sí. Hjalmar calienta un par de empanadas Gorby's y de postre comen helado de nata.

—Joder, qué listo eres —dice Wilma—. ¿Por qué estás conduciendo camiones? Deberías ser profesor.

Él se ríe con el comentario.

—Profesor de mates de noveno curso.

Ella no podría entenderlo. Desde que resolvió los libros de mates que le robó al profesor Fernström de su coche, no ha parado con las mates. Ha pedido libros a las librerías universitarias y de ocasión. En álgebra está con el teorema de Lagrange y grupos de permutaciones. Tiempo atrás hizo los cursos por correo de Hermods, no sólo de matemáticas. Bajaba a Estocolmo para hacer los exámenes. Se inventaba que iba a Finlandia a comprar. O a Luleå para recoger un motor. A los veinticinco se sacó el título de bachillerato en Hermods. Y el fin de semana siguiente compró un botella de vino y se fue a la cabaña del bosque. Normalmente no bebía, y mucho menos vino. Pero aquella vez se la pasó con un vaso de Duralex lleno hasta el borde de vino tinto. Le supo a mierda. Hjalmar sonrío al recordarlo.

Siguen trabajando un rato más, pero llega el momento de irse a casa. Wilma se pone el abrigo.

—No digas nada —le dice antes de que salga por la puerta—. Ya sabes, a

Tore... ni a nadie. Que sé de mates y eso.

—No, tranquilo —dice Wilma con alegría.

Ya tiene la cabeza en otra parte. Probablemente en Simon Kyrö. Le da las gracias por la ayuda y desaparece.

Rebecka Martinsson y Hjalmar Krekula en el cementerio. Rebecka tiene la sensación de estar en un barco y que Hjalmar cae al agua. Se aferra a la borda pero ella no consigue subirlo. Dentro de poco se le helará todo el cuerpo. Se quedará sin fuerzas y se soltará. Se hundirá en el mar. Ella no puede hacer nada.

—¿Cómo estás? —pregunta Rebecka.

En cuanto termina de decirlo se arrepiente. No quiere saber cómo está. No es responsabilidad suya.

—Tengo como una irritación en la garganta o algo —responde él dándose unos golpes en el pecho con el puño.

—Vaya —dice ella.

—Tengo que irme —dice Hjalmar, pero no hace ningún ademán de marcharse.

—Ya —dice Rebecka. Tiene a la perra en el coche. También ella debería irse.

—¿Qué se puede hacer? —pregunta él y se le tensa la cara.

Ella gira la cabeza, no quiere cruzarse con su mirada.

—Cuando se me hacía insoportable solía perderme en la naturaleza —dice ella—. A veces me iba bien.

Entonces Hjalmar empieza a alejarse.

Rebecka siente que la impotencia le tira de los brazos hacia el suelo.

La fiscal Martinsson se presentó en la comisaría de policía a las dos y cuarto del mediodía. En la puerta de la calle se cruzó con Anna-Maria Mella. *Vera* se le echó encima muy contenta y le dejó marcadas las patitas mojadas en los vaqueros.

Los ojos de Anna-Maria estaban relucientes y llenos de vida. Tenía las mejillas encendidas. El pelo parecía ansioso por estar suelto y libre, algunos mechones se salían de la trenza y parecían estar a punto de salir volando.

—¿Te has enterado? —preguntó—. Nos han llegado los resultados del laboratorio. En la chaqueta de Tore Krekula había sangre de Hjörleifur Arnarson.

—¡Uau! —exclamó Rebecka y sintió como si algo brusco la acabara de sacar del sueño. Había estado completamente sumida en el encuentro que acababa de tener con Hjalmar Krekula en el cementerio—. ¿Qué vais a...?

—Vamos a detener a Tore Krekula, evidentemente. Ahora mismo íbamos a su casa.

Anna-Maria se detuvo. Parecía sentirse culpable.

—Sé que debería haberte llamado. Pero has tenido vistas toda la mañana, ¿no? ¿Quieres venir con nosotros a detenerlo?

Rebecka negó con la cabeza.

—Antes de que te vayas —dijo poniendo una mano sobre el brazo de Anna-Maria para retenerla—. He estado en el cementerio.

Anna-Maria intentó ocultar su impaciencia.

—Ya —dijo con fingido interés.

—Hjalmar Krekula también estaba allí. Visitando la tumba de Wilma. Creo que está al borde de... no sé de qué. No está bien. Me ha dado la sensación de que quería contarme algo.

Anna-Maria prestó un poco más de atención.

—¿Qué te ha dicho?

—No lo sé, ha sido más bien una sensación que he tenido.

—No te enfades —dijo Anna-Maria—. Pero ¿podría ser que estés proyectando un poco? A lo mejor todo esto está desenterrando tu propia historia. Cuando te encontrabas mal, cuando... ya sabes.

A Rebecka se le hizo un nudo por dentro.

—Puede ser eso, claro —dijo con rigidez.

—Podemos seguir hablando cuando vuelva —concluyó Anna-Maria—. Pero aléjate de Hjalmar Krekula, ¿vale? Es un cabrón peligroso, no lo olvides.

Rebecka negó pensativa con la cabeza.

—Nunca me haría daño —dijo.

—*Famous last words* —dijo Anna-Maria con media sonrisa—. Lo digo en serio, Rebecka. Suicidio y homicidio pueden estar muy, muy cerca lo uno de lo otro. El año pasado tuvimos el caso de un tipo que cometió suicidio múltiple, estaba en su cabaña en Laxforsen y liberó a su mujer y luego a sus hijos de siete

y once años del sufrimiento de este mundo. Después consiguió matarse a sí mismo con sobredosis de pastillas de hierro normales y corrientes. Los riñones y el hígado dejaron de funcionar pero tardó dos meses en morir. Estuvo ingresado en Umeå, con tubos por todas partes, detenido por asesinato.

Se quedaron en silencio. Anna-Maria se mordía la lengua. Recordó cuando Rebecka mató a aquellos hombres en Jiekajärvi. Aunque eso fue totalmente distinto. Y cuando se volvió loca y trató de suicidarse. Pero también era diferente. ¿Por qué siempre se complicaban las cosas? El suelo de alrededor de Rebecka Martinsson estaba minado. ¿Por qué demonios se la tenía que encontrar en la puerta justo ahora?

Tommy Rantakyrö y Fred Olsson aparecieron por el pasillo. Saludaron rápidamente a Rebecka y miraron dudosos a Anna-Maria.

—Vamos a detener a Tore Krekula —dijo Anna-Maria dirigiéndose a la fiscal—. ¿Quieres estar en el interrogatorio?

Rebecka asintió con la cabeza y la batida salió por la puerta ladrando y gimiendo, con los hocicos pegados al suelo.

Rebecka se quedó donde estaba, sintiéndose fuera de todo aquello.

«Vaya, vaya —se dijo a sí misma—. Ahora sí que te has hecho pequeña.»

De repente *Vera* soltó unos ladridos. Krister Eriksson acababa de aparcar fuera y había soltado a *Tintin* y a *Roy*. Se le iluminó la cara en cuanto vio a Rebecka y se le acercó.

—Te estaba buscando —dijo sonriendo tanto que se le estiró la piel rosada de la cara—. ¿Crees que podrías quedarte a *Tintin* un rato? Tengo que entrenar a *Roy* y *Tintin* se muere de pena si tiene que esperar en el coche.

Vera estaba quieta meneando la cola mientras *Tintin* y *Roy* le olisqueaban el culo y debajo de la barriga.

—Encantada —dijo Rebecka.

—¿Cómo estás? —le preguntó Krister, y Rebecka tuvo la sensación de que podía verla por dentro.

—Bien —mintió.

Le explicó lo de la chaqueta de Tore Krekula y que lo iban a detener.

Krister se quedó callado. Mirándola con lástima.

«Joder, con el tío, sin decir nada, como a la espera de algo más —pensó Rebecka—. Pues sigue esperando.»

No pensaba contarle nada sobre su encuentro con Hjalmar Krekula en el cementerio.

De pronto Krister sonrió y le acarició rápidamente el antebrazo, como si no pudiera estar sin tocarla.

—Hasta luego. Esta tarde la paso a buscar.

Le ordenó a *Tintin* que se quedara con Rebecka. Luego se fue con *Roy* al coche y se marcharon.

Laura Krekula se tomó su tiempo para abrir la puerta y luego se quedó mirando a los policías que había al otro lado. Anna-Maria Mella no pudo abstenerse de desenfundar la placa.

Percibió el miedo en los ojos de la mujer. Tommy Rantakyrö y Fred Olsson también tenían un aspecto serio.

«No me da pena —pensó Anna-Maria Mella—. ¿Cómo demonios se puede haber casado con ese tipo?»

—¿Otra vez aquí? —dijo Laura Krekula con voz débil.

—Estamos buscando a Tore Krekula —dijo Anna-Maria Mella.

—Pues está trabajando. A estas horas ¿cómo va a estar en casa?

—¿El coche ese de ahí es suyo? —preguntó la inspectora.

—Sí, pero hoy ha llevado un transporte a Luleå y no volverá hasta la noche —respondió la mujer.

—¿Te importa si entramos a echar un vistazo? Uno de los camioneros del garaje nos ha dicho que estaba en casa.

La mujer se hizo a un lado y los dejó entrar.

Abrieron los armarios. Miraron en el garaje y en el lavadero. La mujer no se movió del recibidor. Al cabo de cinco minutos los policías le dieron las gracias y se despidieron.

Cuando se hubieron marchado, Laura Krekula subió a la planta de arriba. Sacó la gran llave hexagonal de la trampa del desván. Giró, dejó caer la puertecilla y desplegó la escalera.

Tore Krekula bajó por ella.

Pasó al lado de su esposa y en pocos pasos bajó hasta la planta baja.

Laura le seguía detrás sin decir nada. Miraba a Tore mientras se ponía las botas y la chaqueta. Entró vestido en la cocina. Untó bastante mantequilla en una rebanada de pan seco y después cortó unas rodajas de salchicha de Falun para ponerlas encima.

—Ni se te ocurra decir ni media palabra de esto —dijo con la boca llena—. No llames ni a tu madre ni a tu hermana. ¿Te queda claro?

Hjalmar Krekula va esquiando por el bosque. El sol de mediodía le calienta el cuerpo. En los árboles hay bolas de nieve virgen, pero han empezado a derretirse y caen gotas. Lo observo sentada entre las perlas de agua de los abedules. Me muevo de árbol en árbol. La ingravidez me permite posarme en las ramas más delgadas. En invierno se vuelven negras y se congelan. Ahora tienen reflejos violetas. El color de la primavera. Subo trepando como un lince por un tronco que huele a resina. La corteza es del dorado oscuro de las galletas de jengibre de Anni. Las ramas visten su rebeca verde de punto; me escondo en ella y acecho a Hjalmar.

Deben de haber pasado por lo menos veinte años desde la última vez que se puso unos esquís. Los que lleva son aún más viejos, igual que las botas. Listones de madera sin encerar con fijaciones Rottefella. Apenas se deslizan. De vez en cuando tiene que parar a quitar la nieve que se les ha pegado. Se hunden completamente a pesar de que va por el surco dejado por las motonieves. Las botas de cuero están agrietadas y se mojan enseguida. Los pantalones también.

Los palos atraviesan la nieve y cuesta sacarlos. El disco, más que anticuado, es un aro redondo sujeto al palo con cintas de cuero y se encalla abajo. Cuando saca los palos salen con un cilindro de nieve encima del disco.

Hjalmar se dice que le está costando horrores avanzar, pero sin los esquís habría sido imposible. Y si su padre y sus amigos podían ir con esos esquís, ¿por qué no iba a poder él? Por no hablar de los lapones, que antiguamente corrían de un lado a otro por los bosques con material muchísimo peor y con un solo palo.

De vez en cuando mira hacia arriba y ve las gotas de agua tiritando en las ramas.

El sudor le corre por la frente y le escuecen los ojos.

Acaba de llegar al refugio que construyeron él y su hermano hace veinte años al sur de Ripukkavaara.

Se sienta dentro y coge el termo del café y los sándwiches. El sol le calienta la cara.

Al sacar los bocadillos de la fiambra le invade un fuerte cansancio. Los deja a un lado.

El viento se mueve con un zumbido soñoliento entre las copas de los abetos, como una pala de madera en una cazuela. Las ramas se balancean de un lado a otro sin resistirse, se dejan mecer. Hace un momento, los sonidos de los pájaros le penetraban estridentes en los oídos, como cuchillos afilándose. Ahora suenan diferente. Canturrean y gorgoritean. Un pájaro carpintero taladra un tronco en la distancia.

Se tumba de lado. Del techo del refugio caen gotas.

Le viene una frase a la cabeza: «Ya se apaga el aliento en mí, mi corazón por dentro enmudece.» ¿De dónde es? ¿Lo ha leído en la Biblia que tiene en la cabaña en Saarisuanto?

¿Por qué le da tantas vueltas a lo que pertenece al pasado? Como cuando su padre le metió la cabeza en el hoyo del hielo. Hace más de medio siglo. Si nunca suele pensar en ello, ¿por qué ahora?

Se le cierran los ojos. La nieve suspira cansada en el bosque. El sol quema. Hjalmar se queda dormido en el calor del refugio.

Lo despierta una presencia. Abre los ojos y primero solamente ve una sombra delante del sol. Peluda y negra.

De pronto cae en la cuenta. Es un oso.

Se yergue sobre las patas traseras ante su mirada. Ahora no le ve sólo la silueta. El hocico, el pelaje, las garras. Se queda inmóvil durante tres segundos, mirándolo directamente a los ojos.

«Se acabó», piensa Hjalmar.

Tres segundos más. Y durante ese breve lapso de tiempo, siente una perfecta quietud interior.

Dios está mirando a Hjalmar a través de los ojos del oso.

Después el animal da media vuelta, cae sobre las cuatro patas y se marcha tranquilamente.

El corazón del hombre late con energía. Son latidos de vida. Son las puntas de los dedos del chamán percutiendo la piel del tambor. Es la lluvia repicando contra el techo de chapa de su cabaña en Saarisuanto, una noche de otoño mientras está en la cama y el fuego crepita en la chimenea.

La sangre le corre por las venas. Es agua de primavera que se desprende del hielo, que fluye bajo la nieve, que sube por los árboles, que baja y se precipita por las rocas.

El alma le entra y le sale de los pulmones. Es el viento que levanta al cuervo cuando juega, que arremolina la nieve en la montaña, que con cuidado encrespa el lago por las tardes y luego se calma y deja que todo se quede inmóvil.

«Dios mío —pide Hjalmar a falta de alguien más, de otra cosa a la que dirigirse por esa sensación de indulto que le ha caído encima—. Quédate, quédate.»

Pero sabe que esa emoción no se puede experimentar por mucho tiempo. Permanece quieto hasta que se desvanece.

Luego descubre que los sándwiches han desaparecido. Era lo que había atraído al oso.

Vuelve a casa alegre.

«Que pase lo que tenga que pasar —piensa—. Soy libre. El oso podría haberme matado. Se podría haber acabado todo.»

Quiere coger la Biblia de la cabaña e intentar encontrar aquellos versos: «Mi corazón por dentro enmudece.»

Anni parece completamente transparente. Se ha quedado dormida en el sofá de la cocina. Yo estoy sentada al lado, mirando su pecho. Los músculos que hay dentro están cansados, sin fuerzas. Las respiraciones de Anni son poco profundas y rápidas. El sol de primavera entra abrasador por la ventana y le calienta las piernas. De repente abre los ojos y tengo la sensación de que me está mirando.

—¿Hago café?—pregunta.

Y me doy cuenta de que está hablando conmigo, aunque no me vea. Sin embargo, está lejos de imaginar que estoy aquí.

Se incorpora lentamente, con la mano izquierda busca apoyo detrás de la espalda y con la derecha se agarra al respaldo de madera blanca del sofá. Después tiene que emplear las dos manos para levantar las piernas y acercarlas al borde del sofá, hasta que quedan por fuera y las puede bajar al suelo. Mete los pies en las zapatillas, la mano se apoya en la mesa. Un suave gemido de esfuerzo y dolor, un eh-eh-eh sale de su boca cuando se levanta.

Pone agua en la cafetera, abre el tarro del café y echa unas cucharadas.

—Estaba pensando que podríamos llenar el termo y tomárnoslo fuera, en la escalera. Con el sol que hace...

Después tarda una eternidad en sacar el termo, llenarlo, ponerse el abrigo y salir al porche. Por no hablar de lo que le cuesta sentarse en las escaleras. Anni se ríe.

—Tengo el teléfono en el bolsillo. Así puedo llamar a alguien si me caigo y no consigo levantarme. Como tú no estás...

Se sirve café en una taza. Humea. Lo toma a sorbitos y disfruta del sol, que le calienta las mejillas y la nariz. Por primera vez desde que morí piensa con alegría que a lo mejor puede vivir un verano más. Sólo tiene que ir con cuidado de no caerse para no acabar en el hospital.

Los cuervos aterrizan en el patio. Primero dan unos rodeos como si fueran los amos del lugar. Con el sol, sus plumas y picos brillan y titilan. Giran la cabeza de un lado a otro sin decir gran cosa. Me da la impresión de que están haciendo teatro, de que están jugando a ser personajes importantes. Arrastran sus colas con forma de cuña por el suelo como si fueran pavos reales. Si estuviera aquí sentada de verdad haría unas bromas con Anni sobre los pájaros. Nos quedaríamos sentadas aquí en el porche tratando de descubrir de dónde vienen esos señores tan importantes. Anni no tardaría en decir que son tres predicadores laestadianos que han venido para convertirnos. Yo soltaría que son el de asuntos sociales, un director y un juez « Se me acabó la fiesta », diría y o.

Anni se sirve más café. Aguanta la taza entre las manos.

Yo también quiero tener una taza de café humeante entre las manos. Quiero sentarme de verdad aquí en las escaleras junto a Anni. Quiero que Simon llegue con el coche. Oh, su sonrisa cuando me veía. Como si alguien le hubiese hecho un precioso regalo. La añoranza me duele. Mis manos no pueden tocar nada.

Casi me parece que es él cuando un coche entra en el patio. Pero es Hjalmar. Los cuervos se suben a los árboles.

Apaga el motor y se baja con pesadez del coche.

Ahora está delante de Anni y no tiene ni la menor idea de cómo va a sacar de dentro lo que tiene que decir. Al principio no importa. Anni habla un rato.

—Aquí, hablando con los muertos —dice—. Creo que me he vuelto un poco loca. Pero ¿qué le voy a hacer? Dentro de poco no conoceré a ningún vivo.

Se queda callada. Le viene a la memoria una tía segunda que siempre se quejaba de lo sola que estaba. Recuerda lo fastidioso que era ir a visitarla.

« Yo estoy siendo igual —piensa—. No se puede evitar.»

—¿Te vas a la cabaña? —le pregunta a Hjalmar por cambiar de tema.

Él asiente con la cabeza.

—Anni —consigue decir.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de la cara que trae Hjalmar.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Es Isak?

Hjalmar niega con la cabeza.

—Pero ¿qué tienes, niño? ¿*Poika, mikä sinulla on?*

Él no puede evitar una media sonrisa al oír que ella lo sigue llamando « niño » .

Anni se aferra con su garra a la barandilla de hierro y se pone en pie. Entonces Hjalmar lo suelta.

—Perdón.

Apenas le sale la voz, tan extraña. Y lo poco acostumbrado que Hjalmar está a esa palabra. Se abre paso por su boca, áspera, como si estuviera escrita en un papel que ha tenido en la boca tanto tiempo que se ha ido arrugando hasta hacerse una pelota.

La última vez que lo dijo debió de ser hace mucho tiempo, con alguna paliza de Isak. Y en aquella época significaba « piedad » .

—¿Por qué? —pregunta Anni.

Aunque lo sabe.

Lo mira y lo sabe. Lo sabe, lo sabe.

Él entiende que lo sabe.

—¡No! —grita Anni con tanta fuerza que los cuervos batan las alas en los árboles.

Pero no levantan el vuelo.

Anni golpea a Hjalmar con su garra. No, no lo perdona.

—¡Por qué! —grita.

Su cuerpo flacucho arriba en el porche. Pero el aire que la rodea está vibrando de energía. Es una sacerdotisa con el puño cargado de maldición.

Hjalmar alarga una mano y se apoya en el coche. La otra la tiene en el corazón.

—Iban a buscar un avión hundido —dice—. Pero cuando papá se enteró... Fue entonces cuando le dio el infarto. No hay que hurgar en el pasado.

Oye su tono de voz. Parece que se esté defendiendo. No es lo que pretendía, pero tampoco sabe qué decir.

—¿Tú? —grita Anni—. ¿Solo?

Hjalmar niega con la cabeza.

—No es verdad —dice Anni.

Su voz ha perdido toda la fuerza. Se coge a la barandilla para no caerse.

—No puede ser verdad.

Después emite un sonido como si tuviera un animal en la garganta. Y cuando el animal ha soltado su lamento se gira hacia Hjalmar. Tiene fuego en la mirada. Las palabras brotan en un torrente de ira.

—¡Márchate! No te atrevas a presentarte aquí otra vez. ¿Me oyes?

Hjalmar se sube al coche. Forma un cuenco con las dos manos y esconde la cara en él. Enseguida se irá. Sólo tiene que recomponerse un poco.

Después sale del patio de Anni y pone rumbo al norte. En cuanto le haya desaparecido el nudo en la garganta llamará a la centralita de la policía. Pedirá que lo pongan con la fiscal, Rebecka Martinsson.

Isak Krekula yace bocarriba en la habitación. Tiene los pies helados, tiene frío. En la cocina suena el pesado tictac del reloj de pared. Es como una máquina de la muerte. Primero lo colgó en una pared de la casa de sus padres. Cuando ellos fallecieron, entró en la casa que compartía con Kerttu. Cuando él muera, Laura se llevará el reloj a casa de Tore y escucharán el tictac mientras esperan que les llegue su turno.

Llama a Kerttu. «¿Dónde coño se ha metido esta mujer?»

—Oye. ¡*Tule tänne!*

Por fin viene. Isak resopla y se queja descontento mientras Kerttu le echa una manta por encima de los pies.

Lleva horas llamándola. ¿Por qué no se entera? Mujer, sorda y vieja.

—Voy a preparar café —dice Kerttu y se vuelve a meter en la cocina.

Él continúa moliendo su resentimiento como un molinillo. Si la llama, tiene que ir. ¿Le cuesta entenderlo? Él está postrado sin poder moverse.

—¿Me oyes? ¿Me escuchas? Maldita zorra.

Lo último lo añade en voz más baja. Siempre ha podido soltar cosas así libremente. Ha pagado la comida que se servía en la mesa y ha sido dueño y señor de su propia casa. Pero ¿qué puede hacer ahora ahí tumbado? Se ha vuelto dependiente.

Cierra los ojos, pero no se puede dormir. Tiene frío. Le grita a Kerttu que le lleve una manta, pero nadie aparece.

Su cabeza regresa a 1943. A un día caluroso de finales del verano. Él y Kerttu están en Luleå. Conversan con William Schörner, jefe de seguridad de las SS, delante del almacén militar alemán que hay junto a la catedral. Varios camiones están siendo cargados con sacos con el sello de un águila y con cajas de madera que hay que manipular con cuidado.

Como siempre, William Schörner va bien afeitado, con la ropa planchada y se muestra correcto. El jefe de almacén asentado en Luleå, el *Oberleutnant* Walther Zindel, se mete dos dedos en el cuello del traje para aliviar un poco el calor que tiene. Isak sólo lo ha visto estirar el brazo y hacer el saludo hitleriano cuando Schörner estaba cerca.

A Schörner y a Zindel se les ve presionados. A Alemania le ha cambiado la suerte en la guerra. Ahora todo es distinto. Suecia acoge cada vez a más judíos. La opinión pública contraria a los trenes con alemanes que circulan por el país, se ha acentuado durante la primavera y el verano. El escritor Vilhelm Moberg ha publicado artículos en la prensa en los que habla del constante ir y venir de los alemanes y de que no sólo se transportan soldados de permiso y sin armas por toda Suecia, sino soldados con bayoneta y pistola. A finales de julio el Gobierno sueco ha cancelado el acuerdo de paso con Alemania, y SJ, la empresa estatal de ferrocarriles, pronto dejará de transportar a soldados alemanes. La gente empieza a odiar a Hitler. En Berlín, cuatro ciudadanos suecos han sido

condenados a muerte por espionaje. El submarino sueco *Ulven* es hundido en abril y aparecen datos que apuntan a que otro submarino sueco, el *Draken*, ha sido atacado por el buque mercante *Altkirch*. En julio los alemanes hunden dos pesqueros suecos en la costa noroeste de Jylland y doce marineros suecos fallecen. La gente enloquece cuando Berlín responde a las protestas suecas diciendo que los pesqueros eran culpables de sabotear las boyas de luz alemanas.

Tanto el jefe de almacén Zindel como el jefe de seguridad Schörner notan que su acogida en Luleå se ha vuelto más fría. En la oficina de Correos, en los restaurantes, en todas partes el ambiente es distinto. La gente baja la mirada. Las invitaciones a cenar a casa de las buenas familias burguesas han disminuido. La esposa sueca de Zindel se pasa la mayor parte del tiempo encerrada en su casa.

Cuando Isak Krekula bajó a Luleå, iba con la idea de renegociar la tarifa de sus servicios. Ahora que SJ había anulado los transportes, los alemanes dependerían por completo de los servicios en camión para llevar suministros a sus tropas en la Laponia finlandesa y el norte de Noruega. Además, él mismo nota el rechazo de la gente por su relación con los alemanes y quiere ser compensado por ello.

Pero en cuanto se baja del coche delante del almacén sabe que no habrá renegociación. William Schörner está en Luleå. Isak prefiere no tener que tratar con él, pero cuando Schörner está en Luleå, lo cual es bastante frecuente, se hace cargo de toda la actividad. La última vez que tenía que pagarle retiró el sobre con el dinero justo cuando Isak lo iba a coger. Isak se quedó allí con el brazo estirado sintiéndose como un bobo.

—Isak—le dijo—. Un nombre muy judío, *¿nicht war?* ¿No será usted judío?

E Isak tuvo que asegurarle que no lo era.

—No puedo hacer negocios con judíos, ¿comprende?

E Isak le aseguró otra vez que no era de origen judío.

Schörner estuvo mucho rato en silencio mirándolo a los ojos.

—Está bien —dijo al final y le pasó el sobre con el dinero.

Pero no parecía convencido del todo.

Ahora William Schörner es como un polvorín con piernas. Tiene las contrariedades de la guerra y la indulgencia de los suecos para con los aliados todo dentro, como un campo de minas. Por ejemplo, la semana anterior había oído que tres submarinos polacos presionaban en el lago Mälaren delante de Mariefred, sin embargo nadie hacía nada, ni siquiera el Gobierno alemán. Schörner se muestra tranquilo y flirtea con Kerttu, como de costumbre, pero a su alrededor hay un campo energético que tiembla de la carga que lleva. Está a punto de explotar. Sí, se muere de ganas de explotar.

El ministro de Asuntos Exteriores sueco ha expresado sus temores en cuanto a la ruptura del acuerdo de tránsito con las palabras « los últimos golpes del predador herido pueden ser devastadores » . William Schörner es el predador.

Pero Kerttu no se percata de nada de esto. Isak la mira conteniéndose mientras ella ronronea y se deja halagar con los cumplidos de Schörner. El pelo castaño le cuelga un poco por encima de un ojo, como a Rita Hayworth. Lleva un vestido de verano de color azul con topos blancos, acampanado y de cintura alta. Schörner le dice que debe ir con cuidado: un buen día alguien se la comerá.

William Schörner tiene a Kerttu en buena consideración. Ella le ha hecho algunos favores durante los últimos años. Le ha contado cosas que ha ido oyendo por aquí y por allá. Hace más o menos un año, un avión mensajero con metralletas alemán hizo un aterrizaje de emergencia en alguna parte de los bosques del interior. Kerttu e Isak estaban en Luleå y Kerttu aprovechó para ir a la peluquería. Cuando salió de allí sabía dónde se había estrellado el avión. Se lo había contado la mujer del propietario de unas tierras. El hombre no había informado a la policía de su hallazgo. A lo mejor tenía pensado ganarse un dinerillo extra, el piloto y los pasajeros habían perecido en el accidente. Otra vez pudo facilitarle datos sobre un periodista que había sacado unas fotos a vagones de carga llenos de armas alemanas. Cosas así. Grandes y pequeñas. Kerttu tiene esa habilidad. La gente quiere hablar, quiere que ella los mire con esos ojos entre verdes y pardos. Que te mire una muchacha joven y hermosa te reaviva el alma. Schörner acostumbra a anotar la información que le da en una libretita con unas tiras de cuero negro que siempre lleva consigo; escribe con bolígrafo. Después se guarda la libreta en el macuto. Si los datos resultan ser ciertos y de provecho, Kerttu suele cobrar por la ayuda prestada. La vez que le contó lo del avión mensajero le dio mil coronas. Era más dinero de lo que su padre Matti veía en un año.

Así consigue unos ahorros. Y esos ahorros no se los gasta. Vive gratis en casa de sus padres y le ha prestado el dinero a Isak, que lo ha invertido en la empresa de transportes. Isak cobra bien del Ejército alemán. Pregunta poco y la mercancía llega a su destino.

Ahora Schörner se lleva a Isak y a Kerttu a un lado y le pregunta a Isak si consideraría la posibilidad de dejar que Kerttu hiciera una pequeña misión.

Kerttu se hace la ofendida y le dice al señor Schörner si no cree que antes debería preguntarle a ella si quiere hacerlo. No es propiedad de Isak Krekula.

Schörner se ríe y dice que Kerttu es una aventurera y que sabe lo que quiere.

Isak asegura que Kerttu decide por sí misma, pero le gustaría saber de qué se trata.

Sí, explica Schörner: la cuestión es que hay tres prisioneros de guerra daneses que se han escapado de un buque alemán que ha estado atracado en el puerto de Luleå.

—Quiero encontrarlos —dice Schörner, que sonríe y pestañea.

Los invita a un cigarrillo. Isak entiende que detrás de esa sonrisa Schörner está hecho una furia. Durante el verano, la resistencia en Dinamarca se ha organizado

muy bien y los alemanes tienen serios problemas con el sabotaje y todo tipo de acciones antialemanas.

Hay que responder con mano dura, Schörner lo sabe, ojo por ojo. En Noruega, los alemanes han ido incrementando el terror de la población civil, lo cual es del todo necesario para mantener a la gente en jaque después de que la 25 División Panzer abandonara Noruega y se trasladara a Francia.

—Alguien los ha escondido —dice Schörner—. Aquí también hay grupos de resistencia. Y tengo una corazonada con un hombre joven que creo que sabe dónde se han metido esos daneses. Y ese caballero tiene una debilidad: le gustan las muchachas hermosas.

Y luego le explica lo que ha pensado. Promete una buena suma de dinero.

A Isak se le llena la cabeza de imágenes. Se imagina a Kerttu volviendo de su misión con brizas de paja en la espalda y el pelo revuelto. Pero al mismo tiempo es mucho dinero. Y Kerttu dice que sí sin ni siquiera mirarlo. ¿Y qué puede hacer Isak? Nada.

Isak tiene ochenta y cinco años. Está tumbado bocarriba en el cuartito diciéndose, como lleva diciéndose toda la vida: « No podía detenerla.»

Vuelve a llamarla. Dice que tiene sed. Que todavía tiene frío.

Kerttu aparece en la puerta con un vaso de agua en la mano. Cuando Isak la mira, ella se toma el agua de un trago.

—Siempre me has dado asco —le dice—. Lo sabes, ¿verdad?

Y justo cuando acaba de decirlo llaman a la puerta. Es la policía. Es esa inspectora jefa rubia, Anna-Maria Mella. Y hay dos hombres más en el patio. Anna-Maria pregunta por Tore.

Kerttu Krekula ve que la cosa va en serio. Los policías no mencionan nada sobre una orden de detención. Tampoco tienen por qué hacerlo. Kerttu se pone como una loca. Como una loca.

—¿Estás mal de la cabeza? —grita—. ¿Por qué nos perseguís? ¿Qué queréis de él?

Y empieza a chillar como si estuviera empalada de arriba abajo mientras los agentes entran en la casa a echar un vistazo.

—Mi niño —grita—. ¡Mi pobre niño!

Y cuando los policías se marchan se desploma sobre la mesa de la cocina con la frente sobre el brazo. Con el otro se tapa la cabeza.

Isak grita desde la habitación.

—¿Qué coño ha sido eso? —quiere saber—. ¿Quiénes eran éstos?

Kerttu no responde.

Aterrizo sobre la encimera y me quedo sentada como un gato. Esto quiero verlo. Puta Kerttu. En la cocina sólo estamos ella y yo. La acompaño hasta la pista de baile en el cabo de Gultsau, enfrente de Luleå. La acompaño hasta el 28

de mayo de 1943.

Hay baile en el cabo de Gùltzau, enfrente de Luleå. Tocaban los Swingers. Canciones como *El sol también calienta cabañas pequeñas*, *Contigo en mis brazos*, *Ain't Misbehavin'* y muchas otras. Los mosquitos se apuntan al vals de Sjösalá y los cables telefónicos están repletos de golondrinas que contemplan la fiesta como desde unas gradas.

Los hombres jóvenes llevan trajes a los que se les ha dado la vuelta y se han vuelto a coser. Las mujeres llevan ropa recosida y miriñaques rellenos de celulosa en las faldas. Están todas delgadas como varillas de mimbre por los tiempos de racionamiento que corren.

Kerttu se siente un poco incómoda. No le gusta ir sola al baile y, además, Schörner no le ha dejado ponerse su mejor vestido.

—No puedes destacar demasiado —le había dicho—. Tienes que ser una chica normal, vienes de... de donde vengas.

—Piilijärvi —añadió ella.

—Pero no tienes novio y estás viviendo en casa de tu prima aquí en Luleå porque buscas trabajo.

Kerttu se compra un refresco y se queda pegada a la pista. Dos chicos se le acercan y la invitan a bailar, pero ella les dice que «quizá más tarde», que está esperando a su prima. Allí de pie se siente como gallina y princesa de hielo al mismo tiempo, y toma sorbitos pequeños del refresco para que no se acabe. Pero por el raballo del ojo ve al hombre que Schörner tiene fichado. Le ha enseñado una foto a Kerttu. Axel Viebke.

Entonces llega Schörner. Ha tomado prestado el Auto-Union Wanderer del jefe del almacén. Los chiquillos que bordean la pista de baile y los que están subidos a los abedules como tordos, se acumulan alrededor del llamativo coche deportivo. Incluso funciona con gasolina.

Schörner, que con apenas un vistazo identifica al líder del grupo de chavales, le da una moneda de cinco coronas para que le eche un ojo al coche. No quiere ni un rasguño. Ni que ningún gracioso meta un terrón de azúcar en el tanque de combustible.

Después entra a la pista. Va vestido de uniforme. Irradia una rigidez furtiva.

Se compra un refresco, pero apenas lo toca. Entonces se acerca a Kerttu y le pregunta si quiere bailar.

—No, gracias —responde ella en voz alta—. No bailo con alemanes.

Schörner se queda blanco y tenso. Después hace chocar los tacones, vuelve a su coche y se marcha de allí.

Kerttu dirige la mirada a Axel Viebke. Lo mira, sigue mirando, directo a los ojos. Después baja la mirada. Y luego la vuelve a clavar en los ojos del muchacho.

Él se libera de su grupo de compañeros y se le acerca.

—¿Y bailas con chicos de Vuoleerim? —pregunta.

Ella se ríe enseñando sus dientes blancos y le dice que sí, que con ésos sí.

Mientras bailan, ella le explica que se ha ido a vivir con su prima de Luleå para buscar trabajo. Y parece que la prima se ha olvidado de que iban a encontrarse en la pista de baile, porque no aparece. Pero no importa, porque Axel Viebke y Kerttu bailan toda la noche.

Cuando termina el baile, él quiere acompañarla a casa. Ella le dice que sólo un trozo. Bajan hasta el río, pronto los abedules se pondrán amarillos, en breve se acabará el verano. Es melancólico y romántico.

Axel le dice que le ha impresionado su forma de rechazar al militar alemán que quería sacarla a bailar. ¡Quién se había creído que era, apareciendo así con su coche de lujo!

—Odio a los alemanes —afirma Kerttu.

Después se queda callada mirando al río.

Axel Viebke le pregunta en qué está pensando. Y ella le dice que si ha oído hablar de los tres prisioneros de guerra daneses que se han escapado de un buque en el puerto.

—Espero que se salven —dice—. ¿Dónde se van a meter?

Él la mira. Kerttu se siente como en una película. Como Ingrid Bergman.

—Lo harán —dice él y le acaricia la mejilla.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta ella con una sonrisa.

Y aquella sonrisa contiene una pizca de arrogancia, como si ella no considerara a Axel más que un muchacho de pueblo que no sabe nada, aunque ella sea mucho más joven que él.

—Lo sé —dice—. Porque soy yo el que los ha escondido.

Entonces ella suelta una carcajada.

—Realmente, dices cualquier cosa para poder besar a una chica.

—Piensa lo que quieras —dice Axel—. La verdad es ésa.

—Entonces quiero conocerlos —dice Kerttu.

Dos días más tarde está sentada en el Auto-Union Wanderer de Walther Zindel junto con el jefe de seguridad Schörner. En el asiento de atrás van dos soldados alemanes. Han dejado las armas en el suelo del vehículo.

Es un día delicioso de finales de verano. En los prados se ven balas de paja en fila y se puede percibir el cálido olor que emanan al calentarse con el sol. En los campos que ya han sido cosechados hay vacas pastando las últimas briznas de hierba de la estación. Tienen que aminorar la marcha constantemente porque los campesinos van por los caminos con caballos y carros. Los serbales están cargados de racimos rojos y relucientes. Un padre y sus hijas vuelven a casa cargados de bayas del bosque. Por la forma de caminar del hombre se deduce que el canasto que lleva a la espalda va cargado. Las chicas llevan cubos esmaltados llenos de arándanos.

El último tramo lo hacen a pie. El sendero serpentea por el bosque y bordea varios campos con turbera. Al final llegan al henil de la abuela de Axel Viebke. Es pequeño y está sin pintar. Pero con aquel sol todo es bonito. Allí en el claro, la cabaña brilla como la plata.

William Schörner ordena guardar silencio y desenfunda su arma cuando se acerca a la casita.

Entonces, por primera vez, Kerttu toma ligera conciencia de que Axel Viebke va a sentir que ella lo ha traicionado. No lo había pensado hasta ahora. Se lo había tomado todo más bien como una aventura.

Schörner y los otros soldados se acercan a la cabaña. Al final entran. Al cabo de unos segundos vuelven a estar fuera.

—Aquí no hay nadie —dice Schörner decepcionado.

Mira acusador a Kerttu.

Ella abre la boca para defenderse. Ayer estuvo aquí con Axel y conoció a los daneses. Simpáticos los tres.

Pero en ese momento se oyen voces en el bosque. Una risotada. Se están acercando. Schörner y los demás se esconden rápidamente entre los árboles. Schörner se lleva a Kerttu y le susurra al oído que se tumbe y no haga el menor ruido.

Luego aparecen todos. Axel y los daneses. Es tan guapo, con su pelo rizado y su risa alegre. Han estado pescando. Axel lleva un lucio y tres percas. Les ha pasado una horquilla de mimbre por las branquias. En la otra mano tiene una pipa. Los daneses llevan cañas de pescar hechas con ramas de abedul.

Kerttu se pone contenta cuando ve a Axel. Después se le encoge el estómago.

Sonja, de la centralita, pasa una llamada al teléfono móvil de Rebecka.

La fiscal ha salido a dar un paseo con las perras. El sol de la tarde calienta. *Tintin* y *Vera* merodean por allí y se familiarizan con el patio. *Vera* remueve frenética el suelo junto al montón de leña. La tierra húmeda y el musgo salpican a su alrededor. Seguro que debajo de las raíces hay una musaraña asustada, con el corazón palpitando a mil por hora y pensando que le ha llegado la hora. *Tintin* se dirige al cercado donde el vecino tiene los caballos. Están acostumbrados a los perros, así que ni siquiera se molestan en mirarla. La perra encuentra una fantástica montaña de bostas, engulle la mitad y luego se revuelca en los restos. Rebecka decide no decirle nada. Después y a las duchará a las dos y hará que se tumben delante del fuego para que se sequen. Por un momento piensa en llamar a Krister Eriksson y contarle lo que su educada señorita hace en cuanto le da la espalda, hacerle la broma de que, sin duda, necesita unas vacaciones para poder comportarse como la perra que es.

Justo cuando termina de pensarlo le suena el teléfono. Primero cree que quizá Krister le haya leído el pensamiento, pero enseguida ve que es la centralita de la policía. Sonja le dice que tiene una llamada y después oye a un hombre aclarándose la garganta.

—Sí, hola. Soy Hjalmar Krekula. Quería reconocer —dice.

Se corrige:

—Confesar.

—Sí —dice Rebecka.

«Mierda, mierda —piensa—. Sin grabadora ni nada.»

—Yo los maté. A Wilma Persson. Y a Simon Kyrö.

Hay algo que no está bien, Rebecka lo presiente en todo el cuerpo. Oye que va en coche. ¿Adónde se dirige?

Le vienen recuerdos. Veloces como culebras escurridizas. Lisa Stöckel, que se empotró en un camión. El padre de Nalle, que se pegó un tiro.

—Vale —dice guardando la calma—. Me gustaría grabarlo. ¿Podríamos vernos en comisaría?

Aparta el teléfono y traga saliva. No puede dejar que la oiga nerviosa ni asustada.

—No.

—Podemos ir nosotros a tu casa. ¿Estás allí?

—No. Basta con esto. Ya lo he dicho. Ahora y a lo sabes.

No, no. No puede colgar. Rebecka se imagina a un niño con rastros de lágrimas en la cara.

—No, no es suficiente —intenta—. ¿Cómo sé que dices la verdad? Siempre hay gente que llama confesando...

Pero para entonces él ya ha colgado.

—¡Mierda! —grita, y las perras levantan la cabeza para mirarla.

Pero en cuanto comprenden que no está enfadada con ellas siguen con lo suyo. *Vera* ha encontrado una piña y la deja delante de las patas de *Tintin*. Retrocede unos pasos y baja la parte delantera del cuerpo. Vamos, le está diciendo. Vamos a jugar un poco. A ver si la puedes coger antes que yo. *Tintin* bosteza demostrativa.

Rebecka intenta hablar con Anna-Maria Mella, pero no le coge el teléfono.

—Llámame ya, en cuanto puedas —deja grabado en el buzón de voz

Mira a las dos perras. *Vera* tiene tierra y barro en las patas y en la barriga. *Tintin* se ha perfumado el cuello y las orejas con excremento de caballo.

—Cerdas —les dice—. Delincuentes. ¿Qué coño hago ahora?

Y en cuanto termina la frase, lo sabe. Tiene que ir a casa de Hjalmar. Para que no... Para que no... Las perras. Tendrá que llevárselas, enmerdadas y embarradas como están.

—Os venís conmigo.

Pero en casa de Hjalmar Krekula nadie abre la puerta. Rebecka rodea la casa, caminando con dificultad por la nieve apelmazada y mira a través de todas las ventanas. Incluso llama a los cristales. La conclusión que saca es que Hjalmar no está. De hecho, su coche tampoco está en el patio.

Anni Autio. Puede que ella lo sepa.

En casa de Anni tampoco le abre la puerta nadie.

Una bandada de cuervos vuela en círculos y más círculos por encima de la casa.

« ¿Qué les pasa? », piensa Rebecka.

La puerta no está cerrada con llave, así que decide entrar.

Anni está tumbada en el sofá de la cocina con los ojos cerrados.

—Perdone y discúlpeme —dice Rebecka.

Anni abre un ojo.

—He... no estaba cerrado con llave, así que he... Estoy buscando a Hjalmar Krekula. Anni, usted es su tía, ¿verdad? ¿Sabe dónde está?

—No.

Cierra el ojo.

« Si fuera yo —piensa Rebecka—, me iría a la cabaña. »

—¿Tiene alguna cabaña en alguna parte?

—Si te explico dónde está y te dibujo un mapa, ¿me dejarás tranquila? No quiero oír su nombre. No quiero hablar con nadie. Ayúdame a levantarme. Tienes papel y lápiz al lado de la báscula, en la encimera.

« Y si llego tarde —piensa Rebecka mientras conduce a toda velocidad por la E10 y gira a la izquierda por la carretera de Kuosanen hacia el río Kalix—. Y si se ha pegado un tiro. Y si está tirado en un charco de sangre. Y si se ha volado el cráneo. Y si se ha volado la cara. Puede que lo haya hecho. Puede ser. Puede pasar.»

Intenta llamar a Anna-Maria otra vez. Le salta el buzón de voz.

—Voy camino de la cabaña de Hjalmar Krekula —dice—. Ha confesado los asesinatos de Hjörleifur, Wilma y Simon. Y tengo un mal presentimiento. Estate tranquila, no hay peligro. Pero llámame. Si puedo, contestaré.

Después llama a Krister Eriksson.

—Hola —la saluda antes de que ella pueda decir nada.

Es un hola tan suave. Suena íntimo y lleno de alegría de que lo llame. Suena como el hola del segundo antes de deslizar la mano por debajo del pelo y alrededor de la nuca de su amada. Krister ha visto que era ella y se ha expresado así. Es un hola para un amor.

Rebecka se queda en blanco. Una corriente caliente fluye desde un punto entre las costillas hasta la pelvis.

—¿Cómo le va a mi chica? —pregunta Krister y Rebecka tarda un segundo en comprender que está hablando de *Tintin*.

Le dice que va todo bien y luego le suelta eso de que necesitaba salirse del rol de policía por un rato y sólo ser perra y que se ha estado revolcando en caca de caballo.

—Ésa es mi niña —se ríe Krister Eriksson con orgullo.

Después Rebecka le explica adónde se dirige y por qué.

—Hicimos un registro en su casa el martes —dice—. No sé cómo explicarlo.

Krister Eriksson se pone serio y presta atención. Pero no le dice que no debería ir sola.

—Cuando lo miré, vi a otra persona —continúa—. Era como si pudiera... no ayudarlo, exactamente... Pero conectamos de algún modo. Algo pasó. Tengo un dilema.

Hace todo lo que puede para transmitir la emoción con las palabras, pero de repente se siente estúpida.

—Entiendo —apunta Krister.

—Pero yo no creo en esas cosas —dice Rebecka.

—Tampoco hace falta. Tú haz lo que sientas que es lo correcto. Ocupate también de *Tintin*.

—Nunca dejaría que le pasara nada.

—Lo sé.

Se hace un breve silencio. Hay muchas palabras que quieren ser pronunciadas, pero al final Krister suelta un adiós ameno que pone punto y final a la conversación.

La cabaña de Hjalmar Krekula junto a Saarisuanto está construida con maderas utilizadas y barnizadas. Los postigos de las ventanas y las puertas son azules, y los dos escalones que suben hasta la puerta es una obra sencilla de carpintería. El tejado es de metal corrugado y la chimenea de ladrillos. En la cuesta que baja hasta la playa del río crecen hermosos abetos. Bajo la nieve se ve un cobertizo rojo para barcos que se inclina de forma inquietante. Puede que sobreviva un verano más, pero nadie podría asegurarlo. No muy lejos del cobertizo, tocando el agua, está la sauna. Una chimenea redonda de hierro asoma por el techo. En tierra hay un pantalán de madera que sólo se ha deshelado hasta la mitad.

La barrera está levantada y han quitado la nieve del camino, pero no hasta la cabaña. El coche de Hjalmar está aparcado justo donde termina el camino. Rebecka tiene que hacer a pie el último trozo siguiendo las marcas de la motonieve. Alguien ha pasado por allí antes que ella. Supone que ha sido él. Las huellas avanzan con dificultad, se hunden cada tres o cuatro pasos.

Vera y Tintin se mueven felices sin despegar los hocicos del suelo. Hay huellas de renos que también han aprovechado el paso de las motos para ahorrar energías. Las perdices han correteado entre los abedules dejando un rastro enloquecedor. En un sitio se pueden ver pisadas de alce. Rebecka tarda alrededor de un cuarto de hora en cruzar el bosque hasta la cabaña.

Llama a la puerta. Cuando ve que nadie responde, decide abrir.

La cabaña se compone de una sola habitación. Junto a la puerta está la parte de la cocina. Siguiendo la pared de la izquierda hay unos fogones y una encimera, y por encima cuelgan viejos armarios con puertecillas correderas. En la encimera hay una palangana de color naranja bocabajo con el cepillo de fregar cuidadosamente puesto a su lado.

Directamente a la izquierda hay una mesita de comedor con tres sillas de madera diferentes, pintadas con varias capas de pintura demasiado espesa, la última de azul intenso. Un poco más al fondo de la habitación hay un sofá. Los cojines de color hueso con franjas beis, verdes y marrones están de pie en el suelo, apoyados contra los apoyabrazos para evitar que se humedezcan demasiado y les salga moho por debajo.

Hay fuego en la chimenea, pero las brasas aún no han podido con el olor a cabaña húmeda.

Hjalmar Krekula está sentado en el sofá. No ha puesto ningún cojín, sino que está sentado sobre la estructura. Todavía lleva puesta la chaqueta y el gorro con visera de piel sintética de castor.

—¿Qué haces aquí?—pregunta él.

—No lo sé —dice Rebecka sin moverse del sitio—. Oye, tengo dos perras ahí fuera que se están cargando tu puerta. ¿Pueden entrar? Van llenas de estiércol.

—Déjalas pasar.

Rebecka les abre. Con el frenesí por llegar la primera hasta Hjalmar para

saludarlo, *Vera* casi vuelca la mesita de centro. *Tintin* hace caso omiso, da unas vueltas olfateando el lugar, ignora a Hjalmar y se tumba delante del fuego.

Hjalmar no puede evitar acariciar a *Vera* y ella interpreta esa benevolencia como una señal de que puede subirse al sofá.

Rebecka dice «*Vera*» con voz estricta y quiere hacerla bajar, pero Hjalmar le hace un gesto con la mano indicándole que no se moleste. Entonces *Vera* considera que ha llegado el momento de llevar la relación a un nivel superior y se le sube encima. Le resulta un poco difícil hacerse sitio, su barriga es demasiado grande, pero al final lo consigue y le da unos cariñosos lametones en la boca.

—Oye, tú —dice Hjalmar intentando parecer severo.

Pero enseguida se pone a quitarle pegotes de nieve del pelo. A *Vera* le gusta. Se apoya sobre Hjalmar con todo su peso y le vuelve a lamer las comisuras.

—Se acaba de comer una musaraña —dice Rebecka—. Por si te interesa saberlo.

—Oh, joder —dice Hjalmar con risa en la voz.

—Soy inocente —dice Rebecka—. No la he educado yo.

—Ah, vale —dice Hjalmar—. Bueno, chica, ya está, ¿me oyes? ¿Y quién te ha educado?

Rebecka se queda callada.

«Sin mentiras», piensa luego.

—Es la perra de Hjörleifur Arnarson —dice.

Hjalmar asiente pensativo con la cabeza mientras le acaricia las orejas a *Vera*.

—Nunca me di cuenta de que tenía perro —dice—. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

—Quizá podrías prepararlo tú misma. Yo estoy un poco ocupado, como ves. El café está en el armario.

Rebecka se pone con ello. La cafetera es italiana. Echa el agua y luego el café. Al lado de los fogones hay una biblia abierta. Lee en voz alta los versos subrayados.

—«Ya se apaga el aliento en mí, mi corazón por dentro enmudece.» ¿Te gusta el Libro de los Salmos?

—No, pero a veces lo leo. Es que es el único libro que hay aquí.

Rebecka coge la biblia y la hojea. Es pequeña y negra con las hojas finas y doradas en los bordes. La letra es tan diminuta que apenas se puede leer.

—Lo sé —dice Hjalmar como si le hubiese leído el pensamiento—. Utilizo una lupa.

A Rebecka se le hace agradable sostenerla en la mano. Le asombra la calidad del papel. Impresa en 1928 y ni siquiera amarillea. Olisquea las páginas. Huele bien. A iglesia, a su abuela, a otros tiempos.

—¿Tú la lees? —pregunta él.

—A veces —reconoce—. No tengo nada en contra de la biblia. Es la Iglesia lo que...

—¿Qué lees?

—Bueno, diferentes cosas. Me gustan los profetas. Son tan perspicaces. Me gusta el idioma. Y también son tan humanos. Jonás, por ejemplo. Es tan exageradamente quejica. Y de poco fiar. Dios le dice: «Parte hacia Nínive y predica.» Y Jonás lo hace pero en dirección totalmente opuesta. Y al final, cuando ha estado tres días en el vientre de un pez, predica la destrucción de Nínive. Pero cuando los habitantes de la ciudad prometen enmendarse y mejorar y Dios se arrepiente y decide no aniquilarlos, Jonás se cabrea porque ha predicado la decadencia y considera que queda mal ante la población cuando la devastación que ha profetizado no se cumple.

—El vientre de la ballena.

—Sí, lo interesante es que tenga que morir antes de cambiar. Y después tampoco es un hombre ilustrado, bueno, no ha cambiado del todo ni para siempre. No deja de ser un viaje recién empezado. ¿Tú qué lees?

Abre la biblia por donde la corta el cordel que va atado al lomo.

—Job —dice Rebecka entornando los ojos para leer los versos subrayados—. « ¡Ojalá en el šeol me escondieras, me ocultaras mientras pasa tu ira... »

—Sí. —Hjalmar asiente también con la cabeza como un laestadiano en el reclinatorio.

«Un hombre atormentado lee sobre otro hombre atormentado», se dice Rebecka.

—A veces pienso que Dios es igual que mi padre: cogen los mismos cabreos —dice Hjalmar rascando a *Vera* en la barriga.

Sonríe como para dejar claro que está bromeando, pero Rebecka permanece seria.

Vera suelta un largo suspiro y *Tintin* responde con otro junto al fuego. Así es como debería ser la vida de un perro.

Rebecka continúa leyendo en silencio. «Como monte que acaba derrumbándose, como rocas desplazadas de su sitio, como agua que erosiona las piedras, como aluvión que arrastra el barro, así acabas tú con la esperanza del hombre. Lo aplastas para siempre.»

Mira a su alrededor. En las paredes de madera amarillenta hay varios objetos decorativos puestos de cualquier manera. Un óleo sin firma que representa un molino de viento en una cala en la que se pone el sol, una navaja sami y una vaquita de madera, bastante mal tallada, una ardilla paliducha disecada sobre una rama de árbol, un reloj hecho con una sartén de cobre con las agujas fijadas en la base, y en el alféizar hay un ramo de flores hechas a mano en un jarro de cerámica. Al lado hay unas pocas fotografías.

—Te voy a enseñar mi secreto —dice Hjalmar levantándose de repente. *Vera* baja resignada al suelo de un salto.

Hjalmar aparta la alfombra y levanta un trozo cuadrado del linóleo. Debajo hay una madera que esconde un paquete. Dentro hay tres libros de matemáticas envueltos en hule de cuadros blancos y rojos. También hay una carpeta de plástico. Abre el paquete y lo pone todo sobre la pequeña encimera delante de Rebecka.

Ella lee los títulos en voz alta: *Análisis multidimensional, Discrete Mathematics, Mathematics Handbook*.

—Los mismos que se estudian en la universidad —dice Hjalmar no sin orgullo en la voz.

Después añade con rabia:

—No soy idiota, si es lo que pensabas. Mira en la carpeta y lo verás.

—No pensaba nada en concreto. ¿Por qué los tienes escondidos en el suelo?

Hjalmar hojea los libros.

—Mi padre y mi hermano —dice con tristeza—. Mi madre también. Se armaría una buena.

Rebecka abre la carpeta. Dentro hay unas notas de la escuela a distancia Hermods.

—Me sentaba aquí en mi tiempo libre —dice Hjalmar—. En esta misma mesa. Leyendo y luchando. Con las otras asignaturas. Las mates siempre han sido fáciles, se me dan bien. Con esas notas podría haber entrado en la universidad, pero...

Su mente vuelve al verano de 1972. Tiene veinticinco años. Todo ese verano se lo pasa planteándose seriamente si contarle a su padre y a Tore que quiere dejar la empresa de transportes. Pedir la beca de estudios y matricularse en la universidad. Se pasa las noches despierto imaginándose que se lo está explicando. A veces les asegura que es temporal y que empezará en la empresa otra vez cuando haya terminado de estudiar. Otras veces les dice que se pueden ir a la mierda y que prefiere dormir bajo un puente antes que volver. Pero la cosa acaba en que no les dice nada.

— Simplemente, no ocurrió —le dice a Rebecka Martinsson.

Ella lo mira. Puede ver el dolor que tiene acumulado. Hay algo que lo está destrozando por dentro. Hjalmar necesita sentarse. La silla de madera junto a la mesa de cocina es lo que está más cerca.

Al instante siguiente las perras están con él, las dos. Le lamen las manos.

Hjalmar llora. La tristeza brota caliente de su cuerpo.

—Joder —dice—. Mi vida. Joder. Siempre he sido un gordo y siempre trabajando. Ésa ha sido mi única... —Señala los libros de matemáticas.

Se tapa la boca con la mano, pero no puede parar, el llanto le sale a golpes,

con ruido.

—¿Traes grabadora?—pregunta como puede—. ¿Por eso has venido?

—No —responde Rebecka.

Y ella lo mira, lo mira, lo mira. Una testigo de su penuria cuando ésta lo desborda. No lo toca. *Vera* le pone la patita en la rodilla. *Tintin* se tumba sobre sus pies.

Después Rebecka aparta la mirada. Hjalmar se levanta y vuelve a meter los libros debajo de la madera del suelo. Mientras tanto, ella contempla una foto en blanco y negro de un hombre y una mujer en un porche. En el primer escalón hay dos niños sentados. Deben de ser Hjalmar y Tore y sus padres. Isak y, cómo se llamaba la madre, Kerttu. La mujer le resulta familiar. Intenta recordar si ha visto esa foto en casa de Anni Autio. O en casa de Johannes Svarvare. No.

Después la reconoce. Esa mujer aparecía en el álbum de Karl-Åke Pantzare. Es la chica que estaba entre Karl-Åke y su compañero Axel Viebke. Sí, seguro que es ella.

«Kerttu», se dice.

Y después observa que Hjalmar y Tore tienen el pelo blanco como sólo se les pone a las personas pelirrojas. Se les nota que eran pelirrojos y con la piel muy clara.

«El Zorro —piensa Rebecka—. ¿No dijo Karl-Åke Pantzare que los ingleses llamaban el Zorro al informador de los alemanes? *Kettu* significa zorro en finlandés. *Kettu*. Kerttu.»

Planeo por encima de la cabeza de Anni mientras avanza con ayuda del trineo en dirección a casa de su hermana. Pasan por lo menos cinco minutos antes de que Kerttu abra la puerta. Apenas deja una ranura.

—¿Qué quieres? —pregunta contrariada cuando ve a Anni fuera.

—¿Fuiste tú? —pregunta Anni.

—¿De qué hablas?

—No vayas por ahí —dice y la voz le tiembla de rabia—. Hjalmar ha venido a verme. Iba de camino a la cabaña. Me ha contado que... Fuiste tú quien los convenció para que lo hicieran, ¿verdad?

—¿Te has vuelto loca? Vete a casa y acuéstate.

—¡Y Tore! A ése hace tiempo que alguien tendría que haberle dado una buena paliza.

Kerttu intenta cerrar la puerta, pero Anni está colérica.

—Tú, malvada... —dice y mete sus flacuchos brazos por la ranura de la puerta y agarra a Kerttu por el vestido y la saca de un tirón al porche.

—Vas a contármelo —dice zarandeándola.

Yo estoy sentada en la baranda del porche riéndome. La escena no tiene ninguna gracia, válgame Dios, es como ver dos pollos desplumados en plena riña. Kerttu aúlla «suéltame», pero luego sus fuerzas ya no dan para hablar y pegarse. Jadean y se pegan lo poco que pueden.

« ¡Venga, Anni! —grito—. ¡Dale!»

Sólo me oyen los cuervos que arman barullo en el tejado del establo.

Anni tiene a Kerttu cogida por el vestido con todas sus fuerzas. La empuja contra la barandilla. Kerttu le da una bofetada y Anni empieza a llorar. No por el dolor en la mejilla, sino por el dolor que siente dentro. Odia a Kerttu y le duele.

—Traidora —le sale de las entrañas—. Maldita, maldita...

No le da tiempo de más porque Kerttu le da un cabezazo. Anni suelta el vestido y cae por la escalera.

Con serias dificultades consigue ponerse a cuatro patas. Lloro desconsolada de impotencia y rabia.

—Lárgate —suelta Kerttu sin aliento—. Lárgate antes de que te eche al perro.

Y Anni se arrastra hasta el trineo, logra ponerse en pie. Lo empuja y lo sigue como puede. Con un arduo esfuerzo consigue salir del patio hasta el camino.

Cuando ha desaparecido, Kerttu vuelve a entrar. En la cocina está Tore.

—¿La has oído? —le pregunta Kerttu.

Él asiente con la cabeza.

—Hjalmar se ha vuelto loco. ¡Y Anni! Creo que todos se han vuelto locos. Puede acabar con nosotros. No piensa en nada. No piensa en ti, ni en tu familia. En tu vida.

Hace una pequeña pausa y se masajea la parte dolorida de la espalda que se ha golpeado con la baranda del porche.

—Nunca se ha preocupado por tu vida. Eso lo sabemos.

—¿Estará en la cabaña?

Kerttu asiente.

—Cojo vuestra moto y me voy para allá —dice Tore.

—Tu padre no sobrevivirá —dice Kerttu sentándose trabajosamente a la mesa. Esconde la cabeza en el pliegue del codo.

Vuelve a agosto de 1943. A un cobertizo de siega de color plateado. Está tumbada bocabajo en el bosque. Axel Viebke y los tres presos de guerra daneses se han metido en la casita. El jefe de seguridad Schörner le susurra al oído:

—Ve hasta el cobertizo y llámalos —dice.

Ella niega con la cabeza.

—Tú sólo ve hasta allí —dice— y todo se resolverá tranquilamente.

Entonces lo hace. Se pone delante del cobertizo y llama a Axel. Tiene que gritar su nombre dos veces.

Él sale a la escalera. Sorpresa y sonrisa en su cara. Los tres daneses también salen.

Entonces Schörner y los otros dos surgen de entre los árboles. No van de uniforme pero la pistola que Schörner empuña y los fusiles de los dos hombres hablan claro. En un sueco con fuerte acento Schörner ordena a Axel Viebke y a los daneses que pongan las manos detrás de la nuca y se arrodillen.

Kerttu clava la mirada en el musgo del suelo. Quiere que Axel crea que la han obligado a hacerlo. No quiere que piense mal de ella. Pero Schörner ve lo que está pensando y no permite ese tipo de fraude. Se le acerca, todavía con el arma en ristre apuntando a Axel Viebke, y le acaricia la mejilla.

Kerttu no ve el desprecio en la mirada de Axel, pero puede sentirlo.

Schörner apunta con la pistola a la cabeza de Axel. Le dice que quiere información sobre los que están en su grupo.

Axel responde que no sabe de qué está hablando, que él...

No le da tiempo a decir nada más porque Schörner aparta la pistola de su cabeza y efectúa un disparo.

Pasan dos segundos, después uno de los daneses se desploma hacia un lado. A Axel le sale sangre del oído. La pistola estaba tan cerca. Los otros dos alemanes intercambian una mirada fugaz.

Kerttu suelta un grito, pero el bosque queda enseguida en silencio otra vez. Le tiemblan las piernas. Ella mira sus rodillas temblorosas. En el suelo crecen hepáticas blancas y yerbeta nana. Al cabo de un rato vuelven a oírse los cantos de los pájaros en los árboles y el zureo de las palomas.

Kerttu mira fijamente los romeros silvestres florecidos y los enebros mientras uno de los alemanes levanta a Axel y lo pone contra la pared. Schörner coge la navaja de Axel y le atraviesa la mano dejándola clavada en la pared

plateada.

—¡Habla! —grita Schörner.

Pero Axel no dice nada.

Kerttu observa su cara pálida. Puede ver cómo va perdiendo la consciencia. Después ve unos matojos de arándano rojo y azul, camarina negra y ráspero.

Y después... Después Schörner maldice por la frustración, intenta despertar a Axel quitándole el cuchillo y dándole bofetadas en la cara. Pero Axel no vuelve en sí.

Y Kerttu oye tres disparos más, piensa: « No está pasando, no está pasando.» Y uno de los alemanes se va al coche y vuelve con un bidón de gasolina, y cuando se marchan, el henil está siendo devorado por las llamas.

Schörner lleva a Kerttu con Isak y le dice que su prometida se ha portado muy bien. Después coge a Kerttu por la barbilla y le dice que sabe que puede confiar en ella y que obtendrá una buena recompensa. Tendrá que tener un poco de paciencia, pero Schörner se encargará personalmente del tema.

Isak ve la sangre salpicada en la cara de Schörner y le tiene que decir a Kerttu varias veces que suba al camión, hasta que al final uno de los alemanes la sube en volandas.

Unos días más tarde, el incendio sale comentado en el periódico *Norrbottnenskuriren*, donde también se explica que los tres hombres que perecieron con Axel Viebke no han podido ser identificados. Kerttu advierte que es la única vez que el periódico no está sobre el escritorio de Isak, en su despacho del garaje. Pero no dice nada. Él nunca le llega a preguntar nada. Y ella tampoco le cuenta nada. Hay que olvidar y seguir adelante.

La recompensa nunca llega. A Schörner no vuelven a verlo nunca más. En septiembre, el jefe de almacén Zindel les hace saber que hay un envío para Kerttu en un avión de mercancías que sale de Narvik y que aterrizará en Kurravaara.

Pero Isak, Johannes Svarvare y tres chavales de Kurravaara que van a ayudar a descargar y cargar esperan en balde toda la tarde y media noche a que llegue el avión. Después no se habla más del asunto.

Isak se entera de que el avión de mercancías ha desaparecido y Kerttu se imagina que ha caído en algún lugar del bosque y que alguien lo encontrará y que dentro hay un macuto. Un macuto parecido al macuto de cuero negro de Schörner. Y en su interior guardará todo lo que ella, el Zorro, ha hecho por los alemanes. Cuando llega la temporada de bayas siempre se pone enferma de preocupación.

—¿Me lo quieres contar? —le dice Rebecka a Hjalmar—. ¿Me quieres contar cómo pasó?

Ha servido café para los dos. Hjalmar ha dejado la taza sobre la mesita de centro delante del sofá. Ahora es Vera la que está junto a sus pies. Tintin se ha quedado dormida delante del fuego. Rebecka se apoya en la pared. Le cuesta apartar la mirada de la foto de la familia Krekula. Le gustaría poder ir a buscar la foto de la chica y Axel Viebke que tiene Karl-Åke Pantzare para compararlas. Es ella. Es Kerttu.

—¿Por dónde empiezo? —dice Hjalmar—. Fuimos hasta allí. Hasta el lago.

—¿Quiénes?

—Yo...

Duda por un instante. Luego coge carrerilla y dice:

—Tore, mi madre y yo.

Nueve de octubre. Hjalmar va en el asiento de atrás del coche de Tore. Kerttu, en el asiento del copiloto. Por la mañana ha pasado por casa de Anni. Le ha preguntado por Wilma. De pasada, como se suele hacer. Anni le ha dicho que Simon había ido a buscarla y que se iban de aventura. Que estarían fuera todo el día. Anni no sabía adónde iban pero Kerttu lo había comprendido. Se fue al garaje y habló con sus dos chicos.

—Seguro que están en Vittangijärvi. Allí es donde Svarvare les dijo que empezaran a buscar. Tenemos que ir.

Fue lo único que dijo Kerttu. Tore subió el quad al remolque. Ahora van por la carretera de Luonatti. La gravilla salpica contra los bajos del coche. Tore conduce hábilmente por los baches.

Hjalmar piensa: «¿Qué coño vamos a hacer allí?»

Nadie dice nada.

Hjalmar mira a Rebecka, tantea en busca de las palabras.

—¿Cómo decirlo? —se pregunta—. No fue como uno se lo puede imaginar. Nadie dijo: vamos a matarlos. Salió así.

—Intenta explicármelo —dice ella—. Y tómate el café antes de que se enfríe.

Una melodía comienza a sonar en el bolsillo de Rebecka. Saca el teléfono. El número de Måns.

«Mierda», piensa.

—Cógelo —dice Hjalmar—. No me importa.

—No —dice Rebecka—. Perdón. Tendría que haberlo apagado.

Deja que suene hasta el final y después lo desconecta.

—Perdona —dice—. Continúa.

—No hay mucho que decir. Llegamos al lago, Kerttu cortó la cuerda y yo fui

a buscar la puerta.

—¿Para ponerla sobre el agujero?

—Sí.

Cruzan el bosque con el quad. El lago está extraordinariamente hermoso. Cuando apagan el motor el silencio es abrumador. El sol ilumina el hielo, que parece una joya de plata en medio del bosque.

Y allí está el agujero. Tiene una cruceta de madera encima.

Se quedan un rato de pie mirando las burbujas de aire que salen.

—Dame el cuchillo —le dice Kerttu a Tore y éste saca la navaja que tiene en el cinturón y se la pasa a su madre.

A Hjalmar le dice.

—Vete a buscar una puerta o algo allí arriba.

Señala la granja, que parece estar desierta. Hjalmar también mira hacia allí. Kerttu se impacienta.

—Seguro que hay una puerta de letrina o algo parecido. Date prisa.

Hjalmar va hasta la granja, saca la puerta de la leñera de las bisagras y la baja hasta el hielo. Cuando llega al agujero Kerttu ya ha cortado la cuerda y ha quitado la cruceta de madera.

—Pon la puerta ahí —le ordena señalando el agujero.

Y él hace lo que le mandan. Cuando Kerttu le dice que se ponga de pie sobre la puerta, él se pone encima.

La luz es realmente cegadora. Apenas se pueden mantener los ojos abiertos. Hjalmar los entorna y mira al cielo. Tore silba una melodía. Pasan unos minutos. Después, alguien asciende por debajo del hielo. Rasca la puerta. Sólo es alguien. Cualquiera. Hjalmar no piensa en Wilma ni en Simon.

Kerttu está en silencio. Mira en otra dirección. Hjalmar también mira hacia otro lado. Sólo Tore observa la puerta con interés. Parece como si la vida le corriera por su interior.

—¿Qué hizo Tore? —pregunta Rebecka—. Él también estaba allí.

—Nada —responde Hjalmar—. Fui yo. Fui yo quien...

La persona que está bajo el hielo nada alejándose de la puerta. Tore acecha como si observara una presa, deja de silbar.

—Es ella —dice en voz baja—. Es pequeña. Es ella.

Hjalmar no quiere oírlo. No es ella. Es alguien.

Ahora alguien empieza a hacer un agujero en el hielo, pica y escarba con el cuchillo de submarinista.

Tore parece divertirse.

—Joder con la gata —dice un poco impresionado—. Tiene fuerza de voluntad, eso hay que reconocerlo.

Está a unos metros de distancia observando el agujero, que se va haciendo

más y más grande. Al final alguien saca una mano por él.

Entonces Tore se apresura hasta allí y la coge.

—¡Buenos días, buenos días! —dice riéndose y tirando de la mano para aquí y para allá.

Mira desafiante a Hjalmar. La misma mirada con la que lo miró durante toda su infancia. « Detenme si puedes —decía—. Dime algo si te atreves.»

Hjalmar no dice nada. Agacha la cara como ha hecho siempre. Deja hacer a Tore.

De repente Tore se queda con el guante de submarinismo en la mano. Alguien ha conseguido liberarse de él.

—Joder —exclama regocijado.

Después ve a alguien alejándose por debajo del hielo. Persigue corriendo a la figura mientras agita el guante.

—Espera —grita entre risas—. ¡Te has dejado algo! ¡Oye!

Está todo el tiempo encima de la persona que nada bajo el hielo.

—¡Putá! —grita.

Ahora suena enfadado. Se le pone justo encima. Jadea un poco. No está acostumbrado a correr. El hielo brilla y está resbaladizo y ella nada bastante deprisa allí abajo.

—¡Guarra!

Enseguida vuelve a estar debajo de la puerta, arañando, golpeando.

Después se aleja de nuevo, Tore la sigue.

Luego termina todo. Ella se queda quieta. Tore también.

—Ahora —dice jadeando—. Ya.

Se pone de rodillas y pega la cara al hielo.

—Pondremos a Tore Krekula en busca y captura —les dice Anna-Maria Mella a Sven-Erik Stålnacke, Tommy Rantakyrö y Fred Olsson.

Están reunidos en comisaría.

—Para empezar avisad a los oficiales de guardia en Gällivare, Boden, Luleå, Kalix y Haparanda. Enviad un fax con la lista de todos los vehículos propiedad de la empresa de transportes y de los miembros de la familia.

Su móvil suelta un pitido y Anna-Maria abre el mensaje. Tiene uno en el buzón de voz. Marca el número y lo escucha.

—Mierda —dice.

Los compañeros levantan las cejas con curiosidad.

—Rebecka se ha ido a Piilijärvi para hablar con Hjalmar Krekula. Por lo visto la ha llamado y le ha dicho que quiere confesar.

Marca el número de Rebecka. No contesta.

—¡Cómo puede ser tan insensata! —exclama.

Los compañeros no dicen nada. Anna-Maria mira a Sven-Erik. Puede ver que está pensando en Regla. Si hay alguien insensato, ésa es Anna-Maria.

De pronto la invade un profundo cansancio y desánimo. Intenta mantener intacta la coraza por si Sven-Erik le dice algo, pero se siente expuesta y vulnerable, no tiene fuerzas para cerrar los puños, arremangarse y ponerse en guardia.

«Voy a renunciar al puesto —piensa—. No puedo más. Tendré otro hijo.»

Apenas pasan unos segundos, pero son más que suficiente para remover toda una serie de cosas. Anna-Maria mira a Sven-Erik. Sven-Erik mira Anna-Maria. Al final, él dice:

—Las cosas son como son y no hay más. Vámonos a Piilijärvi.

Y toda la culpa se desprende de Anna-Maria. Cae como la nieve, se desploma de los tejados en primavera.

«Las cosas son como son y no hay más.» Se refería a Regla.

Hjalmar bebe café de su taza. La sostiene con las dos manos. *Vera* le rasca la pierna con insistencia. No puede dejar de acariciarla.

—No pensaba en que era Wilma —le dice a Rebecka—. Era como si no tuviera fuerzas para pensar en ello. Murió allí. Yo estaba allí.

—Pero ¿después has pensado en ella?

—Sí —susurra—. Mucho.

—¿Cómo acabó en el río?

—Mi madre nos dijo que la cambiáramos de sitio. No quería que la encontraran en el lago. Por el avión, ya sabes. No podía salir a la luz. La sacamos. A él lo estuvimos esperando, pero nunca subió a la superficie.

Cierra los ojos. Una vez más se le repiten las imágenes de cuando destrozaron la puerta y echaron los trozos de madera en el agujero.

«Y no caímos en las mochilas —se dice—. Te crees que mantienes la cabeza fría, pero no.»

Se frota la cara con las manos y continúa:

—Fuimos en el todoterreno por el camino del bosque. Yo la llevé encima. Fue entonces cuando se me empezó a hacer insoportable. Y la sensación no se me quitó con el tiempo. Si no la hubiese tenido en mi regazo, entonces a lo mejor habría podido... no sé, olvidar, quizá. La metimos en su coche, detrás. Yo lo conduje hasta Tervaskoski. Allí el agua todavía no se había helado. La gasolina dio justo para llegar. Tore dejó a madre en casa. Después volvió con nuestro coche. La llevamos hasta los rápidos y la tiramos dentro. Escondimos las llaves del coche encima de la rueda.

—Tu madre —le dice Rebecka a Hjalmar—. Creo que estuvo vendiendo información a los alemanes durante la guerra.

Hjalmar asiente.

«Ya puede ser», piensa. Recuerda un baile al que fueron él y Tore de adolescentes. Recuerda a un chaval de su edad haciendo el saludo hitleriano para burlarse. El padre de aquel chico era comunista. La cosa acabó en una pelea de narices que siguió hasta que alguien gritó que la policía estaba de camino.

Recuerda los gritos de Kerttu desde la habitación cuando Tore desapareció en el bosque: «Es el castigo.»

Recuerda a Isaken la sauna y de eso no hacía mucho tiempo. Después de que Johannes Svarvare les dijera que le había contado a Wilma lo del avión. Después del infarto de Isak. Después de haberlos matado.

El ambiente en casa estaba cargado y enturbiado por todo lo que no se podía decir ni insinuar. A Kerttu le daban dolores más fuertes que nunca. Se quejaba a viva voz de lo difícil que era encargarse de Isak. Aunque entonces ya estaba mejor, en invierno. A principios de marzo hubo una mañana que no pudo levantarse. Los médicos dijeron que probablemente habría sufrido pequeños infartos durante la noche. A partir de ahí se quedó en cama. Pero en invierno

estaba mejor.

—Huele mal —le dice Kerttu a Hjalmar.

Está sentada a la mesa de la cocina con el abrigo bonito y los zapatos puestos y el bolso sobre las rodillas, esperando a que Laura, la esposa de Tore, pase a recogerla para llevarla a la ciudad. Kerttu tiene que ir al médico. Son las únicas ocasiones en las que sale del pueblo: cuando tiene que ir al *dotor*, como ella dice. Sin la c.

Quizá por eso es tan consciente de cómo huele Isak. Porque ahora ella está recién duchada y perfumada, el cuerpo limpio.

Isak está en el pueblo. Va andando a pesar del grave infarto que sufrió en otoño. Como habitante del pueblo es algo que tiene que hacer de vez en cuando: darse una vuelta. Vas a casa de la gente, te sientas en la cocina, tomas café e intercambias información sobre lo último que ha pasado. Sólo hay unos pocos a los que puede ir a ver. Johannes Svarvare y alguno más, porque con la mayoría no se habla. Durante su vida, una persona acumula innumerables injusticias y hay muchos que han puesto fin a la amistad. Los negocios son los negocios, ha dicho Isak en varias ocasiones, y entonces siempre hay alguien que se cabrea y se siente engañado.

—No es fácil estar en casa cuidándolo, si es lo que os habéis pensado —se queja Kerttu incluyendo al ausente Tore en la conversación.

Su voz guarda un tono duro, contenido.

—Puedo cuidar de él, pero tú encárgate de lavarlo —añade tajante—. Si no, me niego.

Llega la esposa de Tore y pita un par de veces en el patio.

Hjalmar suspira. ¿Ahora tiene que pelearse con Isak por eso? ¿Qué va a hacer? ¿Atarlo bajo la ducha? ¿Repararlo con el cepillo?

Una hora y media más tarde Isak vuelve a casa de su paseo. Hjalmar está sentado en la cocina.

—Estoy calentando la sauna —dice—. ¿Me haces compañía?

En la mesa hay un paquete de seis cervezas de medio litro.

Isak no tiene ningunas ganas de tomar una sauna. Ha estado en casa de alguno tomando cosas más fuertes que café, Hjalmar puede notarlos. Pero el viejo mira las cervezas con codicia.

Hjalmar es hábil a la hora de manejar a su padre. No le insiste. No le pregunta dos veces. Hace como si a él también le importara un comino, Isak no puede sospechar en ningún caso que a Hjalmar se le ha encomendado la misión de lavarlo. Isak está de pie en el umbral de la puerta sin decir nada. Hjalmar coge las latas y una toalla, sólo una. Isak lo deja pasar. Hjalmar baja a la sauna.

Pone las cervezas en un cubo con nieve para que se mantengan frías. Pasa por la ducha y después se sienta en la sauna, echa un poco más de agua sobre las

piedras calientes, que se evapora con un chisporroteo. La humareda asciende hasta el último banco, donde él está sentado. Le quema la piel. Hace un esfuerzo para dejar de pensar en que el estómago le descansa sobre los muslos. Joder, qué gordo se ha puesto.

Prefiere pensar en que se nota en cualquier detalle que la granja se ha convertido en la casa de dos viejos. Antes, cuando se calentaba la sauna, siempre brotaba un aroma seco a madera, a jabón ruso y al fuego que ardía en la estufa de leña. Ahora, cuando echa agua a las piedras, se desprende un olor a suciedad incrustada. Hace tiempo que nadie frota los bancos.

Casi se ha olvidado de Isak cuando oye un golpe en la puerta exterior. Se agacha y pesca una cerveza del cubo.

Isak entra y sube con pies y manos hasta el último banco, le pasan una cerveza, se la toma en pocos tragos, coge otra.

«No queda mucho del auténtico Isak —piensa Hjalmar—. Ese cuerpo viejo y enfermizo, el pelo fino y demasiado largo, la piel rígida y con pequeñas manchas. Hace nada los músculos se mostraban firmes cuando se arremangaba la camisa, hace nada desmontaba él solo la plataforma abatible de los camiones.»

«La ira», piensa Hjalmar. La ira es igual de fuerte en Isak que antes. Es el pilar que lo mantiene erguido. La ira contra los habitantes del pueblo, que cuchichean sin parar a sus espaldas, esos cabrones, la mitad estaría sin trabajo si no fuera por la empresa de transportes, la ira contra Hacienda, putos chupasangres, cagatintas que nunca se han manchado las manos, contra los políticos municipales, contra las compañías de seguros, contra los directores, contra los capullos de Estocolmo, contra los periódicos, contra los famosos, panda de drogadictos, contra los parados y los que están de baja, holgazanes de mierda que se escaquean y estafadores que viven del trabajo de los demás, unos cojones va a pagar la licencia, contra el que se encarga de la fruta en el súper ICA en Skaulo, esa bazofia podrida rodeada por una nube de moscas, contra los inmigrantes y los gitanos, contra los académicos, chusma engreída que van con un palo metido en el culo.

Contra Hjalmar. Cuando tenía trece años Isak dejó de darle palizas. Un bofetón de vez en cuando le siguió cayendo, o algún sopapo en la coronilla. Pero cuando cumplió dieciocho se acabó del todo.

La ira, en cambio, no. Sólo es la expresión de la misma lo que ha cambiado. Con la edad, el cuerpo de Isak se ha debilitado. Ya no puede levantar una silla de madera y golpearla contra el suelo partiendo los listones del respaldo. Su voz ha tenido que ser la transmisora de su ira. Se le ha vuelto más quejumbrosa, más chirriante. Y su vocabulario, más tosco. Hurga en busca de palabras en el fondo del estercolero. Se revuelca en palabrotas y juramentos como un perro en un cadáver.

Ahora la toma con Kerttu. Tiene que salir todo eso que Isak fermenta en su interior.

—Hostia puta. O sea que se ha ido al médico —empieza.

Hjalmar se hace el fuerte y le da un trago a la cerveza.

—No puede estar sin enseñarle las tetas a alguien —continúa Isak pegándole un buen trago a la lata.

«Sí, tiene suerte», sigue mascullando. De que haya gente que cobra por mirar a las viejas en pelotas, para que los demás no tengan que ver tetas colgando, barrigas caídas, chochos secos. No, tienen que ser chicas jóvenes, ¿verdad que sí, Hjalle? Coño, claro. De eso tú no tienes ni idea.

—Tú nunca has estado con nadie, ¿no?

Hjalmar quiere decir «déjalo ya», pero sabe que es mejor callarse.

De todos modos, Isak se da cuenta de lo incómoda que le está resultando la conversación. Le está afectando. Tanto las palabras sobre su madre como las palabras sobre su virginidad. Que nunca ha estado con nadie. Isak no puede saberlo con total seguridad, pero hurga en busca de la verdad.

—Ni siquiera un polvo de borrachera, ¿verdad?

No cabe duda de que le sirve para descargarse. La presión dentro de Isak disminuye a medida que somete a Hjalmar al sufrimiento. Hjalmar se observa la enorme tripa que se esparce sobre sus muslos.

—Ya has hablado bastante de mamá —dice y echa más agua sobre las piedras. El vapor resopla y chisporrotea.

Isak detiene su cháchara un momento. Hjalmar no suele contestarle. Pero después no se puede aguantar:

—Tú te piensas —suelta, y ahora se notan los combinados que se ha tomado en el pueblo y las cervezas que se está tragando—, tú te piensas que tu madre es una santa.

Se apoya en la pared de la sauna y suelta una flatulencia.

—Una santa en el infierno —dice—. Si tú supieras. Verano del cuarenta y tres. La resistencia sueca escondía a hombres de la resistencia danesa y noruega y a desertores finlandeses. Tu madre era la hostia en hacer que la gente hablara. Guapa y joven e inofensiva. Una vez había unos resistentes daneses que se habían escapado de trabajos forzados en un carguero de mineral en el puerto de Luleå. Eran tres. Tu madre fue a un baile y consiguió que un chico se lo contara todo. Todo. Maricón. Estaban en un pajar. No les fue muy bien, que digamos.

Hjalmar siente un malestar que le hormiguea y le revuelve el estómago. ¿Qué? ¿Qué le está contando?

Isak se gira para mirar a su hijo. En su cara hay algo parecido a una sonrisa. Una mueca. Hjalmar piensa que le recuerda a una serpiente, algo vivo, algo que encuentras cuando le das la vuelta a una piedra. Los dientes amarillos de viejo le sobresalen de la boca. No lleva dentadura postiza, pero la suya original no vale

gran cosa.

—¿Dónde se han metido Wilma y Simon? —pregunta Isak

Hjalmar se encoge de hombros. Nadie le ha contado nada. Pero algo sospecha, no cabe duda. Ahora el alcohol le hace preguntar. Le enfurece haberse quedado fuera, que lo hayan apartado. Lo han metido en la carpeta de los viejos, aquellos a los que hay que proteger, aquellos de los que no te puedes fiar. No le dejan saber nada. No le dejan conducir. La ira lo carcome por dentro como un parásito.

—Arderá en el infierno —dice—. Tú piensas que yo lo haré, pero te aseguro que ella acabará unas plantas más abajo. Ya lo verás.

Le cambia la voz. Se queda ensimismado.

—Ya lo verás, ya lo verás —repite.

Después se calla. Parece que tenga remordimientos por haber hablado demasiado.

—Bah —dice irritado—. Aquí no hace bastante calor. Has preparado mal el fuego. Todavía hay demasiado frío dentro de las paredes.

Se baja del banco y se va al cuarto de la tina. Hjalmar lo oye chapotear. Después, el golpe de la puerta exterior.

—¿Y Hjörleifur Arnarson? —pregunta Rebecka—. ¿Qué pasó con él?

—Fue Tore —dice Hjalmar—. Lo golpeó con un leño. No podíamos arriesgarnos a que hubiese visto algo. Lo cambiamos de sitio. Tiramos la escalerita al suelo. Abrimos el armario de la cocina y metimos una de las mochilas. Tenía que parecer un accidente.

Cierra los ojos y recuerda cómo Tore le dijo que levantara la cabeza ensangrentada de Arnarson para que no quedara un rastro en el suelo mientras él lo arrastraba por las piernas.

«Gracias a Dios —piensa Rebecka—. Entonces podemos encerrar a Tore. Salpicaduras de sangre en su chaqueta y el testimonio de Hjalmar. No hay ninguna fisura.»

—¿Qué piensas hacer ahora? —le pregunta—. No habrás pensado en pegarte un tiro.

—No.

Rebecka empieza a hablar más deprisa.

—Porque si te lo has planteado... —dice—. No podría con ello después de lo de Lars-Gunnar Vinsa. Yo estaba allí cuando mató a Nalle, su hijo, y luego se suicidó. Primero me había encerrado en el sótano.

—Lo sé. Lo leí en la prensa. Pero no lo haré.

Se queda mirando la taza de café y niega con la cabeza.

—Pero hubo unos días en que lo pensé.

Mira a Rebecka.

—Me dijiste que me fuera al bosque y lo hice. Allí pasó algo que no sé

explicar. Un oso me miró. Lo tenía casi encima.

—Vaya.

—Fue como algo más grande que yo mismo. Y no me refiero al oso. Después sentí claramente que tenía que confesar. Tenía que sacármelo de dentro. Las mentiras.

Rebecka lo mira dudosa.

—¿Y por qué has venido aquí?

—Pensé que lo mejor sería venir y esperar.

—¿Esperar qué?

—No lo sé. Lo que venga. Lo que tiene que pasar.

Tore Krekula detiene la motonieve al lado del coche de Hjalmar. Hay otro coche más y la única chimenea de la que sale humo es la de la cabaña de Hjalmar. Así que ¿quién más hay aparte de Hjalmar? Manda un mensaje con la matrícula al Servicio Nacional de Carreteras. La respuesta es inmediata. Rebecka Martinsson, Kurraavaara. La fiscal. No importa. Acabará con ella. Y después con Hjalmar.

Lo de Hjalmar tiene que parecer un suicidio. Y teniendo en cuenta cómo es, quizá lo haga él solo. Puede que baste con convencerlo un poco. Y el resto tiene solución. Hjalmar mató a Wilma y a Simon. Y respecto a Hjörleifur, pues... Hjalmar tomó prestada la chaqueta de Tore... No, no cuela, con lo gordo que es Hjalmar nunca podría ponerse una de sus chaquetas. Entonces... Tore estaba al lado, sólo iban a hablar un poco con Hjörleifur. De repente Hjalmar lo golpeó con el leño sin previo aviso. La sangre le salpicó la chaqueta. Sí, eso se sostiene. Hjalmar mata a la fiscal y luego se suicida. De alguna manera. Tendrá que improvisar un poco. Todo saldrá bien. Seguro.

Puto Hjalmar. ¿Con qué piensa? No hay ni un gramo de sentido común en su gorda cabeza. Puede permitirse el lujo de hundirse bajo la presión. Pero Tore, él tiene una familia en que pensar. Laura, sus hijos, aunque ya sean adultos. Y su madre y su padre. Lleva desde los quince años dirigiendo la empresa. Nunca ha tenido una semana entera de vacaciones desde que empezó. Ha estado trabajando y cumpliendo, trabajando y cumpliendo. ¿Para qué? ¿Para que Hjalmar se lo quite todo? Ni hablar.

Tintin es la primera en oír la motonieve. Levanta la cabeza y se pone alerta. Después *Vera* suelta un ladrido. Unos segundos más tarde Rebecka y Hjalmar también oyen el ruido del motor, que se está acercando. Hjalmar se levanta y mira por la ventana.

—Es mi hermano —dice—. Esto pinta mal.

Rebecka da un paso, pero no sabe adónde dirigirse. ¿Salir por la puerta? Y después, ¿qué?

—No te da tiempo —dice Hjalmar—. Ya está aquí.

Rebecka oye que el motor se apaga.

«Ahora se está bajando de la moto —piensa—. Está a punto de entrar.»

Hjalmar se gira hacia Rebecka y le habla. Las palabras salen más deprisa que nunca en toda su vida:

—Métete en el baño. Echa el pestillo. Hay una ventana. Sal por allí. Baja hasta el río y crúzalo. Sigue el surco de las motos. Está helado y aguantará. Es la única posibilidad que tienes. Intentaré entretenerlo. Pero sólo puedo hablar con él. No le puedo poner la mano encima. No puedo tocar a Tore.

Rebecka se pelea con el pestillo para cerrar el baño por dentro, tiene que levantar la puerta por la manilla para que entre en el aro de metal. La ventana del lavabo es pequeña y está muy arriba por encima de la taza del váter. Rebecka se sube encima y suelta los ganchos. Tira a la nieve las botellas de champú y jabón que hay en el alféizar. Después se apoya en la repisa, se sube con los codos y se queda con medio cuerpo fuera. Repta como una serpiente en el marco de la ventana hasta que apoya las caderas en el alféizar. Hay más altura hasta el suelo de lo que se imaginaba. No le queda otra que intentar no partirse el cuello con la caída. Si hubiera tenido espacio habría salido con los pies primero.

«Qué mal, qué mal», piensa y se deja caer por la ventana con la cabeza por delante.

En ese mismo momento Tore abre la puerta de la cabaña.

—¿Dónde está? —le pregunta a Hjalmar.

Hjalmar no responde. *Vera* se pone de pie y empieza a ladrar. *Tintin* también se levanta.

—¿Ahí dentro? —insiste Tore con los ojos clavados en la puerta del baño. Se acerca con dos pasos y empuja la manilla.

—¡Sal de ahí! —grita golpeando la puerta haciéndola temblar en las bisagras.

—¿Qué cojones le has contado? —le pregunta a Hjalmar—. ¡Contesta!

—La verdad —dice Hjalmar.

Sigue sentado en el borde del sofá.

—«La verdad» —lo imita Tore—. Pedazo de gordo gilipollas.

Y le da una patada a la puerta, que se abre de golpe como si nada y se empotra contra el lavabo.

Tore mira dentro. Está vacío. Pero la ventana está abierta de par en par.

Rebecka cae de espaldas como un escarabajo. La nieve es húmeda y blanda, así que no se hace daño, pero le resulta casi imposible ponerse de pie. Lucha desesperada para salir de allí.

Al final lo consigue. La cabeza arriba y los pies abajo, pero con cada paso se le hunde el cuerpo casi hasta la ingle. El río, que hace un momento daba la impresión de estar ahí al lado, ahora parece quedar a kilómetros de distancia. Rebecka pelea para avanzar. Se hunde a cada paso. Los músculos le tiemblan por el esfuerzo. El sol que se refleja en la nieve es abrasador. Está sudando a mares. Tiene que llegar al surco de las motonieves. Está helado. Así podrá cruzar el río corriendo.

Tore mira por la ventana hacia el río. La fiscal avanza a trompicones por la nieve. Se arrastra hasta el surco que han dejado las motonieves y echa a correr por el río. ¿Qué se ha pensado? ¿Qué podrá escaparse?

—¿El hielo puede con la moto? —le pregunta a Hjalmar.

—No —dice Hjalmar.

Las perras están intranquilas. Corren en círculo y gimotean.

Tore mira desconfiado a su hermano.

—Es mentira —dice.

Se pone los guantes. Va a segar a la fiscal como con una guadaña. Ya está muerta. Está más que muerta.

Cuando abre la puerta *Tintin* se escapa a toda prisa.

Rebecka corre por el río siguiendo el rastro de las motonieves, una franja de hielo resplandeciente sobre la nieve virgen. Ella es una cría de reno con patas temblorosas. El lobo está cerca. Tiene las extremidades exhaustas por la energía gastada en salir de la nieve. Le cuesta mantenerse dentro del rastro. El pulso le late en la cabeza. El esfuerzo le segrega un sabor amargo en la boca.

Oye el ruido de un motor a sus espaldas y mira hacia atrás. Tore en motonieve.

La va a atropellar. Va a morir en la nieve con los órganos machacados por dentro y con la sangre brotándole de la nariz y la boca. Corre. Corre.

Tore baja a toda velocidad por la pendiente que acaba en la playa. Conduce de pie. El motor ruge con fuerza. Acorta distancias rápidamente. Es cuestión de segundos. Rebecka para y se gira.

« No lo conseguiré », piensa.

Tore está a apenas diez metros. Rebecka cierra los ojos.

Piensa en su abuela. En su ligero olor a establo y humo de tabaco. Su costumbre de levantarse bien temprano y encender la cocina de leña. Rebecka tomaba té con miel y leche y comía sándwiches de queso. Su abuela tomaba café y fumaba sus cigarrillos de tabaco de liar. Piensa en su padre. Él, la abuela y Rebecka están sentados en la cocina limpiando arándanos rojos. Cada uno tiene su bandeja. Bajo uno de los cantos colocan un periódico doblado. Recuerda el sonido de las bayas rodando por el aluminio hacia el lado de las que ya están limpias. Van desbrozando y quitando hojitas y camarina negra que se ha colado. De vez en cuando friegan las bayas con la palma para ayudarlas a bajar por la bandeja. Rebecka encuentra arañas y otros seres diminutos que hay que salvar y los va sacando de la casa.

Después oye el ruido de la motonieve atravesando el hielo. El hielo que se parte con un crujido. El motor que borbotea bajo el agua hasta apagarse. Oye los gritos de Tore.

Cuando abre los ojos sólo se ve el culo de la moto despuntando en el agua. Se hunde rápidamente. Después, tanto el vehículo como Tore desaparecen. No queda ni rastro de ellos. El hielo tintinea y canta como si hubiera copas de vino flotando en el agua. Al cabo de pocos segundos ya no se ve el agujero. Una gruesa mezcla de nieve mojada y hielo cubre ahora el agua por donde se han

hundido. El hielo se balancea. Una gran ola de terror azota a Rebecka.

Luego nota cómo el hielo empieza a hundirse bajo sus pies. Se transforma en una hamaca. Poco a poco se va hundiendo más y más. No se rompe, pero Rebecka ve con pánico que el agujero en el que está enseguida se llena de agua. Le llega hasta los tobillos, hasta las rodillas.

Tintin aparece corriendo por el hielo.

—¡Márchate! —grita Rebecka—. Cuidado. ¡Vete!

Pero la perra está cada vez más cerca.

Por la ventana Hjalmar ve cómo su hermano se hunde en el hielo. Después ve a la perra saltando hasta las marcas de las motonieves. Empieza a correr en dirección a Rebecka.

—Dios mío —dice, realmente en tono de plegaria.

Rebecka está como congelada en medio del hielo. Le grita a la perra y trata de convencerla de que dé media vuelta. Y mientras tanto se va hundiendo. Parece que esté en medio de un cuenco.

Después el hielo bajo sus pies se quiebra. Hjalmar la ve agitar los brazos y al instante siguiente ha desaparecido.

Estoy volando en círculos por encima del río. Yo y tres cuervos. Giramos, giramos. Veo a Hjalmar Krekula saliendo de la cabaña. Cierra la puerta para que *Vera* no se escape. Después echa a correr. No va deprisa. Va siguiendo las huellas que ha dejado Tore con la moto, pero no están heladas, sino blandas, descongelándose. Cuando llega a la orilla del río se hunde en la nieve hasta la cintura.

Está atrapado. No logra salir. Pelea con todas sus fuerzas, pero es como estar metido en hormigón fresco.

—¡Rebecka! —grita—. ¡Rebecka! ¡Me he quedado atrapado en la nieve!

Grazno junto con los cuervos. Aterrizamos en los árboles. Cortamos el aire con nuestros graznidos ruidosos, chirriantes y funestos.

El hielo se hunde. El agua asciende. Rebecka se moja.

El agua le llega por las rodillas. Después oye cómo se parte la costra de hielo de las marcas de las motonieves. Al instante siguiente está sumergida en el río.

La nieve y el hielo se le echan encima. Tantea en busca del borde, algún sitio donde agarrarse. Oye a Hjalmar gritar su nombre. Le grita que se ha quedado atrapado.

La capa de hielo es gruesa, por lo menos medio metro, pero está suelto, se hace añicos. Rebecka está inmersa en una sopa de hielo y nieve. Cuando intenta aferrarse al canto de la capa de hielo, éste se desprende y le cae encima en trozos grandes.

Tintin corre hasta el agujero.

Hjalmar no puede ver a Rebecka. El borde del agujero es demasiado alto. Pero ve a la perra.

—¡La perra! —grita—. ¡La perra se te está acercando!

Luego ve que *Tintin* se cae dentro del agujero. Los bordes no aguantan.

Oye un grito de Rebecka.

—¡Mierda!

La perra aúlla como posesa, berrea presa del pánico. Después se calla. Está demasiado ocupada en intentar sobrevivir. Nada de forma enérgica y rasca asustada el hielo, que sólo se desprende más y más.

Rebecka busca el borde del agujero con una mano, con la otra agarra a *Tintin* por el pellejo.

En el agua hay corriente. Rebecka nota que sus piernas la arrastran debajo del hielo. No consigue evitarlo, la corriente es demasiado fuerte. El frío le está absorbiendo las fuerzas.

Hace acopio de todo el vigor que le queda en los músculos y se propulsa con las piernas. Al mismo tiempo levanta a *Tintin* por la piel y con la otra mano la empuja por el culo.

Y *Tintin* logra salir. La perra clava las pezuñas en el hielo. A ella sí la aguanta.

—Llama a la perra —le grita Rebecka a Hjalmar—. Llámala.

Y Hjalmar grita: « ¡Ven aquí! Sí, ven. ¡Así, bueeena chica!»

Y la perra llega a su lado. El último tramo lo hace tambaleándose por el agotamiento. Avanza zigzagueando. Se desploma junto a Hjalmar.

—¿La tienes? —grita Rebecka.

Sus piernas van por delante. Se están metiendo debajo del hielo como si alguien le estuviera tirando de los pies.

—¿La tienes?

Y Hjalmar contesta con llanto en la voz.

—La tengo. Está aquí conmigo.

—No la sueltes —grita Rebecka.

—La estoy cogiendo del collar —grita Hjalmar—. No la suelto.

Rebecka ya no puede decirle nada más. Tiene que... Tiene que... intentar aguantar.

Agita en balde las manos cuando sus caderas son empujadas hacia arriba, contra el borde inferior de la capa de hielo. Está a punto de ser engullida por el río. Le cae nieve a la cara. Se la quita. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo fría que está el agua.

No puede resistir más la corriente. Sus hombros ya están sumergidos. El agua tira de ella, aplasta su cuerpo contra la capa de hielo.

De pronto oye que Hjalmar empieza a cantar.

Hjalmar agarra el collar de *Tintin* y sujeta a la perra con fuerza. El animal tiritita de frío.

Una vez más intenta salir de la nieve que lo tiene preso, pero es imposible.

Rebecka grita preguntándole si tiene a la perra. Y él le responde que sí.

Piensa que sí la tiene. En este momento es lo único que tiene. Por lo menos la perra está viva. Ella seguirá viviendo. *Tintin* gimotea. Parece que esté llorando. Se tumba en la nieve y gime.

Y entonces Hjalmar también empieza a llorar. Llorar por Wilma. Por Rebecka. Por Tore y por Hjörleifur. Por sí mismo. Por toda esa grasa que está atrapada en la nieve como en un tornillo de banco.

Y luego se pone a cantar.

Le sale sin querer. Y al principio la voz es carrasposa y extraña, pero después crece y se hace fuerte.

—Como una agradable fuente celestial, rica y poderosa, profunda y grande —canta—, es el amor, el perdón y la verdad que en el corazón de Jesús está.

Han pasado muchos años desde la última vez que la escuchó. Pero las palabras vienen a su mente sin titubeos.

—Ha abierto el portal de perlas para dejarme entrar. Por la sangre me ha protegido y querido salvar.

El sol de primavera abrasa la chispeante nieve blanca que cubre el hielo. No hay un alma en kilómetros a la redonda excepto Rebecka y Hjalmar, una en el agujero y el otro en la nieve. Las sombras se extienden azules en los surcos de las motos y en las huellas donde perros y personas se han hundido hoy.

Rebecka está en el agua; su cuerpo está bajo la capa de hielo. Por encima del borde superior puede ver las copas de los árboles en el lindero del bosque, al otro lado del río. No ha podido llegar hasta allí. Los abetos tienen el tronco negro y están cargados de piñas.

Los abedules son finos y delicados. En el sur de Suecia, los árboles más esbeltos empiezan a florecer ahora. Los magnolios y los cerezos parecen jovencitas bien vestidas en los parques. Los abedules aquí son delgados, sí, pero en absoluto parecen jovencitas. Huesudos, desgarrados e inclinados como viejas presumidas se elevan en la linde del bosque oteando el horizonte en busca de la primavera.

«No estaba tan lejos —piensa apática mirando los árboles—. Tendría que haber seguido corriendo. No debería haberme parado. Hay que ser tonta.»

En la playa Hjalmar canta como un loco. Pero su voz no suena tan mal. «Milagro entre milagros, todo una vez me perdonó. Por su hermosa bondad canto ahora yo contento mi canción.» Cuando le da fuerza al estribillo parece que los cuervos quieran añadirse. Graznan y ronquean en los árboles.

Después, Rebecka siente pánico cuando el agua le llega a la boca y a la nariz. Al instante siguiente está debajo del hielo. Por ahí es cortante e irregular. Rebecka se desliza inevitablemente con la corriente de agua negra. De una sacudida se golpea la cabeza contra el hielo, o quizá una piedra. No lo sabe. Todo negro. Bam. Bam.

Anna-Maria Mella, Sven-Erik Stålnacke, Fred Olsson y Tommy Rantakyrö se bajan del Ford Escort de la inspectora, al lado de los coches de Hjalmar y Rebecka.

—Tengo un mal presentimiento —dice Sven-Erik oteando el bosque, donde ve humo subiendo hacia el cielo desde una cabaña.

—Yo también —dice Anna-Maria con gravedad.

Ha cogido su arma de servicio, igual que los compañeros.

De pronto oyen gritar a alguien. Es un grito terrible que rompe de cuajo el silencio. Un grito que no quiere parar. Un grito inhumano.

Los policías intercambian miradas. Nadie consigue decir nada.

Entonces oyen una voz de hombre que grita: « ¡Calla! ¡Deja de gritar!»

El resto no lo oyen, porque ya están corriendo por la vieja marca de las motonieves. Tommy Rantakyrö, el más joven, va en cabeza.

Rebecka se desliza por debajo del hielo. No hay aire. Agita desesperada las manos.

Siente que la cabeza le va a estallar por el frío, que sus pulmones van a reventar.

Entonces se golpea las rodillas y la espalda al mismo tiempo. Se ha quedado encallada, encallada de cuatro patas. La corriente la ha llevado hasta la orilla. Tiene las rodillas y las manos sobre piedras heladas y la espalda apretando contra la capa de hielo.

Logra subir un poco los pies, los pone a la altura del ombligo. Luego empuja con las piernas con todas las fuerzas que le quedan.

Y el hielo cede. Junto a la playa ha perdido grosor y se ha vuelto frágil. Rebecka lo atraviesa hasta ponerse de pie. Aspira aire con los pulmones. Después sólo grita. Grita y grita.

Hjalmar deja de cantar de repente y mira consternado a Rebecka, cuyo torso ha emergido del hielo como una planta.

Ella grita hasta que se le quiebra la voz.

—¡Calla! —chilla al final Hjalmar—. ¡Deja de gritar! Ven y coge a la perra.

Tintin yace como inerte a su lado.

Entonces Rebecka empieza a llorar. Sale tambaleándose del quebradizo hielo llorando y jadeando. Pero Hjalmar se pone a reír. Ríe tanto que le duele la barriga. Lleva años sin reírse, quizá alguna vez si veía algo divertido por la tele. Apenas puede respirar.

Rebecka sube a la cabaña para coger una pala. Por el camino vomita dos veces.

Cuando Anna-Maria Mella y sus compañeros llegan a la cabaña ven a Rebecka y Hjalmar Krekula abajo en la playa. Hjalmar está hundido en la nieve, sólo se le ve medio cuerpo. Rebecka está quitando la nieve que lo envuelve con ayuda de una pala. Su ropa está empapada, igual que el pelo. Ha tirado el abrigo al suelo. Le sale sangre de una herida en la cabeza. También le sangran las manos. Maneja la pala con movimientos frenéticos. Hjalmar se pone a cantar otra vez. Ahora es «por la sangre, por la sangre, todos mis pecados quedan perdonados, aleluya». La nieve sale volando en todas direcciones.

Los policías se acercan con cuidado. Tommy Rantakyrö y Fred Olsson guardan las armas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Anna-Maria.

Pero ni Hjalmar ni Rebecka contestan.

Hjalmar sujeta a *Tintin* y no para de cantar. La perra también está empapada. Está tumbada en la nieve. Levanta la cabeza y da un golpe con la cola.

—Rebecka —dice Anna-Maria—. Rebecka.

Al ver que no obtiene respuesta, se le acerca y agarra la pala.

—Tienes que meterte en la cabaña... —dice, pero no le da tiempo de nada más.

Rebecka se hace con la pala de un tirón y golpea a Anna-Maria en la cabeza. Después la suelta y cae de espaldas sobre la nieve.

Rebecka Martinsson está sentada en una silla de cocina en la cabaña de Hjalmar Krekula. Alguien le ha quitado la ropa y la ha envuelto en una manta. El fuego arde con brío en la chimenea. Le han puesto una chaqueta de policía sobre los hombros. Todo su cuerpo tiembla de frío. Da brincos en la silla. Le castañetean los dientes. Le duelen las manos y los pies, los muslos y el culo. En la cabeza tiene un taladro perforando.

Le han puesto delante una taza con agua caliente.

Sven-Erik Stålnacke también está sentado a la mesa. De vez en cuando le pasa delicadamente una toalla por las manos heridas, por la cabeza y por la cara.

—Bebe —le exige.

Rebecka quiere beber, pero no se atreve. Cree que lo vomitará en cuanto le llegue al estómago.

—¿Tintin? —susurra.

—Krister Eriksson ha venido a buscarla.

—¿Bien?

—Seguro que sí, ya lo verás. Bebe un poco.

Anna-Maria Mella entra en la cabaña. Tiene el móvil en una mano. Con la otra se aprieta una bola de nieve contra la frente.

—¿Cómo va? —pregunta.

—Todo bien —dice Sven-Erik—. Todo tranquilo.

—Tengo a Måns al teléfono —le dice Anna-Maria a Rebecka—. ¿Puedes hablar? ¿Quieres?

Rebecka asiente con la cabeza y alarga el brazo para coger el teléfono, pero se le cae al suelo.

Anna-Maria tiene que aguantárselo.

—Sí —grazna.

—Sólo quieres llamar la atención —dice Måns.

—Sí —responde ella con una risa que le sale en forma de tos—. Hago cualquier cosa.

Måns se pone serio.

—Me han dicho que estabas en el río. Que te has metido debajo del hielo y que lo has atravesado para salir.

—Sí —dice Rebecka con su carrasposa y desangelada voz.

Después añade:

—Creo que tengo un aspecto horrible.

Hay silencio al otro lado de la línea. A Rebecka le parece oír que Måns está llorando.

—Ven —le ruega ella—. Ven, por favor, cariño mío, y abrázame.

—Sí —dice él, ahora con voz firme. Se aclara la garganta—. Estoy en un taxi de camino al aeropuerto de Arlanda.

Rebecka corta la llamada.

—Nos vamos —le dice Anna-Maria a Sven-Erik—. Vamos a grabar la confesión de Hjalmar Krekula.

—¿Dónde está? —pregunta Rebecka.

—Está sentado aquí fuera, en el porche. Nos hemos visto obligados a dejarlo descansar un poco.

—Espera.

Rebecka se pone a cuatro patas en el suelo. Le duele todo. Se mueve despacio. Aparta la alfombra y levanta el linóleo y el tablón de madera y saca el paquete de hule con los libros de matemáticas y las notas del bachillerato.

—¿Qué es eso? —pregunta Anna-Maria.

Rebecka no contesta. Sale con el paquete.

—¿Qué es eso? —vuelve a preguntar Anna-Maria con voz irritada, pero se calla cuando ve la mirada de Sven-Erik.

« Déjala », dicen sus ojos.

Rebecka sale tambaleándose al porche. Allí está Hjalmar.

Fred Olsson y Tommy Rantakyrö están a su lado. Rebecka deja el paquete en el regazo de Hjalmar.

—Gracias —dice él.

Y al mismo tiempo se da cuenta de que lleva muchos, muchos años sin utilizar esa palabra.

—Gracias —dice otra vez—. Te lo agradezco mucho, ¿me oyes?

Hjalmar acaricia el paquete de hule.

Rebecka vuelve a meterse en la cabaña. Tommy Rantakyrö le pone una mano con cuidado debajo del codo para que se apoye.

Anni se ha quedado dormida en el sofá del salón de invitados, que es un trasto de piel dada de sí, no especialmente bonito. Demasiado grande para esa habitación. Sobre el respaldo cuelgan pañitos blancos tejidos a mano, probablemente a modo de protección por si las personas que se sientan en el sofá llevan el pelo sucio o demasiado engominado.

Me siento en la butaca y la observo. Antes nunca entrábamos aquí. Se me hace extraño. Siempre estábamos hablando en la cocina. Y, cuando yo vivía, la tele estaba en el recibidor pequeño del piso de arriba. El salón de invitados sólo se ha utilizado para el café de los funerales o de los bautizos. Cuando el pastor venía de visita, se le ofrecía café en la vajilla de porcelana y se sentaban aquí.

Es tarde. El sol está muy bajo. La luz del salón es cálida y soñolienta.

Cuando morí, Anni le pidió a Hjalmar que bajara la tele al salón de invitados, y ahora ella está aquí tumbada, descansando. Supongo que ya no tiene fuerzas para estar subiendo y bajando escaleras. Se ha echado una manta de lana por encima de las piernas. Es una manta decorativa cuya única finalidad había sido siempre estar bien doblada sobre el apoyabrazos. No habría que usarla, así que Anni no la desdobra del todo, sino que la deja doblada por la mitad. Si pudiera, le abriría toda la manta. Dichosa Anni. ¿Para qué guarda las cosas?

Miro a mi alrededor. Aquí dentro está todo de lo más ordenado, pero no es muy del estilo de Anni. En esta sala es donde ha juntado sus objetos más bonitos. La librería barnizada de oscuro con libros, aunque no muchos, en filas alineadas. Objetos de decoración baratos, como un cisne hueco de cristal lleno de líquido rojo que debería subir por el cuello del cisne los días que hay alta presión, o un plato pintado de Tenerife puesto sobre un pie, regalo de alguien, Anni nunca ha estado allí. Fotografías de estudio en marcos sin polvo de miembros de su familia. Aquí hay una mía de cuando era pequeña, no tiene desperdicio, tengo el pelo recién lavado y bien peinado pero con la electricidad estática se me pega a la frente como un lametón. Me acuerdo de ese vestido, las costuras me rozaban la piel, los leotardos me quedaban a la altura de los muslos. ¿Cómo conseguían vestirme así? Debía de estar drogada.

Anni se ve tan pequeña debajo de un jersey y de dos rebecas... Sólo le quedan las piernas, prácticamente. Pero respira y ahora sus párpados tiritan. Las manos y las piernas se le mueven por acto reflejo como a un perro dormido. Tiene un morado en la mejilla, donde Kerttu le ha dado el cabezazo.

Estoy sentada en la butaca tratando de recordar si alguna vez le dije lo mucho que significaba para mí. Quiero darle las gracias por quererme de forma tan incondicional. Y le quiero dar las gracias por no tenerla siempre encima, por dejarme ir y venir como un gato, por estar siempre dispuesta a calentarme un poco de sopa de carne o hacerme unos sándwiches si tenía hambre. Mamá decía que me estaba malcriando. Es verdad. Lo hacía. Quiero darle las gracias por ello. Mamá era tan diferente, con todas sus neuras. Primero drama, berreos, gritos y

maldiciones, al instante siguiente llorando, necesitada de cariño y con culpabilidad. «Perdóname, cariño de mi vida, si tú eres lo mejor que me ha pasado nunca, ¿me perdonas?» Al final me convertí en una adolescente fría y cortante. «Dame una bolsa para vomitar», le decía cuando le entraba esa flojera y se ponía a lloriquear y a hipar. Anni le dijo: «Claro que puede vivir conmigo, si necesita alejarse un poco. Podría empezar por estudiar mates.» Mamá creía que en el pueblo me volvería loca. «A mí me pasó», dijo. Pero se equivocaba.

Estoy sentada en la butaca de Anni pensando que la quiero. Nunca se lo dije, quizá porque soy alérgica a esa palabra, mamá me la ha dicho mil veces, pero ella es como una cría de pájaro con la boca siempre abierta. Aun así debería habérselo dicho. Todas las veces que Anni estuvo sentada en el sofá de la cocina con las piernas en alto intentando llegarse a los pies para masajearlos, se lo tendría que haber hecho yo. Tendría que haberle cepillado el pelo. Tendría que haberle ayudado por las noches a subir las escaleras. No supe verlo. Me quedaba en la cama escuchando música.

Pero ahora tengo que mirarla un poco más de cerca. La habitación está enrarecida y no puedo ver si su pecho se mueve. ¿No está demasiado quieta?

«¿Estás aquí sentada?», oigo una voz desde la puerta, y cuando me doy la vuelta la veo en el umbral.

Tiene su aspecto de siempre, pero nada que ver con la Anni que está en el sofá.

«No —sonríe cuando intuye la pregunta que me estoy haciendo—. Sólo estoy durmiendo. Viviré dieciséis años más. Pero ya es hora de que tú te marches. ¿No te parece?»

«Sí», responde una voz en mi interior. Y de repente estamos de pie en la orilla del lago de Piilijärvi. Es verano. La playa al otro lado no se parece en nada a la real. Pero el bote es el de Anni, la vieja barcaza que su primo le construyó hace una eternidad. El agua chapotea contra la madera, huele a brea. Los reflejos del sol en los rizos del agua parecen brillantes cebos de pesca. Los mosquitos cantan sus monótonos salmos de verano y Anni suelta el amarre y sujeta el bote mientras yo me subo y pongo los remos en las horquetas.

Anni empuja el bote al agua y entra de un salto. Yo remo.

Mientras remo veo a Hjalmar.

Está de pie cantando en la sala de oraciones de la prisión. Él y siete internos más. El pastor de la prisión es un cuarentón de pelo lampiño. Toca bien la guitarra y ahora cantan *Fe de Niño* a viva voz. Las notas retumban contra las tristes paredes. Al pastor le gusta Hjalmar. Hjalmar es grande e infunde respeto y como algunos quieren llevarse bien con él, ahora acuden a las plegarias de los miércoles. Y el pastor puede mostrar los resultados de la actividad ante la parroquia y todo el mundo está contento. Porque es de lo más reconfortante ver

cómo esos hombres manchados por el crimen reciben permiso para ir a la misa del domingo en la Iglesia Filadelfia. Son la viva prueba de la fe de Cristo y no titubean a la hora de explicar sus miserables vidas antes de la redención ante una parroquia emocionada.

Hjalmar es el que está más contento. En su celda hay libros nuevos de matemáticas.

Sus gruesas mejillas están sonrosadas. Le gusta cantar y coge ímpetu cuando llega el « Fe de niño, fe de niño, mi puente dorado directo al cielo ».

Acostumbra a decir de broma que nunca pedirá el indulto al Gobierno.

Sigo remando. Dos cuervos aparecen volando sobre las copas de los abetos. Giran en círculo sobre nuestras cabezas. Giran, giran. Yo miro al cielo para observar sus negras, largas y desgarradas alas, sus colas en forma de flecha. Oigo el ruido de su aleteo, y de pronto se deslizan hacia abajo y se posan en la borda del barco con la soltura de quien tiene un asiento reservado. No me extrañaría nada si de pronto se sacaran unas maletitas negras de debajo del ala. Su plumaje resplandece como el arco iris al sol, sus picos están tan llenos de fuerza, curvados y negros, con un bigotillo pegado a la raíz; tienen gruesos collares de plumas. Uno intenta cazar un tábano que ha bajado al agua. Parlotean entre ellos con su zureo y parece que estén diciendo cuervo, cuervo, cuervo. Pero de pronto uno de ellos empieza a sonar como un gallo y el otro parece romper a carcajadas. No sé qué pensar de estos pájaros.

Sigo remando. Dejo que la pala del remo se hunda bien y me obligue a tirar fuerte. Disfruto sintiendo mi cuerpo otra vez. El sudor me corre por la espalda. La madera del mango de los remos es suave por todos los años que mis manos la han usado. La sensación de los músculos de la espalda y los brazos con cada golpe de remo, la energía concentrada, el esfuerzo, el cansancio, la recuperación.

« Ahora ya te las puedes apañar tú sola —dice Anni y se pone de pie—. Yo tengo que volver. Te acompañarán un poco más.»

Veo que mira a los pájaros, que responden con un carraspeo.

Y luego desaparece. Los cuervos me observan con los botones negros y brillantes de cristal que tienen por ojos. No me queda otra que seguir remando.

El sol caliente. Los cuervos abren los picos. Pero calla. Me siento rebosante de felicidad. Me sube por dentro como la savia en el abedul.

Ahora los pájaros alzan el vuelo con un graznido. Se alejan con fuertes aleteos hacia el lugar donde vengo. Desaparecen en el cielo.

Sigo remando. Soy fuerte e indomable como un río y remo sin parar. Me aguanto con los pies y doy largos golpes de remo en el agua.

Ya voy, pienso con alegría. Voy para allá.

DOMINGO

3 DE MAYO

Se acaba el fin de semana. La suave luz de la tarde entra de lado en la cocina de Rebecka en Kurravaara.

Måns mira a Rebecka. La echa tremendamente de menos a pesar de tenerla a apenas medio metro de distancia. Su pelo castaño y liso. Los ojos con un ribete gris oscuro alrededor del iris. La ha abrazado. Le ha hecho el amor con delicadeza. Tiene el cuerpo lleno de cardenales. Todavía se encuentra mal, está muy cansada y le dan mareos por la conmoción cerebral.

Måns le mira la cicatriz que le corre por el labio. Le gusta. La cicatriz le gusta especialmente. Le gustan las cosas feas. Le inspira una ternura que le recuerda a la que sintió cuando sostuvo a su hija en los brazos por primera vez.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta y le sirve una copa de vino.

Rebecka lee la etiqueta. Demasiado bueno. Malgastado en ella.

—Bien —responde.

No siente nada respecto a lo que ha pasado. Ni piensa nada. ¿Cómo se sintió allí en el agujero? ¿Al ser engullida por el río? Fatal, evidentemente. Pero ya ha pasado. Rebecka puede percibir la preocupación de Måns. Su miedo a que enferme de nuevo. Habla con voz suave, demasiado suave.

Hay algo que los separa. Rebecka deseaba muchísimo que él subiera a abrazarla, pero ahora que lo tiene allí prefiere esconderse en su cansancio y en sus cardenales.

Y no puede dejar de pensar cuando Tore apareció con la motonieve y ella creía que era el final. Cuando por poco se ahoga en el hielo. No pensó en Måns ni una sola vez. Pensó en su abuela y en su padre. Pero no en Måns. No se acordó de él hasta que Anna-Maria le pasó el teléfono.

Se oye un coche entrando en el patio. Rebecka se acerca a la ventana de la cocina. Es Krister Eriksson. Se baja del coche y camina extrañamente inclinado hacia delante hasta la puerta. Ella golpea la ventana con los nudillos, le hace una seña y luego le indica hacia arriba, con un movimiento de «ven aquí» con la mano.

Al cabo de unos segundos está en el umbral de la puerta de la cocina del piso de arriba. Måns se levanta.

—Lo siento —dice Krister—. No sabía que estabas... Tendría que haber llamado.

—No, no —asegura Rebecka.

Presenta a los dos hombres. Måns alarga la mano.

—Un segundo —dice Krister Eriksson—. Sólo voy a...

Se baja la cremallera del abrigo.

Dentro esconde un cachorro. Pequeño y con el hocico chato. Se ha quedado

dormido con el calor del interior del abrigo, respira fuerte y empieza a moverse un poco en sueños cuando Krister se baja la cremallera.

—Si lo aguantas podré saludar mejor —le dice a Rebecka pasándole el cachorro.

Krister se ríe al verle la cara de fascinación.

El perrito se despierta. Todavía está ciego. Es tan pequeño que cabe en las manos de Rebecka.

—Oh, cielos —susurra.

Es tan suave, caliente e indefenso. Huele a cachorro.

Vera se acerca moviendo la cola y se mete entre las piernas de Rebecka.

—Podrás saludarlo otro día —le dice Rebecka a *Vera*.

—¿Es de *Tintin*? —pregunta mientras Måns y Krister se dan la mano. Måns se estira un poco, mete barriga. Mira con curiosidad la cara de Krister, pero procura no ser descarado.

—Sí —responde Krister—. Han nacido un poco pronto, pero ha salido todo bien. Es tuyo, si lo quieres.

—¿No lo dirás en serio? —dice ella—. Un cachorro de *Tintin*, debe de valer...

—Me han contado lo que hiciste —dice Krister Eriksson mirándola directamente a los ojos.

Le importa una mierda que su novio esté allí. Ya podrían estar todos los hombres del mundo. Él la mira a los ojos y la mira realmente a los ojos.

Rebecka le devuelve la mirada.

—No puedes tener perro —le dice Måns a Rebecka—. Tú misma has dicho que no sabes qué hacer con *Vera*. Con lo que trabajas. Y cuando te vengas a vivir conmigo a Estocolmo... Los perros no pueden vivir en una gran ciudad.

Coge a Rebecka por la nuca en un gesto juguetón pero decidido. El gesto es para Krister. Es mía, significa.

Después le pregunta a Krister si quiere una copa de vino. Krister dice que tiene que conducir. Rebecka mira al cachorro.

—¿Cómo ha ido con Kerttu Krekula? —pregunta Krister.

—Los interrogatorios no han aportado nada —murmura Rebecka con los labios y la nariz pegados al perrito—. Dice que ella y Tore intentaron frenar a Hjalmar. La hemos soltado. No hay más pruebas que el testimonio de Hjalmar y no es suficiente para acusarla.

Krister cierra los ojos unos segundos. Se imagina a Kerttu en su casa, aislada del pueblo. Isakes su única compañía.

—Ha tenido la suerte —dice—. Pero se condena a sí misma a un castigo todavía más duro que lo que haría la ley.

—Tengo que irme —añade después—. No puedo tenerlo separado mucho tiempo de *Tintin*. Está en casa con los otros tres.

Se permite descansar un poco más los ojos sobre Rebecka.

—No tienes que decidirte ahora —le dice—. Piénsatelo. Será un buen perro.
—¿Te crees que no lo sé? —dice Rebecka—. No sé qué decir.
—¿Gracias? —propone él y sonríe.
—Gracias —responde ella también con una sonrisa.
Le devuelve el cachorro. Sus manos se tocan. Måns carraspea impaciente.

Krister Eriksson baja por las escaleras con el perrito dentro del abrigo. Se coge de la barandilla. No quiere correr el riesgo de caerse con el cachorro en sus manos.

Se sienta en el coche. El perro está acurrucado dentro del abrigo en el asiento del copiloto.

Gira la llave, junta los labios, mira al perrito, que se ha vuelto a quedar dormido. Piensa en la mano de Måns Wenngren agarrando la nuca de Rebecka. Se los imagina besándose allí arriba. A Måns diciendo: parece que está coladito por ti, el poli ese.

Cuando llega a casa le devuelve el perrito a *Tintin*, que lo lame meticulosa.

Le acaricia la cabeza a la perra. Se ha tumbado de lado y deja que el cachorro y sus hermanos mamen juntos. Las persianas están bajadas. La habitación está oscura, aunque fuera la tarde de primavera es clara.

«¿Qué me creía? —se pregunta a sí mismo—. ¿Qué se echaría a mis brazos?»

Se la imagina metida en el agujero y logrando sacar a su perra. Después la ve siendo arrastrada por debajo del hielo. Intenta pensar que el amor consiste en dar, no en recibir. Debería ser suficiente ser sólo una persona que da. Amar sin esperar nada a cambio. Pero no lo consigue. Quiere estar con ella. Y la quiere para él solo.

—Creo que la quiero —le dice a *Tintin*—. ¿Cómo coño ha ocurrido?

AGRADECIMIENTOS

En todos mis libros aparecen los muertos. Oh, de qué manera espero que esta vida no sea la única que tengamos, aunque sea larga.

Gran parte de la historia es verídica. Por ejemplo, el Ejército alemán tenía un gran almacén en Luleå. Por las vías de tren suecas se transportaban otras cosas además de soldados cuando iban o venían de permiso. Transportistas y camiones suecos eran alquilados por el Ejército alemán para los transportes hacia el frente del Este. Walther Zindel ha sido localizado. Muchos barcos alemanes no fueron nunca registrados como atracados en el puerto de Luleå.

La mayor parte la he inventado. He hecho lo que hago siempre cuando escribo mis historias. Tomo prestados hechos, personas, lugares, experiencias propias o que he oído, y lo mezclo con mis invenciones. Es cierto que una vez dos chicos se perdieron en el bosque en las afueras de Piilijärvi y uno de ellos no volvió a casa hasta siete días después. Pero no eran hermanos y no se enfadaron. El más joven se cansó y el mayor fue a buscar ayuda. Oí el caso y mi cabeza enseguida se puso a trabajar una historia inventada.

Naturalmente, he leído cosas de la guerra. Quiero nombrar *La batalla de Nordkalotten*, de Lars Gyllenhaal y James F. Gebhart, *El jugador Christian Günther*, de Henrik Arnstad, así como *Los suecos que lucharon a favor de Hitler* y *Donde crece la cruz gamada*, de Bosse Schön.

Hay muchas personas a las que agradecer y quiero nombrar a algunas: al jefe médico Lennart Edström que me ayuda a entender lo que le pasa a la gente que se va al otro mundo, el jefe médico Jan Lindberg, que me ayuda con mis muertos, la docente Marie Allen, que habla de la genética del agua de manera que casi lo entiendo, la magistrada Cecilia Bergman, el buzo Pelle Hansson, Jan Viinikainen del archivo municipal y el aficionado a la aviación, Göran Guné. Gracias a todos. Si hay errores no son vuestros.

Gracias en especial a mi redactora Rachel Åkerstedt y mi editora Eva Bonnier, por vuestro ánimo y oposición, con la dosis exacta, en el momento oportuno. A todas las personas agradables de la editorial que trabajan con mis libros de diferente manera. A los atractivos y astutos agentes de Bonnier Group Agency. A Elisabeth Ohlson Wallin y John Eyre por la cubierta.

Gracias, mamá, por tu incesante: «Sigues escribiendo, quiero saber qué pasa, he estado pensando en Hjalmar toda la semana.» Gracias por tu paciencia cuando desalentada inclino la cabeza. Gracias a papá y Mona, que leen, controlan los datos de Kiruna, me ayudan con el finlandés de Tornedal y mil cosas más. Gracias a Perra Winber, Lena Andersson y Thomas Karlsén Andersson.

La vida es completamente impredecible, aunque bastante buena. Gracias, Per. Este libro es casi como nuestro tercer hijo. Hay mil bonitas palabras que quiero decirte, pero ya las sabes. Gracias, Christer, por tu amor y por aguantar cuando sólo había libro, libro y libro, y todo lo demás carecía de interés.